

EL
SECRETO
DE
OLI

LUIS A. SANTAMARIA

EL
SECRETO
DE
OLI

Copyright © 2014 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Diseño de cubierta: Luis A. Santamaría

Imagen de cubierta: LawSayWhich, Shutterstock

Fecha de edición: Julio de 2014

Para Silvia

1

La diferencia entre lo imposible y lo posible, Morgan, radica en la determinación.

—¿Quién ha dicho semejante majadería?

—No lo sé, creo que algún entrenador de la liga americana de béisbol.

—Pues se equivoca.

—¿En serio lo cree? Eso es porque no ha visto lo mismo que he visto yo.

—Estaría bien que algún día me contara algo de todo eso, Salas. Es usted un viejo fascinante, mi mejor amigo aquí, pero no conozco ni un ápice de su vida en el exterior.

—No hay mucho que contar. ¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saberlas colocar en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo. Mi vida sentimental resultó ser un desastre. Sin embargo, tuve la fortuna de presenciar la historia de amor más increíble que se pueda dar en la vida real. Y esto, salido de la boca de un viejo verde como yo, significa mucho.

—¿Una historia de amor? Pensé que éramos dos hombres escar-

mentados que no pensaban en esas cosas. En su caso, parece que me equivoqué.

—No sea gamberro, Morgan. Quizá algún día se la cuente, y entonces llorará de emoción como una niña con trenzas.

—¿Es por eso que está aquí encerrado?

No hubo respuesta, pues la mente del anciano cambió de objetivo al pisar este una masa de excremento. No una defecada por algún animal doméstico o de granja, ya que en el recinto no se podía encontrar a ninguno. Alguien había decidido hacer sus necesidades allí, sobre la hierba del patio, con tan mala suerte que fue el pie del doctor Salas el que se posó precisamente sobre la plasta.

Se limpió como pudo, frotando la suela de la zapatilla contra el propio césped, y Morgan y él prosiguieron el paseo a paso de tortuga. No había ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Frente a ellos se extendía una vasta explanada de cientos y verdes metros cuadrados que parecía no tener fin. Pero se trataba tan solo de una exageración, pues a lo lejos, casi imperceptibles a la vista desde su posición, se encontraban las vallas. A su alrededor no se veía más vida que la de los celestiales gorriones viajando de un árbol a otro, aunque hacía un rato un adolescente se había detenido frente a Morgan, y, tras zarrandearle de las solapas con violencia, le había soltado un señor escupitajo en la cara. Ahora todo lo que se oía era algún alarido de vez en cuando, proveniente de dentro del edificio principal, y que de tanto oírlos ya ambos hombres casi se habían acostumbrado.

—¿De qué hablábamos antes de que los pies se me llenaran de mierda?

—Le preguntaba que por qué está usted aquí. ¿Es por esa historia de amor tan alucinante? ¿Cometió alguna locura?

El anciano lanzó una risa socarrona.

—Si le dijera que así es..., ¿se interesaría entonces por la historia, o sigue usted manteniendo que es todo un hombre escarmentado?

—Tan solo tengo curiosidad por saber qué fue lo que hizo para que le metieran aquí dentro.

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

Morgan frunció el entrecejo.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa suya.

—¡Vaya! No parece que su nieto sea un pequeño demasiado dulce.

—Ahí es donde se equivoca, Morgan. Es incluso demasiado dulce. El ser humano más extraordinario que existe, diría. Oli hizo posible lo imposible.

2

«**O**s contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería.»

Las palabras resuenan majestuosas. Su solitaria silueta resalta en el escenario al contraluz que provocan los focos. La audiencia del teatro, de una magnitud imposible de calcular desde donde él se encuentra, lo escucha atenta, oculta entre la penumbra. Lleva puestos unos tejanos desgastados y una chupa de cuero marrón. Tras el micrófono de pie, empieza su historia con voz vigorosa:

«Para que podáis comprenderla bien, es necesario que retroceda bastantes años atrás en el tiempo. En concreto, a comienzos de los años ochenta. Sí, creo que será suficiente.»

* * *

7 de febrero de 1983

Había pasado los últimos nueve meses completando el Servicio Militar Obligatorio en Zaragoza, muy lejos de mi bonito pueblo pesquero. Por fin había llegado la hora de regresar a casa. Tras muchas horas de viaje en autobús, recibí en la estación la primera de las muchas sorpresas que me esperaban aquella semana: mi prima

pequeña buscándome con la mirada en el andén. Aquello no tenía mucho sentido, ya que ella no tenía carné de conducir y además la estación de autobuses se encontraba a escasos veinte minutos a pie de la casa donde vivían mis padres. En cualquier caso, allí estaba mi primita, ondeando las manos con insistencia para que la viese desde mi asiento y, una vez en tierra firme, achuchándome entre sus brazos como si hubiera sobrevivido a alguna guerra horrible. Supongo que lo creía de veras.

Yo nunca le había caído bien, y aunque el sentimiento era mutuo, reconozco que me reconfortó ver una cara familiar después de meses durmiendo con hombres generadores de todo tipo de gruñidos, flatulencias o ronquidos. Recuperé mi equipaje y nos pusimos en camino a través de las pedregosas callejuelas del centro. Mientras tanto, nos íbamos contando las novedades con muchísimo entusiasmo.

—No seas pesada, Berta, que eres inaguantable. Cuando lleguemos a casa lo contaré todo.

—¿Estás de coña? ¡Cuéntame cosas ahora!

No dejaba de dar irritantes saltitos a mi alrededor, amargándome la vuelta a casa. Me ponía de los nervios.

—¿Has traído algún arma? —quiso saber.

«Ojalá lo hubiera hecho», pensé, mordaz.

—¿Has matado a mucha gente?

«No, al menos hasta esta tarde.»

—Pero, ¿adónde vas? —preguntó.

Me había desviado. No es que no recordara el camino a mi propia casa. Solo quería dar un rodeo para ver la playa de nuevo; volver a sentir el tacto de la arena negra, tan genuina, en las plantas de mis pies desnudos; escuchar las olas al romper; puede que ahogar a mi repelente prima.

—Solo será un momento, Berta. Te prometo que enseguida nos vamos a cas... ¡Joder, qué fría está el agua!

—Eso es porque es invierno, listillo —explicó ella, en un alarde de inaudita sabiduría—. Y además, está a punto de llover, así que saca los pies de ahí y vámonos ya.

Las primeras gotas de lo que sería una importante tormenta habían empezado a caer, y lo hacían como el preludeo del sencillo acontecimiento que iba a cambiar mi vida para siempre. Cuando me

giré para regresar a la zona donde la arena se mantenía seca, divisé que algo se movía con violencia a lo lejos, bajo una toalla. Al concentrar la vista, vi que se trataba de una chiquilla luchando por salir de la playa sin mojarse. Y de una manera muy divertida, por cierto.

—¡Eh! —grité a pleno pulmón—. ¡Tenemos un paraguas!

—Tengo un paraguas —matizó Berta, acompañando el irónico comentario con un punzante codazo.

La joven, que a juzgar por su generosa delantera no era tan niña como me pareció en un principio, se giró hacia nosotros un tanto sobresaltada.

—¿Eh? ¡Ah! —fueron sus sinceras palabras.

La tormenta se había encrudecido en cuestión de segundos y el viento se había unido a la fiesta de la naturaleza, por lo que la chica de la toalla, desesperada, se acercó dando graciosos brincos a nuestra posición. Mientras tanto, Berta abría el paraguas a regañadientes y yo me calzaba de nuevo.

—Toma, cúbrete. —Le ofrecí el paraguas con galantería, dejando a Berta completamente al descubierto. Total, su pelo parecía el de una rata ya de por sí—. Me llamo Alfonso. Y esta de aquí es mi prima Berta.

—Vaya, muchas gracias. Creí que volvería a casa empapada, como de costumbre. Jo, ¡mirad mi pelo! —se quejó la desconocida.

Me miró a los ojos con talante sumiso, y juro por mis muertos que aquella combinación de iris azul y revuelto de pecas me impactaron más que la primera vez que oí a mi comandante cantar en la ducha.

—Bueno, yo soy Verónica —se presentó.

Quedé petrificado ante tal inocente belleza.

Verónica vivía de camino a casa de mis padres, así que para nosotros no supuso ninguna molestia acompañarla. Para mí menos que para mi prima, se entiende. Durante la caminata estuvimos charlando para conocernos mejor. Mi pariente se mantuvo en silencio casi todo el camino, y como mucho rebuznaba porque no le cubría con su paraguas y tan solo me preocupaba de la niña pecosa. A pesar de que la tormenta golpeaba ya con fuerza, yo siempre guardaré un estuendo recuerdo de aquellos primeros minutos con Verónica.

—¿Qué hacías tú sola en la playa sin paraguas? —quise saber.

—Colecciono conchas —respondió con contagioso entusiasmo mientras se cobijaba en mi brazo—. Y cada vez que saco un paraguas, lo pierdo o se me rompe. Me he dado ya por vencida.

—Por suerte me has encontrado a mí.

¿Qué clase de frase de chulo de película de los años ochenta había sido esa? Era evidente que tanto tiempo rodeado de hombres había pasado factura. ¿A quién quiero engañar? En realidad nunca fui muy bueno con las chicas. Provocan en mí un extraño fenómeno que hace que mis cuerdas vocales desciendan a mi entrepierna, dilatando todo a su paso e impidiéndome expresar con lucidez. Era un auténtico desastre en esas lides. Sin embargo, en contra de lo que solía suceder en esos casos, ella me observó de reojo por debajo del flequillo rojizo y sonrió con picardía.

—Y por lo que veo, ha sido de casualidad —dijo—. ¿De dónde vienes con esa maleta? —Desde el principio me quedó claro que Verónica, a pesar del trato dulce y su físico achuchable, no era una chica que se andaba por las ramas.

—Vengo de Zaragoza. He estado haciendo la Mili.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Anda! Así que, ¿esa ropa que llevas no es ningún disfraz?

—No, no es ningún disfraz —balbucí, un tanto confundido. No sabía si se estaba quedando conmigo o es que la muchacha era así de ingenua. Hoy es el día en que continúo sin tenerlo claro del todo.

—¡Qué guay! Bueno, este es mi portal. —Señaló con el mentón un viejo portón de madera, de esos con una enorme aldaba de hierro en forma de cabeza de león que parecía transportar a uno a la Edad Media.

—Ya era hora —añadió Berta en voz baja.

Después de dar a mi prima un puntapié en el tobillo, me concentré en despedirme de Verónica. No sabía muy bien qué debía decir. Por suerte ella fue la que habló, como ya venía siendo habitual.

—Ha sido un verdadero placer, Alfonso.

—Lo mismo digo —acerté a articular.

Le di dos besos en la mejilla y, aturdido, me dispuse a continuar ascendiendo la calle pedregosa con la pobre compañía de mi pariente. Cuando ya había avanzado unos metros, volví a escuchar su voz a mi espalda:

—¡Alfonso!

Me giré hacia la puerta, donde todavía estaba ella. Deseaba que corriera hacia a mí y me dijera que me quería con locura y que no podía vivir sin mí. Después nos comeríamos a besos, como sucedía en una de esas películas románticas que tanto disfruto en mi intimidad más secreta. Por supuesto, no es eso lo que ocurrió.

—¡Te vas sin el paraguas! —Sí, claro, juro que eso fue lo que dijo, palabra por palabra.

—Quédatelo. Así ya tienes uno para perder o romper mañana mientras buscas conchas.

Por alguna razón que escapa a mi entendimiento sobre el romanticismo, ese comentario debió de haberle complacido más de lo esperado, porque sonrió de una manera encantadora y se me quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—¡Eh, que el paraguas es mío! —protestó Berta, antes de que la silenciara tapándole la boca con la mano.

—Oye, mañana tengo pensado salir un rato por la taberna —dijo la dulce pelirroja desde el rellano—. Si te apetece venir, a lo mejor te recompenso por el favor de hoy.

Esas espontáneas frases penetraron en mi pecho (y en mis testículos) como dardos envenenados.

—¿Cómo? —inquirí como un imbécil de catálogo. Esa era mi clásica respuesta para ganar tiempo cuando en realidad no sabía qué más decir.

—Que si quieres, mañana por la noche nos vemos en la taberna, Soldado.

Soldado. ¿Qué le estaba pasando a esa chiquilla? En un momento había pasado de ser la torpe e inocente niña que corre bajo una toalla a ser toda una Sharon Stone en potencia.

—Claro, hum... allí estaré —fue lo único que acerté a decir.

Y así, tal y como vino, se internó en el edificio y me quedé a solas con mi querida primita caminando, esta vez sí, a casa.

—Qué guarrilla, ¿no? —soltó Berta de repente, con todo descaro.

En un primer momento me sorprendió tan extraña confesión. Me sentía demasiado feliz como para tener lucidez.

—Chica, no seas tan dura contigo misma. Estás algo mojada, eso es todo —resumí, torciendo luego el gesto.

—¡Me refería a ella, imbécil!

—¿Ella? —La miré perplejo—. A mí me ha parecido una chica muy simpática —contesté con la ingenuidad de un niño de colegio a quien le acaban de dar un besito en la mejilla por primera vez.

—Vamos, que te gusta —incidió la otra, que arrugó la nariz.

—Cállate ya y lleguemos a casa de una vez por todas.

La sonrisa bobalicona que se había dibujado en mi rostro me estaba delatando, tanto que incluso mi descerebrada pariente se había dado cuenta. En pocos minutos estábamos en casa: un humilde bajo situado junto a la iglesia, en el casco antiguo, que tenía los marcos de las puertas desgastados y las paredes amarillentas. Nada más llegar recibí la calurosa bienvenida de mi madre. Disfruté de una merecida ducha caliente en mi baño de siempre, y no volví a pensar en la niña pecosa hasta que me acosté, segundos antes de apagar la luz de la mesilla y sumergirme en mi subconsciente.

3

12 de octubre de 2006

Y ahora, ¿qué? ¿Qué se suponía que debía hacer un niño de diez años en un momento como aquel?

Oli miraba hacia esa lejana línea que, según le habían dicho, separaba el cielo y el mar. Las lágrimas empapaban su rostro. Pensaba en lo difícil de entender que eran algunas cosas a veces, en concreto las cosas que solo un mayor debería experimentar. No podía entender que la persona a la que más quería se acabara de ir al Cielo para siempre. Sin embargo, la vida parecía seguir su curso como si nada importara. Aparentemente, nada había cambiado: los barcos de pesca continuaban saliendo del puerto de Ámbar haciendo sonar sus sirenas, y en los bares de la costa seguían sirviendo refrescos, cafés y bebidas con alcohol que él nunca —o casi nunca— había probado. Incluso una solitaria gaviota patiamarilla, que se acababa de posar sobre la roca en la que se hallaba sentado, lo miraba como si las lágrimas del niño no fueran en realidad con ella.

Para él la vida nunca volvería a ser igual. La persona que le había enseñado a leer, a atarse los cordones de los zapatos, y a diferenciar entre la música buena y la *música actual que se toca sin instrumentos* ya no lo miraría a la cara nunca más; tampoco le sonreiría, ni, por

supuesto, le daría una lección. Un niño jamás debería pasar por aquello y mucho menos, después de... bueno, después de lo que hizo.

—¡*Mecachis* en la mar! —exclamó.

Una ola de las grandes había chocado con fuerza contra la roca, empapándole los pies desnudos. Oli adoraba la playa negra de Ámbar, pero aborrecía mojarse las piernas porque eso significaba tener que mancharse de arena mojada para regresar a casa. Y la arena mojada le daba repelús.

Después de secarse a duras penas con las manos y asegurarse de que estaba sentado en el punto más alto de la roca —por si otra ola traicionera decidía acercarse—, regresó a su propia tragedia. Los últimos meses no habían sido fáciles. Aún no sabía por qué decidió hacer aquello, pero el caso era que lo hizo con todas sus consecuencias.

Y a fe que lo hizo bien.

¿Por qué lo haría? ¿Qué clase de duendecillo maligno se había metido en su cabeza para obligarle a hacer algo así?

Miró a su izquierda y comprobó cómo se alejaban los últimos nubarrones negros que habían tenido al pueblo encapotado durante tantísimos días. Bajo el cielo, los primeros rayos de sol acariciaban la arena, de color gris ceniza, que cubría la playa. Esta no era muy profunda, aunque sí extensa (abarcaba Ámbar de este a oeste). Agrupaba en la primera línea del paseo marítimo coquetos dúplex de ladrillo visto. Algunos de ellos, según aseguraban los más viejos del lugar, eran antiguos palacetes de verano que correspondían a la burguesía de los años cincuenta. Otros muchos constituían modernas remodelaciones que resultaban la envidia de la villa. A lo lejos, sobre el acantilado y en dirección oeste, se alzaba el faro de Ámbar. Como un imponente guardián que vigilaba la entrada y salida del puerto, servía de guía a los barcos pesqueros de la zona.

El niño fijó sus azules ojos en un punto lejano: un anciano se alejaba con exagerada lentitud. Caminaba con la mirada clavada en el suelo, bordeando la orilla en dirección al faro. Su paso era tan pesado que a Oli le pareció que no llegaría al final de la playa hasta la mañana siguiente. Al verlo marchar, sintió que finalizaba una etapa de su vida que jamás olvidaría.

El monótono murmullo que producía el choque de las olas

contra la orilla lo irritaba, impidiéndole recordar con claridad todo lo sucedido durante aquellas semanas tan sombrías. Lo que estaba claro era que no había estado mal para un mocoso que ni siquiera sabía pelar una manzana. Todo había empezado unos meses atrás, el 23 de junio de 2006, denominado por el propio Oli como el Día Importante.

* * *

23 de junio de 2006

Tendido sobre su cama y vestido con su pijama de cohetes espaciales, Oli contemplaba el techo de su habitación con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Eran las seis y media de la tarde, y la penumbra predominaba en el dormitorio en torno a la figura inmóvil del niño.

El miedo lo tenía petrificado. En la pared, junto a la cama, la ventana permanecía abierta. A Oli le fascinaba asomarse para observar la playa. Tenía por costumbre subirse al colchón —aunque mamá siempre le dejaba bien claro lo prohibido que estaba pisarlo—, y observar cómo las gaviotas patiamarillas, capaces en realidad de engullir cualquier cosa, volaban y aterrizaban en la arena para repartirse el succulento botín que quedaba esparcido por la playa.

Pero aquel atardecer Oli no se subió a la cama para ver a las gaviotas volar, aterrizar en la arena y repartirse aquellos restos de comida. No podía moverse, de hecho.

«Ojalá fuera una de ellas», cavilaba, sumido en la tristeza.

¿Qué iba a hacer él a partir de ahora? ¿Moriría allí mismo, en su cama? Lo cierto era que no se encontraba nada bien.

Encogido contra una esquina y utilizando un cojín como escudo, aguardó en silencio a que el miedo se esfumara. Un sudor frío le recorría la espalda desde el cuello hasta el pompis, y no podía parar de temblar. La oscuridad, en su sentido más amplio y universal, había venido para quedarse, impregnando el dormitorio de una atmósfera agobiante. Oli había oído a algunos mayores hablar sobre el remordimiento de conciencia, pero, si era eso lo que le estaba pasando, no le habían advertido de lo mucho que dolía.

Había algo, no obstante, que le hacía incluso más daño que ese dichoso remordimiento del que tan poco sabía. En la habitación contigua, un desconsolado llanto resaltaba por encima del silencio. Oli pegó la oreja a la pared que dividía ambos dormitorios, y escuchó a papá procurando disimular el llanto. La pena invadió a Oli en todo su ser. Al parecer, papá iba a mantener la desgracia en secreto.

Pero Oli lo sabía todo.

Los mayores solían decir de Oli que, comparado con Javier, Telmo, Omar, y los demás niños de su edad, era atento, educado, y tan astuto como poco inteligente. Había aprendido a leer a una edad muy tardía, le costaba comprender los problemas de matemáticas más sencillos y, hasta hacía bien poco, se orinaba en las sábanas por las noches. Él detestaba aceptar todo aquello, pero ante todo se consideraba un niño sincero consigo mismo, así que no le quedaba otra que asumir las críticas. No obstante, en aquella ocasión el niño sabía cosas que papá desconocía y jamás debería conocer.

Había hecho algo extraordinario. O algo extraordinariamente perverso, no lo tenía claro del todo. ¿Y si lo descubrían? ¿Qué castigo merecería? Bajo su punto de vista, había obrado de la manera más heroica y noble posible, digna de esos caballeros que aparecían en los cuentos que le solía leer mamá cuando era un niño (no como ahora, que ya era todo un jovencito). Aquellos que montaban sobre caballos de pelaje blanco y luchaban contra ogros y dragones. Pero el llanto de papá hacía que los caballeros de los cuentos desapareciesen, y entonces no podía evitar sentirse el niño más malo del universo, casi tanto como los propios ogros y dragones.

«¿Por qué lo he hecho, Aquiles?», susurró volviéndose hacia su amigo del alma, que no se había movido de su lado en toda la tarde.

Eran simplemente inseparables. El cuadrúpedo había llegado a casa casi al tiempo de nacer Óliver. Por aquel entonces era una diminuta bola de pelo devoradora de cualquier elemento que se le antojara comestible. Ahora pesaba 45 kilos, lo cual, según el niño, lo convertía en el perro más grande del planeta (un día incluso probó a montarlo sobre el lomo para cabalgar por la playa, con catastróficos resultados para ambos). Aquiles dormía con Oli, comía con Oli y siempre lo acompañaba cada tarde en sus grandes paseos. Algunos

niños jugaban a la pelota con sus amigos, otros veraneaban con sus primos, y él tenía a Aquiles.

El pastor alemán apoyó su cabeza descomunal sobre el edredón y frotó el hocico contra el hombro de Oli, que lo interpretó como: «*no te preocupes amigo, yo estoy contigo*». En realidad, Aquiles había estado presente aquel mismo día, durante todo el proceso de gestación y elaboración de ese plan tan perverso, por lo que en cierta manera, sí, formaba parte del equipo, y también compartía el secreto de Oli. Por otro lado era el mejor confidente que alguien podía tener, ya que Oli estaba convencido de que a Aquiles no se le iba a escapar un ladrido más de la cuenta.

Una vez recuperó un poco la serenidad y sus ojos dejaron de tener forma de balón de fútbol, reflexionó. Ese día, que desde entonces sería recordado como el Día Importante, había sido, sin ningún género de dudas, el peor de su vida.

El Día Importante había comenzado como un jueves cualquiera en la vida de Óliver, Aquiles, papá y mamá en la casa más bonita de toda la primera línea de la playa. Localizado en la costa cántabra, Ámbar era un pueblo pesquero tradicional que, a tenor del cartel de bienvenida situado en la carretera de entrada, acogía a 3.601 habitantes censados. Estaba flanqueado por una agrupación de colinas de media altura y arrinconado por el mar Cantábrico, haciendo del larguísimo paseo marítimo su principal reclamo. Los ambareños solían bromear sobre la disposición laberíntica de las calles del centro, asegurando que aquel que se internara en ellas por primera vez, bien haría en llevar un buen callejero consigo. Los refranes locales decían que Ámbar era tan paradisíaco como misterioso, dependiendo de la época del año y el estado de las mareas.

Como ya le habían concedido las vacaciones, Oli se había despertado muy tarde, lo que explicó que no se oyera ni un alma en casa cuando abrió el primer ojo. Se limpió las legañas con los dedos y pateó las escaleras hasta el piso inferior con la intención de desayunar. Aquiles dormía plácidamente en su rincón de la cocina. Al verlo bajar, se incorporó de un salto y corrió hacia él para lamerle la rodilla. Tras el habitual gesto de «buenos días», el pastor alemán se giró y volvió a tumbarse en su rincón, desde donde no perdió detalle de cada movimiento que hacía el niño.

Oli ya se había preparado su enorme tazón de cereales de chocolate con leche cuando mamá entró en casa dando un sonoro portazo.

—¡Hijo! —exclamó—. ¿Te acabas de levantar?

—Sí —respondió Oli, sintiéndose culpable por su holgazanería.

Mamá se movía de un lado a otro de la cocina como con prisa.

—Tranquilo, marmotilla. Para eso están las vacaciones, ¿no? —dijo sin mostrar mucho interés, mientras buscaba algo en los cajones. Luego dejó caer un sobre grande sobre la mesa—. Recuerda que tienes que pasear a Aquiles antes de la hora de comer.

El aludido alzó la cabeza. El tema le interesaba.

—Lo sé, mamá, no te preocupes. —Oli miró el sobre—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —Ella arrugó la frente—. Nada, son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen —dijo, como esforzándose por resultar condescendiente.

Acarició después el pelo de su hijo y continuó recorriendo la cocina. A pesar de haber superado los cuarenta, era una mujer que se preocupaba por mostrarse joven y atractiva. Se conservaba bien, aunque, ni siquiera cuando era una preciosa adolescente de bonita melena, solía enseñar más carne de la cuenta. Siempre le había gustado verse a sí misma como una mujer decente, y ahora que era madre, se esforzaba por parecer responsable. Acudía al gimnasio del barrio tres veces a la semana y procuraba seguir una alimentación equilibrada. Esa mañana no se había maquillado, lo cual según su hijo le resaltaba sus preciosos ojos claros. Los tacones bajos repiqueaban contra los baldosines, y los volantes de una falda larga bailaban hacia los lados con el ir y venir por la estancia.

—¿Qué buscas, mamá?

—Lo de siempre, las llaves del almacén. ¡Nunca sé dónde las dejo!

Raro era el día que no tenía que volver a casa a por algo que se había olvidado, ya fueran las llaves del almacén, alguna factura o el teléfono móvil. Como ella siempre decía, algún día se le iba a olvidar hasta la mismísima cabeza.

Finalmente, como en muchas otras ocasiones, fue Aquiles quien encontró las llaves. Oli se preguntaba a menudo qué sería de la familia sin la ayuda de su amigo de cuatro patas.

Una vez hubo encontrado lo que había ido a buscar, mamá se despidió y se dispuso a regresar a la tienda.

—¿No vas a abrir el sobre? —preguntó él cuando su madre salía por la puerta.

—Ahora no tengo tiempo. Hasta la noche, enano.

Lanzó un beso al aire y cerró la puerta con la misma vitalidad con la que había entrado.

Oli torció el gesto con medida resignación. Odiaba que le llamara enano.

Óliver no podía dejar de mirar el sobre. Muchas veces le habían advertido de que la correspondencia ajena era algo muy personal, y que nunca debía abrirse si no estaba destinada a uno mismo, así que, una vez más, superó el poder de su propia curiosidad y se limitó a observar el envoltorio en silencio.

De pronto, el teléfono de la casa sonó a un volumen que a Oli le pareció exagerado. Aquiles se incorporó. El timbre continuó retumbando sin que ninguno de los dos hiciera nada por contestarlo, a pesar del irritante ruido. Oli consideraba que el teléfono era un aparato inventado por el mismísimo Satanás, y que no hacía más que molestar. Las llamadas que llegaban a casa nunca iban dirigidas a él, de modo que esperó a que, quien fuera el que estuviera al otro lado, se diera por vencido y dejara de insistir. Para su sorpresa, cuando el contestador automático saltó, esa persona dejó un mensaje de voz: *«Hola, soy la doctora Sara Mora. Eh... no sé si ya han recibido los resultados de las pruebas, pero... eh... me gustaría hablar con ustedes personalmente en mi consulta. Vengan cuanto antes, es urgente. Muchas gracias. Adiós.»*

Aquiles ladeó la cabeza y emitió un ligero aullido. Después se hizo el silencio. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero Oli había notado cierto matiz de preocupación en las palabras de aquella doctora, y la extraña atmósfera que se había creado en la cocina no le estaba ayudando a pensar lo contrario.

«Es urgente...», repitió en su interior las palabras de la doctora.

Volvió a fijar la atención en el sobre, recordando lo que mamá había dicho acerca de él: «Son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen». Oli y Aquiles se miraron con fijeza, tal como si estuviesen pensando en lo mismo.

«Lo sé, amigo», dijo el chaval.

La curiosidad mató al gato. Ese era el refrán favorito de Oli, y aunque no estaba seguro de entenderlo, sabía que podía aplicarse a su situación. Él era el gato, y no tenía intención de que la curiosidad acabara con él, así que desvió la mirada del sobre, dejó el cuenco vacío de los cereales sobre la pila, e instó a su amigo a ir a dar un paseo por el barrio.

El animal no dio saltos de excitación como cada vez que salía, y su joven dueño no tomó la dirección de la playa, como hacía cada mañana. Los dos tenían la mente ocupada en el sobre y el mensaje telefónico. Meditabundos, dieron la vuelta a la manzana, se internaron en la tienda de chuches a comprar las provisiones del día, y regresaron. En menos de diez minutos ya se encontraban de vuelta en la cocina.

Existía una fuerza exterior que solía atraer a Oli hacia lo desconocido, y además le impulsaba hacia acciones que no quería o no debía hacer. Se había ganado innumerables reprimendas por ello en el pasado. Él aún no lo sabía pero, en este caso, el castigo iba a ser mucho peor que una reprimenda. Se mordió el labio inferior y lo hizo. Bajo la estricta supervisión de Aquiles, se abalanzó hacia el sobre. Después lo abrió con ansia, temiendo que alguien entrara en ese momento por la puerta.

Aquiles ladró con fuerza una sola vez, haciéndole saber a Oli que no estaba para nada de acuerdo con la decisión que estaba tomando.

—No te preocupes —sonrió este con complicidad—. Diré que tú no tuviste nada que ver.

A su vez, el perro no quitaba ojo del sobre.

Tanto le temblaban las manos a Oli que hasta le costaba sostener el sobre. Se sentía excitado, como uno de esos héroes de acción que lo arriesgaban todo a favor de la misión. Ahora entendía por qué los llamaban héroes. Cuando extrajo los papeles y los depositó sobre la mesa, los ojeó con interés. Creía que le explotaría el pecho. A Aquiles parecía ocurrirle algo similar, pues dio un salto para sostenerse sobre sus dos patas traseras y apoyó la cabeza sobre el tablero de la mesa.

Los papeles que contenía el sobre estaban divididos en dos tacos de similares dimensiones, de pocos folios cada uno y unidos por sendas grapas en sus esquinas. A simple vista ambos eran iguales, con

la única diferencia de que uno contenía los datos personales de papá, y el otro, los de mamá. Perfectamente normal. Algo decepcionado, Oli comenzó a leer lo que en apariencia eran simples datos médicos imposibles de descifrar para un niño de diez años (sobre todo para uno que había aprendido a leer a una edad tan tardía y al que le costaba comprender los problemas matemáticos más sencillos).

De improviso leyó de reojo dos palabras que hicieron que se le detuviera el corazón. Estas las había entendido muy bien.

«Oh, no...»

Tragó saliva con extraordinaria dificultad. Si se hubiera mirado en la superficie de un espejo, habría visto un niño completamente pálido. Dejó caer los papeles y miró a Aquiles, demandando ayuda con desesperación. Necesitaba que alguien le dijera que se estaba equivocando, que era tan idiota que no lo estaba interpretando bien, que no había por qué preocuparse.

En uno de los dos tacos de folios, entre tantos datos médicos imposibles de descifrar, se podían leer con claridad dos palabras malditas, y además en letras mayúsculas para alejar cualquier duda: TUMOR CEREBRAL.

MAMÁ recorría las calles de Ámbar a gran velocidad. Si llevara un calzado más deportivo en lugar de esos bonitos zapatos de discreto tacón, pensaba, empezaría a correr y llegaría a la tienda en un minuto. Valoró la posibilidad de regresar a casa para cambiarse el calzado, pero al final la desestimó: seguro que se entretendría y llegaría aún más tarde. Dobló unas cuantas esquinas y avanzó por calles estrechas que se dirigían al centro. Enseguida abrió con ímpetu una puerta roja coronada por un divertido cartel de colores que decía «LOS ABALORIOS DEL MAR», y en cuyo cristal colgaba un letrero que prometía a los clientes el regreso de la dueña en menos de cinco minutos. Mamá había tardado más de diez.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —exclamó, juntando ambas palmas como en una oración.

La Conchi sonrió con dulzura cuando vio que mamá entraba a la tienda como un elefante en una cacharrería. Había acudido con su nieta, que acababa de cumplir los diez meses y dormía dentro del

cohecito, ajena a lo que sucedía en el mundo. La Conchi estaba jubilada, así que no tenía grandes planes para esa mañana, a excepción de dar un agradable paseo con el bebé. No había nadie más en el interior de la tienda.

—Tranquila, hija, no hay prisa, no hay prisa. —La vecina gesticulaba casi a cámara lenta mientras hablaba—. Mejor aquí que fuera, se está más fresquito.

Mamá sonrió. Adoraba su trabajo, y más aún a sus clientes, en especial a las clientas que eran como la Conchi. Se secó las gotas de sudor de la frente, quitó el cartelito de la puerta y se situó tras el mostrador. Después recordó lo que había ido a buscar a casa, así que extrajo las llaves del bolso y abrió el almacén donde guardaba todo el material. La anciana la miraba con una sonrisa inalterable dibujada en la cara. Cuando mamá por fin volvió del almacén —no sin soltar un suspiro de agobio—, La Conchi pudo hacer al fin su pedido: dos metros de tela rosa, una madeja de lana blanca, un juego de alfileres, agujas y dedales, y dos carretes de hilo. Asimismo, dejó encargado un metro de tela especial para hacer algunos coleteros. Después se despidió amablemente.

Nada más había salido Conchi por la puerta, mamá volvió a dejar el local a su suerte. Esta vez sería por menos de cinco minutos. Cruzó la calle, entró en un Farggi, pidió un capuchino para llevar, y regresó a la tienda. No había clientes, así que aprovechó para degustar el café. Después empezó a fabricar divertidos camafeos con terciopelo, conchas y abalorios. Tan solo hacía pausas para atender a los clientes que, de vez en cuando, entraban, compraban algo de poco valor, compartían algún chismorreos y se iban sin más. Entonces mamá continuaba con los camafeos. Así transcurrió su mañana, y no pensó ni una sola vez en el sobre blanco que había llevado a su domicilio con las pruebas médicas.

A OLI le entró el pánico.

«Tumor cerebral, tumor cerebral, tumor cerebral...», repetía en su mente de forma obsesiva.

No sabía qué hacer. ¡Tan solo tenía diez años! Las palabras se tornaron cada vez más borrosas en el papel debido a las lágrimas que

caían incontenibles. Oli detestaba llorar. Tenía muchos defectos que siempre reconocía con honor, pero la cobardía no era uno de ellos. No podía permitirse llorar, así de claro. Lleno de rabia, se frotó la cara con la manga del jersey y se levantó de golpe para dirigirse al salón. Aquiles lo siguió. Una vez allí, el niño buscó en la librería de papá, entre todos los marcos de fotos y adornos viejos, aquel libro enorme del cual siempre le decían que contestaba a todas las preguntas sin excepción: la enciclopedia. Cuando lo encontró (no le fue difícil, ya que alguna que otra vez había tenido que consultarla para algún trabajo del colegio), lo agarró fuerte y se la llevó consigo. Pesaba tanto que a punto estuvo de tirar a Oli hacia atrás, por lo que decidió posarlo allí mismo, sobre la alfombra estampada que cubría el suelo del salón. No podía perder más tiempo o sus nervios acabarían con él. Con las manos temblorosas, buscó entre las páginas la palabra tumor. Cogió mucho aire de golpe y comenzó a leer. No pudo siquiera terminar el primer párrafo.

Invadido por la congoja y el desconsuelo, Oli rompió a llorar de nuevo. Quiso gritar muy alto, pero no fue capaz ni siquiera de emitir un ahogado chillido. Se desplomó sobre aquel libro que tanto pesaba y se odió a sí mismo por permitirse gimotear así, de una manera como jamás lo había hecho. Mientras tanto, Aquiles le lamía la mano.

Una hora más tarde, Óliver y el perro estaban petrificados bajo la robusta mesa del salón. La enciclopedia permanecía en el suelo, abierta por la página donde las palabras empezaban por Tu. El silencio era sepulcral, a excepción de una serie de silbidos aleatorios provenientes de un silbato de metal. Papá se lo había regalado a Oli en una época en la que este tenía tanto miedo de acudir al colegio que le entraba la fiebre según salían de casa. Se trataba del *silbato de la confianza*, como así lo había bautizado papá, y ayudaba Oli a sentirse importante, tanto como los árbitros de fútbol, que tenían poder para hacer lo que quisieran. Lo llevaba siempre encima y lo utilizaba cada vez que le entraba el pánico. Como ahora, que tenía mucho miedo de enfrentarse al mundo porque no le gustaba el aspecto que iba a tener a partir de ese momento. Odiaba ser la única persona que sabía el contenido de aquellos papeles. Solo con imaginarse la reacción de los demás al conocerlo, algo se le quejaba dentro del estómago. No

soportaba la idea de que mamá o papá entraran por la puerta y se enteraran de todo el tema del tumor.

Una chispa se le encendió entonces dentro de la cabeza. ¿La única persona que sabía el contenido de los papeles? ¡Claro! Su cerebro comenzó a trabajar con la precisión de un reloj helvético, completando un puzzle imposible que, por alguna razón, a Oli se le antojó básico y elemental. Dejó de soplar el silbato y maduró esas ideas hasta asegurarse de que tenían sentido.

«Bingo.»

Con lágrimas secas en las mejillas, levantó el mentón y endureció la mirada. Acababa de elaborar el plan perfecto.

—¿No crees que es una locura, Aquiles? —inquirió, mirándolo con fijeza. Se aferró con fuerza a la cabeza de su fiel amigo y perdió la mirada en el infinito.

El perro se limitó a jadear, como solo hacía cuando tenía sed, estaba cansado o asustado. Oli supuso que se trataba de la tercera opción.

«Si voy a continuar con este plan, nadie, a excepción de Aquiles, debe saber nada de nada.»

Pero, ¿por dónde empezar? Tenía que asumir algo: únicamente tenía diez años. Quisiera o no, necesitaría ayuda. Tenía que ser alguien de total confianza, pero tan chiflado como para verle el sentido a su perfecta idea y llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias, por doloroso que fuera. Oli no tuvo que pensar mucho. Tan solo había una persona de esas características sobre la faz de la Tierra. Caprichos del destino, como si alguien desde el Cielo le estuviera mandando una señal aprobatoria, esa persona que estaba buscando abrió, en ese mismo momento, la puerta principal.

El Yayo había entrado en casa.

8 de febrero de 1983

La vuelta a casa no podía haber empezado mejor. La noche de mi llegada, mi madre me había dado una efusiva bienvenida, que fue totalmente ratificada con el consistente potaje que tenía preparado para cenar. Ese potaje hizo que tuviera que levantarme en dirección al cuarto de baño un par de veces durante la noche, pero eso era algo que jamás podría cambiar: el hogar, sin su potaje, no era el hogar.

Al día siguiente amanecí pletórico, no solo por el resplandeciente sol que ahora sí brillaba por encima del mar, sino porque aquella noche tenía un plan. Iba a acudir a la cita con la chica sin paraguas que conocí nada más llegar. Ahora lo pienso con frialdad y me parece una locura, pero en aquel momento consideré que había estado demasiado tiempo fuera del pueblo e iba a necesitar nuevas amistades. Verónica parecía una chica interesante. Además, mi entrepierña, que en esos años de postadolescencia era la que gobernaba sobre mis decisiones, opinaba más o menos lo mismo. Y siempre procuraba prestar la mayor atención a sus movimientos en la duermevela.

. . .

LA AUDIENCIA del teatro se mantiene expectante ante el relato de un locutor que se expresa con efusividad, siempre gesticulando y alzando la voz en los momentos que él considera importantes. Cualquiera se sentiría nervioso, incluso bloqueado, ante tan mayúsculo anfiteatro. Pero él actúa con seguridad y espontaneidad, como si realizase este tipo de conferencias a diario. Desde su posición, el hombre apenas puede distinguir los rostros de los espectadores de la primera fila, y mucho menos aun calcular las dimensiones de la tribuna, ya que un potente foco de luz azulada le apunta directamente a los ojos.

ME PRESENTÉ en la taberna del pueblo, solo ante el peligro como Gary Cooper. A pesar de la cantidad de preguntas indiscretas que mi madre y mi prima me habían hecho al salir de casa, no iba a ser una cita al uso. Solo quería reinsertarme en la sociedad aprovechando la primera oportunidad que se me había presentado en el camino. Supongo que las dos mujeres de mi familia habían sido tan insistentes debido al elegante atuendo que había escogido para el evento: camisa blanca, chaqueta de cuero negro y zapatos del mismo color.

—¡Pero bueno! —había exclamado mi madre en cuanto me vio—. ¿A qué se debe tanta elegancia?

—Ha quedado con su novia —se adelantó a explicar Berta con cierto tono desaprobatorio.

—No es mi novia —maticé mientras me daba un último vistazo en el viejo espejo del recibidor.

—¿Tienes novia? ¿Desde cuándo? —Mi madre, ávida de un nuevo y jugoso chismorreó, salió como un rayo de la cocina limpiándose las manos contra el delantal.

—Desde ayer. La conoció mientras volvíamos de la estación —otra vez se me anticipaba mi prima.

—¿Y cómo se llama? ¿Es guapa? ¿Conozco a sus padres?

—Se llama Verónica, creo, y es bastante estúpida —explicó Berta con morbosa entonación—. Entre tú y yo, tía, no creo que pasen de esta noche.

Mi madre torció el gesto y se acercó a mi lado para recolocarme la raya del pelo a su gusto —«así mejor, como un verdadero caballero»,

dijo—. Arrugó la nariz como un perro policía cuando se acercó a mi cuello: «recuerda que vales mucho más que cualquier mujer».

—¡Te has echado colonia! —exclamó después, asombrada como si hubiese visto una vaca volando—. ¡Esto va en serio!

—La acabo de conocer, mamá. Venga, no seáis pesadas.

Se miraron como dos colegialas, y pude ver a mi prima colocando las manos en forma de corazón para disfrute de mi madre. En vista de que aquella noche iba a resultar imposible hablar en serio con ellas, asumí que era hora de marcharse. Me llevé la mano al flequillo para devolver la raya a su estado original y lancé un suspiro que, aunque pretendía ser perezoso, confirmó mi creciente nerviosismo.

Nada más entrar en el bar busqué a Verónica con la mirada. No hubo suerte y me dirigí a la barra. La decoración del Rock&Blues era sencilla, en aquel lugar te sentías como en casa. Pocas cosas habían cambiado. La madera vieja que cubría las paredes estaba decorada con fotografías en homenaje a antiguas estrellas de cine: John Wayne, Rita Hayworth y Marlon Brando, entre otros, acompañaban a los ambareños más nocturnos hasta las más altas horas de la noche. La música rock sonaba a todo volumen. La barra crecía a lo largo hasta la zona de unos baños que, dado a su rancio olor a orín, solo los muy valientes osaban visitar. El suelo del local estaba tan pringoso que me habría parecido justo que me hubieran ofrecido una ronda gratis como recompensa. Mi fugaz enfado se esfumó cuando un par de manos me cubrieron los ojos desde mi descuidada retaguardia. Por el tacto suave deduje que pertenecían a una jovencita.

—¿Quién soy? —inquirió la nueva nena de mis sueños.

«La solución a todos mis problemas», pensó mi entrepiera en mi lugar.

Acaricé sus manos con cierto nerviosismo antes de separarlas de mi cara. Después me giré y mi corazón dio un vuelco de trescientos sesenta grados al verla de nuevo.

«Te dije que era una buena idea venir aquí», opinó mi amiga de ahí abajo.

Su pelo ya no estaba mojado ni alborotado. Ahora se dejaba caer con elegancia sobre los hombros, brillante, de un color que hacía juego con las pecas que poblaban unos graciosos mofletes. Vestía una sensual chaqueta de cuero marrón y un ajustadísimo pantalón

vaquero de marca —a mi juicio, un par de tallas por debajo de la suya — que me hicieron pensar algo que posteriormente comprobaría de primera mano: el dinero no era un problema para ella.

Pasados unos segundos de aturdimiento mental, cogí aire, apreté los dientes, e intenté mantener mi dignidad para no quedar como un completo imbécil.

—¿Te apetece una copa? —Mi voz firme me sonó extraña.

—¡Al final has venido, qué bien! —exclamó ella, dando alegres palmadas—. No, mejor no bebo alcohol, que me sienta mal y me vuelvo un poco loquilla. ¡Pídeme un refresco de naranja!

Me encogí de hombros sin darle la importancia que, como era evidente, tenía el hecho de que Verónica hiciera locuras con el alcohol.

—Que sea un refresco entonces —repliqué en tono neutro. Después llamé al camarero con un gesto y pedí la naranjada, además de un botellín de cerveza para mí.

—Oye, ¿por qué estás tan serio? —me preguntó, examinándome con especial fijeza.

—¿Cómo dices?

—¡Que si te pasa algo, tío!

—¡Ah! Eh... no, estoy muy bien. —Tragué saliva—. Es que no te oigo bien con la música tan alta. —Acto seguido, sonreí como un memo.

Verónica dio un paso al frente y se acercó a mi oreja para asegurarse de que la entendía correctamente.

—¡Vamos a bailar! —propuso con contagiosa vitalidad.

Agarró mi brazo con fuerza y tiró de él, arrastrándome casi como un pelele de trapo hasta la pista de baile. Intenté mantener el lugar de la barra que tanto esfuerzo me había costado conseguir, pero fue inútil.

—Espera, que las bebid...

—¡Deja las bebidas en paz! —rugió—. ¡Ven conmigo!

Pronto nos vimos bailando algo así como el rock del infierno en la pista. Ella le estaba dando un nuevo significado a la canción *Escuela de calor*, y supe que, si no quería desmayarme, debía beber algo frío.

—Voy a la barra un momento —avisé, fingiendo llevar el control de la situación.

—¡Pide un mosto con hielo para mí! —gritó ella.

¿Un mosto con hielo? Aquella chica estaba como una regadera, pero he de reconocer que era algo que me gustaba de ella; le hacía diferente a las demás.

Pasados unos minutos, me giré desde la barra y vi algo que no esperaba: Verónica continuaba bailando, esta vez rodeada por un grupo de cuatro chicos, cada cual más musculoso que el anterior. Elegí no darle demasiada importancia y me quedé en la barra manteniendo la compostura.

Al poco rato ya me había tomado dos cubatas, así que empezaba a estar algo más revolucionado de lo normal. No podía dejar de mirarlo ajustado que le quedaba el pantalón a Verónica, bailando como un ángel (aunque en ese momento me pareciera un demonio) mientras los cuatro mangaestrecha la admiraban con descaro. Durante el baile, ella me echó un par de vistazos que yo logré esquivar con cierta soltura mirando en el interior de mi cubata. Cuando terminó la canción, se acercó. Lo hizo ignorando al cuarteto de gimnasio que, con toda seguridad, estaba tan caliente como yo tras aquella demostración de irresistible sensualidad.

—¿Qué? —quiso saber ella con una sonrisa, como retándome a que opinara sobre su bailecito.

—¿Eh? —disimulé yo con primitiva picardía. La miré después con curiosidad, como si no supiera de qué iba el asunto.

Verónica me examinó durante unos segundos, y no debió de intuir nada especial porque sonrió un poquito y se puso zalamera.

Después me abrazó con ternura, y en ese momento toda mi hombría se vino abajo, o, expresándolo mejor, ella debió de percibir que algo estaba en alza. Mi disimulo se derrumbó entonces por completo. Se apartó ligeramente y me miró a los ojos con un gesto triunfante que parecía decir: *esto está funcionando*.

—¿Salimos fuera? —dijo de repente—. Tenías razón, la música está muy alta y no se puede hablar bien. —Sin esperar mi respuesta, y dando por hecho mi monosílabo afirmativo, cogió dos botellines de cerveza y salió por la puerta del establecimiento.

—Supongo que tendré que volver a empezar —dije, sentado sobre un banco de madera que había frente al Rock&Blues—. Retomar mi vida, en definitiva.

—¿Te referes a empezar de cero?

Verónica se sentó a mi lado asegurándose de que ni siquiera me rozaba con el codo. Apoyó la espalda sin más en el respaldo.

—No, empezar de cero no —quise rectificar su tónica afirmación—. Al fin y al cabo, mi familia siempre está ahí. Pero necesito amigos.

Estuvimos un rato en silencio, bebiendo de nuestros respectivos botellines de cerveza, hasta que me eché a reír. Fue con una risa ronca, típica de una borrachera en ciernes.

—¡Parece mentira que haya dicho eso! —exclamé, más suelto ya de lengua—. Vas a pensar que soy un bicho raro, amargado y solitario.

—Solo un poquito.

Ella dibujó un gracioso mohín.

—Pero es algo bueno, solo intento ser positivo. —Me giré para mirarla—. Además, no sé si has pillado la indirecta, pero intento abrirme contigo. Quiero que seas mi primera cara conocida aquí. —Y, para ello, le di un patético toquecito en el hombro derecho.

—¿Tu primera cara amiga? —Frunció el ceño—. Creí que habías nacido aquí. ¿Cómo es eso de que no tienes amigos?

—Los tenía, claro. Pero nueve meses pueden ser muy largos, y tanto Paco como Javier han decidido seguir con sus estudios fuera del pueblo. ¡Bah! —Alcé la mano de forma casi despectiva, restando importancia al tema—. Terminaré por perderles la pista.

Lancé un suspiro prolongado y apoyé los brazos sobre el respaldo del banco, haciéndome el interesante.

—Y tú, ¿qué? Seguro que tienes un montón de amigas *divinasde-lamuerte* —dije esto último imitando el acento de una jovencita de la alta sociedad, y enseguida me arrepentí de ello por resultar una soberana estupidez. ¿Intentaba ser su amigo, ligar con ella o que me aborreciera?

—Qué va, no te creas. —Su tono era escéptico, y la verdad es que me descolocó.

—Cuéntame cosas de tu vida —traté de indagar con tacto—. ¿Qué haces, por ejemplo, un día cualquiera?

—Pues ya conoces lo de mi afición por las conchas y lo despistada que soy. En fin, no soy una chica demasiado interesante, la verdad.

—¿Y qué me dices del futuro? ¿Qué planes tienes?

—Casarme. —A Verónica se le iluminó la cara—. Y tener un hijo, como mínimo.

—Tener un hijo —suspiré con chulería—. Qué típico.

Me miró con ceño.

—¿Qué problema hay en tener hijos?

—Nada, pero yo me refería a planes de trabajo, por ejemplo.

—Eso no lo tengo pensado. Algo que me guste, supongo. Algo relacionado con manualidades, o niños.

«¡Y dale con los niños!», pensé, abrumado por su obcecación maternal.

—La verdad es que he pensado poco en lo que quiero ser de mayor —dijo—. Creo que me gustaría quedarme justo como soy ahora.

Observé a Verónica con el disimulo suficiente para que no supiera que le estaba examinando. Ebrio como empezaba a sentirme, entendí por qué decía que no quería cambiar en el futuro. Con los ojos melancólicos pero vivos, el cuello de la botella rozando su labio inferior y la luz de los farolillos iluminando sus pómulos, gozaba de la capacidad de parecer guapa constantemente; no necesitaba maquillarse en exceso o siquiera peinarse. Tenía la cara fina y pequeña, con la piel muy pálida, como si se fuera a romper al más leve contacto con alguna superficie dura. Su nariz aguileña gozaba del justo tono rojizo en la punta a causa del frescor de la noche. Las imperfecciones quedaban resumidas en un conjunto fuera de lo común, gracias en parte a un parpadeo rápido y sensual, casi como un tic nervioso que seguro, pensé, había ablandado el corazón a más de un chico pijo.

Mi nueva amiga suspiró como si supiese que la estaba analizando. De hecho lo sabía, porque se cruzó de piernas, dejando así el lado del muslo hacia mí. ¡Vaya piernas! Seguro que iba a algún gimnasio caro de los que te regalan toallas con el logotipo bordado y tienes una taquilla personalizada. Estaba bella hasta muerta de frío y un poco borracha. «¿Bella? ¿Pero qué dices? Ten cerebro, no te encapriches tan deprisa, estúpido.»

—Yo te imagino dentro de unos años —dije con un toque de guasa en la voz.

Ella sonrió sin dejar de mirar al frente.

—¿Y qué imaginas?

Me senté de lado, apoyando mi trasero sobre el tobillo del pie izquierdo.

—Te veo saliendo de un bonito parque con un carrito doble de bebés. En efecto, tienes gemelos, y aunque el día es nublado y amenaza con llover, llevas puestas tus gafas de sol de marca porque te hacen más cool. Avanzas por una calle ancha, llena de tiendas de lujo, en cuyos escaparates te vas parando. Pero no entras a ninguna tienda porque no tienes demasiado tiempo. Has quedado para comer con tus amigas. Una de ellas va a contar que se muda a un chalet con jardín y piscina, y que todo lo va a pagar el millonario de su marido. Todas os echaréis a reír, sabiendo perfectamente que el marido millonario es un pobre cornudo y que tu amiga se está tirando al monitor del gimnasio caro con las toallas bordadas.

Como apartando esa hipotética vida, Verónica alzó la mano derecha.

—Bueno, oye, ¿por qué no cambiamos de tema?

—También veo a un hombre alto, guapo y musculoso, pero sin sentido del humor. Y tonto del culo. Pero, eso sí, está lleno de dinero por la herencia que le dejó su forrado padre al palmarla.

Me callé en cuanto fui consciente de mis palabras. «Pareces un chalado, intenta no hablar como un capullo arrogante y resentido.» Enseguida comprobé que había acabado con la paciencia de Verónica.

—Mira, creo que me voy a ir a casa. Si crees que soy tan pija y materialista.

—¡No! No te vayas —rogué, nervioso, puede que demasiado precipitadamente—. Perdona, solo me divertía. No hablaba en serio, y además estoy borracho.

Ella se volvió para aproximarse hasta tener mi cara tan cerca que podíamos oler el alcohol de los respectivos alientos.

—No sé por qué piensas eso de mí, si no me conoces.

—Pero conozco a la gente como tú.

Me contempló perpleja.

—¿La gente como yo? —inquirió después de dar otro trago.

—Mi amigo Paco salía con una chica que vestía como tú y hablaba como tú, con sus chaquetas de cuero, su deportivo y sus palabras raras.

—Ah, es eso —repuso con evidente alivio—. Pero si yo ni siquiera tengo coche. Y te aseguro que no hablo raro. Además, si soy tan desagradable —apoyó la mano en mi muslo derecho, provocándome un escalofrío—, ¿por qué has quedado conmigo esta noche?

Subió la mano hasta la zona de la ingle.

—Porque me gus... —apenas farfullé—. Me parecen muy interesante.

Me di cuenta de lo que había estado a punto de decir y en seguida rectifiqué la frase. Después los dos volvimos a apoyarnos contra el respaldo, manteniendo la distancia en un incómodo momento. Sin embargo, pude ver de reojo una disimulada sonrisa en su rostro.

—Venga, volvamos adentro. —Se levantó de golpe mientras se frotaba las manos para combatir el frío—. Y nada de seguir bebiendo, que ya estás pelín sobradamente borracho.

Mientras Verónica avanzaba hacia la puerta de la taberna, me fijé en su cuerpo, no como objeto sexual, sino como conjunto. Era entrañable. ¿Y si en verdad pensaba todo eso de ella y me estaba equivocando? ¿Había metido la pata? La imaginé entonces en su cuarto, bebiendo mosto con hielo y rodeada de pósteres de The Beatles, Beach Boys, y alguno de Audrey Hepburn al estilo Andy Warhol, porque sí, sería pija, pero de esas con estilo y buen gusto. También pensé que seguramente utilizaría una bicicleta con cestita en la parte delantera para moverse por el pueblo, ya que había asegurado que no tenía coche. Y también podría ser de esas que utilizaba la frase *¡qué monoooo!* cuando veía un cachorrito de perro o un bebé recién nacido. Pero a mí me gustaba esa expresión. ¿Por qué demonios tenía que justificarme?

Dejé el botellín vacío en el suelo y me levanté para seguirla.

Durante el siguiente periodo de la noche, los cubalibres y demás bebidas alcohólico-gaseosa-afrodisíacas se fueron sucediendo una tras otra, impidiéndome sorbo a sorbo mantener el control en mi caso, y dándole la razón a Verónica en el suyo: se vuelve un poco loquilla con el alcohol.

—Oye, ¿crees que caben dos personas en los servicios de este bar? —me preguntó con una inocencia muy singular. Sus ojos resplandecieron con una perversión que en cierto modo asustaba.

—Eh... —Tosí una vez para ganar unas fracciones de segundo—,

¿cómo dices? —Y tosí de nuevo sin ganas. Tras ello, fruncí el ceño y miré a mi alrededor confundido y con deseo de estar más, bueno, más confundido. Por suerte, nadie en el bar había oído la pregunta.

—Soldado, tenemos que mejorar esos problemas de oído que tienes, ¿eh?

—Pues dudo que quepan. Son terriblemente pequeños, ni siquiera una sola persona que padeciera sobrepeso entraría con facilidad —respondí, por fin, soltando un suspiro de angustia mientras indicaba el mínimo tamaño casi juntando dos dedos.

Ella carcajeo de una manera que me pareció muy cruel.

—¡Estaba de broma, tonto! —Dio una sonora palmada—. ¿Acaso creías que te iba a proponer algo indecente en el váter?

Me golpeó en el pecho mientras no dejaba de reír, y yo me sentí estúpido, sí, aunque un tonto bastante contento. Pero uno tenía una dignidad que mantener, por lo que, en una grandiosa sobreactuación, me hice el indignado.

—Anda, vámonos de aquí, que ya has bebido demasiado y estás empezando a desvariar.

En el instante en que aparté mi mirada para recoger su chaqueta, algo muy extraño sucedió. Un tipo de más o menos mi edad que no habíamos visto en toda la noche entró en el bar con andares de animal salvaje y se dirigió a Verónica de un modo que me pareció de lo más inapropiado.

—Vámonos. Es tarde y en este antro no hay más que gentuza —dijo, rotundo.

Agarró con fuerza el antebrazo de ella, y culminó la frase lanzándome una mirada de odio que provocó que el alcohol de las copas se convirtiera en colonia para bebés. A diferencia de mí, Verónica no se dejó intimidar por aquella versión chungueta de Tony Montana.

—¿Qué dices? —le espetó, y se deshizo de su opresión de un brusco tirón— Me lo estoy pasando muy bien con Alfonso.

Me señaló con el mentón y él me volvió a mirar con más odio si cabe, a pesar de que yo intentaba pasar lo más desapercibido posible ante aquella inesperada e incómoda situación.

—¡Nos vamos a ir quieras o no! —Ahora con un bramido, el macarra volvía a dirigirse a Verónica con un semblante que me puso

alerta—. ¿No ves que todo el bar te quiere follar? Pareces una puta con ese escote, joder.

Ella palideció de inmediato, y yo, al ver que la cosa se estaba poniendo fea, di un paso adelante. No tenía pensado terminar con un ojo morado en mi segundo día en casa, pero, a pesar de mi innata cobardía, hay pocas cosas que no puedo tolerar, y el maltrato a una mujer es una de ellas.

—No tienes derecho a hablarme así. —La voz de Verónica era un tímido susurro. Me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Por supuesto que sí, soy tu hermano —anunció por fin aquel tipo.

«Su hermano.»

—¡Mi hermanastro, joder! —Ella explotó.

—Ya es suficiente —concluyó él, autoritario.

Todo terminó en pocos segundos. El presunto hermano, o hermanastro, o lo que diablos fuera, le volvió a atrapar el brazo aun con más fuerza, y la arrastró hacia el exterior del local. Todo sucedió no antes de que ella volviera la cabeza y me lanzara una mirada que decía dos cosas: *lo siento y socorro*.

Y allí me quedé yo, de nuevo solo en la taberna de suelo pringoso, sujetando un nuevo vaso sin entender muy bien lo que acababa de ocurrir. Aquel hombre me olía a chamusquina, y también a chistorra. Y pocas veces me equivoco cuando huelo a chistorra.

En efecto, no me estaba equivocando.

23 de junio de 2006

Los resultados médicos, lamentable e inevitablemente, hablaban por sí solos. Se empeñaba en revisarlos una y otra vez a través de la pantalla del ordenador de la consulta, y a pesar de que había algo que no le acababa de encajar —y no por capricho, como sabría muchos días después—, no podía cambiar la realidad. Sara Mora examinó a aquellos a quien debía enfrentarse en los siguientes minutos y le entró el pánico. Frente a ella, al otro lado de la mesa de su austera consulta, estaba sentado un varón de mediana edad cuyo rostro estaba oculto tras las manos, y su suegro, inmóvil y cabizbajo.

«Así que esto es lo que se siente justo antes de dar este tipo de noticias», pensó la doctora con profunda tristeza.

Se había licenciado en medicina con brillantez, llegando a ser una de las primeras en la especialidad de neurocirugía. Desde que terminara los estudios hacía tres años, había tenido la oportunidad de realizar hasta cinco operaciones cerebrales a vida o muerte, y todas con éxito. Se trataba posiblemente de la neurocirujana más prometedora de todo el norte de España. No obstante, sus colegas de profesión solían decir en tono de chanza que su apariencia juvenil, casi

infantil, no le beneficiaría a la hora de comunicar esas noticias que ellos denominaban *noticias bomba* a los pacientes desconsolados. «Eres blanda y dulce como un algodón de azúcar —decían—. Un cirujano debe ser un soldado francotirador: preciso en ejecución y carente de sentimientos». Ella siempre había negado tal estupidez. Además de no estar de acuerdo con la cruda definición, opinaba que el hecho de peinarse con coleta y lucir mofletes no demostraba nada respecto a su forma de ser. Pero aquel día, frente a aquellas dos abatidas figuras que aguardaban un milagro, Sara pensó que quizá sus compañeros estaban en lo cierto. Estaba a punto de probar la parte más dura de su profesión, y para eso, obviamente, no te preparan en la facultad.

—Lo siento mucho —afirmó con voz queda—. Estas son las duras pruebas que nos pone la vida.

El hombre más joven se enjugó las lágrimas de los ojos con las palmas, permitiendo que la doctora pudiera volver a mirarle a la cara. Rondaría los cuarenta años, pero se conservaba bien. Tenía la cara estrecha, unos bonitos ojos enrojecidos por el llanto y unas facciones muy marcadas que destacaban aún más por una descuidada barba de tres días.

«Es mono —pensó Mora para aliviar su propia tensión interior—. Si no fuera por esas patillas tan pasadas de moda, podría pasar por un hombre atractivo.»

—Perdone mi reacción, pero ahora mismo no le veo el más mínimo sentido a la vida ni a sus estúpidas pruebas —subrayó él.

—Lo siento —repitió la neurocirujana.

Dirigió la mirada hacia el anciano, que, como contrapunto, no expresaba ningún tipo de emoción. Parecía haber envejecido varios años de golpe, y su cabello gris y alborotado ahora era su pelo blanco más alborotado aún.

—Doctor Salas, ¿hay algo que pueda hacer por ustedes?

El nombrado alzó la mirada como si lo hubieran despertado de un profundo letargo. Se aclaró la garganta para hablar.

—Hace tiempo que dejé de ejercer la medicina en esta clínica, Sarita, así que no me llames doctor. —Su semblante y tonalidad de voz todavía intimidaban a Sara—. Y por favor, tutéame. Hablándome de usted solo me recuerdas lo jodidamente viejo que soy.

Sara se ruborizó. Cada palabra que pronunciaba aquella tarde le estaba haciendo sentirse más diminuta.

Si la situación era ya incómoda de por sí, había un factor que lo complicaba aún más. Todo el mundo en la clínica conocía al legendario doctor Salas. No obstante, nadie podía figurarse cómo de extraño era el doble y contradictorio sentimiento de odio-admiración que la joven sentía por el galeno retirado.

Sara era una chica equilibrada que poseía, además, un llamativo atractivo físico. Criada como hija única, sus padres, un humilde electricista y una dedicada ama de casa, habían invertido todos los ahorros en subvencionar sus estudios académicos. En los últimos años de carrera ya era un hecho constatado: Sara se había convertido en la número uno de su promoción. Estaba en la flor de la vida, y cuando finalizó sus estudios en la facultad, se le presentó la oportunidad de realizar las prácticas en la clínica de Ámbar. Aceptó sin pensarlo dos veces.

Pronto se dio cuenta de que quizá no había sido una buena decisión. Su mentor sería un tal doctor Salas, un prestigioso médico que tenía fama de ser un amargado viejo verde. Y ahora ella, claro, iba a convertirse en su juguete favorito.

Uno de los primeros cometidos de la joven en la clínica fue participar como ayudante principal en una operación a cráneo abierto que dirigía la leyenda. El trabajo estaba marchando sobre ruedas hasta que, a las dos horas de comenzar, el doctor Salas cedió los instrumentos a Sara y se hizo a un lado. «Tu turno, chica —dijo delante de todo el equipo del hospital—. Demuestra que tu expediente académico dice la verdad.» La aprendiz se paralizó de súbito. No entendía por qué su mentor había actuado de esa manera, con la vida de un paciente en riesgo, y en su primer contacto profesional con un quirófano. Tenía la vida de un hombre en sus manos.

Así con todo, la joven se hizo con los instrumentos y continuó con la operación. No sabía por dónde empezar, de modo que le suplicó ayuda con la mirada. La única respuesta que obtuvo fueron dos pupilas negras y despiadadas disfrutando de su duda. Quería llorar. Desprovista de escapatoria, orientó la microcámara hacia la zona del cerebro que iba a manipular, y se puso manos a la obra.

No pasaron ni dos minutos cuando el doctor le hizo a un lado de

un empujón, arrebatándole los instrumentos y dejándola en ridículo delante de los demás miembros del equipo. «¡Aparta, cojones! ¿Es que quieres matar a este hombre? —bramó con violencia—. Sí, eso, ahora la niña se echa a llorar.» Algunos miembros del equipo de enfermería observaron la escena con compasión. Algún otro se reía divertido.

Sara había fracasado públicamente y su mentor la odiaba. No podía sentirse más humillada.

Desde ese día se sintió vigilada, examinada. En cuanto se relajaba lo más mínimo o cometía el más simple error, allí estaba el doctor Salas juzgándola con sus ojos militares. En cada acción que la joven realizaba era como si el médico le hiciera una radiografía y luego posase una lupa sobre cada defecto, cada impureza. Fueron las peores semanas de su vida. Sin embargo, comprendió más adelante que el viejo verde de las narices tenía un talento admirable y, lo mejor para su delicada profesión, se lo estaba enseñando todo. Gracias a él y sus impopulares métodos, en unos meses ya se había convertido en una eminente cirujana. Había sido pulida como un diamante.

Al poco más de un año, el hombre se retiró y nunca más volvió a vestirse una bata de médico. El proceso de aprendizaje que todo novato necesita le vino a Sara de la mano del hombre que, ironías de la vida, se hallaba ahora sentado frente a su mesa en el momento más complicado de su carrera.

Tenía que acordarse de escribir a Diana y contarle las novedades.

—En cuanto a tu pregunta —dijo el viejo—, es posible que sí puedas hacer algo.

El anciano suspiró con fuerza y miró a su acompañante, que tenía la vista perdida en un cuadro de un paisaje campestre que decoraba la sala, y no había prestado apenas atención a la conversación entre su suegro y la doctora. De vuelta a la triste realidad, le devolvió la mirada, y ambos se examinaron, cómplices, tal como si estuvieran manteniendo una conversación telepática.

—Está bien —sentenció finalmente el yerno—, le contaremos a la doctora lo que hemos estado discutiendo antes en casa. —El jubilado asintió—. Pero antes de tomar una decisión, necesito asegurarme del todo. —Se volvió de nuevo hacia ella y, con la mandíbula temblorosa por la congoja, preguntó—: Ese tumor cerebral... —hizo

una pausa para controlar un nuevo llanto—, ¿está usted segura al cien por cien de que no tiene cura?

Sara cerró los ojos con lentitud y tragó saliva. Había estado temiendo esa pregunta desde que ambos entraran por su puerta aquella penosa tarde.

¿Tenía cura el tumor cerebral de la mujer?

Esa misma mañana, a las 08:45 horas, había entrado, como era habitual, en su consulta. Lo primero que hizo fue encender el ordenador, y mientras este arrancaba, sacó un café con leche de la máquina de la sala de visitas que, si bien sabía terriblemente mal, solo costaba treinta céntimos. Sara comenzaba su jornada de manera escrupulosa, realizando cada acción siempre en el mismo orden: ordenador, café infernal, *buenos días* rutinarios a los compañeros más madrugadores, y visita al cuarto de baño para lavarse los dientes.

Al regresar a la consulta, el ordenador siempre esperaba encendido y listo para trabajar. Lo primero que hacía Sara era comprobar la agenda del día. Ese martes en particular prometía ser tranquilo. Ninguna visita pendiente, y solo un pequeño detalle que debía verificar: la noche anterior habían llegado los resultados médicos de dos pacientes, dos resonancias realizadas el mismo día y pertenecientes a miembros de la misma familia. Cuando aterrizaron en su mesa ya eran más de las ocho de la tarde. Para esa hora, la doctora había colgado su bata y el bolígrafo le resbalaba en los dedos, de modo que se limitó a dar la orden de envío de los resultados por correo postal. Así era como solía hacerse en esos casos. Mañana sería otro día.

La mañana siguiente había llegado y Sara no tenía visitas programadas, pero sí unos resultados que valorar.

Entre sorbo y sorbo de amargo café, buceó en el ordenador a través de la Intranet de la clínica buscando los resultados que tenía entre manos. Su deber era conocer los diagnósticos de todos sus pacientes, en especial aquellos cuyos resultados ya habían sido enviados. Instintivamente los músculos de su mano se contrajeron, presionando el vasito de plástico y haciendo que el café explotara hacia todas las direcciones. *Glioblastoma multiforme*, parecía gritar el documento Word en su primera página.

Al contrario de lo que había vaticinado, no iba a ser en absoluto un martes sencillo.

Horas más tarde, con los pacientes frente a ella, volvía a comprobar el nefasto veredicto. La Intranet, en base a los resultados de las pruebas, decía que el cerebro del hombre estaba sano, pero también certificaba la existencia de un tumor cerebral primario de rápido crecimiento y localizado en una zona concreta del cerebro de la mujer —de apellido Salas. «¡Mierda!», pensó al reconocerlo— que imposibilitaba su reducción. El *glioblastoma multiforme* era un tumor devastador. Las posibles operaciones o tratamientos, basados en quimio y radioterapia, únicamente contribuirían a un mayor sufrimiento de la paciente con el fin de evitar lo inevitable.

«El peor diagnóstico para el peor paciente», fue su lapidario pensamiento al rendirse ante la brutal evidencia.

—Sí, estoy segura de que el tumor no tiene cura —afirmó en tono neutro, muy profesional, y volvió a mirar a la pantalla del ordenador antes de añadir la sentencia—: Dentro de unas semanas, un par de meses con suerte, su mujer fallecerá.

UN RATO antes de ir a la consulta y algo después de que Óliver abriera el sobre blanco de mamá, y de que buscara en la enciclopedia aquella palabra tan horrible, y también de que el Yayo entrara por la puerta, papá había llegado a casa proveniente del trabajo. Oli vio tras la rendija de la puerta del salón al Yayo dirigiéndole al sofá, donde le invitó a sentarse junto a él. No dudó en informarle del contenido de los sobres y de toda la funesta historia del tumor cerebral. Todo esto antes, por supuesto, de que mamá volviera a casa.

A Papá se le cayó el mundo encima.

—No sé cómo voy a enfrentarme a esto —reconoció entre sollozos—. Mira, sé que la imagen que tenemos desde fuera es la de una pareja que ya no se preocupa el uno por el otro, que ya no se ama. Pero te aseguro que no voy a saber cómo vivir sin ella.

—No te preocupes por eso ahora. Y no necesitas explicarme nada, os conozco muy bien —respondió el Yayo.

El anciano superaba los setenta años de edad, y aunque la tripa y los pectorales le caían flácidos por el inevitable efecto de la gravedad y la vejez, su extrema delgadez se manifestaba, sobre todo, en el rostro. La forma de la calavera se le marcaba bajo la piel tirante, y un antipá-

tico gesto torcido que en la juventud solía mostrar de vez en cuando, se había quedado permanente en su expresión.

Era un hombre que simplemente no daba facilidades. Para él, la vida consistía en un campo de batalla, y ni la piedad ni el perdón existían en su vocabulario. De pragmático estilo de vida, sabía que sus días estaban contados, y así como nadie le había regalado nunca nada, tampoco él tenía por qué hacerlo. Sin embargo, como todo ser humano, poseía una debilidad: su familia. Muchos afirmaban que se trataba del hombre más egoísta del planeta, pero si alguien osaba molestar o bien a alguna de sus hijas o bien a su nieto, no dudaba en enseñar los dientes como un perro guardián. Ley que pasó a aplicar también a su único yerno, a quien, con el paso de los años, había aprendido a amar como al varón que nunca tuvo. Ahora que el matrimonio acababa de recibir una estocada mortal, al anciano no le quedaba otra que resignarse sumiso ante la última piedra que el destino ponía en el camino de la familia: el cáncer.

—Me arrepiento tanto —aseguró el más joven apoyando la nuca sobre el cojín.

—¿De qué?

—De que la única mujer a la que he querido en este mundo tiene un tumor en la cabeza y, sin embargo, durante estos últimos años he derrochado mi tiempo con ella como si fuese a perdurar para siempre. —Papá hablaba de manera irregular. Sus pómulos estaban llenos de lágrimas—. Por el amor de Dios, si ya ni siquiera nos besamos.

—Bueno, aún no sabemos si ese tumor será incurable —le animó el Yayo—. Y si así fuera, creo que aún te queda tiempo para arreglar eso.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede volver a ser feliz una persona que sabe que le quedan unos días de vida? Joder, ¿cómo voy a decírselo?

Un enigmático silencio se apoderó del salón.

—No lo hagas.

—¿Cómo? —quiso saber papá, atónito.

—Es muy sencillo. No le nombres su enfermedad, ocúltalo todo, y deja por Dios que mi niña finalice su vida con una sonrisa.

—Pero, ¿eso es legal? —farfulló papá.

—¿Crees que te van a encarcelar por intentar que tu mujer viva feliz sus últimos días? Por favor...

—No sé, puede que tengas razón.

—De hecho, la tengo —afirmó el Yayo, con la misma rotundidad que demostraría ante una suma de dos más dos—. Es lo mejor.

—Está bien. —Papá dejó escapar un prolongado suspiro de resignación—. Ella no sabrá nada de esto.

El soberbio anciano dirigió su mirada hacia la rendija de la puerta y lanzó a Oli un disimulado guiño de complicidad. Después, suegro y yerno se incorporaron y se prepararon para acudir a la consulta, donde la doctora Mora les estaba esperando.

—¿Y bien? —preguntó Sara—. Han dicho que quieren explicarme algo. ¿De qué se trata?

El inminente viudo se tomó unos segundos para pensar su siguiente frase, incorporándose hacia delante tal como si hubiera alguien más en la sala aparte de ellos tres y no quisiera que oyera lo que estaba a punto de decir.

—Necesitamos su ayuda —casi susurró.

Ella arqueó las cejas.

—Creo que no me han entendido bien. No hay nada que yo pueda hacer, su mujer fallec...

—Sí, ya sé que se muere, me lo acaba de explicar —interrumpió él. Cada vez que oía esa frase era como si le arrancaran las uñas con unas tenazas.

—¿Entonces? —inquirió la doctora sin entender.

—Lo que queremos es que lo mantenga en absoluto secreto.

Sara agitó la cabeza.

—No comprendo.

Él suspiró impaciente.

—A ver si me explico. No quiero que mi mujer sepa nada de su enfermedad. Quiero que siga viviendo sin saber que tiene una bomba de relojería a punto de explotar en su cabeza.

Mora miró a su antiguo mentor, que hacía ya rato que no decía una sola palabra, sin creerse del todo lo que él y su yerno le estaban pidiendo. Asintió tan seriamente que la hizo saber que no se trataba de un farol.

Ella, sorprendida ante la reacción de ambos hombres, les intentó

hacer ver, escogiendo muy bien cada una de sus palabras, que la enferma se iría sintiendo cada vez peor a medida que pasaran los días. En concreto, los dolores de cabeza podrían llegar a ser muy potentes.

—Diremos que son simples jaquecas —contestó el más joven sin vacilar.

Ella balbuceó.

—Si no hay opción a que sobreviva, no es necesaria ninguna operación, ¿me equivoco?

—No, supongo que no. —Por mucho que le irritara, la doctora no tenía otra respuesta.

—Que así sea —concluyó él con evidente alivio. Inspiró con fuerza por la nariz antes de seguir indagando—: Entonces, ¿cuál será el proceso? ¿A qué debemos atenernos?

Sara unió sus manos por la yema de los dedos por debajo de la barbilla, y resopló. Aquello la superaba.

—Es difícil saberlo con exactitud —explicó con toda la calma que pudo—, pero lo normal en estos casos es que empiece a notar progresivos dolores de cabeza. Una vez eso ocurra, no pasará mucho tiempo hasta que pierda el conocimiento y, bueno, ya no volverá a despertar. —Ambos hombres asintieron en silencio de sepulcro—. Pero debo advertiros que los dolores podrían ser fuertes, prácticamente insoportables. Llegados a ese punto, solo se le podría aliviar el dolor con atención médica especial, precisamente aquí, en la clínica.

El anciano frunció el ceño y miró a su yerno. Este decidió asumir el riesgo y acatar cualquier acontecimiento que el destino les tuviera preparados para el fatídico desenlace que se avecinaba. Después se levantó de su asiento y se despidió de ella. Su suegro lo siguió.

—Lo siento mucho, doctor —volvió a decir Sara cuando este estaba a punto de cruzar la puerta.

El jubilado se volvió e, incapaz de mirarla a los ojos, respondió atormentado:

—No me llames así, Sara, te lo suplico. No me lo merezco.

Tras ello, atravesó el hueco de la puerta y la cerró con suavidad.

Ocultar a alguien una enfermedad era un grave delito. Y más aún si se trataba de una enfermedad mortal. Sara lo sabía muy bien y, por supuesto, el doctor Salas también. Todos se iban a jugar mucho. No obstante, de alguna manera, se sentía obligada a ayudar. Por una

parte, aún le debía a su mentor todo lo que había hecho por ella, y no iba a encontrar una oportunidad mejor. Por otro lado, la profunda pena que había visto en los ojos de aquel marido la empujaban a ayudarlo.

En definitiva, era una doctora mentalmente débil.

23 de junio de 2006

Mamá era la persona adulta menos adulta que Oli conocía. Era una mujer impetuosa, espontánea, y también algo hiperactiva. Esta extraordinaria personalidad fue el fruto de la unión de los opuestos caracteres de sus padres, o lo que es lo mismo, de mezclar agua y aceite en una batidora y pulsar el botón.

Su madre, una dulce y pausada ama de casa, tuvo la labor de educarla y entretenerla. El espontáneo e imprevisible doctor Salas, sin embargo, dedicaba cuerpo y alma a su trabajo de médico y apenas se le veía en casa. Esta división se acrecentó en la década de los ochenta, cuando el matrimonio se separó y mamá se vio obligada a dividirse en dos para pasar tiempo con sus dos progenitores. La existencia de la peculiar adolescente sufrió una importante crisis de identidad, hasta que, a la corta edad de 22 años, conoció a papá y se casó con él.

Desde que era una niña siempre fue una malísima estudiante. No llegó a pisar una facultad. Sus virtudes eran otras. A juzgar por los comentarios de la mayoría de los vecinos del pueblo, mamá era la chica más habladora, risueña y optimista que habían conocido, por lo que *Los Abalorios del mar*, tienda que abrió nada más casarse, enseguida se llenó de clientas deseosas de oír alguna historieta divertida,

de esas que solamente ella sabía contar. No es que hiciera demasiados negocios (muchas veces se despistaba con los cambios y cobraba de menos), pero hacía lo que le gustaba, y eso era más que suficiente para ella.

Al poco tiempo de casarse, mamá y papá encontraron una ganga en forma de casa. Por aquella época no estaban muy solventes de dinero, pero unos meses antes de la ceremonia se produjo una muy oportuna desdicha: el fallecimiento del viejo Michel, como se conocía al farero del pueblo, provocó que sus hijos se vieran obligados a malvender el caserón donde vivía al no conseguir llegar a un acuerdo por la herencia. La familia de papá siempre había sido amiga del viejo Michel, por lo que obtuvieron cierta ventaja en la pugna por la vivienda, y pronto se llegó a un acuerdo. Aunque el edificio llevaba años sin sufrir una reforma, el matrimonio visualizó el hogar de sus sueños. El salón, uno de los dormitorios y el porche daban directamente al mar, detalle que los deslumbró. La casa se encontraba tan próxima a la playa que solo había que bajar dos escalones de piedra desde el mismo porche, y ya se podía pisar la arena. Un encantador paseo formado por guijarros, y cercado por una valla de madera que ellos mismos se encargaron de barnizar y pintar de blanco, hacía de paso entre la puerta trasera de la vivienda y la zona de las sombrillas. En invierno, cuando la playa no estaba invadida por turistas y ni el menos friolero se atrevía a darse un baño en el mar, era como si toda la extensión de arena les perteneciese. En ocasiones, en especial desde que Oli empezó a tener uso de razón, solían sacar unas sillas plegables, una televisión vieja y algunas bebidas a la zona de la arena y, con el murmullo del mar de fondo, realizaban sesiones de cine que duraban hasta el anochecer.

El matrimonio estaba tan entusiasmado con su nuevo hogar que ya el mismo día de firmar el cheque se pusieron manos a la obra. Tiraron un par de tabiques, empapelaron y pintaron algunas paredes de color blanco hueso; excepción hecha con las del salón, en las que dejaron el ladrillo visto. Este, con el transcurso de los años, había sufrido el desgaste propio de la humedad hasta tal punto de abrirse dos pequeños boquetes en una de las paredes de ladrillo, hecho que pronto solucionó mamá colgando un par de lienzos de la Toscana — región que por alguna razón siempre había querido visitar—, y finali-

zando así el trabajo que convirtió una polvorienta habitación en un acogedor salón.

Uno de los dos dormitorios fue estratégicamente declarado inutilizable. La razón era clara: la pareja se moría por tener un bebé, y aquella sería su habitación, la de la ventana que tenía vistas directas a la playa. Así, menos de un año después de casarse, mamá quedó embarazada. Óliver llegó a sus vidas, y casi inmediatamente después, Aquiles, un precioso cachorro de enorme cabeza. En muy poco tiempo, la vieja y mugrienta casa del viejo Michel se había convertido en un bonito hogar victoriano con vistas al mar, cuadros de la Toscana y toda una familia viviendo en su interior.

A simple vista nada cambió en varios años, a excepción de las cosas que no se pueden ver en una primera impresión. Por razones que Oli no lograba comprender, papá y mamá empezaron a discutir con frecuencia. Muchas veces, el niño estaba sentado en la mesa de la cocina esperando a que su madre sirviera la cena. Entonces, como por arte de magia, alguien decía algo que al otro no le sentaba nada bien. Por ejemplo, mamá pasaba mucho tiempo con su mejor amigo de toda la vida, y a papá eso no le gustaba porque, según decía, «lo único que quiere ese tío es follarte». Óliver no entendía por qué a papá le molestaba que mamá tuviera amigos, y tampoco entendía lo que significaba *follarte* —debía de ser una palabrota, ya que mamá siempre hacía un ruido extraño con la boca y miraba a Oli cada vez que papá la decía—, así que estaba bastante perdido. Oli también se había dado cuenta de que hacía ya mucho tiempo que mamá y papá no jugaban a dar saltos sobre la cama, y pensó que a lo mejor les vendría bien saltar un rato; los dos se ponían siempre de mucho mejor humor después de jugar a aquello tan rítmicamente ruidoso.

Pero esa tarde todo resultó ser mucho más complicado. Oli esperaba en el sofá, junto a su madre, a que llegaran papá y el Yayo. Ella no debía saber, ni siquiera sospechar, que habían ido a la clínica a hablar con la doctora Mora, por lo que cuando le preguntó a Oli por su paradero, este se encogió de hombros y fingió no saber nada.

—Pero, ¿no te han dicho nada? —preguntó ella por enésima vez mientras revoloteaba de un sitio para otro.

Oli negó dos veces con la cabeza.

—Pero es que es muy raro que ni siquiera me coja el móvil ninguno de los dos.

—¿Adónde vas? —quiso saber Oli cuando ella se acercó al teléfono fijo.

—A comprobar si han dejado algún mensaje.

Mamá examinó los botones con torpeza.

—Hijo, ¿cómo funciona este chisme?

—Mamá, es un teléfono, no una lanzadera espacial —se burló. Después, se acercó a su madre y pulsó uno de los botones del aparato, dejándola en evidencia—. Hasta Aquiles sabría manejarlo.

El pastor alemán, que por supuesto estaba tirado sobre el viejo parque del salón, sacó la lengua como aprobando el sarcástico comentario.

Mamá no quiso entrar en las provocaciones de su pequeño. En su lugar, escuchó en silencio lo que el aparato tenía que decir: «*No hay ningún mensaje nuevo*».

Decepcionada, hizo un chasquido con la boca, y se acercó a la cocina, donde se sirvió una taza de café que había sobrado en la comida. Justo en ese momento, la puerta de casa se abrió. Óliver y Aquiles se pusieron inmediatamente de pie para dar la bienvenida a papá y al Yayo.

—¿Se puede saber dónde estabais? —Mamá corrió hacia su marido y lo abrazó. Pero no era un abrazo de los amorosos, sino uno al que acompañaba con cara de pocos amigos.

—Cazando caracoles —bromeó el Yayo.

Ella puso los ojos en blanco ante el insoportable humor ácido de su padre.

—Venga, cariño —dijo papá—. No te preocupes tanto por nosotros.

—¿Por qué me miras con esa cara de bobo? —arguyó ella, realmente perpleja—. Parece como si me fuera a morir mañana.

Papá bajó la cabeza hacia el suelo. Oli, a su vez, miró a su abuelo y una sensación de esas que dan dolor de barriga le recorrió todo el cuerpo.

«Muy oportuna, mamá.»

—Oye, tienes que arreglar el columpio del patio. Échale aceite que lleva meses que chirrían los hierros y no hay quien se suba en él

—dijo mamá con una voz que a cualquiera le habría sonado natural, pero que a papá le sonó tensa.

—Vale.

—Por cierto —continuó ella, mirando a su alrededor con aire despistado—, ¿has visto los sobres del médico que he traído esta mañana?

—Sí. Los he tirado —mintió papá.

Mamá se separó de él, manteniendo unos centímetros de distancia.

—¿Cómo que los has tirado? Ni siquiera los había leído.

—Yo sí los he leído —mintió de nuevo él, pues el Yayo se había deshecho de ellos antes de que Alfonso pudiera verlos. Acto seguido, colocó otra mentira—: No decían nada especial. Estamos sanos.

Su mujer lo miró con asombro y reproche.

—Pero no tenías derecho a tirarlos. ¡Eran mis resultados!

Papá puso los brazos en jarra y resopló, de igual manera que hacía cuando volvía a casa después de su habitual sesión de *running*.

—Está bien, lo siento. Pero no te alteres. ¿Te parece que vayamos a dar un paseo por el muelle, tú y yo solos?

Una proposición estúpida, ambos lo sabían, pues ninguno de los dos tenía ganas de salir con el otro. Mamá negó con la cabeza y apretó los dientes.

—Ahora no puedo. He quedado con..., bueno, con él. Ya sabes, para tomar una caña. —El tono sugería tanto culpabilidad como castigo.

Se produjo un incómodo silencio en el que todos tragaron saliva.

—¿Hablas en serio? ¿Me estás diciendo que prefieres salir con ese imbécil antes que con tu marido? —La rabia había endurecido la voz de papá.

El Yayo se acercó a Oli y le aconsejó que se fueran a otra habitación. Desde allí, los tres (Aquiles también se había trasladado) intentaron escuchar el resto de la conversación, aunque no podían entender casi nada. Entre murmullos, de vez en cuando se podía percibir alguna que otra frase subida de tono:

«No es eso. Te he estado esperando en casa para salir, pero no dabas señales de vida. Entonces me ha llamado él y he aceptado. ¿Qué tiene eso de malo?», creyeron advertir que decía mamá, a lo que papá

respondió algo violento como: «por si no te has dado cuenta, sigo siendo tu marido».

Después nadie habló, y Oli tragó saliva. Tenía miedo hasta de respirar. Era uno de esos silencios ruidosos, como los que se producían cuando mamá lo miraba fijamente antes de castigarle.

«Muy bien, sal con ese payaso —pudieron entenderle a papá a través de la madera—. Me iré yo solo a pasear.»

No se escuchó la más mínima réplica. A los pocos segundos se oyó un portazo como los que Oli solía dar cuando sus padres lo castigaban sin poder ir a la playa y que tanto hacían retumbar las paredes. Papá había abandonado la casa.

ESTABA FRUSTRADO Y AGOBIADO. Necesitaba estar solo. Al final, se puso un jersey de entretiem po y se fue paseando sin rumbo a lo largo de la costa. Cuando pasó por un puesto ambulante, pidió un café frío para llevar y un bollo de mantequilla. Intentó aclararse las ideas. Aquel había sido, sin lugar a dudas, el peor día de su vida. Horas después de descubrir que su mujer se estaba muriendo, había vuelto a discutir con ella por unos celos que, infundados o no, lo alejaban de su objetivo antes de empezar. La única cosa que quería ahora era hacerla feliz por última vez; dejar de reñir. Hacer el amor con ella cada noche, reírse por nada y recordar lo que hizo que se enamoraran tan intensamente, mucho tiempo atrás. Pero, ¿cómo iba a intentar solucionar algo si ni siquiera ella sabía, ni debía saber, nada acerca del problema? Tenía la sensación de encontrarse en la entrada de un complejo laberinto en el que, de antemano, se sabe que no tiene salida. ¿Cómo iba a transmitir felicidad a nadie si él mismo se sentía la persona más desdichada del planeta?

Eran alrededor de las ocho y media de la tarde, y el paseo marítimo de Ámbar se encontraba lleno de viandantes que habían aprovechado el cielo despejado y la bonita luz del atardecer para beber unos refrescos, saborear esos helados tan ricos, o simplemente, comprar bisutería en los mercadillos ambulantes. Con el mar a su derecha y el sol espiándole sobre el horizonte, papá caminaba cada vez más rápido, recomponiendo sus erráticas ideas. Se sentía agobiado y le costaba respirar, así que pensó que le vendría bien aumentar el ritmo. Tiró el

café por la mitad y echó a correr. Primero al trote, después más deprisa. Mientras avanzaba entre la multitud se cruzó con decenas de caras de niños, mujeres, ancianos y perros. Pensó en ellos. Seguramente ninguno sabía lo que era tener un problema de verdad, uno de esos que no puedes solucionar y te arruina la vida para siempre. Sí, alguno habría suspendido algún examen, o puede que muchos de ellos no pudieron veranear aquel año porque eran tiempos de apretarse el cinturón. Se cruzó con uno que incluso había tenido la desgracia de perder la vista, y se tenía que servir de un bastón para orientarse. Pero eso no eran problemas comparados con el suyo. Ojalá fuese ciego y no tuviese que preocuparse por nada más. Estuvo casi una hora divagando sobre el cariz injusto de la vida. Seguro que nadie de los que estaban paseando aquella tarde con él tenía que enfrentarse a las discusiones constantes con la mujer que más quería y que, además, pronto desaparecería sin remedio. Y por si fuera poco, tenía que disimular aquel dolor frente a ella porque había tenido la estúpida idea de ocultárselo todo para hacerla feliz en sus últimas semanas de existencia.

Desde siempre, su único anhelo había sido conocer a una bonita chica que le hiciera reír, formar una familia con ella, y envejecer juntos. Había conseguido las dos primeras tareas de la lista de una manera relativamente sencilla. Pero la tercera se le estaba haciendo cuesta arriba. Envejecer con una persona significaba pasar todos los años de una madurez a su lado. Todos y cada uno de los días. Y una vida puede resultar muy larga. Ahora sabía que jamás cumpliría el tercer deseo de la lista, y, lo peor de todo, estaba echando a perder lo que había conseguido hasta la fecha. Estaba destruyendo la familia. Sintió unas devastadoras ganas de llorar, así que volvió a subir el ritmo con la esperanza de que los músculos y los pulmones demandaran toda la sangre que tenía en el cerebro y dejara así de pensar.

El viento chocaba contra sus lágrimas y le nublabla la vista. Estaba empezando a sentir un ligero dolor de cabeza, seguramente debido a todo el drama vivido durante ese día, por lo que decidió parar. Aún sentía algo de ansiedad y no le apetecía volver a casa tan pronto, de modo que se internó en la arena, se quitó los zapatos y avanzó hasta que la espuma de las olas le acarició los pies. Había tomado una decisión importante y necesitaba aclarar sus pensamientos, sincerarse

consigo mismo. Comprendió que, si quería hacer feliz a su mujer, tendría que empezar por cambiar primero su propia actitud.

Se quedó observando la puesta de sol, de pie en la orilla, durante más de media hora. No regresó a su hogar hasta que la noche era cerrada.

CUANDO LA DOCTORA MORA abandonó su lugar de trabajo, ya estaba atardeciendo. Cruzó la puerta principal de la clínica y sintió con gusto la brisa primaveral chocando contra su rostro. El sol teñía las fachadas de Ámbar de ese color anaranjado que únicamente se puede encontrar a esas horas del día, y las terrazas de los bares céntricos estaban empezando a ocuparse de grupos de trabajadores que acababa de concluir su jornada.

Sara se puso una rebeca de punto azul y montó en su bicicleta, una vez la hubo desencadenado de la señal de tráfico. Antes de empezar a pedalear, miró su reloj: eran las 20:35. Sin más dilación, tomó el camino de la playa, que era el más corto para llegar a su casa. Aquel martes había resultado ciertamente agotador. No en términos físicos, pero sí psicológicos. Desde que hacía ya un par de horas el doctor Salas y su yerno abandonaron la consulta, no había dejado de darle vueltas a todo. Al caso, a los pacientes, a la mentira piadosa con la cual había prometido colaborar... Necesitaba relajarse, o de lo contrario la cabeza le explotaría. Tan solo deseaba llegar a casa, enfundarse su pijama y devorar el helado de vainilla con galleta que tenía reservado en el congelador para días como ese.

Segundos antes de doblar la esquina y abandonar el paseo marítimo, vislumbró a lo lejos una cara que le resultó familiar. Frenó en seco y se detuvo en el carril del muelle destinado a las bicicletas, sin dejar de mirar al infinito con la mano ejerciendo de visera para evitar que los últimos rayos de la tarde la cegaran. Un hombre de mediana edad acababa de abandonar el paseo con la ropa empapada de sudor. Sara vio cómo cruzaba el ancho de la playa con paso inestable y, una vez descalzo, se detenía donde comenzaba el mar. Era la figura de un hombre abatido, y esto la doctora lo sabía a pesar de la distancia que les separaba, pues no era otro que el marido de su nueva paciente. La joven se apoyó en el muro de piedra y no apartó la vista de él. Cuando

este decidió que ya era hora de volver a casa, ella hizo lo propio. Recuperó los mandos de la bicicleta y reanudó el camino. Había perdido la noción del tiempo. Un rato después, sentada en su sofá con las piernas entrecruzadas, el pijama puesto y una tarrina de helado entre sus manos, Sara seguía pensando en el hombre sin sospechar que su vida estaba a punto de volverse emocionante.

Después de que papá se marchara hecho una furia de casa y de que mamá se quedara llorando sin consuelo a solas en el salón — finalmente no salió con su amigo—, Oli estuvo charlando en su habitación con sus dos mejores confidentes. En realidad, y aunque jamás lo reconocería frente a sus compañeros de cole, estuvo llorando durante bastante tiempo (por lo menos, cuarenta y cinco minutos), mientras Aquiles y el Yayo le intentaban consolar. Se sentía bastante mal por haber presenciado la discusión entre papá y mamá. No es que fuese la primera vez que les veía discutir, de hecho era algo que ocurría muy a menudo, pero aquel día no entraba en sus planes que lo hicieran. Había ocurrido algo horrible, y él había tomado una decisión aún más horrible con un único propósito. Y no quería que fuese en balde. Óliver tenía miedo.

—Yayo, ¿somos unos monstruos?

—A juzgar por mi cara arrugada, yo sí que lo soy —bromeó el aludido a su lado.

—¡Hablo en serio!

—Escucha, Oli. Tú eres un niño, y a los niños siempre se les perdona todo. En cuanto a mí, ya chocheo. Antes tenía un lanzagranadas aquí abajo —acompañó la ordinariez con un gesto de mano—, y ahora tengo una bellota arrugada que, a veces, ni siquiera me encuentro. ¿Comprendes?

Oli rio entre lágrimas.

—Lo que quiero decir —continuó el anciano—, es que poco me importa ya lo que la gente piense que esté bien o esté mal. Me quedan cuatro días en este mundo, así que actúo según mis propias normas.

—Pero Yayo, hoy he visto a papá y a mamá muy tristes, y no paran de pelear. Tengo miedo de que sea culpa mía. Creo que he metido la pata.

—Puede que aún no sepas entenderlo, pero lo que has hecho hoy es algo que muy pocas personas serían capaces de hacer. —El Yayo

acariciaba la parte trasera de la oreja de Aquiles mientras hablaba—. Es digno solamente de alguien tan extraordinario como tú. Eso es, ¡sonríe! Porque todavía nos queda mucho trabajo por hacer. Repite conmigo: ¡Lo vamos a conseguir!

—Lo vamos a conseguir.

—¡Más alto!

—¡Lo vamos a conseguir! —repitió el niño.

Más animado, levantó los brazos y se abalanzó sobre su abuelo. Ambos se echaron a reír sobre el edredón como dos niños traviosos.

Unas horas más tarde, el Yayo ya se había ido a su casa, papá había vuelto de su largo paseo, y nadie volvió a hablar con nadie en casa aquel día (a excepción de Oli y Aquiles, que siempre estaban hablando). Al caer la noche, una potente tormenta de verano envolvió al pueblo como un telón de agua que daba por concluido el Día Importante.

7 de marzo de 1983

El cielo tronó y el viento ondeó su falda de una manera divertida. Como en una fantástica alucinación, Verónica hablaba y gesticulaba mientras alcanzábamos la cima de la colina. «¡Vamos, ya casi hemos llegado!», me gritaba para que aumentase el ritmo. Yo le respondí que la culpa era de los malditos zapatos, y que si llevara mis zapatillas deportivas habría llegado a la cima mucho antes que ella. No era verdad, ni siquiera tenía zapatillas deportivas, pero Verónica no dejaba de sonreír y de agitar los brazos como si de verdad disfrutara de mi compañía. Previamente había estado tarareando algunas canciones de Mecano. Yo escuchaba sin prestar atención, pues toda mi concentración la tenía puesta en el baile de su flequillo pelirrojo. Sí, reconozco que nunca fui una persona de grandes pretensiones. Y sin embargo, para mí, y en contra de lo que mucha gente pueda pensar, Verónica era el mayor de los desafíos. Sin duda el más intenso y ambicioso al que había tenido que hacer frente hasta ese momento de mi vida.

Desde nuestra primera cita en la taberna hasta aquel día nublado en la colina, habían transcurrido ya algunas semanas. Yo creía que no volvería a ver a Verónica nunca más, y, si lo hacía, sería debido a lo pequeño que era el pueblo, y no por despertar el más mínimo interés

hacia ella. Al fin y al cabo, aquella noche había demostrado ser un completo borrachín del tres al cuarto, y también un cobarde al no haber sido capaz de enfrentarme a ese chulo que se la llevó del bar por la fuerza. Un chulo que, por otro lado, ocupó la mayor parte de mis pensamientos en los días posteriores. ¿Quién era ese tipo? ¿Maltrataría a Verónica? Pronto recibiría la respuesta a todas esas y muchas otras preguntas.

Así las cosas, no volví a verla hasta que me topé con ella en la fila de la panadería.

—¡Soldado! —había exclamado alguien a mi espalda mientras esperaba pacientemente a que una señora pagara, peseta a peseta, el pan del día.

Enseguida reconocí la voz femenina, y en las siguientes fracciones de segundo, mi cuerpo se debatió entre girarse y abrazar a la fuente de aquella palabra castrense, o echar a correr y salir de allí sin pagar el pan. Al final me decidí por un término medio mucho menos troglodita: me giré con aire altivo y despreocupado.

—Vaya, Verónica, qué sorpresa.

Ella se limitó a examinarme de arriba abajo.

—¿Que, a comprar el pan? —Nunca se me dieron bien las conversaciones incómodas. O quizá eran incómodas porque no se me daban bien. En cualquier caso, la tensión del momento estaba empezando a alcanzar mi estómago.

—¿Por qué no me has llamado? —atacó ella, ignorando mi insustancial y tópica pregunta para salir del paso.

—¡Anda! ¿Y por qué no me has llamado tú?

—¿Acaso será porque no tengo tu teléfono? —replicó Verónica con mucha ironía.

—Pues yo tampoco el tuyo.

Ambos nos quedamos pensativos hasta que, al unísono, nos echamos a reír ante la mirada de los allí presentes: un chaval de unos trece años que había ido a comprar el periódico deportivo, tres de las más legendarias marujas del pueblo (una de ellas era la coleccionista de pesetas) y, por supuesto, el señor panadero. Después nos saludamos como dos seres humanos, compramos el pan, y salimos a dar un bonito paseo.

Acabábamos de alcanzar la cima de una colina que era conocida

por arrinconar Ámbar contra el océano. Según palabras de Verónica, «el senderismo es el deporte más sano que hay», y después, como réplica a mis quejas, solía añadir: «venga tío, ¡no seas llorón!». Yo no tengo nada en contra de andar en pendiente durante dos horas para llegar a un sitio donde no hay absolutamente nada, pero hacerlo en un día en el que han dado previsión de tormenta es la típica locura que solo se le había podido ocurrir a Verónica.

Ella vestía una bonita falda *hippie* y unas zapatillas blancas acordes para la ocasión. Recuerdo que me debatía entre cómo me gustaba más: si con vaqueros apretados y maquillaje, o bien al natural y de sport. No fui capaz de hallar una respuesta definitiva.

—¿Alguna vez habías subido a esta colina? —quiso saber, haciendo un gracioso mohín con la nariz.

Negué con la cabeza. Para aquel punto de la tarde ya estaba meneando el rabito como un perrito en celo.

—¡Parece mentira! —exclamó ella, con más tono burlón—. Habiéndote criado en el pueblo y que no conozcas su mejor rincón.

Se acercó al límite de lo que se podía denominar suelo estable para asomarse hacia el pueblo, con el mar al fondo. Aquella no era una colina que se considerase de las grandes. Cualquier habitante del pueblo, incluidos los ancianos, eran capaces de alcanzar su cima. Una vez llegabas a ella, nada te esperaba allí, más que tierra y hierbajos. No obstante, debo reconocer que las vistas que se disfrutaban desde arriba eran merecedoras de la caminata que requería. Por algún fenómeno extraño de la naturaleza, aunque aquel sitio no era muy elevado ni estaba demasiado alejado del pueblo, permitía una vista panorámica de éste en su totalidad. Era una auténtica delicia para la vista, o «un tesoro aún por descubrir para localizaciones de una gran película de Hollywood», como solía decir Verónica. A veces, me contó, cuando la marea le impedía ir a la playa a recoger conchas, subía a la cima de la colina y se pasaba toda la tarde sacando fotos, leyendo un libro bajo las nubes, o simplemente, observando el paisaje.

—Oye, quiero preguntarte algo —dije, acercándome a ella—. ¿Quién era ese que salió aquella noche de la nada y te llevó por la fuerza?

—¿Te referes a Charly?

Me encogí de hombros. En ese momento sentí que Verónica estaba a punto de descargar una preocupación que llevaba acumulando días atrás. Durante aquellos días daba la impresión de estar siempre cubierta por una maravillosa aurora de luz, pero en cuanto nombré a ese tal Charly, su mirada se ensombreció.

—No es nadie. Solo mi hermano —dijo quedamente.

—Creí que te habías referido a él como tu hermanastro.

—Sí, en realidad lo es. Mi madre se casó con su padre hace unos meses, después de que mis padres se separaran. Pero no tenemos sangre en común.

—¿Y vivís juntos?

—Sí. Bueno, no. —Después se giró hacia mí y me miró con el ceño fruncido—. Oye, ¿a ti por qué te interesa tanto?

—Simple curiosidad. Tan solo me preocupo por tu vida, eso es todo.

—Pues quizá no deberías.

La relación entre Verónica y Charly había sido complicada desde el principio. Más tarde me enteré de toda la historia, aunque a decir verdad, jamás llegué a comprenderla bien.

La mayor de dos hermanas, Verónica nunca fue amante de fumar cigarrillos, beber en la playa y salir con chicos, tal y como hacían su hermana Lorena y todas las chicas de su edad. Los adultos que la conocían bien solían decir que veía la vida de un color diferente, como si lo enfocara todo con un filtro especial y su cabeza procesara las cosas siguiendo algún tipo de lógica extraterrestre. De alguna manera así era. Le fascinaban los insectos, se sonrojaba con las películas pornográficas, y se partía de risa con los políticos. Era amiga de su dentista y detestaba a sus profesores, en concreto a doña Encarnación, esa vieja monja arrugada que siempre le forzaba a hacer las cosas según las normas establecidas. No le interesaban los chicos y pasó su adolescencia sin besar a ninguno de ellos.

Cuando cumplió los veintiún años, sus padres se divorciaron, crisis que fue realmente difícil de asimilar para ella. Dejó de acudir a clase y un día incluso llegó a fugarse de casa. Sucedió un domingo nublado de otoño, durante el vigesimotercer aniversario de sus padres y primero que el matrimonio no celebraba. Como cada rutinario día desde el divorcio, el *festín* resultó un triste cara a cara entre su madre

Violeta y ella. Después del postre (que no fue otra cosa que una tarta de limón congelada que la hija había comprado en el supermercado esa misma mañana), Verónica se quedó a ayudar a su madre a recoger los platos. Entonces alguien llamó a la puerta principal con los nudillos. Al acudir a abrir, Verónica descubrió a su padre en el umbral, visiblemente nervioso y con un ramo de rosas en la mano. Ella supuso lo mucho que debió de costarle tal muestra de romanticismo a alguien tan clásico como él, de modo que se limitó a darle un beso en la mejilla, regalarle la mejor de sus sonrisas, y dejarle entrar. Después se encerró en su habitación y dejó a sus padres a solas. «Quién sabe —pensaba ella—, quizá se reconcilien.» Su dulce esperanza se esfumó rápido: el antiguo matrimonio volvía a las andadas. La visita de su exmarido no hizo más que avivar la tristeza de Violeta, que rechazó las flores y le obligó con lágrimas en los ojos a marcharse de casa y no regresar, al menos, en un tiempo. Antes de obedecer, él había suplicado despedirse de Verónica, a lo que Violeta, por su puesto, aceptó. Cuando el hombre accedió al piso superior y abrió la puerta de la habitación de su hija, descubrió que se encontraba vacía y con su única ventana abierta de par en par. Tras algunas llamadas a la policía local y casi una hora de búsqueda por todo el pueblo, el hombre la encontró en el único sitio donde podía estar: la playa. A lo lejos, con una mochila rosa colgada a los hombros y su planta carnívora de la suerte entre las manos, percibió la silueta de Verónica caminando sin rumbo.

Poco después de aquello, Violeta volvió a casarse, esta vez con el alcalde del pueblo, el señor Rubial. Antes de que Verónica pudiera intentar nada para evitarlo, ya se encontraba viviendo con su traidora madre, el alcalde, y el hijo de este, Carlos; un chico pecoso y algo mayor que ella al que todo el mundo llamaba Charly. Verónica lo detestaba, pues cada vez que lo miraba, lo escuchaba o lo oía, recordaba que ya no tenía una familia. Con el tiempo asumió que tendría que empezar a dirigirse a él simplemente como *hermano* —y no como hermanastro—, y aunque cada vez que tenía la ocasión abandonaba la casa para acudir en busca del cobijo de su padre (que había pasado a vivir en un piso pequeño en el centro del pueblo), empezó a acostumbrarse a la presencia de Charly. Odiaba que fuese tan diferente a ella, sobre todo porque parecía estar todo el tiempo enfadado.

Y además era un pelín sobradamente irrespetuoso. Siempre entraba en la habitación de Verónica o en el cuarto de baño cuando ella se estaba cambiando de ropa, y se quedaba mirando con cara de bobo. Pero Verónica estaba sola en el pueblo y Lorena se había marchado a estudiar a Inglaterra hacía unos meses, por lo que Charly se convirtió, sin remedio, en su mejor amigo. Su único amigo. Hasta que llegué yo.

—¿Ves esa ermita de allí abajo, junto a la desembocadura del río? —Verónica había cambiado rápidamente de tema y señaló a un punto a lo lejos, más allá del pueblo—. ¿La conoces?

Asentí con la cabeza.

—Claro que la recuerdo. Está abandonada —dije con pereza.

—No, ya no. La reformaron mientras estuve fuera. Pienso casarme en ella algún día.

«¿Casarse? Ya estamos con la cantinela de siempre.»

—Pero ¿es que sales con alguien? —indagué mordaz.

—No —se limitó a contestar, y luego se le escapó una sonrisa—. Pero pienso casarme algún día. Y será, claro, con alguien decente y honrado.

—Yo soy decente y siempre procuro actuar con mucha honradez —afirmé, quizá algo precipitadamente.

—Psché, eres un soldado.

La miré de hito en hito.

—¿Qué tienes en contra de los soldados, si puede saberse?

—Nada, pero jamás me casaría con uno.

—Pues técnicamente ya no lo soy. Solo fueron nueve meses de mi vida, y encima por obligación.

Ella negó con la cabeza.

—Para mí siempre serás el *Soldado*.

—Eso solo quiere decir que, para ti, soy un sinvergüenza —me revolví, molesto.

—Yo no he pronunciado esa palabra.

—Pero la has insinuado —insistí con especial contumacia.

Ella me miró con los cinco sentidos.

—Y, dime, ¿lo eres?

Le devolví la mirada y sonreí antes de contestar:

—Por supuesto que lo soy.

Para conquistar a ese tipo de chicas de buena familia hace falta, o

bien mucho atractivo físico, o bien dinero y poder. Yo no tenía ninguna de esas cosas, así que me vi obligado a recurrir a mi instinto. Decidí improvisar, actuar desde el corazón. Había, por lo tanto, que ser sinceros. Empujado por la inexperiencia y la lujuria, extendí mi mano temblorosa e hice que se encontrara *por accidente* con su cintura, por debajo de la camiseta y allá donde empezaba la falda. Creo que la bóveda celeste se asombró también de mi repentina osadía, porque dejó de tronar y de soplar por un momento, quedando la colina en el más absoluto de los silencios. Verónica miraba, con los ojos muy abiertos, alternativamente a la apresada cintura y a mí.

Justo en ese momento comenzaron a caer algunas gotas de tormenta de verano, de esas que tienen el tamaño de un guisante. Verónica me miró a los ojos, y ahí fue donde me paralicé. Lo único que recuerdo de lo que pasó a continuación es que ella cogió la mano que estaba acariciando su piel y la llevó a mi torso. Yo, para entonces, ya era su esclavo absoluto. Mientras me sujetaba fuerte, y sin dejar de mirarme, acercó muy lentamente sus labios a los míos, y cuando casi podía rozar mi boca, susurró:

—Me gustan los sinvergüenzas.

Después, y esto sí lo recuerdo bien, nos besamos como dos animales espoleados por la tormenta. Un fantástico sabor a helado de avellana abordó mis papilas gustativas, y mis manos, aún trenzadas con las suyas contra mi pecho, hacían fuerza para que el momento no terminara jamás. Podría haber saltado desde la cima y haber volado si hubiera querido.

DETIENE su discurso en medio del escenario, incapaz de continuar. Después, emocionado, sentencia:

«Creo que puedo decir, sin miedo a equivocarme, que aquel fue el momento más importante, apasionante y delicioso de toda mi ruïnosa vida.»

10 de marzo de 1983

Tres días más tarde, me levanté temprano para llevar a cabo todo lo que tenía que hacer esa mañana. Una empresa de piezas de automóviles me había llamado el día anterior para concertar una entrevista de trabajo en Oviedo. La oferta era de formación. Un contrato de prácticas pésimamente remunerado, pero con buenas expectativas de promoción si se trabajaba bien.

Yo no tenía estudios, y ni ganas de tenerlos. Al regresar de la Mili tuve una larga conversación con mi madre. Nos sentamos una noche, junto al calor de la chimenea, y le dejé claro que lo mío no era estudiar. Pero trabajar, sí, eso era otra cosa. Nunca he sabido recitar la tabla de multiplicar sin utilizar los dedos de la mano, pero dame una tarea, explícamela bien, y no descansaré hasta terminarla.

«¿De qué vas a trabajar si no tienes estudios?», me dijo ella.

Era la cantinela de siempre. Comprendía perfectamente sus motivos, y en el fondo sabía que tenía razón, pero yo confiaba tanto en mis posibilidades de currante como tan poco en mis dotes de estudiante. A ella le costó asumir el hecho de que su hijo no fuera a estudiar una carrera, ni siquiera una formación profesional —había estado ahorrando durante años para pagarme esos estudios—, pero al ver la determinación en mis ojos, no tuvo más remedio que claudicar.

Cuando vio que enviaba mi *currículum* a diferentes empresas, decidió gastarse los ahorros en un precioso vestido azul turquesa que luciría ese mismo año en la boda de una prima que vivía en Madrid. Y cuando comprobó que me estaban empezando a llamar de algunas de esas empresas, se alegró de no haberme obligado a nada que no quisiera hacer. En resumen, aquella oferta de trabajo se trataba de una posible gran oportunidad para mi futuro, y también la muestra de que no estaba equivocado respecto a mis sensaciones.

Podía decirse que, últimamente, la suerte me estaba sonriendo.

Después de desayunar con rapidez mi tazón de leche con cacao y galletas reglamentario, me abrigué con unos zapatos de agua y un chubasquero, y cogí un paraguas que había en el recibidor. A pesar de que ya casi era primavera, no había dejado de llover desde mi caminata con Verónica. Llegué al centro del pueblo lo más rápido que pude y compré el periódico y el pan del día. Acto seguido recorrí la Gran Avenida, y la crucé para alcanzar un callejón donde estaba aparcado mi coche, un modesto Fiat Panda. Justo en el momento de doblar la esquina, percibí que alguien me seguía. Miré disimuladamente con el rabllo del ojo sin dejar de caminar. No había duda: se trataba de él. El tal Charly; el macarra del bar; el hermanísimo de Verónica.

—¡Eh, espera un momento! —gritó desde unos pasos más atrás.

No tuve más remedio que detener mi paso y girarme.

—¿Es a mí?

—Sí, perdona por seguirte tío, pero andas muy rápido —jadeaba—. Y ni siquiera sé tu nombre.

—Bueno, no hay problema. Me llamo Alfonso.

Le tendí la mano con desgana.

—Yo soy Carlos Rubial —sonrió—. Aunque todos me conocen como Charly.

Aquello no me cuadraba del todo, aquel hombre seguía sin darme buena espina. Vestía con ropa vieja y, en general, parecía cuidar poco su imagen. Llevaba el pelo grasiento y despeinado y, a tenor del olor que desprendía, no se había duchado aquella mañana. Suma y sigue, pues tenía un incómodo tic nervioso en el ojo derecho que le hacía parpadear más de lo normal. Más tarde me enteré de que se trataba de una enfermedad de nacimiento, llamada blefaritis, la que le

producía ese parpadeo tan inquietante. Por si aquello fuera poco estremecedor, una de sus pupilas era sensiblemente más grande que la otra, otorgándole un aspecto casi fantasmagórico. En su presencia, mi temperatura corporal aumentaba.

Dos días atrás había ido a la casa de Verónica por primera vez, al acordar que iría a recogerla para ir al cine. Allí me topé con él. Fue durante un solo instante, y ni siquiera llegamos a hablar. Yo estaba esperando en el pasillo a que ella saliera del baño y así nos pudiéramos ir. Entonces vi, a través de la rendija de la otra puerta, a Charly cambiándose de camiseta en su habitación. Por norma no suelo quedarme ensimismado mirando cómo un hombre se cambia de ropa, pero recuerdo que pensé que se podría rallar queso en aquellos abdominales. Cuando me pilló espíandole, se sobresaltó. Me miró con frialdad y cerró la puerta con rabia.

Ahora parecía una persona totalmente diferente, mucho más educada, como esforzándose por agradar. Aquello no me encajaba. Sus amables palabras no se correspondían con lo sombrío de su mirada. Ni tampoco con sus portazos.

—Oye, te pido disculpas por lo que pasó el otro día en el bar. Estaba un poco borracho y había tenido un mal día —se justificó.

—Bah, ni siquiera recuerdo lo que pasó —mentí como un bellaco—. Yo también había bebido bastante. Oye, perdona, pero te tengo que dejar. Debo ir a Oviedo urgentemente para una entrevista de trabajo y no puedo llegar tarde.

Me giré con la intención de perderlo de vista.

—¿Vas a Oviedo? ¿Te importa mucho si compartimos el viaje? —propuso al instante.

—¿Compartir el viaje?

—Sí, también tengo que ir a la ciudad. Yo pagaré la gasolina. —Acto seguido, me dio un golpe amistoso en un brazo.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo decirle que no? Algo me decía que no me convenía enemistarme con aquel tipo.

—Está bien, vamos ya.

Reanudamos la marcha y alcanzamos el Panda unos metros más adelante. Me senté en el asiento del conductor, me abroché el cinturón de seguridad, y esperé a que Charly hiciera lo propio para arrancar. Él se acomodó y encendió un cigarrillo. Mi primera reac-

ción fue informarle de una de las normas básicas en mi automóvil: *prohibido fumar*. Sin embargo, decidí mantener la boca cerrada.

Mientras avanzábamos lentamente por el mojado asfalto de las calles del centro, empezamos una conversación.

—Así que te estás viendo con mi hermana. —Aquel tío acababa de descubrir la existencia del Mediterráneo, como se suele decir.

—Bueno, en realidad nos estamos conociendo. —Me encogí de hombros, reconociendo a continuación—: No conozco a mucha gente aquí, ¿sabes?

—Ahora ya conoces a una más.

Me miró y sonrió. La piel se me erizó al depositar mi mirada en sus dispares pupilas.

—Supongo que sí —contesté, por decir algo.

—No tienes por qué mentirme. Sé que te mueres por follarte a mi hermanita. Hay que joderse con Morales.

¿Qué diablos acababa de decir aquel chalado? Me mordí la lengua para no soltar un exabrupto.

Morales. Me percaté al segundo de que en ningún momento había pronunciado mi apellido al presentarme, tan solo mi nombre. Era evidente que Charly había estado investigando sobre mí.

—¿Qué? —articulé, sorprendido de su descaro.

—No te preocupes, es algo natural. ¡Somos hombres! A mí me sucede lo mismo, ¿sabes? Es una chica increíblemente sexy. Está buenísima, vamos. —Torció el gesto—. ¿Te has fijado en sus tetas? Pero ¡qué digo! —enfaticó—. Claro que te has fijado, jodido Morales, y seguro que te matas a pajas pensando en ella.

Tras el desafortunado comentario, soltó una carcajada que retumbó en el interior del vehículo. Aprovechando que ya dejábamos el pueblo atrás, pisé el acelerador deseando llegar a Oviedo lo antes posible. Mientras tanto, decidí que lo mejor sería cambiar de tema de conversación.

—En cuanto a ti, me ha parecido entender que te apellidas Rubial. ¿Tienes algo que ver con nuestro alcalde? —aventuré.

Charly interrumpió su risa de bobo y su expresión se ensombreció. Un extraño silencio invadió el interior del coche. Lo único que se oía era el rugir del motor de mi viejo Panda y algunas gotas cayendo monótonas sobre la luna.

—No quiero hablar de eso —replicó lentamente. Su voz había adquirido un tono peligroso.

—Así que, ¿es cierto que es tu padre? —incidí para joderlo.

—Te he dicho que no quiero hablar de eso. —Sentí un escalofrío por debajo de la camisa—. Hablemos ahora de tu padre: ¿por qué no vive con vosotros?

Debo reconocer que ese fue un golpe muy bajo, pues la situación de mi progenitor era, por decirlo de una manera suave, atípica.

Cierto fin de semana de agosto de 1963, un joven llamado Francisco Morales perdió su empleo como pescador en el barco con el patrón más cabrón y cascarrabias de toda la comarca. Se había quedado profundamente dormido un domingo que había que salir temprano hacia mar adentro. El despiadado patrón no había entendido la importancia que tenía la Semana Grande de Gijón para un chaval como Francisco, y más aún si había logrado *pescar* una preciosa chica. Como experimentado pescador, aquel hombre debería haberlo comprendido. En cualquier caso mereció la pena, pues la chica de melena brillante que le había ocasionado un despido pronto se convirtió en su mujer.

Un año más tarde, y como resultado de aquello, nací yo. Heredé la respingona nariz de mi madre y la manifiesta torpeza de mi padre; pero eso no viene a cuento. Lo que sí es importante es lo que ocurrió trece años después de mi nacimiento.

Como hijo recién entrado en la adolescencia, uno no sabe cómo tomarse que tu padre salga a la calle en zapatillas de andar por casa o intente comerse la comida del gato para almorzar. De un día para otro, y sin que nosotros pudiéramos apenas reaccionar ante aquel surrealismo que se había instaurado en nuestro hogar, a mi padre se le diagnosticó una enfermedad mental degenerativa que, en base a su nombre bastante difícil de pronunciar, había sido descubierta por un nazi con malas pulgas. Los primeros años no fue difícil convivir con aquello. Mi madre y yo solo teníamos que asegurarnos de que no se quedara solo en ningún momento y, sobre todo, que no le diera por cocinar. Lo más duro llegó después. Él cogió la desagradable costumbre de insultar, incluso a nosotros. *Principalmente* a nosotros. Uno no se acostumbra a que su padre le diga *chupapollas* en lugar de *gracias por cambiarme los pañales usados, hijo*. Lo peor era ver sufrir a

mi madre. Nos vimos obligados a internarlo en una residencia donde lo tratara gente especializada en cambiar pañales y donde no hubiera comida para gatos al alcance. Desde entonces, me quedé viviendo a solas con mi madre, y aunque al menos uno de los dos iba todos los días a visitarlo, él no siempre nos reconocía.

No le conté nada de esto a Charly. Como decía, había sido un golpe bajo. Pero, sin duda, lo más inquietante era que él parecía saberlo absolutamente todo sobre mi vida.

—Venga Alfonso, solo porque yo no quiera hablar de mi padre no tienes por qué hacer lo mismo. —Se había sentado de lado y hablaba desde muy cerca de mi cara. Podía sentir su fétido aliento en mi oreja derecha—. Además, no creo que tu padre fuese tan hijo de puta como el mío. ¿O sí? ¿He acertado? —añadió cáustico.

Hay un momento en la vida de todo cobarde en el que comete una insensatez y se vuelve todo lo contrario: valiente. Yo no escogí la mejor ocasión para hacerlo.

—No vuelvas a decir eso, bastardo.

Sentía la boca seca como la madera vieja, y un metálico sabor a sangre impregnó mis papilas gustativas. Invasión por la ira, pisé el acelerador sin darme cuenta. Adelantaba a todo vehículo con el que me topaba. Izquierda, acelerar, y de nuevo, a la derecha. Y acelerar un poco más. Solo quería llegar a Oviedo de una maldita vez.

—Vaya, vaya, así que también tienes sangre en las venas y huevos junto al culo —comentó él, muy mordaz.

—Vas a bajarte de mi coche en el próximo pueblo, ¿entendido?

No apartaba la mirada de la carretera y ni siquiera me atrevía a mirar al asiento del copiloto. De pronto, y sin que yo lo viera venir, Charly agarró el volante y me susurró al oído en tono amenazante:

—Antes mentía. No me gusta que te veas con mi hermana. No me la va a quitar un mocoso de mierda como tú, así que no la vas a volver a ver.

Uno nunca sabe cómo reaccionaría en un momento así. Apreté el volante con todas mis fuerzas y me concentré en mantener el coche dentro del carril. Me sentía demasiado bloqueado como para pensar en nada más. *El carril.*

—¡Suelta el volante! —grité.

Debido a un acto reflejo, accioné mi codo derecho y se lo clavé en

las costillas. Entonces él perdió los nervios. Totalmente fuera de sí, aquel hijo de mala madre me devolvió el golpe, solo que mucho más fuerte y en el hombro.

Aquello no me dolió, pero hizo que perdiera el control del coche durante un par de segundos, lo justo para que nos deslizáramos unos metros hacia la izquierda e invadiéramos el otro carril en el mismo instante en que una furgoneta que venía de frente hacía sonar su claxon con desesperación. Fue el primer trueno de una terrible tormenta.

—¡Cuidado! —me avisó Charly, con ojos espantados.

La furgoneta impactó frontalmente en la aleta delantera izquierda de mi Panda, produciendo una fuerza tan intensa que hoy no soy capaz de describir.

Se hizo de noche.

Noté cómo el mundo daba vueltas, y en un instante que me pareció tan largo como tres vidas enteras, mi cuerpo rebotó una y otra vez en cualquier esquina de aquella caja mortal en la que se había convertido el utilitario. De todo lo que sucedió a continuación, no guardo ya ningún recuerdo.

1 de julio de 2006

El despertador marcaba las 06:45 cuando sonó con estridencia. Lo silenció de una torpe palmada y se frotó la cara perezosamente. En el espejo del cuarto de baño encontró pegado un post-it amarillo. Era una irritante nota escrita en mayúsculas.

**AÚN NO HAS ARREGLADO EL COLUMPIO
QUE NO PASE DE ESTA SEMANA**

Suspiró con sonora resignación. Podía imaginarse a su mujer pronunciando esas palabras con un matiz que evocaba tanto una bronca como un reto.

Tras una ducha caliente, encendió la cafetera de la cocina y preparó un café con leche. Abrió el horno y suspiró de nuevo. El bizcocho de chocolate con nueces que con tanto mimo había cocinado la noche anterior estaba sin probar. Cortó un pedazo generoso y lo comió sin ganas sobre la encimera. Envolvió tres trozos más en papel de aluminio. «En la fábrica me lo agradecerán más que en casa», pensó.

Cuando salió, ya había amanecido. El sol gobernaba en un despe-

jado cielo, y sin embargo aún hacía frío. Tanto que volvió a entrar en casa a por una americana. Una vez dentro, decidió que debía responder al mensaje. Sacó un bolígrafo del cajón de su mesilla y escribió sobre un nuevo post-it, también en mayúsculas:

**ESPERO QUE ESTES TENIENDO UN GRAN DIA,
CARIÑO.
TE HE DEJADO BIZCOCHO EN EL HORNO. ESTA
DELICIOSO.
UN BESO**

Mientras lo releía, se sintió el hombre más imbécil del planeta, uno al que probablemente odiaría. De igual modo lo pegó en el cristal, ocupando el lugar del otro papelito adhesivo.

Unos minutos más tarde se encontraba en la parada del autobús, esperando al número cinco. Como cada día, lo llevaría hasta la zona industrial, en las afueras. Pasaría todo el día supervisando neumáticos en la cadena de montaje. En los descansos comería bizcocho con sus compañeros. No pensaría en Verónica. Hasta la noche al menos.

JAIME VERGARA SALIÓ de la concurrida estación de metro de Avenida de América a las ocho y veinticinco de la mañana. Miró a su alrededor, a modo de orientación, y ascendió la calle del mismo nombre a paso ligero y sin dejar de mirar su reloj de pulsera cada cinco minutos. Llegaba tarde. Aquella mañana había huelga de Metro en la línea diez, que atraviesa Madrid de norte a sur, así que el trayecto duró más del doble de lo que en realidad había planeado.

Nada más entrar al hotel se dirigió al mostrador de recepción, donde preguntó por el salón de conferencias. Después hizo una visita fugaz al café-bar y pidió un café cortado para llevar. También compró el periódico en el revistero del vestíbulo. La mañana prometía ser larga. Larga y aburrida.

Antes de entrar al salón se detuvo para comprobar la lista de asistentes. Se iluminó cuando leyó el nombre de «Sara Mora». Sujetó el diario con el codo y tiró de la puerta. La convención ya había comen-

zado, de modo que buscó un asiento libre en las últimas filas y se acomodó.

HABÍA TRANSCURRIDO una semana desde el Día Importante y un clima más frío de lo normal se había instalado definitivamente en Ámbar. La humedad añadida, propia de la costa, hacía que los ancianos como el doctor Salas necesitaran tomarse su tiempo para despezarse en la cama. Se incorporó con parsimonia, se abrigó con su bata azul marengo, y estiró los músculos. El cuerpo le crujía. Como hacía tiempo que no necesitaba un despertador, miró el reloj de la pared: eran pasadas las dos del mediodía. Desde que se jubiló, hacía unos pocos años, su tiempo de ocio había sido a *full time*, por lo que con el tiempo se acostumbró a hacer vida de noche y a preocuparse muy poco de los relojes. No había necesidad de seguir el tiempo que imponía la sociedad de consumo, y por otra parte, la oscuridad siempre le había proporcionado una serenidad que no encontraba en la luz diurna.

Encendió la radio para escuchar las noticias mientras se duchaba, y después preparó una sencilla sopa de verduras de esas que solo hay que verter en agua hirviendo y en cinco minutos están listas para degustar. Muy apetecible, sin embargo, en los días frescos como aquel.

Hastiado de los insípidos programas de televisión, se calzó sus botas de monte y se puso algo de ropa de abrigo para dar un paseo. Caminó hasta la iglesia, situada en el centro histórico. Hacía décadas que no entraba. Al cruzar el portón le invadió un calor reconfortante. Estaba prácticamente a solas en la capilla. Tras santiguarse, alcanzó uno de los bancos traseros, se arrodilló y situó la cabeza entre sus dos manos entrelazadas. No emitió ningún sonido durante un largo periodo de tiempo. Tras más de una hora rezando, se levantó y se fue, sin más, por donde había entrado.

SARA APRETÓ las mandíbulas con fuerza para intentar contener el bostezo. Después se llevó la mano a la boca y al final bostezó con ganas, vencida por su propio aburrimiento. Desde la fila dieciséis del

salón de conferencias del hotel Puerta de América, aquellas casi cuatro horas de convención sobre enfermedades cerebrales se le estaban antojando insoportables. La doctora había aterrizado en Madrid esa misma mañana a primerísima hora, y, tras aproximadamente quince minutos conversando con el taxista y antes incluso de que amaneciera, llegó al hotel. No se hospedaría allí, pues no tenía pensado quedarse ni una sola noche en la capital. Se quitó el abrigo, atravesó el vestíbulo con decisión y entró en el salón donde se iba a celebrar la convención de neurocirugía. Era la primera vez que pisaba aquel recinto, y Sara quedó impresionada con las sillas de terciopelo, los encajes de color dorado de las cortinas, y el proyector gigante que iba a presidir el evento. Fue de las primeras personas en llegar, así que escogió un asiento que no estuviera ni muy cerca ni muy lejos, y se sentó a esperar.

Al emitir el tercer bostezo consecutivo, decidió que debía distraerse. Cogió un bolígrafo azul de su chaqueta y comenzó a escribir en un cuaderno que llevaba siempre consigo.

Hola, Diana,

Es la mañana del 1 de julio. He madrugado tanto que me parece que ya llevo vividos dos días, y eso que aún no he almorzado. Como viene siendo habitual cada vez que tengo que ir al aeropuerto, he llegado a la terminal exageradamente pronto, así que he aprovechado para comprar el periódico y desayunar en una de esas cafeterías tan caras que hay allí. El periódico ha sido una auténtica pérdida de tiempo; una vez más, no decía nada nuevo. El desayuno ha salido por ocho euros y sesenta céntimos, lo cual, tratándose de un zumo industrial, un café con leche y un croissant de mermelada de ciruela, puede considerarse un atraco en toda regla. Eso sí, el croissant, humm, ¡madre mía! Creo que es el mejor croissant con mermelada de ciruela que he probado en mi vida, y he probado muchos. El vuelo ha salido a la hora señalada y se ha pasado en un suspiro, pero lo peor ha llegado en el taxi. ¿Por qué los taxistas siempre tienen que contar su vida a los demás? El hecho es que al final he acabado haciéndome su amiga y le he dejado un euro de propina. Ahora que lo pienso, como esto siga así la convención me va a salir más cara de lo esperado. Al salir del coche me he dado

cuenta de mi error al elegir un abrigo tan fino. ¡Aquí hace frío! ¿No se suponía que Madrid era una ciudad calurosa?

El hotel es una pasada... si se viniera a disfrutar de él. Desafortunadamente, yo tengo que estar en esta maldita convención todo el día, y cuando termine volveré a casa. No tengo ganas de dejarme más dinero en este viaje, y además, debo regresar al trabajo. El trabajo... La verdad es que no he dejado de pensar en la familia del doctor en toda la semana. No sé cómo acabará ese caso, pero algo me dice que nada bien. En fin, creo que tendré que pasarme más veces por la cafetería de la terminal para no pensar tanto en ello. ¡Mira, parece que los conferenciantes nos dan un respiro! Volveré a escribirte.

Un beso.

Se incorporó de su asiento con un profundo dolor de espalda. Su trasero era como un adoquín. El aburrimiento le había quitado el hambre, pero decidió que no le vendría mal salir a tomar el aire y comer un poco para despejar la mente.

Mientras abandonaba la sala entre la multitud, se fijó en un hombre de su edad, moreno y enfundado en un traje caro, que se acercaba a ella esquivando a la gente con torpeza. Se conocían. Era un viejo amigo de la facultad con quien, a pesar del inevitable distanciamiento producido tras la licenciatura, nunca llegó a perder el contacto del todo. Mejor dicho, Jaime Vergara era una de esas personas con las que podía estar años sin hablar y sin embargo no perder la confianza. A pesar de lo que en su momento opinaba la mayoría de compañeros de facultad, Sara y Jaime nunca fueron más que buenos amigos. Ella lo veía como la persona ideal con quien hacer los trabajos de clase, preparar los exámenes y acudir a las fiestas universitarias. La pareja se complementaba bien; no en vano, ambos eran los dos mejores de su promoción. Ella ponía el cerebro y él la creatividad. A ella le adoraban los profesores, y a él, los compañeros. Ambos estudiaron la misma especialidad, neurocirugía, y al terminar los estudios, Jaime fue admitido como residente en un hospital de Madrid, mientras que ella volvió a su Cantabria natal, donde empezó su carrera profesional. Habían transcurrido cerca de cuatro años desde la última vez que lo vio —«¡Cómo pasa el tiempo!»—, pensó al

descubrirlo— pero, aunque llevaba el pelo más corto y ligeramente encerado, lo reconoció al instante.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí?

Con una amplia sonrisa, el hombre se acercó y la besó en las mejillas.

—¡Hola! Ya ves, el trabajo acaba uniéndonos siempre. No termino de librarme de ti —dijo ella.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?

Sara se encogió de hombros.

—Bueno, no sabía que tú también acudirías a la convención.

—Pero sí sabes que vivo en Madrid, ¿no? Venga, te invito a tomar algo. Tenemos que ponernos al día.

Los dos salieron en busca de la cafetería más cercana. Hacía un viento especialmente desagradable en el exterior y no tenían mucho tiempo, así que no lo dudaron y entraron en una tasca donde, según el cartel de la puerta, servían sándwiches, calamares y otro tipo de raciones. A los pocos minutos, Sara ya degustaba un sándwich de atún mientras veía como su excompañero de facultad le hincaba el diente a un poderoso bocadillo de lomo con lonchas de queso fundido.

—Continúas siendo igual de glotón. No entiendo dónde metes tanta comida —comentó.

—Es la cantidad normal. Yo diría que eres tú la que come poco, y no es bueno para la salud. Deberías saberlo, nos lo explicaron en clase, ¿recuerdas?

Sara puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero no acostumbro a seguir los consejos de clase al pie de la letra. Además, si comiera lo mismo que tú, habría tenido que reservar dos asientos para la convención.

—Si tú lo dices —dijo Jaime, encogiéndose de hombros.

—Y no es que sea una maniática de la higiene, pero si me chorrea el aceite del bocadillo por las manos, utilizo servilletas. Son gratis, ¿sabes?

—Sí, vale, tú ganas.

—Siempre gano. —Sara esbozó una amplia sonrisa—. Deberías visitar la cafetería del aeropuerto. Tienen unos de los mejores croisants con mermelada de ciruela que he probado.

—¿De veras? En ese caso iré. —Después de frotarse las manos con un par de servilletas, cambió de tema—. Dime, ¿qué tal te va?

—Bastante bien.

—Pues por el *entusiasmo* de tu cara, no lo parece —recalcó la definición.

—Es esta mierda de sándwich. ¡No hay quien se lo coma! —Ambos se echaron a reír—. No, en serio. Es un caso en el que estoy ahora. Creo que es el más difícil que he tenido.

—Cuéntame.

—Una mujer de Ámbar tiene un tumor cerebral. Irremediablemente mortal.

Jaime hizo una mueca.

—Esas cosas nunca son fáciles. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Ese es el problema. Su marido y su padre acudieron a mi consulta y me suplicaron que no se lo dijera a ella.

—No me jodas. —Jaime se llevó la mano a la frente—. ¿Qué vas a hacer? Sabes que podrías meterte en un buen lío.

—No lo sé. —Sara se mordió el labio inferior—: ¿Recuerdas que un día te hablé de mi mentor? Aquel viejo prepotente tan desagradable.

—Sí, claro.

—Pues prepárate para alucinar. Ironías de la vida, la del tumor es su hija.

—¿Sabes lo que te digo? Que le den por el culo al viejo —soltó Jaime—. Tienes que decirle la verdad a su hija. No le debes nada a ese hombre.

—Se lo debo todo, amigo mío. Cuando te hablaba de él, yo era como una niña que empezaba a enfrentarse al mundo de la cirugía, y el doctor Salas me lo enseñó todo. Tardé en verlo, pero no es mala persona. —Resopló—. Me equivocaba. Puede que sea un maleducado y un cabrón, pero conmigo se portó mejor que cualquier buen tutor. Ahora guardo buena relación, y si soy algo en este mundillo, es gracias a él.

Jaime escuchó, y cuando Sara terminó de hablar, reflexionó en silencio. Dio un sorbo a la cerveza que había pedido para acompañar el almuerzo.

—Sé más o menos por lo que estás pasando. Tratar casos graves de pacientes ligados a ti es lo peor de nuestra profesión.

—¿Lo dices por algo en particular? —quiso saber ella, ceñuda.

—Sí. No es exactamente igual a tu caso, pero en la actualidad estoy tratando al padre de un amigo de la infancia. Lleva varios días en coma y, la verdad sea dicha, no tiene buena pinta. Además, uno de sus nietos, sobrino de mi colega, ha nacido con leucemia crónica. El crío no es mi cliente, así que no te puedo hablar con mucho detalle, pero definitivamente a esa familia la ha mirado un tuerto. Y luego está la mujer del chico, que... —se detuvo de súbito—. Oye, ¿me estás escuchando?

Sara estaba mirando con atención los posos del café en el fondo de su taza.

—Sí, sí, perdona. Es que no puedo dejar de pensar en mi caso.

Él resopló, un tanto incómodo.

—Tú dirás —replicó con tono resignado.

—Resulta que hay más. —Ella acercó la cara a la de su excompañero. También bajó el tono de voz—. No sé cómo explicarlo. Puede que sean paranoias más, pero hay algo que no me cuadra en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Todo ha sido muy extraño desde el día que vinieron a hacerse las pruebas. Hay algo raro en esta familia que ni siquiera yo entiendo. He revisado informes, historiales, datos personales... pero no hay nada. A veces me siento como si estuviese investigando un asesinato.

—Has dicho que ambos fueron a hacerse las pruebas, en plural. —Jaime achinó los ojos, adoptando el clásico papel de detective—. Supongo que te refieres a una resonancia. Igual estoy hablando por hablar, pero, ¿te has preguntado por qué acudieron a hacerse esas pruebas?

—No. ¿Por qué lo dices? ¿Qué tiene eso que ver?

—No me hagas caso, solo pensaba en voz alta. Pero te voy a dar un consejo: no te impliques demasiado en estos casos. Te lo digo por experiencia propia.

Sara miró su reloj y se sobresaltó al comprobar la hora. El tiempo de descanso había volado mientras charlaba con Jaime, y solo faltaban

cinco minutos para la reanudación de la convención. Pagaron rápidamente, cogieron sus abrigos y cruzaron la calle a toda prisa para regresar al hotel.

Una vez finalizaron las charlas, Jaime y Sara se despidieron con un abrazo y se hicieron la típica promesa de volverse a ver lo antes posible, tan habitual en las relaciones a distancia. Después, aunque no se lo dijo a ella, Jaime fue directo al aeropuerto de Barajas a hacer un pedido de *croissants* con mermelada de ciruela.

Sara, por su parte, rehízo los pasos de aquella mañana pero en sentido inverso: tomó un taxi hacia el aeropuerto —como compensación, esta vez el taxista parecía mudo— y regresó sin más a Ámbar. A pesar de que ya era de noche cuando el avión aterrizó en Camargo, no fue directa a casa. Tenía que hacer una visita a alguien, o de lo contrario, los quebraderos de cabeza no la dejarían dormir bien.

YA ERA de noche cuando el doctor Salas salió de la iglesia. El frío había aumentado considerablemente en poco más de una hora, y además no estaba de humor para caminar, por lo que tomó el autobús de la playa, aquel que pasaba justo por delante de la puerta de su casa. La estancia era pequeña y sencilla. Junto al pequeño hueco de la ventana, que daba al acantilado, se encontraba una antigua mesa de madera donde el anciano comía. Encendió la cafetera eléctrica y se descalzó perezosamente mientras esperaba a que se hiciera el café. Sus huesos crujían como si hubiera estado todo el día practicando sende-rismo, tal como solía hacer años atrás.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Se sorprendió, pues rara vez lo visitaba alguien. Al abrir, arqueó las pobladas cejas y dio un paso atrás. Ella era la última persona que esperaba.

—Siento venir tan tarde sin avisar, pero no tengo su teléfono. ¿Tiene un minuto?

Sara Mora se encontraba al otro lado del umbral, con las dos manos sosteniendo un maletín negro, y tan recatada como de costumbre. Era la primera vez que pisaba su casa.

—¡Hola! Claro, Sara, faltaría más. Adelante.

Hizo un gesto de bienvenida y la instó a entrar.

—¿Quieres un café? Está recién hecho.

—Pues la verdad es que se lo agradecería. Acabo de llegar de viaje y no me vendría nada mal.

El jubilado sirvió dos tazas de café con leche bien calientes, con una cucharada de azúcar en cada una de ellas. Después se sentaron allí mismo, a la mesa de la cocina.

—¿Y bien? ¿Has venido a algo en concreto o tengo que empezar a pensar que me vas a tirar los tejos? No es que no piense que eres una niña muy guapa. De hecho, te confieso que hace tiempo que no se me levanta, y contigo se me levantaría un poco al menos.

Sara abrió dos grandes y oscuros ojos, pero se abstuvo de reír o comentar.

—No, no es eso —respondió con una sonrisa contenida.

—Vaya, qué lástima. Me estaba empezando a poner ceporro. — Hizo un gesto obsceno con una mano y después dio un sorbo al café —. Entonces, ¿de qué se trata?

—Quería preguntarle si su hija ha tenido algún síntoma del... — La recién llegada se concedió una breve pausa—, bueno, algún síntoma.

—No es que yo esté todo el día en casa de mi hija. —El anciano dejó entrever su desgastada dentadura en un amago de sonrisa que murió enseguida—. Pero hasta lo que yo sé, no. Aún no ha padecido más que algún simple dolor de cabeza a causa del cansancio que todos nosotros, como resulta obvio, podemos tener al finalizar el día.

A Sara no pareció convencerle la respuesta, pero tampoco tenía motivos para dudar de él, así que no insistió.

—Bien. De todas formas, lo normal es que empiece a tener migrañas. Cuando eso ocurra, por favor, manténganme al corriente. Y si continúan con la idea de ocultarle la enfermedad —dijo esto último con lentitud mientras lo miraba a los ojos—, tranquilícenla diciendo que posiblemente se trate de estrés.

Salas asintió con la cabeza.

—Así lo haremos. ¿Quieres quedarte a cenar? —invitó, luego de mirar la cocina en su conjunto—. Puedo hacer algo sabroso si te quedas.

—No, tengo intención de irme enseguida.

—Sarita —dijo el anciano, acompañándose con una sonrisa—, te daré una valiosa lección: toma por costumbre hacerte al menos un

regalo cada día. Puede ser un vestido, o un nuevo corte de pelo, o una simple cena con un pobre viejo verde charlando de cosas sin importancia.

—Está bien, lo intentaré —dijo ella, a su vez con una semisonrisa—. Pero en otro momento, de verdad, que hoy he tenido un día muy largo.

—Como quieras, niña —convino el veterano galeno.

—Solo una cosa más.

—Adelante.

—Necesito saber por qué su hija y su yerno se hicieron las pruebas. ¿Qué pasó ese día?

El anciano frunció el ceño y se tomó su tiempo para responder.

—¿Acaso no lo sabes, niña? Por favor, Sarita, tú fuiste mi *padawan*.

La tan familiarmente aludida se quedó atónita ante aquella denominación.

—¿Que yo fui su qué?

—¿No has visto *La guerra de las galaxias*?

—La verdad es que no.

Él resopló y la miró fijamente a los ojos, como ofendido.

—Déjalo, no importa. El caso es que, como médico del caso, deberías conocer todo el historial. Además, tú misma tomaste la decisión de hacérselas, ¿no?

—Sí lo que me dijeron aquel día: que se dieron un fuerte golpe en la cabeza. Quiero saber todo lo que ocurrió, y además con todo detalle.

El anciano se levantó y anduvo hacia un viejo armario en el recibidor de la casa. Se percató de que Sara lo miraba de reojo tras la puerta de la cocina. El jubilado comenzó a extraer verduras y hortalizas del armario: lechuga, cebolla, un tomate, pepino y zanahoria. Volvió a la cocina, y mientras cortaba los ingredientes con delicadeza, comenzó a hablar:

—Fue esta primavera, creo que era domingo. Desde hacía meses había estado intentando convencer a su marido de que la pared del salón estaba sucia y necesitaba una buena capa de pintura. Entre tú y yo, la pared estaba perfectamente, pero conozco a mi hija y sus manías; se había cansado del color y quería cambiar.

Sara miró su reloj. Temía que se le hiciera tarde para coger el último autobús de vuelta a casa, más aún cuando el anciano llevaba ya diez minutos divagando sobre la personalidad terca de su hija y ni siquiera había empezado con lo importante: el accidente.

Por fin, el hombre explicó cómo la frágil escalera de madera que estaban utilizando para pintar el techo se tambaleó cuando ella estaba en lo más alto, haciéndola caer de espaldas contra el suelo. También contó que la mala suerte hizo que la escalera cayera sobre él, asestándole un duro golpe en la sien.

—Yo no estaba allí, pero Óliver, mi nieto, me telefonó llorando.

—Vaya —se limitó a comentar la joven doctora, impresionada.

—Aún guardo el recuerdo de los llantos del pobre crío. Ni siquiera fue capaz de explicarme lo que había sucedido. Pero era evidente que se trataba de algo grave. Salí de casa lo más rápido que pude y, cuando llegué, una ambulancia estaba esperando frente a la puerta de la casa. Sara, jamás he sentido tanto miedo como en aquel instante.

—Entiendo. ¿Qué pasó después?

—Cuando entré, mi hija estaba tendida en el suelo, inconsciente y con una pequeña brecha en la cabeza. Mi yerno, que se había recuperado del mareo provocado por el golpe, pronto vino a tranquilizarme. Supongo que debió de notar mi palidez. Me explicó lo que había pasado y que, afortunadamente, nadie corría peligro. Los sanitarios comprobaron que las constantes vitales de mi hija eran normales y la brecha había dejado de sangrar, por lo que despertaría enseguida. En efecto, lo hizo en la ambulancia, camino ya del hospital.

—Vale.

—Todo lo demás ya lo conoces. Les hicieron a ambos una primera inspección de reflejos, pupilas, y demás chorradas que no sirven para nada. Después, como medida de precaución, fue el turno de las resonancias que ahora tienes en el cajón de tu despacho. Y eso es todo —concluyó Salas, muy sombrío.

Tras ello, se volvió a sentar a la mesa con una apetecible ensalada en las manos. Ella se mantuvo un rato en silencio, pensativa.

—Entonces, de alguna manera, ese accidente con la escalera sirvió

para que detectáramos el tumor. De lo contrario, ahora mismo ni siquiera sabríamos que su hija está enferma.

—No sirvió absolutamente de nada —corrigió él—. Con accidente o sin él, el tumor no es operable. Te he contado la historia porque me lo has pedido, pero no tiene ninguna relevancia. Mi hija morirá de todos modos, y eso nadie lo puede evitar. Ni siquiera tú.

A Sara se le erizó la piel. El último comentario le había parecido tan siniestro como halagador. Se estaba haciendo tarde y no llegaba a estar del todo cómoda en esa casa, por lo que se levantó y se despidió de su mentor.

Lo primero que hizo cuando llegó a su piso, pasada ya la medianoche, fue quitarse los zapatos y ponerse el pijama. Después se preparó un simple sándwich de pavo —la conversación con el doctor Salas le había quitado el hambre— y se sentó en su sofá a reflexionar. No llegaba a entender a ese hombre. Tenía un comportamiento raro, a veces con largas pausas en medio de la conversación que no recordaba que hiciera cuando era médico. Aunque no estaba especialmente sucia, el desorden de su casa rozaba el caos.

Sara no había sacado nada en claro con la historia que le había contado, pero ahora que conocía el origen, se sentía más interesada. ¿Se estaba involucrando sentimentalmente?

Era una experta neurocirujana, pero además tenía un hobby. Desde muy pequeña le había fascinado el mundo de la psicología y, de una manera u otra, solía aplicarla con sus pacientes. Ahora, sin embargo, era diferente. Esta vez su afición era una persona importante en su vida, y no quería tratarla con prejuicios. El doctor Salas siempre fue un tipo peculiar, pero tanto él como su yerno (sobre todo él) se estaban comportando de un modo anormal. Su psicología no la engañaba. Era realmente buena en ello.

PAPÁ SE DESPERTÓ en mitad de la noche, desvelado. Miró a su derecha y vio la espalda desnuda de mamá iluminada por la poca luz de la luna que entraba en la habitación. Su silueta bailaba lentamente al son de su respiración. No podía volver a dormirse, por lo que se levantó con cuidado y bajó semidesnudo hacia la cocina. Se preparó un tazón de leche caliente con la esperanza de que el sueño volviera a

buscarlo. Metió en el microondas un trozo de bizcocho que había sobrado —y que seguía tal cual lo había dejado— y se lo comió de pie, como hiciera esa misma mañana. Sentía un vacío en el estómago, pero estaba inapetente. Solo quería terminar el bizcocho y dormirse. Después se sentó en el sofá del salón y, sin encender ninguna luz, se quedó mirando la calle a través de la ventana.

Hacía justo una semana que había acudido a la consulta de Sara Mora. Hasta ese día habían sido una familia normal. ¿Lo eran realmente?

Puso un CD en el reproductor y escuchó a Bruce Springsteen cantar sobre los sueños rotos y una chica llamada Mary. Cuando terminó el disco, pasadas las tres, seguía sin dormirse con los auriculares puestos. No faltaban ni cuatro horas para que sonara el despertador. Encendió la lamparita de mesa y abrió uno de los viejos álbumes de fotos que había guardados bajo la mesilla. Las imágenes eran antiguas, y él aparecía en la mayoría de ellas. Tendría unos veintipocos años de edad, pero le pareció como si fuesen de otra vida. Avanzó las hojas de una en una y observó las fotos con profunda nostalgia. En muchas de ellas salía con ella. Algunas páginas después empezaban a mostrar fotografías más modernas, donde aparecía un Oli recién nacido, y también un cachorro de pastor alemán. En esa página, junto a las imágenes, se leían unas letras de colores: «AQUILES». Viendo aquellas fotos pensó que parecían una familia feliz. Eran una familia feliz. Al terminar, cerró el álbum con suavidad y se quedó pensativo.

No pensaba rendirse.

Su mujer moriría pronto, eso no lo podía evitar. Pero estaba en su mano intentar reconquistarla una última vez. No se perdonaría perder al amor de su vida sabiendo que ella no lo quería. En algún momento, en mitad de la interminable noche, tuvo una idea desesperada. Era su última bala y pensaba utilizarla. Y lo haría lo antes posible.

Unos minutos después, el sueño lo venció. Se quedó dormido sobre el sofá con el álbum de fotos familiar agarrado contra su pecho.

Mira de soslayo hacia el lateral del escenario y sus pupilas se topan con las de su archienemigo. Entre bambalinas, oculto para el resto de la audiencia, una sombra permanece en pie con aspecto sombrío. Su expresión es la de una momia. No muestra odio, ni lástima. Tampoco arrepentimiento. Simplemente no expresa nada. Alfonso, desafiante, siente una extraña alegría al ver a Charly escondido tras el escenario.

«Tenías que estar aquí, cómo no, bastardo de mierda.»

Consciente de que el público aguarda impaciente por conocer lo que ocurrió tras la desafortunada colisión entre el Fiat Panda y la furgoneta, traga saliva, redirige su mirada hacia el frente y continúa con el monólogo.

* * *

22 de marzo-5 de mayo de 1983

Recuerdo unas manchas borrosas corriendo de un lado para otro. Y ruido, mucho ruido; ese que parece que proviene desde muy lejos, pero sin embargo se te clava en el cerebro como una aguja de las que utilizaba mi abuela para hacer punto. Creo que estaba tumbado en el suelo y boca arriba, porque la luz del sol surgía de entre las nubes

negras y me ofendía cuando procuraba abrir los ojos. El día dio paso a la noche, lo sé porque todo se volvió más oscuro. Antes de dormirme de nuevo, unas enormes aspas giratorias bajaron del cielo y se acercaron con la suavidad de un ave rapaz. En ese momento sentí como si el cataclismo más devastador se cerniera sobre mí. No reparé en Charly hasta mucho después, cuando supe de él.

Nuestro accidente salió publicado en prensa y televisión. Según dijeron, en el momento de la colisión mi coche circulaba a una velocidad de 155 kilómetros por hora por una carretera cuyo límite eran los 90 por hora. El despliegue de ambulancias y coches patrulla de la Guardia Civil fue el más importante en lo que llevaba de año en la zona norte de España. Por fortuna, y a pesar de todo, no hubo víctimas mortales. El conductor de la furgoneta contra la que chocamos, un transportista que trabajaba para una importante empresa de muebles, apenas sufrió daños graves. Cuando lo encontraron estaba inconsciente dentro de la cabina, pero consiguieron reanimarlo en la misma cuneta. Fue dado de alta tres días después.

Mi pequeño Panda no fue rival para un vehículo de esas características. Según las noticias, el coche dio varias vueltas de campana y acabó en el desnivel que había a un lado de la carretera. El vehículo fue declarado siniestro total. En cuanto a mí, el diagnóstico resultó tan claro como devastador: húmero, radio y clavícula del brazo izquierdo, rotos, además de varias costillas y huesos de difícil pronunciación. También sufrí lesiones en el cuello, espalda y rodillas. Los sanitarios aseguraron que presentaba el aspecto de una marioneta vieja cuando llegué al hospital.

Desperté al cabo de muchas horas de inconsciencia, y descubrí con sorpresa que ya me habían realizado algunas operaciones en los huesos más dañados. Me dijeron que volvería a hacer vida normal en unos meses —¡En unos meses!—, pero me miraba a mí mismo y únicamente veía a un inútil trozo de escayola tumbado inmóvil sobre una cama.

Mi primera impresión fue que parecía un muñeco de nieve petrificado. Pero había sobrevivido, y eso era, teniendo en cuenta la magnitud de la catástrofe, un auténtico milagro.

Si uno se lo monta bien, la habitación de un hospital puede resultar un lugar moderadamente agradable. En mi caso, cada día

desfilaban por mi habitación mi madre, mi tía y Berta, entre otros. También Verónica, que acudía a verme cada día, siempre por la mañana a primera hora (esto, teniendo en cuenta su despiste innato, lo consideré una proeza). Normalmente, cada visita incluía en el lote algún regalo. De todos ellos recuerdo, por ejemplo, un buen reproductor japonés de casete junto a bastantes cintas de la mejor música de Dire Straits, Pink Floyd, los Who y Led Zeppelin. También una caja de bombones y varios libros. Me dejaban dormir hasta la hora que quisiera y, cuando televisaban el fútbol, me sintonizaban la televisión y veía el partido desde la cama. Desde mi punto de vista, no tenía derecho a quejarme.

Como decía, durante varias semanas estuve recibiendo la visita diaria de seres queridos. No obstante, la primera cara conocida que atravesó la puerta de mi habitación me revolvió las tripas. Las ojeras remarcaban su cara, haciéndolo parecer un anciano, y había adelgazado por lo menos quince kilos. No parecía el mismo hombre. Se plantó frente a mí, a los pies de la cama, y me observó con sus pupilas de dos tamaños. Yo, sin embargo, no podía apartar la mirada de su cuerpo. Bajo el hombro derecho, en el lugar donde debería continuar el brazo, colgaba un ridículo muñón cubierto de vendajes. Sentí un escalofrío, pero debo reconocer que me alegré al pensar que aquel tullido hijo de perra habría aprendido la lección. Una vez más, me equivocaba.

«Venga, descojónate. Ahora el bicho de ojos raros es un poco más monstruoso», parecía estar pensando.

Solo estuvo en la habitación unos segundos, los justos para comprobar, estoy seguro que con cierta decepción, que estaba vivo. Abrió la boca para pronunciar unas palabras que hoy en día siguen dejándome de piedra:

—Sé lo de Lorena —dijo lleno de odio—. Por tu bien, no le dirás a nadie lo ocurrido en tu coche. Y mucho menos a Verónica.

«Jodido estafador, siempre con un as en la manga», reconocí en mi interior.

Después, sin dejar que yo contestara, —aunque no se me había ocurrido nada brillante, para qué nos vamos a engañar—, abandonó la habitación. Esa fue la primera y única vez que vi a Charly en todos los meses en los que compartimos hospital.

Lorena...

DESEO EXPLICAR BREVEMENTE la historia de Lorena a partir de esta misma que estoy contando, porque, por increíble que parezca, se conectan y tienen relación de una forma que yo mismo nunca habría creído.

Todo ocurrió en la noche de San Juan, algunos años atrás, antes de que tuviera que ir a Zaragoza para realizar el Servicio Militar. En Ámbar, como en muchos otros pueblos costeros, todos los 24 de junio es tradición celebrar San Juan encendiendo impresionantes hogueras a lo largo de la playa, saltar sobre ellas y andar sobre las cenizas aún candentes. Eso, al menos en la teoría. En la práctica, durante esa noche la gente se divierte de diversas formas, cada uno a su manera. Por lo general, las personas de avanzada edad suelen acompañar a los niños a disfrutar de las hogueras, las atracciones y el espectáculo que forman los fuegos artificiales. En cuanto a los adolescentes, hacen exactamente lo mismo que todos los fines de semana por la noche: reunirse y beber hasta perder el sentido, con la diferencia de que en San Juan lo hacen sobre la arena de la playa, frente al agua del mar y junto al fuego, lo cual lo convierte en una práctica nada peligrosa.

Ese año pasé las fiestas en compañía de mi prima Berta y su grupo de amigos. A pesar de que ella es algo más joven que yo, por aquel entonces ya era toda una experta en bebidas psicotrópicas, mientras que yo todavía no era capaz de tomar más de una cerveza sin que al hablar se me confundiera con *Cheewaka*.

No recuerdo cómo terminé sentado sobre un montículo de arena, a solas y con un vaso de plástico en la mano. No podía ver más que gente danzando de un lado para otro. Se reían. Y había mucho fuego. Las imágenes se mezclaban. Mientras me concentraba en que no se me cayera el vaso, alguien me empujó por el hombro. No era la primera vez, una persona a mi espalda había estado toda la noche empujándome sin querer, y empezaba a incomodarme. Me giré y la vi. Era todo un incordio. La molesta chica que no paraba de moverse. La voz de pito. La... la... «¡joder, que pechos!», pensé, alucinado, al descubrir su poderío.

Le toqué el hombro izquierdo.

—Pe-perrrdona —balbuceé—. ¿Has visto tú a la imbécil de Berta?

Sobre la marcha, creo que decidí darle una oportunidad y no pelearme con ella. Al fin y al cabo, con ese par de... bueno, con esos ojos no tenía aspecto de mala persona. Además, con las mujeres no hay que pelearse nunca.

Ella me miró de arriba abajo con indiferencia.

—¿Te refieres a la chica de granos que ha estado aquí, contigo hace un rato? —inquirió al cabo de un incómodo silencio.

—¡Sí, esa, la de los granos!

—Creo que la he visto hace unos minutos, yendo hacia el agua. Iba también muy borracha.

—Ah, ¿qué estás borracha? —pregunté extrañado, mirándola con ojos vidriosos—. Pues la verdad es que lo disimulas muuuuuuy bien bienbienbien...

—No, no, me refiero a que iba borracha como tú... ¡Oye! ¿Qué estás mirando? —se puso alerta.

Me había pillado buscando a mi prima en su generoso escote.

—Tienes el pelo bonito, ¿sabes? Y hueles a canela. Me chifla la canela —dije para remendar mi error visual.

Entonces ella dio un gran sollozo. Yo le pregunté si le pasaba algo, y me explicó con lágrimas en los ojos que su novio la había dejado plantada y que un conocido la había visto luego con otra chica.

«Por lo visto, hay hombres a los que no les gustan los ojos grandes», cavilé mentalmente.

Después, sin que lo viera venir, se acercó de un salto y me abrazó con fuerza. Posó con firmeza las palmas de sus manos sobre mis orejas, volvió a apoyar sus enormes pechos sobre el mío, y me besó con violencia. Yo era, en mi conformista imaginación, un segundo plato cojonudamente feliz. Aquel beso sabía a vodka y nicotina, que mezclado con el aroma a canela que desprendía su cuello, terminó de colocarme del todo.

—Por cierto —me dijo, implacable, una vez que terminó de besarme a lo tornillo—, me llamo Lorena.

—Alfonso. Un verdadero placer.

El encuentro con Lorena no terminó siendo más que un aislado

episodio en mi patética vida sentimental. Aparte de unos cuantos besos bañados en alcohol y tocamientos varios junto al calor de las hogueras, Lorena y yo no volvimos a saber nada el uno del otro. Pero por alguna razón, Charly, una vez más, conocía la historia. Empezaba a pensar que aquel tipo vivía dentro de mi cerebro, puesto que no existía secreto que él no supiera.

Y además, ¿qué importancia tenía mi aventura con Lorena en todo este alboroto?

La tenía.

El vigésimo segundo cumpleaños de Verónica, que se celebró unas pocas semanas después de que me concedieran el alta médica, se convirtió en una auténtica pesadilla.

Me había vestido elegantemente para la ocasión, con jersey negro de cuello vuelto, una americana, y el cabestrillo que llevaba siempre conmigo, y que, por culpa de los dibujos que Berta me había pintado sobre la escayola, me aportaba un toque infantil. Verónica pensó que su cena de cumpleaños era el momento perfecto para presentarme de manera oficial a sus padres, por lo que, con más miedo que un ternero a punto de ser devorado por los buitres, me dirigí a la casa. En realidad, eso era justo lo que iba a suceder.

Recuerdo que me temblaba el dedo índice cuando pulsé el timbre desde la calle. Por suerte, Verónica abrió el portón en seguida y me recibió con un beso de esos que envían los nervios de uno directamente a otra parte del cuerpo. Iba vestida con unos vaqueros oscuros y una camiseta rosa con letras negras que decían: *La vida es imprevisible. Come primero el postre.*

—Felicidades, pecosa —la saludé.

—¡Gracias, Soldado!

Ella cerró los ojos y extendió las manos con las palmas abiertas, pero me hice el duro y le dejé muy claro que el regalo llegaría tras la cena. Algo decepcionada, me agarró de la mano y me arrastró hacia el salón, donde un hombre de aproximadamente cincuenta años veía la televisión sentado en el sofá.

—Mira, papi, ha llegado Alfonso —exclamó Verónica con entusiasmo.

El hombre, que estaba sumergido en una telecomedia, se giró sobresaltado y me examinó sin disimulo. Tenía las facciones duras,

gafas gruesas y el pelo peinado hacia atrás. Era la viva imagen del típico mafioso del Chicago de antaño. Aplastó su puro contra el cenicero y se acercó para estrecharme la mano.

—Así que tú eres el que te acuestas con mi Vero —me dijo sin ninguna piedad cuando mi chica se había transportado a la cocina en busca de su madre.

Farfullé sorprendido.

—Dime, chaval, ¿la haces disfrutar? —soltó lascivo.

El anfitrión escupió una escandalosa carcajada y me rodeó el hombro con su brazo diestro.

—No te preocupes, estoy de cachondeo. Aunque, por el bien de mi Vero, ¡espero que sea así! —Y volvió a reír, esta vez más fuerte.

«Estupendo, me ha tocado el suegro bromista», pensé con resignación.

En ese preciso momento, Verónica volvió al salón acompañada de una mujer de cabello gris y bonitos ojos verdes. No cabía duda de que era su madre, pues se parecían como dos gotas de agua. Verónica me había contado que el segundo marido de su madre, el alcalde Rubial, había desaparecido sin dar señales de vida hacía unas semanas. Era evidente que los había abandonado, lo cual, teniendo en cuenta su carácter agresivo y bipolar, se trataba de un alivio para ambas mujeres. Violeta, que así se llamaba la madre de Verónica, era pura dulzura. El padre de Verónica y primer marido de Violeta, sin embargo, únicamente veía en ella a la esposa que lo traicionó por el primer edil. Así que cuando las dos mujeres entraron al salón, el mafioso de Chicago cesó su risa, volvió a su sitio del sofá y encendió un nuevo puro.

Mientras Violeta y yo nos presentábamos —fue menos brusca en modales que su exmarido—, me fijé en que, al otro lado del salón, Charly estaba fumando a solas en una pequeña terraza que daba al patio interior. Su presencia me sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta que su padre ya no vivía en esa casa. Sin embargo, un pedacito de mí iba preparado para tal enfrentamiento. Ni siquiera se dignó a saludarme, a pesar de que sí me vio. Lo sé porque yo también lo miraba.

«Volvemos a encontrarnos, Carlos Rubial», me dije con aire de manifiesta superioridad.

Había estado varios días pensando en Charly y en su amenaza:

¿contarle a su hermanastra mi aventura con Lorena? Había llegado a la conclusión de que no tenía absolutamente nada que esconder. Aunque ella llegara a enterarse, no podría echarme nada en cara. Entendería que aquello sucedió hacía mucho tiempo, y que ni siquiera nos habíamos conocido aún. Lo que por otro lado no podía aguantar por más tiempo era el hecho de que aquel lisiado hubiera intentado matarme y ahora estuviera fumando en la terraza como si nada. Decidí que, tras la cena, hablaría muy seriamente con Verónica del asunto.

Charly me dio la espalda para mirar hacia el patio mientras sujetaba el cigarrillo con su única mano. Violeta me invitó a sentarme en el sofá, donde estaríamos más cómodos. El padre de Verónica gruñó. Solo llevaba cinco minutos en esa casa y ya podía palpar la tensión entre los dos miembros de lo que una vez fue un matrimonio. Verónica se sentó a mi lado y me acarició el muslo izquierdo con dulzura.

De pronto detecté un ligero olor que me resultó familiar. Era un rastro que se diluía, pero aun así me llamó la atención. Pasé un buen rato devanándome los sesos, tratando de averiguar a qué me recordaba aquel olor dulzón. Alguien que se había posado en el mismo sofá, minutos antes, lo había impregnado por completo con aquel aroma. Estaba convencido de que había respirado ese olor anteriormente, pero como es habitual, mi memoria fallaba a la hora de dotar al recuerdo de una forma más concreta. Era un olor que me resultaba, a pesar de ser empalagoso, agradable.

—¿A qué huele? —le pregunté a Verónica. No podía más con esa incertidumbre.

—A canela —me dijo con toda naturalidad. Mi cerebro empezó a atar cabos, deseando que lo que estaba pasando no fuera en realidad lo que creía que estaba pasando—. Mi hermana Lorena ha venido de Londres para mi cumpleaños, y siempre se excede con el perfume.

Mi hermana Lorena.

—Mira, ahí viene. ¡Te la presentaré!

5 de mayo de 1983

La cocina desprendía un delicioso olor a cordero que pronto inundó el salón. Violeta nos avisó con un grito de que la cena ya estaba lista, así que todos tomamos asiento en torno a la mesa. Yo enseguida me senté junto al que, aparentemente, sería mi único aliado aquella noche: Verónica. Frente a mí se posicionó Charly, que jugueteaba con el cuchillo de la carne mientras observaba el mantel. Presidía la mesa el padre de Verónica. En la esquina contraria, a mi izquierda, Lorena me sonreía con educación. El olor a canela penetraba en mi nariz, anulando al del cordero y mezclándose en mi cerebro con los recuerdos de la playa, el fuego, sus grandes tetas, el vodka y la fiesta de San Juan. Todo era muy confuso. Ella, sin embargo, no parecía acordarse de mí en absoluto.

«Un placer conocerte, Alfonso. Mi hermana me ha hablado mucho de ti», me había dicho justo antes de darme dos besos en las mejillas y pasar de largo como si nada.

Mucho mejor así, sin ninguna duda. Aunque, al observar la ondulada melena cayéndole con sutileza sobre el hombro, algo me dijo que la cena no iba a resultar fácil. Bajo un sencillo vestido de tela vaquera, se dibujaba un pronunciado escote que invitaba a mi ahora amaestrada mirada a perderse en el canalillo, tal y como ocurriera

años atrás. Seguramente fuera un efecto óptico producido por la luz, pero habría jurado que le habían crecido los pechos.

Para amenizar la cena, la madre de Verónica había decidido reproducir un casete de clásicos de los Beatles. Su exmarido protestó, argumentando que con música *rock-pop* en la mesa era imposible conversar. No tuvo ningún efecto. *Here comes the sun, here comes the sun, and I say: it's alright...*, comenzó a sonar por los altavoces esa canción que en su día, como solista, interpretó el malogrado George Harrison.

Cuando el cordero aterrizó en la mesa, mi potencial suegro opinó que lo mejor sería regar la cena con vino reserva de Ribera del Duero. Descorchó una botella que tenía guardada y la cena comenzó. Al principio el silencio intimidaba. La tensión era palpable, y todos comían con extrema educación. Yo me sentía como Leonardo Di Caprio en *Titanic*, pues ni siquiera estaba seguro de si la cucharilla era para servir la salsa, o si por el contrario debía reservarla para el postre. Mientras saboreaba el delicioso lechazo fundiéndose con la salsa dentro de mi boca, me fijé en los cuadros que decoraban las paredes. Paisajes, bodegones y escenas épicas. «Solamente los marcos ya deben de costar una fortuna», valoré para mí.

Verónica rompió el hielo.

—¿Qué te parece la comida, Charly?

Él la miró y sonrió, pero yo sabía que, tras esos ojos de otro mundo, lo que de verdad pensaba era en desgarrar la camiseta de Verónica y acariciar lascivamente sus senos con su única mano.

—Está muy bien —se limitó a decir, lacónico.

«Deja de mirarla de esa manera, bastardo», pensé con asco.

—A propósito. —Ahora era el padre de las chicas el que hablaba. Lo hacía apuntando a Charly con el tenedor—: ¿Qué tal el brazo?

Las tres mujeres se miraron entre sí, intentando averiguar la reacción que la ofensiva pregunta del padre de familia había producido en los demás.

—Perfectamente. Pero solo me queda uno, así que más me vale cuidarlo bien —respondió el manco, y las chicas rieron aliviadas.

—No, no, me refiero al muñón. ¿Te duele? —insistió el anfitrión.

—No puede doler lo que no existe. —El tullido contestó así, con implacable frialdad.

One thing I can tell you is you got to be free, ¡come together! Los de Liverpool continuaban sonando de fondo con otro tema del disco Abbey Road.

La tensión se había apoderado de la mesa de nuevo. De pronto noté algo a mi izquierda que me rozaba el pantalón por debajo del mantel, a la altura del muslo. Confundido, miré a Lorena, que bebía de su copa. Ni siquiera me devolvió la mirada. «¿Está disimulando? ¿Es eso una sonrisa? No, no puede ser.»

—Por cierto —continuó el padre—, no sabía que os conocíais.

El corazón me dio un vuelco. De repente percibí como toda la atención de la mesa se centraba en mí. Mi futuro suegro, en concreto, me miraba como calibrando lo estúpido que era. Intenté serenarme fijando la mirada en las costillas del cordero.

—¿Como? —fue lo único que acerté a decir, para ganar tiempo.

—Charly y tú. Os conocíais, ¿no?

Solo solté un apagado monosílabo:

—Sí.

—No —contestó Charly con otro, casi al unísono.

Perplejo, el hombre de más edad arqueó las cejas.

—¿Os aclaráis de una puta vez?

—Nos conocíamos de vista. —Charly comenzó a explicar con su chulería particular—. Habíamos coincidido en un par de ocasiones durante el verano, pero apenas habíamos hablado. El día del accidente nos topamos en la calle, y dio la casualidad de que ambos teníamos que ir a Oviedo. Alfonso fue tan amable de ofrecerse a llevarme en su coche. —Volvió la cabeza para mirarme con su habitual parpadeo de marciano, y sonrió—. Después, todos sabemos lo que ocurrió.

El padre de Verónica asintió sin mucho convencimiento.

—Pero no hay mal que por bien no venga —subrayó el manco tras torcer el gesto—. La tragedia sirvió para que Alfonso y yo tuviéramos una experiencia vital en común. Ahora somos familia.

«¿Cómo puede ser tan cínico?», me interrogué a mí mismo.

Verónica nos miró a ambos y sonrió complacida.

—En fin, Charly —me vi obligado a intervenir, ahora con valentía desmedida—, ¡no es necesario exagerar!

—¿Acaso algo de lo que he dicho no es cierto?

—Sí, por supuesto que es verdad lo que dice —respondí, dirigiéndome a todos los presentes—. Es solo que Charly es demasiado efusivo hablando de nuestra relación, cuando lo cierto es que casi nos acabamos de conocer. Además, has hablado de un accidente, y yo creo que no lo fue. —Al lisiado le palideció la piel—. Fue un milagro. ¿Qué digo? ¡Fue una heroicidad por su parte! Si no llega a haber sido por él y sus increíbles reflejos a la hora de tomar el volante del coche, ahora no estaríamos aquí de cuerpo presente. O al menos casi todo el cuerpo presente —subrayé con todo cinismo esas dos palabras.

El aludido hizo un gesto de hastío. Cada vez que lo nombraba, todos volvían el rostro hacia él. Yo tenía la indescriptible sensación de contar con la simpatía del resto de los miembros de la mesa, mientras que Charly era claro objeto de desconfianza. Quizá él mismo notó algo parecido, porque añadió:

—Solamente he querido omitir los detalles del desagradable suceso, nada más.

«¿Es posible que te hayas puesto a la defensiva, Carlos Rubial? —me dije al oír aquello—. Eso para que vuelvas a abrir la boca.»

En voz muy baja, pero no lo suficiente como para que aquel rufián no lo oyera, el padre de Verónica comentó con su exmujer:

—¡Qué gran hipócrita es! Cambiando de tema. —Ahora se dirigía al propio Charly en voz alta—: ¿se sabe ya quién va a ocupar el puesto de alcalde después de que tu padre desapareciera como una rata?

«Dios, qué endiabladamente irónico es este hombre. ¡Tira con perdigón lobero!»

Violeta se levantó para meterse en la cocina. Charly enrojeció de ira, aunque consiguió que su tono de voz no se viera alterado.

—No lo sé, y no me importa. No me interesa la política.

—Pero es tu padre. ¿O es que tampoco te interesa que os haya abandonado? —le recriminó el doctor con marcada aspereza—. A vosotros y a todo el pueblo, está claro. ¡Genial! El postre está listo.

Violeta volvía de la cocina con una tarta de queso que tenía una pinta estupenda.

—Aquí está tu pastel —contestó mi chica con ceño—. Pero como sigas con esa actitud, será la última vez que lo pruebes.

Su progenitor gruñó.

—Vamos, Verónica, son mis invitados y esta casa aún es mía. Tengo derecho a preguntar —dijo después, abriendo ambas manos en son de paz.

Aquel hombre tenía un carácter a prueba de bombas, eso era evidente, pero también lo era el esfuerzo que le estaba suponiendo mantener la compostura y no mandarlo todo al infierno. Unos años antes, cuando Violeta le presentó los papeles del divorcio, parte de su mundo se desmoronó. Se vio en completa soledad. Su compañera de viaje lo había sustituido por un alcalde arrogante con nariz de gorrino (quien, para colmo, trabajaba para la oposición) y se habían quedado con la casa y la custodia de Lorena, que por aquel entonces era menor de edad. Poco tiempo transcurrió hasta que la niña decidiera emprender la aventura británica y viajar a la Cambridge University para estudiar la carrera de biología. Así pues, el padre de las dos chicas se vio totalmente solo. Alquiló una humilde casa ubicada entre la playa y el acantilado, y allí pasaba sus horas libres, mirando los soporíferos programas de la teletienda mientras cenaba un plato de rápida elaboración que reposaba en una bandeja sobre sus piernas. El trabajo era lo único que lo mantenía ocupado. Si no hubiese sido por las ocasionales visitas de Verónica, quién sabe lo que habría sido de ese pobre hombre.

Ahora se encontraba cenando en una casa que le avivaba constantemente su sed de venganza, rodeado de su traidora exmujer y el asqueroso primogénito de su mayor enemigo. Debía de sentirse humillado.

Get back, get back, get back to where you once belonged...

Los Beatles parecían incrementar el ritmo de sus grandes canciones, muy acorde con la tensión existente en la mesa. *Pum, pum, pum, pum, pum...*, sonaba el bombo de la batería de Ringo Star, implacable.

Verónica se arrimó a mi hombro y me rodeó amorosa con los brazos.

—Alfonso se porta genial conmigo, es un encanto —le dijo a su padre—. Cuando lo conozcas, tú también lo querrás.

—En ese caso pronto será de la familia.

Me sonrió después con una calidez en los ojos que sin duda agradecía en un momento como aquel. Me estaba ganando al lobo más

fiero de la manada. Charly, por el contrario, me dedicó su mirada más gélida. No me iba a quedar más remedio que acostumbrarme a ella.

Estábamos saboreando la tarta cuando la conversación se puso aún más fea, al menos para mí.

—Veo que te encanta el postre que he hecho —me susurró al oído Lorena, que en ese momento parecía *Belén, la de las tetas sobre el mantel*—. Lleva canela.

Mi piel debió de palidecer en cuestión de microsegundos.

«Maldición, se acuerda de mí. ¡Mira como sonrío la muy pícaro!»

—Eh..., se avecina lluvia y debo comprobar el parte meteorológico —avisé, con una mueca de por medio. En ocasiones, utilizo el ingenio y la comedia para salir de terrenos pantanosos—. Si me disculpáis.

—¿Qué dices, cari? —preguntó Verónica.

—Pues que tengo que ir al baño —traduje, no sin cierto resquemor por haberme humillado delante de todos con ese empalagoso *cari*.

—¡Ay, te enseñaré dónde está! —casi gritó Lorena.

Terrible. Aquella era una compañía indeseada para ir al aseo. Y lo más irónico era que en otros tiempos habría sido fuertemente deseada. Así que, reaccionando como un rayo, me giré y le pregunté a Verónica por la ubicación del cuarto de baño.

—Mejor que te acompañe mi hermana, que esta casa es un pelín sobradamente grande —me dijo, acompañándose con una de sus inocentes sonrisas.

Charly me miró arqueando las cejas y se recostó sobre la silla, victorioso.

I'd like to be, under the sea, in an octopus's garden..., cantaba de fondo la nasal voz de Ringo Star.

—Bien, muchas gracias por acompañarme, Lorena.

«Ahora entraré ahí dentro, haré mis cosas, y tú te irás por donde hemos venido.»

Pero no fue eso lo que ocurrió. En cuanto giré el pomo de la puerta del aseo, mi cariñosa y exuberante cuñada se deslizó junto a mí, me palmeó el trasero con todo descaro y luego empujó. Para cuando me quise dar cuenta, ya estábamos los dos dentro del cuarto de baño. Horror.

Intenté pensar con rapidez y por mi cabeza pasaron variedad de excusas, negativas, y reconozco que alguna que otra guarrería, pero lo único que salía de mi boca eran ridículos balbuceos.

—Eh..., Loren..., mmm...

Ella me arrastró contra la pared y me atrapó entre sus brazos. No había escapatoria, y además el cabestrillo me restaba movilidad. Si esos dos arietes que tenía preparados en primera línea de ataque se acercaban un milímetro más, estaría perdido. Era una guerra carnal en toda regla.

«Por Dios, qué bien hueles», pensaba, complacido, en medio de la lasciva refriega.

—Aparta Lorena, no puede ser —casi susurré, y la hice a un lado con un movimiento sutil.

—¿Como?

—¡Te digo que no puede ser —solté de pronto con toda mi energía contenida—, estoy saliendo con tu hermana! ¿Acaso estás loca?

El pánico que sentía en ese momento debía de reflejarse en mi cara, porque ella se rio. Supongo que le di lástima.

—¡Sabía que me habías reconocido! —dijo con exagerado entusiasmo.

«Imposible olvidar ese par de ojos.»

—Pues sí —repuse quedamente—. Y tú a mí también, por lo que veo.

—¡Claro que me acuerdo de ti! Estuve mucho tiempo pensando en esos labios tan húmedos.

Su cara se acercó a la mía hasta que incluso podía sentir su aliento. Sé que no es posible, pero sí, también olía a canela. Dichosa canela.

—Lorena, escucha —dije, haciendo un esfuerzo para pensar con lo de arriba—. Aquello estuvo genial, pero fue hace mucho tiempo. Ahora estoy con tu hermana, y la quiero. La amo con todas mis fuerzas. Supongo que ya lo sabes.

De pronto la nombrada se echó a reír, y el momento perdió toda la sensualidad de golpe al alcanzarme parte de la perdigonada de su saliva en los ojos, algo que no soporto de nadie. Se reía tanto que tuvo que girarse y taparse la cara con las manos.

—¿De verdad creías que te estaba acosando? Bueno, supongo que estaba disfrutando torturándote y el juego se me fue de las manos. No debí tocarte el culo.

Yo la observaba con cara de estúpido.

—Mi vida está en Londres ahora, y soy feliz. ¿Sabes? Tengo novio, Nick, y no está en mis planes tener una aventura fugaz con el noviete de mi hermana mayor. —Hizo una pausa, pensativa, y se percató de algo—. Oye, espera un momento. ¿Acabas de decir que amas a Verónica o me he vuelto tarumba?

—Pues no, no te has vuelto loca. La quiero mucho.

—¡Pero eso es muy fuerte! —enfaticó algo histriónica mientras se agitaban sus tetazas y marcaba aun más el canalillo—. ¡Me alegro muchísimo! Me pareces el tío perfecto para ella.

Dando simpáticas palmadas, Lorena volvió a acercarse y me besó fuertemente en la mejilla izquierda con sus carnosos labios. Después se giró y volvió al salón, dejándome a solas para que por fin hiciera mis necesidades. Esa chica era pura energía, tal y como recordaba.

El resto de la noche está algo borroso. El padre de Verónica insistía en lo sabroso que estaba el dulce de su niña pequeña y, asimismo, en lo terriblemente horteras que eran los pantalones de Charly.

—¿Son los mismos que llevabas el día que perdiste el brazo o ya venían desgarrados de la tienda? —quiso saber a la hora de los cafés, haciendo gala de toda su mordacidad.

También le llamaba la atención a Verónica cuando se manchaba las puntas del cabello con la crema pastelera que había en su plato, algo que le pasaba con frecuencia. Ella, mientras tanto, se encontraba ocupada compartiendo confidencias con Lorena, susurrando cosas al oído y sonrojándose con cada frase. Era más que posible que Lorena le estuviese contando mi impulsiva declaración de amor en el cuarto de baño. Terminado el café, Lorena preguntó si a alguien le apetecía un trago de Johnnie Walker, adquirido en el aeropuerto de Gatwick. Violeta procedió a sacar unos vasitos. Solo Charly fue lo suficientemente idiota como para declinar la oferta.

La velada estaba mejorando cuando alguien aporreó la puerta principal. Violeta se levantó de la mesa y corrió a comprobar quién llamaba con tanta insistencia. Al poco rato volvió con la tez pálida.

—Alfonso, una chica que dice ser tu prima Berta está aquí —me dijo con ese tono de voz que nunca precede buenas noticias—. Tu madre está con ella.

En seguida me temí lo peor. Charly, su amenaza, el olor a canela, los increíbles pechos de Lorena y todo lo que había protagonizado el inolvidable cumpleaños pasaron de inmediato a un segundo plano. Tragué saliva con mucha dificultad y, empujando una de las sillas, avancé cojeando hacia el recibidor. Mi prima me abrazó con mucha fuerza nada más verme. Mi madre tenía el rostro descompuesto, y mis peores sospechas se cumplieron así.

—¿Qué...? —pregunté, con un agobiante nudo de tensión en la garganta.

Mi padre había muerto aquella noche. Mi madre parecía tan desamparada que nos abrazamos los tres con fuerza, buscando, tras el consuelo, una explicación que no había de llegar. Mi progenitor había pasado los últimos años de su vida siendo una marioneta, una caricatura de lo que fue en su juventud. Una injusticia más de esta asquerosa vida.

Esa noche de mayo me dejó varias huellas importantes, muchas de las cuales se convertirían en cicatrices. Perdí a un padre, lloré por él; casi me excité como un bruto con la explosiva sensualidad de mi futura cuñada; sentí cariño y a la vez lástima por los padres de mi chica, y también miedo por su hermanastro. Charly. ¡Cómo te odiaba, cabrón!

EL HOMBRE del escenario gira la cabeza para mirar a Charly de nuevo, que continúa escondido. Sonríe orgulloso. Después fija su mirada en un punto de la primera fila y se atusa el flequillo con suavidad. Allí, una mujer pelirroja de mediana edad le presta atención maravillada, con los pómulos enrojecidos y los ojos vidriosos.

«Lo que dije la noche de tu cumpleaños, Verónica, nunca ha dejado de ser verdad. En el cuarto de baño, con las tetas de tu hermana buscando mi atención, ya te quería más que a mí mismo. Nuestra historia no había hecho más que comenzar. Años después nos casamos en la iglesia que me indicaste aquel día en la colina, ¿recuerdas? Allí nos dimos nuestro primer beso. Fue el primero de

muchos. Fuimos muy felices, más aún cuando nació nuestro hijito: Óliver. Al poco tiempo aparecí con un cachorro de pastor alemán en mis brazos. Tú no querías animales en casa, pero sabía que al ver la carita de Aquiles se te caería literalmente la baba. Era un perro excepcional, siempre cuidando de nuestro Oli. Después las cosas empeoraron, ya lo sabes. Posiblemente fuera culpa de ambos. O puede que ninguno tuviera la culpa de nada. Y una vez más, la mala suerte nos golpeó sin piedad. En cualquier caso, me quedo con los buenos momentos contigo, que han sido infinitos, de igual manera que sigo recordando a mi padre como un hombre digno, y no como la pesadilla en que luego se convirtió. Verónica, estoy muy orgulloso de nuestra historia, y aun ahora que conozco su final, no la cambiaría por nada. Jamás he dejado de quererte.»

La audiencia conmovida aplaude con fuerza, rompiendo el silencio del recinto con un ruido ensordecedor. Verónica, sin embargo, permanece paralizada. Desde la primera fila alza la mirada con las mejillas bañadas en lágrimas para observar a su marido, Alfonso, que aguarda paciente para poder continuar con la historia.

LET ME TAKE YOU DOWN, cause I'm going to strawberry fields, nothing is real..., seguían sonando los Beatles, ahora con una composición de John Lennon en la tonalidad de *do mayor*.

29 de septiembre de 2006

Se cargó la mochila al hombro y salió del colegio con la cabeza gacha y sin esperar a nadie. El autobús, que lo dejaría en la parada más cercana a casa, ya estaba esperando junto a la acera. Oli elevó el ritmo y lo cogió en el último momento. Mientras el vehículo arrancaba, vio como sus amigos salían por la puerta del colegio pellizcándose la oreja los unos a los otros, empujándose y riéndose por todo. Meses atrás él había sido el rey de los pellizcos tras la oreja. No salía del colegio casi corriendo, como ahora, e incluso pasaba del autobús para ir a casa dando un paseo con Javier, Telmo, Omar y los demás. Pero eso era antes. El verano había volado y el nuevo curso había empezado, y sin embargo, Javier, Telmo, Omar y los demás ya no contaban con él para divertirse.

Él mismo era consciente de haber estado muy distante durante el verano. Había llorado a escondidas bajo la ventana de su habitación pensando en mamá, papá y, por encima de todo, en el Día Importante. Por las noches, Aquiles se subía a la cama con Oli y, espalda contra vientre, le ayudaba a conciliar el sueño con su respiración. Oli también iba a visitar al Yayo casi todos los días, puesto que era el único (además de Aquiles) que conocía su secreto. Raramente

hablaban del tema, pero Oli se sentía menos monstruoso si estaba acompañado de su Yayo.

Ensimismado en sus pensamientos, bajó del autobús y recorrió el corto camino a casa. Pensó en su plan. Estaba transcurriendo según lo previsto, aunque lo cierto era que se estaba alargando demasiado. Dio una patada a una diminuta piedra mientras deseaba que todo terminara cuanto antes. La doctora había dicho que mamá empezaría a sentir los primeros síntomas transcurridas algunas semanas, pero ya se habían cumplido dos meses y nadie se había puesto enfermo (salvo el Yayo, al que casi siempre le dolía alguna parte del cuerpo).

¿Qué narices iban a hacer cuando empezaran los dolores de cabeza?

Cada vez que Oli pensaba en el dichoso tumor, le dolía el estómago y le entraban ganas de llorar, y sin Javier, Telmo, Omar y los demás, necesitaba algo que diera sentido a su vida. Al menos, mañana sería el cumpleaños de papá, y eso le alegraba un poco. La mesa del salón estaría repleta de jamón, aceitunas y patatas fritas. También de croquetas hechas por mamá —las más deliciosas de todo Ámbar— y de almejas con salsa verde, que no le gustaban especialmente, pero que a papá le chiflaban. Y además, resultaba que en las celebraciones de cumpleaños todos estaban de superbuen humor. Nadie discutía con nadie y se brindaba con sidra asturiana, y eso era en realidad lo único que Oli necesitaba en una época de pesadumbre como la que estaba viviendo.

Así que, cuando cruzó la puerta principal de casa y vio a mamá, papá y al Yayo vestidos como solían hacer los domingos, y la mesa del salón llena de jamón, aceitunas, patatas fritas, croquetas y otras cosas ricas, Oli miró su reloj digital —que además de dar la hora también marcaba el día y el mes— y comprobó que, efectivamente, no se había equivocado: el cumpleaños de papá era mañana, y no hoy.

—¿Por qué huele tan bien a croquetas? —preguntó al aire.

—Por el cumpleaños de tu padre.

Oli dedicó a su madre una mirada dispar. Podía tener problemas para aprenderse las tablas de multiplicar, pero nunca se le olvidaban los cumpleaños de la gente que quería.

—Pero es mañana —respondió con ceño.

—Lo hemos adelantado un día. —Mamá sonreía y se frotaba las manos, nerviosa—. Venga hijo, deja tus cosas y siéntate a la mesa.

Oli miró al Yayo en busca de una explicación, pero éste se encogió de hombros. Después se dirigió a su habitación agradeciendo en silencio el haber comprado el regalo con suficiente antelación. Lanzó la mochila sobre el edredón y regresó al salón, donde todos estaban esperándolo sentados ya en la mesa.

En los cumpleaños, aun a riesgo de que las croquetas se enfriaran, era costumbre entregar los regalos antes de empezar a comer. Papá abrió primero el de Oli: una taza de café diseñada con una foto de la playa negra de Ámbar al atardecer; de fondo salía posando la familia al completo. Oli no tenía dinero para pagar aquello —todo había salido del bolsillo del Yayo—, pero estaba muy orgulloso de su idea, y además era la única fotografía que recordaba en la que salían los cinco. Después fue el turno de mamá —le regaló un reproductor de DVD's muy caro y un par de discos compactos—, dejando para el final al Yayo, con un reloj que no era digital y no daba el día ni el mes, pero que a papá le gustó mucho porque brillaba.

Durante la comida el ambiente fue distendido y familiar. Hablaron de los regalos, del colegio y rieron cuando Aquiles les sorprendía robando algún que otro trozo de pan (en un par de ocasiones, incluso se le permitió la licencia de probar algo de queso). A Oli le parecía que todo estaba delicioso, y además hacía tiempo que no sentía a la familia tan unida. Esto le hacía feliz, pero a la vez le resultó chocante, y por alguna razón extraña. Hasta llegó a temer por su plan secreto. Además, todavía no le habían explicado el porqué del repentino adelantamiento de la celebración.

—Oli, tenemos dos noticias que darte —dijo papá cuando estaban terminando con los postres.

«Aquí viene.»

—¿Cómo que dos noticias? —Oli no entendía nada—. ¿Son buenas o malas?

—Las dos son buenas —respondió papá, ignorando la primera pregunta.

Oli buscó en los ojos del Yayo la respuesta a si debía alegrarse o no. No encontró nada en ellos.

—Esta misma tarde tu madre y yo nos vamos de viaje. —Papá

parecía orgulloso—. Por eso hemos tenido que adelantar la comida a hoy.

—¡Qué bien! ¿Adónde vais?

—Al norte de Italia. —Papá y mamá se miraron con un cariño que Oli hacía tiempo que no veía—. Nos perderemos en los campos de La Spezia.

El Yayo arqueó las cejas y a Oli le cambió la cara. Se miraron, y el niño no pudo evitar una sonrisa. «Por fin una buena noticia», pensó, mientras acariciaba a Aquiles con el fin de que no se notara que estaba a punto de estallar de la emoción. Resultaba que todo estaba yendo incluso mejor de lo previsto.

—¿No decís nada? —preguntó ella, dando alegres palmaditas con las manos.

—Me alegro mucho, hija —dijo el Yayo—. Pero ten cuidado con los italianinis esos, que tienen la polla tan suelta como la lengua.

—¡Papá, no hables así delante de Óliver! —exclamó mamá, ladeando la cabeza hacia el menor de edad.

El anciano se disculpó entre dientes, para después girarse hacia Oli y guiñarle un ojo cómplice. Mamá puso los ojos en blanco y el niño se echó a reír.

—Esperad un momento. —Oli volvió a dirigirse a su padre—. Has dicho que tenáis dos noticias buenas. ¿Cuál es la otra?

Papá tragó saliva y carraspeó antes de hablar:

—La otra es que hemos encontrado a alguien en tiempo récord para que venga a cuidarte esta semana.

—¿Como? —Oli tuvo un extraño presentimiento—. ¿No me voy a quedar con el Yayo?

—No, hijo. —La sonrisa de papá era condescendiente—. Tu abuelo no puede estar pendiente de ti tanto tiempo. Nos vamos la semana entera.

—¿Y quién va a venir?

—Alyssa. Ya la conoces.

—¿Alyssa? No —farfulló Oli. Su alegría se había transformado en rabia. Apretó los puños y sintió ganas de llorar—. No.

—Sí. Y no protestes. Ya está decidido y punto.

—Me niego. —Oli se levantó de su silla, indignado—. No necesito que nadie venga a cuidarme, y mucho menos, esa.

«No pueden obligarme a convivir con esa estúpida de remate. Ya tengo diez años, por favor.»

En ese momento alguien llamó a la puerta y mamá acudió a responder.

—No te pongas bruto, Oli —continuó papá—. A mí tampoco me gusta dejarte con ella, ¿qué crees? Pero es lo que hay. Puedes llorar, protestar y dejar de hablarnos hasta que nos vayamos dentro de unas horas, o bien alegrarte por nosotros, despedirnos con un beso y recibir a Alyssa con educación. De cualquiera de las dos maneras, ella va a venir.

«Es verdad, no puedo enfadarme con ellos ahora. ¿Y si pasara algo durante esta semana y ni siquiera me hubiera despedido por culpa de una pedorra?»

—Está bien —aceptó, dirigiendo la mirada hacia el suelo—. Pero ¿no podéis encontrar a otra persona? ¿Tiene que ser ella? Alyssa es..., es...

—¿Es, qué? —Alyssa Grifero entró en el salón acompañada de mamá y dejando a Oli con la boca abierta—. Hola, Óliver, me alegro de volver a verte. Lo pasaremos bien, ¿a que sí? —Alyssa se agachó para besar al crío en la mejilla. Después saludó al resto con toda jovialidad—: ¡Buen provecho, por cierto!

La adolescente llevaba puestos unos vaqueros rotos y unos pendientes comprados en un mercadillo. Irradiaba un maravilloso descaro, y la melena de color negro azabache, que le bajaba más allá de los hombros, hizo que a Oli le temblaran tanto las piernas que estuvo a punto de perder el equilibrio.

LA PUERTA del coche se cerró con un golpe seco y el doctor Salas giró el contacto con la llave. Hasta que no vio por la ventanilla que su hija y Alfonso se habían internado en la terminal, no arrancó el viejo Mercedes. Dejó atrás el aeropuerto de Santander con el temor de no volver a verlos juntos nunca más, y luego decidió pensar en cosas más superfluas. Encendió la radio y la sintonizó con una sola mano hasta que dio con la voz grave de Johnny Cash. Aprovechó un semáforo en rojo para encenderse un puro.

El cartel que daba la bienvenida a Ámbar se vislumbró menos de

media hora después. Circuló por las calles pedregosas del centro del pueblo hasta que encontró un hueco donde dejar el coche. Después abrió el maletero y cogió su bolsa de deporte. Atravesó una puerta corredera de cristal y saludó a Ana, la simpática recepcionista del gimnasio, que le devolvió el saludo con una sonrisa muy poco trabajada.

El vestuario estaba prácticamente desierto, salvo por la presencia de un adolescente que lo saludó con un apático gesto de barbilla. El doctor se cambió de ropa sin prisa y accedió a la sala del SPA. Diez minutos dentro de la sauna fueron suficientes. Acto seguido cambió el calor seco por las burbujas del jacuzzi. Allí perdió la noción del tiempo. Estiró las piernas, apoyó la nuca sobre el borde y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos habían transcurrido más de treinta minutos. Miró a su alrededor con pudor de que alguien lo hubiera visto dormido, pero seguía a solas. Se secó y regresó al vestuario, donde se dio una reconfortante ducha. Mientras se vestía, no pudo contener la tentación de coger el teléfono móvil y marcar un número. *Sara Mora* era el nombre que el móvil había reconocido como el asociado al número marcado. El anciano estuvo varios segundos con el dedo pulgar sostenido sobre el botón verde, sopesándolo. Al final dio un soplido, bloqueó el teléfono y lo volvió a guardar en un bolsillo del pantalón. Se cargó la bolsa al hombro y salió del vestuario.

—Adiós, señor Salas —le habló la recepcionista—. ¿La temperatura de la sauna estaba bien hoy?

—No ha estado mal, aunque sigue algo baja.

—Está bien, se lo comunicaré al técnico. —Ana hablaba con la misma sonrisa imperturbable de siempre. Estaba bien amaestrada—. Hasta mañana, señor Salas.

Ni siquiera habían dado las diez de la noche cuando llegó a casa. Abrió una lata de mejillones en escabeche y se la comió en la cama mientras, ensimismado, observaba las piedras del acantilado a través de la ventana. Cuando terminó, se arropó y apagó la luz. Al día siguiente quería madrugar.

. . .

COMO ERA viernes y al día siguiente no había que ir al colegio, Oli podía quedarse viendo la televisión hasta más tarde de lo habitual. Normalmente eso era una gran noticia, porque significaba sentarse en el sofá del salón, con papá a su izquierda y mamá a la derecha, mientras veían la película que echaran y comían palomitas. Cuando era más pequeño, le encantaba tumbarse de costado, con una oreja apoyada sobre el vientre de papá, y sentir cómo su vientre se hinchaba y deshinchaba al compás de su respiración. Pero ese viernes habían volado a Italia, y allí se iban a quedar durante siete días. Tampoco estaba el Yayo, que los había acercado al aeropuerto y a esas horas ya estaría en su casa. La única persona que estaba allí con él para hacerle compañía era Alyssa.

«La pedorra de Alyssa.»

Después de preparar unos burritos precocinados en el microondas, la adolescente se había puesto su pijama rosa para estar más cómoda. Había decidido que verían su programa favorito de la televisión. Al niño le aburría ver cómo un grupo de personas gritonas y cuya vena del cuello se hinchaba alarmantemente, se insultaban por asuntos que ni siquiera entendía. Toreros, cantantes, famosillos de medio pelo, todos enzarzados en peleas, denuncias, etc. De vez en cuando sonaba una música y el público del plató bailaba, a la vez que, por la parte inferior de la pantalla, circulaban números de teléfono a los que la gente podía llamar para ganar dinero.

—Me parece que esa rubia es una fulana —dijo Oli, refiriéndose a una de las gritonas de pechos siliconados.

—¿Qué sabrás tú lo que es una fulana? —respondió Alyssa entre risas.

—Lo sé.

La canguro lo miró con ternura y continuó con lo que estaba haciendo: escribir en su teléfono móvil. Casi ni prestaba atención a la televisión. Oli lo sabía porque no dejaba de mirarla de reojo. Seguramente estaría chateando con alguna amiga sobre temas propios de gente pedorra. Alyssa, según Oli, era poco menos que el diablo en persona. No le hacía ni caso y lo trataba como a un bebé. Además, a papá no le gustaba, y eso era suficiente para él. Luego estaba su manera de hablar, tan espléndida y segura de sí misma. Y cuando caminaba, lo hacía con tal decisión que Oli podía imaginarse a un

ejército de percusionistas y trompetistas desfilando tras sus pasos. Resultaba hipnótico. También detestaba su melena, siempre tan bien peinada, siempre oliendo a flores. Por no hablar de cuando lo miraba con sus enormes ojos negros o lo sonreía con esa asimetría tan peculiar. En esos casos Oli temblaba y se quedaba sin respiración. Lo odiaba. Sentía náuseas y mareos. Y miedo. ¿Por qué tenía que ser tan perfecta? ¿Por qué tenía que ser ocho años mayor que él?

«¡Maldita Alyssa!»

—¡Eh, bichito! ¿Me estás espiando? —dijo la joven, divertida al ver que Oli prestaba más atención al movimiento de sus dedos que a la televisión.

—N... no —balbuceó, y disimuló volviendo la cabeza—. «No me llames bichito nunca más —pensó, a pesar de la estúpida sonrisa que se le había dibujado en la cara—. No soy tan infantil como piensas, pedorra.»

—¡Uy! Qué cara de sueño tienes, bichito. ¿Quieres que te lleve a la cama y así duermes?

—No, no, estoy bien aquí. No tengo tanto sueño, y me gusta este programa —mintió con todo descaro.

Alyssa asintió y se recostó en el sofá para retomar su actividad con el teléfono móvil. Oli suspiró, y al observar la suavísima piel de los muslos de la canguro por debajo del pantaloncito corto del pijama, sintió una fuerte opresión en el pecho. Se tumbó al otro extremo del sofá, lejos de ella. Mientras miraba al techo del salón se sintió solitario, triste e insignificante. «Como odio esas piernas. Tan pálidas, tan perfectas... La odio a ella. Y a papá y a mamá, por dejarme solo. Y al maldito tumor. ¡Los odio a todos!»

Sus ojos cubiertos de lágrimas se fueron cerrando. Casi sin darse cuenta, Oli dejó que el sueño le venciera, haciendo la única cosa que no debía permitirse bajo ningún concepto si quería que el plan secreto continuase yendo sobre ruedas: se quedó dormido.

Se quedó dormido con Alyssa dentro de casa.

30 de septiembre de 2006

Oli abrió los ojos lentamente y se sorprendió al verse tumbado en el sofá. Estaba tapado con la manta que Alyssa había utilizado la noche anterior. Se frotó con las manos para quitarse las legañas reseca. Los rayos de sol ya estaban entrando por la ventana, y desde el salón podía escucharse el sonido que provenía del paseo marítimo. Era sábado y hacía un día espléndido, por lo que la zona de la playa debía estar llena de viandantes, surferos y todo tipo de comerciantes.

«¿He pasado la noche en el sofá? Esto con papá y mamá jamás habría ocurrido. Espera un momento —se dijo con ceño para sí mientras centraba la mirada en la manta—. ¿Dónde está Alyssa? ¿Y Aquiles?»

Unos ruidos provenían de la cocina, y Oli se levantó de golpe. «Ahí estás, pedorra.» Según cruzaba el salón, los ruidos se fueron transformando en una voz tarareante, y lejos de tratarse de la dulce voz de Alyssa, como Oli hubiera esperado, era una ronca y monstruosa la que intentaba interpretar sin éxito alguna canción. El niño se detuvo en seco. Conocía esa forma de *cantar*. Conteniendo la respiración con la esperanza de no ser descubierto, asomó la cabeza

por el hueco de la puerta de la cocina. El Yayo estaba preparando sus habituales tostadas bañadas en aceite de oliva. Al parecer, había madrugado para tomar el relevo de Alyssa, lo que significaba que...

«La pedorra no está en casa.»

Tuvo un mal presentimiento. Deseaba entrar en la cocina y desayunar junto a su Yayo, pero antes debía comprobar una cosa. Atravesó el pasillo de puntillas y se metió en su dormitorio. Allí encontró a Aquiles tumbado junto a la cama con el hocico sobre las patas delanteras. Oli cerró la puerta y respiró con fuerza. La posibilidad de que el plan secreto se hubiera ido a la porra estaba pasando por su cabeza. Se acercó a su mesilla de noche y se agachó para abrir el cajón más próximo al suelo, aquel en cuyo interior nadie, bajo ningún concepto, podía mirar. Era el cajón de los secretos, y Aquiles no apartaba la mirada de él. El chico lo deslizó hacia fuera con delicadeza, y, al asomarse, arrugó la frente y tragó saliva. Comenzó a patear sin control y a revolverse el pelo como si hubiera perdido el juicio. Aquel era el cajón de los secretos para mamá y papá, pero Alyssa no conocía su prohibición, y era una persona muy curiosa.

ALYSSA GRIFERO HABÍA ESTADO DISIMULANDO hasta que Óliver se quedó dormido. Odiaba los programas televisivos del mundo del corazón, pero si hubiese puesto una película interesante, el niño no se habría dormido hasta, al menos, el *The End*. Tampoco había estado chateando con ninguna amiga a través del teléfono móvil, como le había hecho creer. Solamente trasteó entre los monótonos menús del aparato alternativamente, de AJUSTES a NOTAS, pasando por GALERÍA DE IMAGENES, y vuelta a empezar. Cualquier cosa con tal de no entretener al niño. Comida rápida, un pijama, televisión basura y nula conversación serían elementos suficientes para que se durmiera en menos de una hora. Y así fue. A las dos y media de la madrugada la canguro apagó la televisión y, aburrida, se levantó del sofá.

«Angelito», pensó con ternura al observar al crío roncar.

Sigilosa como una gata, recorrió el salón abriendo todos los armarios y cajones que encontraba. En el mueble grande del televisor no encontró más que álbumes de fotos, cuadernos, revistas y una cuber-

tería antigua; posiblemente, un regalo de bodas aún por estrenar. La decoración de la casa era en su mayoría minimalista, por lo que no había demasiados rincones donde buscar algo. Eso le facilitaba las cosas, pero también le reducía las opciones. Tampoco tenía claro lo que estaba buscando. «Tienes que encontrar algo sospechoso en esa casa, algo que no te cuadre», habían sido las órdenes.

Una vez rastreado el salón de arriba abajo —buscó incluso detrás de los cuadros de las paredes, tal y como había visto en algunas películas de detectives—, salió al pasillo sin hacer ruido. El niño dormía ajeno a lo que pasaba a su alrededor. Tras esa comprobación, Alyssa efectuó un breve recorrido por la cocina, donde no encontró nada fuera de lo normal, y luego entró de puntillas en el dormitorio del matrimonio. Una sensación de culpa le recorrió el cuerpo. Siempre había considerado que el lugar más íntimo de una pareja, aquel donde dormían, hablaban y se acostaban, era sagrado. No perdió mucho tiempo en esa habitación, por lo tanto, y continuó con el resto de la casa. Era el turno del cuarto del crío, el que tenía vistas al mar. «Ojalá hubiera tenido yo una habitación tan bonita como esta alguna vez», pensó.

Un armario empotrado, una mesa a juego para hacer los deberes, una cama junto a la ventana y su correspondiente mesita de noche, decoraban la habitación con indudable buen gusto. Pósteres de fútbol empapelaban las paredes. Sintióse cada vez más culpable, Alyssa abrió el armario en primer lugar y hurgó metódicamente en los cajones. Todo lo que vio fue ropa de niño muy bien planchada y doblada. Parecía el estante de una tienda. Acarició con delicadeza las mangas de las camisetas y camisas de talla infantil que colgaban de las perchas y pensó que quizá eran esas cosas en las que las buenas madres marcaban la diferencia. Sintió envidia, y rabia, y remordimiento de conciencia. Y una vez más, no encontró nada extraño, a excepción de unas zapatillas de fútbol de color rosa, pero no era eso lo que ella estaba buscando. Arrugó el gesto y cerró el armario. Al girarse para abrir los cajones de la mesita de noche, el corazón le dio un vuelco. En el umbral de la habitación, un pastor alemán la observaba con el pelo erizado. Ella se agachó a cámara lenta y se enfrentó al animal.

—Chsssss... —Se llevó el índice a los labios.

El animal se mantuvo inmóvil y Alyssa continuó con lo que estaba haciendo.

«Tú no has visto nada, perrito bueno. No le dirás a nadie nada de esto», le rogó mentalmente.

Cuando estaba a punto de rendirse, deslizó el último cajón de la mesilla. Bingo. Abrió los ojos de par en par, acelerándosele el pulso. Dentro del cajón había un taco de papeles dividido en dos, con sus correspondientes grapas. A Alyssa le bastaron unos segundos para confirmar que se trataba de los resultados médicos de alguien. Sin embargo, lo que más llamó su atención de entre lo que había dentro del cajón fue un terminal de teléfono fijo desconectado. ¿Para qué querría un niño de diez años un teléfono fijo? Bajo la atenta mirada de la enorme bestia, la canguro se incorporó y, sin poder dejar de temblar, sacó su teléfono móvil del bolsillo del pijama y marcó un número.

—Soy yo —susurró cuando descolgaron—. ¿Te he despertado?

—No, estaba despierto —contestó una voz sibilina al otro lado de la línea—. Dime, Alyssa.

—Tenías razón, esconden algo. El crío, en concreto.

—¿El crío?

—Sí. ¿Quieres saber lo que he encontrado?

La voz masculina tardó unos segundos en contestar.

—Me muero por saberlo. Te espero en casa.

—¿Ahora? —inquirió la canguro, perpleja.

—Ahora mismo, joder.

LA TOSTADORA HIZO PIP. Al no encontrar las pinzas, el Yayo cogió las rebanadas con la punta de los dedos y las roció luego de una cantidad ingente de aceite de oliva virgen extra. Tras más de cuarenta años desayunando lo mismo, podía considerarse un hombre fiel a sus costumbres. O, como solía decirle al párroco del pueblo, «a sus principios». Sentía que la jubilación le había llegado demasiado tarde. El estrés del hospital le había pasado factura, y sus energías parecían disolverse cada día como unas pocas gotas de aceite derramadas sobre demasiado pan. La vejez le había obligado a renunciar a casi todo,

pero cuando se metía en la boca el primer bocado del desayuno, se sentía rejuvenecer. Ese era uno de los pocos principios que le quedaban, y no pensaba renunciar a él.

Aquella mañana de sábado había madrugado más de la cuenta, de modo que pudo disfrutar del amanecer mientras caminaba en solitario por el paseo de la playa. El sol ya casi había salido por completo cuando llegó a la casa de su hija con la intención de hacerle el relevo a Alyssa. Fue por eso que se extrañó al ver a su nieto roncando en el sofá. La canguro ya no estaba. Se encogió de hombros y se metió en la cocina para disfrutar del mayor de sus principios.

—¡Yayo! —Se oyó un grito de niño desde el otro lado de la casa—. ¡Yayo!

El anciano se asomó por el hueco de la puerta y vio a Oli corriendo hacia él. Traía las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—¡Está vacío! —gritó—. ¡Es una ladrona!

—Buenos días. ¿El qué está vacío?

El niño se secó las lágrimas con la manga del pijama.

—Mi cajón secreto, el que nadie tiene permiso para abrir excepto yo. ¿Qué se ha creído esa pedorra estúpida?

—Vaya.

«Mierda, tenía que haber imaginado que podría pasar —pensó el exmédico en un corto suspiro—. No tenía que haberlo dejado todo en manos del chico.»

—¿Así que se ha llevado todo? —inquirió después.

—Sí..., todo.

—¿Y sabe el motivo de por qué guardabas los resultados y el teléfono en el cajón?

—No lo sé. —Oli hizo una mueca y rompió a llorar de nuevo—. Yayo, perdóname. ¿Lo he echado todo a perder? ¿Se van a enterar todos del secreto?

«Por Dios, espero que no.»

—No seas gilipollas, claro que no. Y como no es culpa tuya, deja de llorar. —Revolvió el cabello del niño con el fin de animarlo—. La bella Alyssa no ha mirado en tu cajón por simple curiosidad. —Se llevó la mano a la barbilla y se mantuvo varios segundos en silencio—. Venga, vístete rápido. Nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—A involucrar a más gente en nuestro plan secreto que, bajo ningún concepto, nadie más deberá conocer a partir de hoy.

Oli tragó saliva e inspiró con fuerza.

—¿Vamos a ir a hablar con Alyssa? —quiso saber.

—No exactamente. Venga, corre.

Mientras Oli se cambiaba de ropa en su dormitorio, el anciano terminó de comer la última de sus tostadas a pesar de que ya se encontraba casi fría y había absorbido todo el aceite.

UNAS HORAS ANTES, Alyssa Grifero recorría las dormidas calles de Ámbar a paso ligero. Llevaba los brazos cruzados junto al vientre para combatir el frío nocturno. En el interior del bolso llevaba el botín que acababa de encontrar en la habitación del niño. Tomó la Gran Avenida y giró a la derecha. Luego de frente y de nuevo a la derecha, donde llegó a un callejón oscuro. Allí donde las paredes se juntaban hasta solo permitir el paso de una persona, se topó con unas escaleras. Adoquinadas en piedra, llevaban a un rincón todavía más lúgubre. Alcanzó la cima sin titubear, pues ya había hecho ese camino muchas otras veces, y llegó a una calle sin salida. Al fondo a la izquierda, donde se cortaba el paso, se alzaba una casa construida en adobe y madera castigada por el transcurso del tiempo. Alyssa se acercó a la puerta y empujó. Estaba abierta. Una vez dentro, cerró con cierto esfuerzo y se encontró completamente a oscuras. Solo un rayo de luna que penetraba en la estancia a través de una ventana en la pared le servía de orientación. Una vieja escalera de madera ascendía al primer piso. El ambiente estaba cargado y, al respirar, se podía notar el polvo flotando en la atmósfera.

—¿Hola? —llamó al aire.

Una voz masculina surgió desde del piso de arriba.

—Sube. Te estaba esperando.

La canguro ascendió por la escalera, que amenazaba con quebrarse a cada paso. El piso superior era de igual tamaño que el bajo, pero había sido remodelado para que resultara habitable. Alyssa estaba convencida de que aquel edificio había sido una taberna muchos años atrás, o puede que un pequeño hostal. La casa era

diáfana y su única ventana estaba cubierta por ladrillos, de modo que no recibía luz natural. Una pequeña lámpara de pie emitía una cálida luz que iluminaba a duras penas la habitación, generando inquietantes sombras bailarinas en las paredes. El suelo estaba cubierto de viejas y polvorientas alfombras estampadas a diferentes colores. Al fondo de la estancia, una puerta daba al cuarto de baño y a la cocina; al menos eso suponía Alyssa, pues nunca lo pudo comprobar. Junto a ella, el único mobiliario de la sala: una mesita de madera negra y un sofá naranja chillón, que si bien no conjuntaba con el resto de la decoración, era grande y cómodo. Sentado en él y con las piernas cruzadas, la esperaba un hombre de mediana edad con el pelo revuelto. Llevaba puesta una camisa de rayas blancas y verdes cuya manga derecha caía hueca, sin ningún brazo al que vestir.

—Hola, Charly —Alyssa lo saludó con una prudente sonrisa—. He llegado lo más pronto que he podido.

—No te preocupes, tengo toda la noche.

La boca de Charly era una línea negra que quería imitar una sonrisa. Alyssa vio cómo la observaba mientras se quitaba la chaqueta. Se centraba sobre todo en la zona de los pechos. Después el manco dio una palmada en el sofá y la invitó a sentarse a su lado.

—No, me quedaré de pie —contestó ella, mirando a su alrededor. Estaba muerta de frío.

«Por más que venga a esta pocilga no me acostumbro a la suciedad. ¿Cómo puede vivir él aquí?», pensó con evidente repugnancia.

—Como quieras —dijo Charly—. ¿Has trabajado hoy en el bar?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya me ha pagado una pasta tu hermanita por hacer de canguro una semana. Además, no necesito dinero. Tú me compras todo lo que necesito.

Charly sonrió divertido y después le dio la razón. Alyssa recordaba perfectamente la primera vez que se cruzó en su vida. Ocurrió tres años atrás. Ella provenía de buena familia, una de las más ricas de Estepona, en la costa sur de España. Su madre, de origen griego, había conocido al hijo de un criador de caballos en uno de los cruceros turísticos que éste solía hacer por el Mediterráneo. Se enamoraron perdidamente y se casaron al poco tiempo. La mujer se mudó a

España con su recién estrenado marido. Se convirtió, de la noche a la mañana, en una millonaria con la vida resuelta, aficionada al tenis y las corridas de toros.

El matrimonio tuvo tres hijas: Hesper, Elena y Alyssa, la menor de las tres. Como no podía ser de otra manera, fueron educadas bajo la protección familiar que el dinero permitía, pero mientras que las dos mayores eran una copia perfecta de su padre y un orgullo para el matrimonio, con Alyssa tocaron hueso. Influenciada genéticamente por los orígenes humildes de su madre, odiaba el tenis, el golf y la práctica del toreo, a la que consideraba denigrante, salvaje e inhumana. Tampoco era buena estudiante —aunque nunca cometió ninguna falta grave— y gozaba de una enorme popularidad entre los chicos de la calle que no pertenecían a ningún club familiar. Alyssa nunca sería una adolescente de clase alta, por mucho que se empeñaran en vestirla con zapatos de charol, blusas y diademas.

Cuando cumplió los catorce años, la vida de la pequeña sufrió un punto de inflexión. Conoció a Fredy, un chico de veinticuatro años ajeno al ámbito familiar que era popular por su fama de rompecoraciones y una espectacular moto Kawasaki. Alyssa fue hipnotizada por la vida libre y sin normas que estaba empezando a conocer con él, y un verano, durante una fiesta celebrada al aire libre, se emborrachó de tal manera que estuvo a punto de perder el conocimiento.

El chico no perdió la ocasión. Cuando se vio a solas con ella, se la llevó de la fiesta. La subió a su moto y se adentró en el bosque. Alyssa no era consciente de adónde se dirigían, pues ni siquiera sabía que ya no estaba dentro de la fiesta; tal era su estado de embriaguez. Tras varios minutos en moto, el joven frenó y arrastró a la niña seminconsciente hasta un descampado donde nadie los vería. Después abusó de ella. Primero se deshizo de su blusa y mordiscos y lamió el torso de la chica hasta que se aburría. Entonces le quitó los pantalones, seguidos de las bragas. En ese punto, Alyssa empezó a recobrar la conciencia, y por primera vez comprendió que la estaban violando. Eufórico y drogado, Fredy le tapó la boca para que no gritara, y a punto estuvo de asfixiarla. Su solución: amordazarla con su propia blusa. Después le ató ambas manos al tronco de un árbol y comenzó a violarla. Alyssa sintió náuseas a causa del intenso dolor que el miembro de Fredy le provo-

caba, y una de las arcadas hizo que vomitara sobre la misma blusa. Tenía las manos atadas y tanto la boca como las fosas nasales obstruidas a causa de su propio vómito. Le costaba respirar. Fredy era un hombre musculado y diez años mayor que ella. Sabía que aunque hubiese tenido las manos libres, no habría podido hacer nada contra él. Se sentía absolutamente desamparada. Cerró los ojos y deseó morir.

Después de esa horrible noche, Alyssa no volvió a ver a Fredy. Permaneció varias noches sin dormir y sin salir de casa, pero se sentía tan frágil y avergonzada que no denunció la violación a la policía. Ni siquiera se atrevió a contárselo a su familia. Fue en vano, sin embargo.

Al cabo de unas semanas, sufrió un retraso en su ciclo menstrual, y sus mayores temores se hicieron realidad cuando el médico confirmó lo evidente: había quedado preñada. Lloró durante días, pensando en cómo diría a sus padres que en unos meses tendrían un nieto bastardo por culpa de la insensatez de su hija rebelde, aquella de la que tanto se avergonzaban. «Un bastardo... voy a tener un bastardo Grifero...», le martilleaba en la cabeza. Se dio cuenta de que no podría vivir con aquello, por lo que tomó una decisión que hipotecaría el resto de su vida: a los pocos días, abortó. Sin embargo, no sopesó la idea de que, para sus tradicionales padres, la idea del aborto era incluso más humillante que la de tener un nieto bastardo. El mismo día de la pérdida del bebé, Alyssa fue expulsada de la familia. Se vio sin un lugar a donde ir, nadie a quien acudir. Se sintió miserable y desdichada, y su corazón se endureció.

Abandonó la comarca y se alejó lo más lejos posible de todo lo que la relacionaba con su vida anterior. Gracias a un simpático camionero llamado Tomás, que cedió a sus súplicas de llevarla con él, terminó en Ámbar. Encontró trabajo como camarera en un humilde club de noche, en cuyo almacén dormía después de cerrar. Un día conoció a un cliente con un pasado tan dramático que pensaba que quizás se podría comparar con el suyo. Charly era un perro solitario como ella, y además tenía dinero, aunque ella nunca quiso saber de dónde lo obtenía. A él la niña le cayó en gracia, así que la adoptó. Como no podía acogerla en su vieja casa, le pagó una residencia para estudiantes y se aseguró de que iba a clase mientras se ganaba su propio dinero. Era un lisiado malhablado, descuidado y desagradable,

pero con Alyssa se portaba bien, y eso era todo lo que ella necesitaba en aquellos momentos.

—Y bien. —Alzó Charly la vista desde el sofá para mirarla fijamente a los ojos—. ¿Qué has encontrado en esa casa? Antes has dicho que tiene que ver con el crío.

Ella soltó un largo soplo de desaprobación.

—Te lo diré, pero no te va a salir gratis —le advirtió con altivez.

—¡Já! —Charly arqueó las cejas sorprendido—. A ver, ¿qué es lo que quieres? —preguntó con desgana.

—¿Estás negociando conmigo? No me trates como a una cualquiera, Charly.

—Entonces dime de una maldita vez lo que has encontrado. ¿Tiene que ver con Verónica?

La joven soltó una sonora carcajada y comenzó a andar por la habitación.

—¿Por qué te interesa tanto, tío?

Cogió una bolsa de plástico que reposaba sobre la mesa y observó que estaba semillena de polvo blanco.

—¡Deja eso, no lo toques! —El tono de voz de Charly se agravó de repente. Las venas del cuello se le habían dilatado. Ella, asustada, dejó caer la bolsa donde estaba.

—Me interesa porque sé que algo esconden —respondió—. Llevan tiempo comportándose de manera extraña. Además, Alfonso y el cabrón del viejo me odian. Jamás me dirían nada.

—Y por eso me has enviado a mí, ¿no? Soy tu topo —concluyó ella.

—Exacto.

—Entiendo. ¿Pero por qué Verónica? —Alyssa se agachó, posó la mano en la rodilla de él, y se enfrentó a sus pupilas dispares—. No continuaré con esto hasta que me expliques de una vez la razón de tu obsesión con tu hermana.

—Créeme, no quieres saberlo —suspiró él.

—Sí, sí quiero.

Charly encendió un cigarrillo, y, tras dar un par de largas caladas, comenzó a hablar.

Empezó con cosas que Alyssa ya sabía, como que su padre, durante la época en que fue el alcalde de Ámbar, se casó con una

encantadora mujer divorciada. Se llamaba Violeta y tenía dos hijas: Verónica y Lorena. Habló de lo difícil que resultó la convivencia al principio, con una madre que no era la suya y una hermanastra tan estúpida y despistada. Y tan jodidamente preciosa. Incapaz de controlar sus sentimientos más primitivos, pronto se encaprichó de ella hasta tal punto que creía que iba a perder la cabeza. Compartían techo, así que la veía a todas horas. La observaba desayunar, cantar en su dormitorio y reír con su madre. Cuando escuchaba correr el agua del baño desde su habitación, sabía que ella se estaba duchando. Imaginaba su espléndida desnudez y aquellos senos en punta, y por ello, siempre con el miembro muy erecto, deseaba entrar y follarla allí mismo. Pero no podía, porque era su hermanastra y aquello estaba contra las normas establecidas por la sociedad.

Charly hizo una nueva pausa para dar otra calada. El tullido continuó la narración explicando la actitud de su padre, el señor Rubial. Era un hombre agrio y violento, y tras un primer matrimonio frustrado y poco tiempo después de casarse con Violeta, su arrogancia volvió a la superficie. Raro era el día que no le levantaba la mano a su mujer o le alzaba la voz. En una ocasión incluso le provocó un cardenal en el pómulo. Pero no se podía demostrar que el cabrón había utilizado la violencia, y Violeta estaba demasiado intimidada para contar nada a nadie. Charly, no obstante, conocía bien a su padre y sabía que era un maltratador. Así, enamorado de su hermanastra y con la tiranía diaria a la que su progenitor los sometía a todos, el joven se sentía atrapado en una olla a presión de la que difícilmente podía escapar. Hasta que un día, como era de prever, la olla explotó.

Una tarde de otoño, Charly llegaba a casa como cada día de labor. Al entrar oyó gritos femeninos que venían del otro lado del pasillo. También golpes secos y forcejeos. «Violeta...», pensó enseguida, y corrió a evitar lo que imaginaba que estaba pasando. Cuando abrió la puerta del dormitorio, toda la ira que había estado manteniendo en su interior durante las últimas semanas le recorrió el cuerpo. Los ojos se le encendieron. Los gritos de mujer que había oído resultaron no venir de Violeta. El señor Rubial, su propio padre, estaba sentado en la cama sobre Verónica. La adolescente tenía las manos esposadas a los barrotes del cabecero y suplicaba con las mejillas inundadas en

lágrimas para que su padrastro no culminara el forcejeo con una violación en toda regla. La camiseta de Verónica estaba rajada de arriba abajo, dejando al descubierto el busto desnudo. Su progenitor estaba desatándose el botón del pantalón mientras la inmovilizaba con las piernas. Le gritaba: «¡Calla, zorra!»

—En ese momento estallé —explicó Charly con inquietante frialdad—. No pensé en las consecuencias de mis actos ni en lazos de sangre. Simplemente, actué. Me abalancé sobre mi padre y le asesté un fuerte golpe en la sien. Nos caímos de la cama y me situé sobre él para golpearle en el rostro, el pecho, y cualquier parte del cuerpo que pudiera romperle. Estaba fuera de control. Tan fuerte lo pegaba que se me despellejaron los nudillos. Su cara, abollada, empezó a sangrar de los labios como una frambuesa machacada. También sangraba de los pómulos, las cejas y la nariz. Creo que Verónica me suplicaba desde la cama para que parase, pero mis gritos de rabia no me permitían escuchar nada que no fuera mi voz interior reclamando venganza. Mi padre llevaba ya un rato inconsciente cuando me percaté de mis manos estaban teñidas de sangre. Finalmente me detuve, y al ver que casi termino con su vida, no sentí vergüenza, sino más bien alivio. Me encontraba bien. Había salvado a mi amor y un maltratador de mierda había probado el sabor de mis puños. ¿Qué había de malo en ello? Después desaté a Verónica. Estaba tan avergonzada por lo sucedido que ni siquiera me miró a la cara. En lugar de eso se tapó el pecho con las manos y salió corriendo de la habitación. En cuanto a mi padre, me senté en el suelo junto a su cuerpo, encendí un cigarrillo y esperé. Despertó un par de horas después. Tenía la cara tan deforme que era difícil reconocerlo, pero fue capaz de levantarse y marcharse por su propio pie. No tuvo agallas para decirme nada; tan solo se fue.

—Madre mía. —Alyssa estaba con la boca abierta y llevaba rato sin pestañear—. ¿Por eso te refugias en la droga? ¿Para olvidar?

Sorprendido, Charly miró de reojo la bolsa transparente de polvos blancos sobre la mesa. Como ella vio que no iba a responder a la pregunta, lo animó a seguir con su truculento relato:

—Entonces tu padre se fue de casa después de aquello, supongo. Debía de estar muy avergonzado y os abandonó, ¿no es así?

—De hecho, no. —El tullido no miraba a los ojos de Alyssa direc-

tamente. Su cara estaba contraída por el recuerdo del dolor—. Mi padre nunca llegó a abandonarnos.

—¿Cómo? ¿Qué pasó entonces con el alcalde?

—Lo seguí. Mi padre había abandonado la casa humillado, pero mi cuerpo me pedía más; mi sed de venganza no estaba saciada. La imagen de mi hermana atrapada entre los muslos de mi padre y suplicando misericordia no se me iba de la cabeza. Estaba enloqueciendo, y cuando me miraba los nudillos en carne viva no quería más que continuar. Así que me metí en mi coche y lo seguí por las calles sin que él se diera cuenta. Era media tarde y había mucha gente en el exterior. Demasiados testigos. Estaba seguro de que el cabrón se movería por las calles más desoladas del pueblo para no ser visto. Al fin y al cabo, era el alcalde y había sido víctima de una brutal paliza por intentar violar a su hijastra; no le convenía que lo vieran en ese estado si quería salvar su puesto institucional. Esperé mi oportunidad, y cuando se internó renqueante en uno de esos callejones, le corté el paso. Al verme salir del vehículo pude ver el terror dibujado en sus ojos. Ni siquiera opuso resistencia. Lo agarré de la solapa de la camisa, que aún tenía restos de sangre coagulada, y de un rápido movimiento lo metí en el maletero del coche. No sé por qué lo hice, en realidad.

Se encogió de hombros con la misma naturalidad que si estuviera contando la historia de otra persona.

—Después conduje varios kilómetros fuera del pueblo mientras mi víctima golpeaba enrabiada las paredes del maletero. Llegué a un acantilado donde es costumbre que los desesperados terminen con sus vidas, y apagué el motor.

»No le dije nada, ni lo volví a golpear, ni siquiera lo miré a los ojos. Tan solo lo saqué del maletero y lo empujé al abismo. Esa vez sí, al verlo caer me sentí en completa paz conmigo mismo, al menos por un instante. Nadie vio absolutamente nada y jamás conté lo que ocurrió, ni siquiera a Verónica o Violeta.

»Cuando pasaron los días y el señor Rubial no daba señales de vida, la prensa empezó a sopesar la idea de que había huido del país. Después de ese suceso, Violeta y Verónica denunciaron a la Guardia Civil los maltratos y el intento de violación, de modo que todo el pueblo dio por hecho que el alcalde se había esfumado con el rabo

entre las piernas. Además, si por casualidad alguien hubiera encontrado el cadáver entre las rocas, lo habrían asociado a un suicidio provocado por la vergüenza. Todo encajaba, mis manos estaban limpias.

Alyssa tragó saliva con bastante esfuerzo. El letal testimonio de Charly le había hecho recordar su dramático suceso, de modo que le afloraron unas terribles ganas de llorar. Tuvo miedo de preguntar si el relato había terminado o aún la esperaban más sorpresas desagradables. Casi deseó no haber sacado el tema.

—Todo se normalizó —continuó él—, y días después Verónica conoció al gilipollas de Alfonso. Intenté detener esa relación por todos los medios, pero fue en vano. Entonces Alfonso y yo tuvimos el accidente de coche en el que me convertí en el puto inválido que ves ahora. Puedes juzgarme si quieres por todo lo que hice. Puedes llamarme monstruo, no serías la primera que lo hace, pero deseo a Verónica desde la primera vez que la vi. No ansío nada en el mundo que no sea ella. Maté a mi propio padre por ella, y lo mejor de todo es que no me arrepiento. Es devoción lo que siento por mi hermana —hizo una mueca de asco al pronunciar esa palabra—, y no me importa que esté casada con Alfonso, ni que hayan tenido un estúpido hijo juntos, ni que su viejo me odie. Querías saber si estaba obsesionado con ella, ¿no? Pues ya tienes tu respuesta. Ahora ocurre algo en esa casa, puede que algo relacionado con Verónica, y quiero saber de qué se trata.

Invadida por la pesadumbre, Alyssa se puso en pie. La luz anaranjada de la lamparita hacía resaltar sus pómulos entre sombras, y sintió cómo una gota le caía lentamente hasta la barbilla. Ella se acercó al sofá y se sentó a horcajadas sobre él. Después arrimó su cabeza contra sus pechos y le besó el cabello con ternura.

—El crío guardaba dos tacos de folios en uno de sus cajones —susurró, separando de nuevo la cabeza de su pecho para mirarle directamente a los ojos—. Se tratan de pruebas médicas. También guardaba un teléfono fijo desconectado. Me lo he llevado todo.

Acto seguido acarició el mentón de Charly y él la rodeó por la cintura con su único brazo.

—¿Quieres saber qué decían esas pruebas médicas? —preguntó

en un sensual hilo de voz, y sin esperar respuesta, se acercó al oído de él y susurró algo.

Cuando terminó de hablar, los ojos del manco se abrieron de par en par, y sintió los labios húmedos y carnosos de la adolescente en su boca. El placer infinito que le había proporcionado la información de Alyssa, sumado a la sucia emoción de tenerla jugando sobre su entrepierna, hizo que el cuerpo de Charly se tensara en un orgasmo que hacía lustros que no experimentaba.

30 de septiembre de 2006

Por la parte delantera, el apartamento estaba rodeado de césped, árboles y flores de todos los colores imaginables. Por la trasera, una encantadora cala y el mar daban los buenos días a los turistas que acudían a Cinque Terre, en la costa oeste de Italia, para desconectar del mundo asfaltado.

Cuando lo vimos por primera vez no nos podíamos creer que pasaríamos allí la siguiente semana entera. Era increíble. El pueblo constaba de varios apartamentos de colores, apilados de forma escalonada, que desde lo alto gobernaban la playa de Manarola. Cada uno de ellos tenía una terraza propia en el tejado y una íntima parcela de jardín limitada por sutiles muros de piedra que dotaban de intimidad a los huéspedes. Las parcelas se unían unos metros más adelante, formando un laberinto de caminos de adoquines que, o subían hacia la plaza central, o bien descendían hacia la arena. A los extremos de Manarola se levantaban afilados acantilados.

Tras pernoctar el viernes en Madrid, aterrizamos en el aeropuerto de Peretola el sábado a las once de la mañana. Un simpático botones italiano en cuya chapa venía escrito «Enzo» nos tomó las maletas, y pocos minutos después ya nos estaba enseñando la habitación. Cuando abrió las cortinas para mostrarnos las vistas, recuerdo que

quise dar saltos en la cama de lo contento que estaba. Una cama, por cierto, tan grande como todo nuestro dormitorio de Ámbar. Desde la habitación podíamos ver el agua del mar Tirreno brillando bajo el sol, y cientos de familias y parejas relajándose sobre la arena, paseando por las calles, o tomando un aperitivo en algún bar encantador. Aquello era el paraíso.

Cuando Enzo se hubo marchado —no sin antes recibir su bien merecida propina—, no perdimos el tiempo: corríste hacia mí, desprevenido observando el paisaje, y me tiraste a la cama rodeando mi cintura con las piernas. Me besaste y te miré a los ojos. Hacía muchos años que no te veía tan feliz a mi lado. Estábamos empezando a vivir nuestra segunda luna de miel, y falta nos hacía. La bella Italia, el Mediterráneo y los cócteles exóticos ayudarían a olvidar tumores, tragedias familiares, hermanastros psicópatas y crisis matrimoniales.

—Espera —me susurraste con una sonrisita cómplice, y desenganchaste tus piernas de mi cadera para ir al lavabo—. Vuelvo en seguida.

Te observé cruzar la habitación y cuando te encerraste en el cuarto de baño, me desabroché los botones de la camisa lo más rápido que me permitía mi ansiedad.

Hice un gesto de euforia con la mano, mientras en mi mente saltaba esa exclamación. A veces sigo comportándome como un adolescente.

De pronto sonó un pitido, como una melodía desafinada. Yo conocía muy bien ese sonido porque era el que producía tu teléfono cuando recibías un mensaje: algo así como una campanita estridente. Como en un acto reflejo miré hacia la dirección del pitido; habías dejado el móvil encima del edredón, justo a mi lado. No soy de los que figonean en las cosas de los demás, y no lo hice en esa ocasión. Pero al pasar la mirada por la pantalla del teléfono pude leer el lapidario anuncio:

Mensaje nuevo

CHARLY

Un profundo malestar nació en mi estómago y subió hasta la

garganta. ¿Es que no me iba a librar del maldito tullido ni siquiera a más de dos mil kilómetros de distancia?

Todavía pensaba si dejaría que Charly me estropeará la semana o por el contrario lo ignoraría, cuando saliste del lavabo. Llevabas un camisón de seda negra que terminaba allá donde empezaba a trabajar mi sucia imaginación. Me miraste con esos ojos inocentes que sabes que tanto me gustan. Me sentía de nuevo como un adolescente cuando anduviste hacia la cama y te situaste sobre mí, acariciándome el pecho. Me susurraste al oído que te alegrabas de que mis abdominales siguieran igual de en forma tantos años después, pero me conoces demasiado bien para darte cuenta de que no estaba reaccionando a tus halagos como de costumbre. Llevabas las uñas pintadas de rosa (solo te las pintabas de ese color en las noches románticas), y me pregunté por qué estaba más pendiente del color de tus uñas que de los mordisquitos que me estabas dando en la oreja. Me dejaba hacer por ti sin apenas moverme, y supiste que algo malo pasaba cuando ni siquiera sonreí al hacerme cosquillas en el costado. Te besaba por inercia y no reaccionaba a tus caricias. No estaba allí en ese preciso momento y tú me preguntaste el motivo de mi apatía.

—¿Qué me va a pasar? Estoy genial —respondí, abrazándote y girándote, de forma que pasaste a estar entre el colchón y mi cuerpo—. No podría estar mejor.

Pero lo cierto era que difícilmente podía estar peor. Te besé de nuevo, y varias veces más, pero en realidad te estaba odiando. A ti, a Charly, y a mí mismo. Eran ya muchos años aguantando la siniestra sombra del hermanastro, y el viaje a Italia que te había preparado se trataba de mi última baza para conseguir hacerte feliz. Simplemente no podía soportar que también se metiera en esto.

—A mí no me engañas —dijiste. Me miraste a los ojos y luego torciste el gesto—. Venga, dime qué te pasa.

Suspiré y temblé, como cobarde que soy.

—Tienes un mensaje en el móvil. Es de él. —Me aparté de ti—. ¿Es que no puede dejarte tranquila ni una sem...? —No pude acabar la última frase.

—¿Has mirado en mi móvil? —Habías palidecido de repente. Nunca te había visto tan enfadada.

—Pues sí —exploté, escogiendo un muy mal momento para

hacerlo—. Estoy hasta los cojones de tener que convivir con sus mensajes, sus llamadas y sus visitas. Hemos dejado a nuestro hijo con su..., bueno, con lo que quiera que sea esa chiquilla. ¡Por el amor Dios! ¿No ves que ese tío es un problema para ti? ¿Para toda la familia?

—¡Es mi hermano! —fue tu airada réplica. Te incorporaste de la cama y te vestiste de nuevo mientras gritabas—: ¿Cuándo lo vas a aceptar?

—¿Tu hermano? Por favor, lleva toda su vida queriendo llevarte a la cama. Me parece increíble que no lo veas.

—¡Estás obsesionado con eso! No lo entiendo.

—No es obsesión. No tienes ni idea.

—Mira Alfonso, eres tú el que no sabe una mierda —contraatacaste, y me asusté al escuchar mi nombre, pues nunca, ni siquiera cuando estabas muy enfadada, me llamabas así—. Necesito que entiendas de una vez que mi familia no es normal. No soy estúpida, sé que Charly es un cabrón mezquino, y sí, posiblemente tenga deseos sexuales hacia mí, no lo niego. Pero hasta que tú llegaste a mi vida, él era el único que se preocupaba por mí, a excepción de mis padres, a quienes odiaba bastante en aquel momento, por cierto. Tanto se preocupaba Charly por mí que... —hiciste una pausa para tragar saliva y contener las incipientes lágrimas—, que me salvó la vida.

—¿Cómo que te salvó la vida? —quise saber, tan perplejo como enrabietado.

—El mismo día que mi padrastro, el alcalde Rubial, desapareció, intentó violarme. —Quise soltar una exclamación de sorpresa, pero no fui capaz de hablar, de modo que continuaste—. Si no hubiera sido porque Charly apareció en el último momento para detenerlo, no sé qué me habría hecho ese animal. Se enfrentó a su propio padre por mí, ¡se lo debo todo a ese hombre!

Entonces decidí aparcar el importante hecho de que mi mujer había estado a punto de ser víctima de una violación brutal, y llevé la conversación a un callejón sin salida. Se trataba de un *vida o muerte*:

—Pues que sepas que tu salvador, ese a quien tanto debes, fue el que provocó el accidente de coche que acabó con su brazo y casi con mi vida. Era un secreto que, llegado a un punto, pensé que no

merecía la pena que supieras, pues tan solo sumaría más desgracias a la familia. Pero joder, no me dejas otra opción: ¿estás defendiendo a un puto asesino!

Ambos habíamos optado por desvelar nuestras correspondientes reservas del pasado, aquellas que estaban fulminando el matrimonio, en el mismo instante. Quizá no fuera el apropiado. Quizá fuera demasiado tarde.

Los ojos se te abrieron y no pestañeabas. Temblando, cogiste tu teléfono para leer el mensaje de Charly.

—Estás enfermo —fueron tus secas palabras—. Lee el mensaje si quieres; no me importa.

Y en medio de todo esto, mientras te dirigías con paso firme hacia la puerta del apartamento, me pasó por la cabeza una teoría extraña y muy difícil de explicar. Miraba hipnotizado tu forma de caminar, como siempre, y vi cómo tu falda ondeó cuando te diste la vuelta al final del pasillo. Me lanzaste tu teléfono por el aire desde la distancia, y pensé que era una muestra de orgullo y una manera de abroncarme por mis celos y mi comportamiento, pero enseguida comprobé que no. No era un gesto de rabia, ni de poder, ni de enfado. Te habías relajado en un segundo. No me gritaste ni te quejaste, aunque tus ojos lloraban. Llevábamos unos pocos minutos de nuestras soñadas vacaciones y ya estábamos discutiendo; eras infeliz de nuevo. Pero al contrario de lo que esperaba, te secaste las lágrimas con la mano y te despediste de mí con un gesto, forzando una sonrisa de circunstancias. Y me lanzaste un beso desde lejos, aunque el cuerpo te pedía otra cosa.

Me quedé de repente atónito porque algo me resultaba familiar en ese comportamiento. Puse toda mi atención en la situación y entendí que tu forma de actuar estaba siempre centrada en mí, pero no en el matrimonio, ni en la relación; ni siquiera en sacar adelante la familia. Te observé bien y parecías no entender nada sobre la vida. Se te veía como en trance, sumisa. Había que fijarse bien en todas tus reacciones, en tu expresión, para comprender esto. ¿Dónde había visto yo ese comportamiento antes?

Me resultaba conocido ese gesto de amor incondicional desmedido. Era la expresión de Chopito cuando, tras encerrarle en un armario durante horas, volvía a casa y lo cogía en brazos. Yo tenía un

osito de peluche en la infancia que se llamaba Chopito. Era viejo y feo. No era un muñeco que los otros niños envidiaran tener. Tenía el pelo sucio y lacio, estaba hueco en la zona de las extremidades y uno de los ojos, brillantes canicas negras, colgaba débil y a punto de caer. Sin embargo, cuando le achuchaba entre mis brazos, Chopito cobraba vida desde mi punto de vista infantil. Me miraba con sus ojos negruzcos y sabía que me protegería. Nunca estaba solo porque lo tenía a él. Cuando se apagaban las luces de mi habitación, nos abrazábamos y pasaba la noche conmigo, haciéndome saber que nada malo iba a suceder. Se volvía protector, leal, militar. Como te volvías tú, que cuando estabas a mi lado dejabas de comportarte como una adolescente que vivía en las nubes, y por una fracción de segundo te convertías en mi guardaespaldas, mi mejor amiga; la clásica azafata que te hace sentir seguro antes de que despegue el avión.

Descubrí esa mañana, examinando tu comportamiento, que eras un muñeco. O una *mujer-muñeco*. Tenía mucho sentido que no comprendieras las reglas de la sociedad, y más aún de las relaciones. Los muñecos no coquetean con otro ser humano para poner celoso a su dueño; no se enfadan si se les lleva la contraria. Los muñecos quieren ser felices junto a su compañero y dormir abrazados a él, aunque hayan pasado horas metidos en un oscuro armario o se les estén cayendo las piezas. Tú, cariño, eres un muñeco. Un día se cruzó en mi vida una chiquilla despistada que recogía conchas en la playa, incapaz de salir a la calle sin romper un paraguas y visiblemente diferente al resto de la humanidad; pero con un don asombroso para regalar felicidad y devoción por lo que en realidad amaba. Si te dejaran, no harías otra cosa, una y otra vez. Muchas veces han dicho de ti que te preocupas más por tu gente que por ti misma. No eran elogios, era la descripción objetiva de la enfermedad. Una enfermedad extraña que me apasiona, porque yo amaba a Chopito, y ahora tú eres mi *mujer-muñeco*. Desde entonces, cada vez que pienso en esto, digo para mis adentros que hay que tener mucha suerte para estar enamorado de alguien y resulte que sea la mejor versión de lo que nunca creíste llegar a poder amar. Disfruto de esta fortuna con devoción, y cada vez que te veo siento nostalgia del presente. Porque en el fin de los tiempos, yo pienso, se formarán foros para hablar de la vida, y uno de esos muchos foros tratará sobre las mujeres. Y al final,

cuando ya no quede nadie por hablar, daré un paso adelante y diré despacio, orgulloso: «Yo estuve casado con la *mujer-muñeco*».

Después, cruzaste la puerta del apartamento y te fuiste sin decir nada.

Espero que pases una semana genial junto a él. Te estaré esperando. Charly, decía el mensaje.

30 de septiembre de 2006

Aumentó el ritmo para alcanzar al Yayo, que aunque cada día andaba más lento y encorvado —Oli temía que algún día necesitara un bastón para caminar—, esta vez llevaba un paso veloz, inquieto, como si tuviera prisa por llegar. Aquiles, en todo momento un par de metros por delante, olisqueaba los adoquines del suelo como si intentara adivinar el camino. Oli casi no había tenido tiempo para prepararse antes de salir de casa, así que solo pudo desayunar un zumo de piña. Además, con las prisas, se había olvidado de coger su chamarra de color naranja. Fue un error, pues aunque el sol brillaba como en los días más cálidos de verano, la fresca brisa del mar hacía que su piel se pusiera como la de las gallinas.

Cuando finalmente se situó a su par, Oli volvió a preguntarle al Yayo adónde se dirigían, aunque las pocas palabras y la cara de preocupación del anciano antes de salir de casa no hacían esperar una respuesta detallada ahora que estaban en marcha. Le dijo que lo vería en seguida, que ya quedaba poco para llegar. Pero el niño estaba hecho un lío, porque su cajón secreto acababa de ser robado, y no sabía si se encontraba en una misión desesperada por recuperar el material perdido, o por el contrario el Yayo se había rendido e iban a ceder en su propósito por llevar a cabo el plan. Oli le preguntó si

conocía el camino que llevaba a la casa de Alyssa, ya que él no sabía casi nada de la canguro, y dudaba que el caso del Yayo fuera diferente. Le respondió con un conciso no.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar a su casa?

La respuesta fue que la casa de Alyssa no era su destino.

—¿Y cuál es nuestro destino?

Con la respiración entrecortada a causa de las prisas, el Yayo le dijo que lo vería enseguida.

—Pero ¿no vamos a enfrentarnos a Alyssa? —insistió Oli, cada vez más perplejo.

—No.

—¿No vamos a recuperar nuestras cosas?

—Ahora lo verás —repuso el antiguo cirujano.

—Pues si pillara a Alyssa se lo iba a hacer pagar, por ladrona y mentirosa. —Oli apretó los dientes mientras caminaba.

—Ya lo creo que lo harías.

Abuelo y nieto no habían hablado sobre el plan secreto en todo el verano, lo cual era sorprendente, ya que ambos pensaban en ello constantemente. Pero cuando la bella canguro decidió meter la nariz en todo, fue como si algo activara un resorte en sus cabezas que les impedía hablar de otra cosa.

El plan secreto se basaba por encima de todo en mantener *las pruebas del delito*, como le gustaba llamar al crío, en paradero desconocido. La mañana del Día Importante, unos minutos después de haber consensuado el plan con el Yayo y contar con su fiel beneplácito, y aproximadamente una hora después de haber diseñado la estrategia en su mente bajo la enorme mesa del salón, Oli había escondido los resultados médicos que acababan de llegar por correo en el cajón de la mesilla (aquel en cuyo interior nadie, bajo ningún concepto, podía mirar). Tan solo quedaba deshacerse de la otra prueba: el mensaje telefónico. Tenía que darse prisa, pues mamá volvería de la tienda en cualquier momento, de modo que salió corriendo de casa hacia la tienda de electrodomésticos que había junto al paseo marítimo. Allí encontró un teléfono fijo idéntico al que tenían en casa. Lo pagó en la caja con el dinero que le había prestado el Yayo para la misión, y regresó a casa. Mamá aún no había llegado. Enchufó la nueva adquisición allá donde venía estando

conectado el antiguo aparato. Después de asegurarse de que el buzón de voz del teléfono nuevo estaba vacío, voló a su habitación y escondió el antiguo junto a los resultados. La primera parte del plan había resultado un éxito, y todo parecía ir sobre ruedas hasta que papá y mamá invitaron a Alyssa a entrar en casa.

Oli se llevó a la boca su viejo silbato metálico de la confianza y comenzó a dar soplidos sin ritmo. Todavía no estaba seguro de que aquella mañana estuvieran haciendo lo correcto.

Cuando alcanzaron un callejón tan estrecho que las paredes no dejaban a los rayos del sol tocar el suelo, no tuvieron otra opción que ascender unas escaleras de piedra en fila india. El muro con el que se dieron de bruces hizo entender al niño que su abuelo se había perdido y que tendrían que dar la vuelta, pero cuando el anciano se detuvo frente a una chirriante y polvorienta puerta de madera y susurró: «ya hemos llegado», Oli pensó que había perdido la cabeza definitivamente.

—Charly Rubial —masculló el jubilado entre dientes, al tiempo que aporreaba con los nudillos la puerta de madera—, por el cielo y el infierno, ¿qué voy a hacer con él?

La verdad era que, a pesar de ser su tío, Oli solo había coincidido con ese hombre en contadas ocasiones. Aun así, había oído hablar de su reputación, y era una reputación que daba miedo. Cuando su padre desapareció del mapa, se decía, se refugió en la casa abandonada donde vive ahora y empezó a frecuentar locales y clubs de dudosa fama, donde traficaba con droga. Parte de ella la fabricaba él mismo, y el resto la conseguía gracias a sus contactos en el gremio. Cuentan que un día uno de los narcotraficantes más peligrosos de la zona, un hombre corpulento que lucía bigote y una densa barba, lo encontró en el cuarto de baño de un club con una de sus chicas. Cuando el hombre corpulento desenvainó una navaja para cumplir su venganza personal, Charly estampó su cara contra el espejo del lavabo sin volver a subirse los pantalones siquiera. El bigotudo quedó inconsciente y fue trasladado a un hospital con la cara desfigurada por los cortes. Charly fue detenido y encarcelado. Cumplió una condena de tres meses y fue liberado por buena conducta. Después de aquello se rumoreó que había rociado algún tipo de droga en la bebida del camello antes del enfrentamiento, y

así, tanto amigos como enemigos empezaron a llamarlo el *Amante Brujo*.

Por supuesto, aquello había sucedido hacía ya algunos años. El joven aprendiz de narcotraficante tenía ya más de cuarenta años, y su leyenda se había hecho mucho más sombría. Había perdido el brazo en un accidente de coche en el que también iba papá, y se decía que le gustaba acostarse con todo tipo de mujeres, y, si se hacía caso a los rumores más truculentos, también con algunos hombres.

Y, por supuesto, vivía a solas en su casa abandonada.

Oli sabía todo esto por lo que le habían contado papá y el Yayo y, en parte, también por lo que se oía por el pueblo. Aunque, debía reconocer, no sabía muy bien lo que significaba la palabra *narcotraficante*, y no entendía qué pintaba un camello en un bar, o qué interés podía tener encerrarse con una desconocida en el sucio lavabo de una taberna.

«Seguro que no hay en el mundo otra persona a la que a Charly le apetezca ver menos que a mí. Aunque tampoco hay nadie que me apetezca menos visitar que a él», pensó el Yayo.

Recibir la visita del exmarido de tu madrastra, padre de tu amor platónico y enemigo público, era una provocación tan osada como el propio Charly.

Alguien abrió la puerta desde dentro.

—Vaya, hacía mucho que no nos veíamos —dijo Charly mientras miraba al anciano de arriba abajo—. Aunque no esperaba que recordaras dónde vivo. Y tú —se dirigió a Oli—, cómo has crecido.

Su voz tenía un tono burlón que al Yayo no le gustaba nada, pero no iba a permitir que el tullido lo provocara.

—¿Cuándo fue la última vez? —preguntó, mostrando un educado interés.

—Hace algunos años, poco después de perder el brazo en el accidente y poco antes de que Verónica se casara con el padre de este crío.

«Y tú no lo conseguiste evitar.» El Yayo se regodeó para sus adentros.

—El animal no puede entrar. Que se quede fuera.

Aquiles retrocedió un paso y enseñó los colmillos en un gruñido silencioso. El pastor alemán era grande, pero mayor aún era el miedo que Charly provocaba.

—Curiosa norma, más aún cuando este sitio se parece más a una cuadra que a una casa, y tu comportamiento se asemeja al de una lombriz —replicó Salas.

Charly resopló al insulto con guasa y cerró la puerta con los invitados dentro, dejando a Aquiles en la calle. Oli tragó saliva al mirar a su alrededor y no ver más que polvo en el aire y oscuridad. También notó que las paredes estaban desnudas, sin ningún cuadro que les diera algo de vida. Asimismo, al ver las escaleras de madera, se preguntó cómo era posible que alguien viviera allí y fuera feliz para no querer mudarse. Después fijó su pensamiento en su tío Charly, o para ser exactos, su olfato. Olía a cuando en casa se dejaba la basura varios días sin sacar. Le dieron náuseas ante aquella siniestra vivienda. Sufrió alguna que otra arcada.

—Fue en un cumpleaños de Verónica la última vez que nos vimos —rememoró Charly, haciendo caso omiso a las provocaciones del anciano.

—Ya me acuerdo. ¿Fue agradable la cena, tullido?

—Me llamo...

—Charly, ya lo sé —le cortó—. Contesta, ¿fue agradable?

—Muy poco. La verdad es que compartir mesa con Verónica siempre es un aliciente, y si a eso le añades las tetas de tu otra hija... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Lorena. Pues entonces te digo que no estuvo tan mal. Pero esa casa estaba llena de hipocresía y nunca estuve a gusto en ella. Además, tú fuiste la peor decepción de todas.

El Yayo arqueó las cejas y sonrió.

—¿Decepción? Ja, ¿qué coño esperabas de mí?

—Una atrocidad —replicó el anfitrión de la pocilga—. Empezabas a ser viejo, pero de gran fama. Por aquella época todo el pueblo hablaba de tus malas artes en el hospital, donde hacías y deshacías a tu antojo. Se decía que te iban a despedir, como así ocurrió poco después.

—No me despidieron, simplemente me prejubilaron. —El Yayo esbozó una sonrisa amarga—. La gente se aburre y habla demasiado de cosas de las que, por cierto, no tiene ni puta idea.

—Eso es verdad. —Charly asintió con la cabeza, como si se esperara la respuesta—. Pero salió en la prensa un artículo que demos-

traba que tenías acceso a información confidencial que casi ningún doctor tenía.

—Bueno, creo que durante mi larga carrera me gané el derecho a no ser tratado como un doctor convencional. —El anciano suspiró—. Sigue, por favor. Me encantan esta clase de historias.

—También se rumoreaba que jugabas con la información para alterar la reacción de los pacientes y sus familias. Llegaste a creerte Dios —le escupió el manco.

Oli miró a su Yayo de reajo. No sabía nada de eso.

—Jamás mentí a ningún paciente. Siempre intentaba suavizar los malos momentos, rebajar el dolor. Eso no me convertía en ningún monstruo.

—Puede, pero lo que hacías era delito penal, por eso te prejubilaron. Era eso o la cárcel. —A Charly se le dibujó en la cara una fina línea negra que parecía una sonrisa—. Y por lo que parece, no has aprendido de tus errores.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber el Yayo, arrugando mucho la frente.

—Que sé lo que tramas —sentenció Charly—. Y tengo que reconocer que me parece una locura brillante.

El día era soleado y agradable para esa época del año, y en la casa de Charly funcionaba la calefacción, pero el Yayo sintió frío después de oír aquello.

«Tal y como me temía, Alyssa le ha debido de entregar los resultados —pensó el jubilado, que se frotó los ojos y lanzó una mirada al lisiado para fijarse bien en sus marcianos ojos—. ¿Por qué habrá sacado a la luz esa historia del pasado? ¿Me está poniendo a prueba o se divierte jugando con mi culo?»

—No es posible que sepas lo que tramo porque no tramo absolutamente nada —dijo tras un breve silencio, aunque sabía que, al menos en parte, sí lo era.

Charly se encogió de hombros.

—Puedes creértelo o no. No me importa —replicó después, con marcada indiferencia.

—Solo es un farol. No me fío de ti.

—Yo solo faroleo cuando tengo malas cartas, y en este caso, la fortuna me ha otorgado varios ases de mano.

—No tienes pruebas.

—Por supuesto que sí —repuso luego de un incómodo silencio—, pero como comprenderás, no sería tan estúpido de enseñártelas y arriesgarme a que me las robes. Si no tramaras nada, ¿por qué ibas a guardar unos resultados médicos en el cajón del niño?

En ese momento Oli se dio por aludido, y una aterradora idea le pasó por la cabeza. Actuando por instinto, desligó su mano de la de su abuelo y empezó a correr ascendiendo por los desgastados peldaños de madera ante la atónita mirada de los dos adultos.

—¡Oli, maldita sea! —gritó el Yayo alargando el brazo, pero el crío ya se encontraba en el piso superior. Después se oyó un alarido tan iracundo que costaba creer que proviniera de un niño de diez años.

—¡Ladrona, tú me robaste! ¡Nadie tiene permiso para abrir el cajón secreto!

Lo que Oli vio en el piso de arriba le provocó enfado y vergüenza. Alyssa se encontraba sentada en el sofá naranja, atenta a la conversación que estaba teniendo lugar en el piso inferior, y sobresaltada al ver aparecer al niño de la nada. A pesar de su cabreo, Oli estaba tan sonrojado que no podía apartar la mirada del suelo. Tan solo una sábana blanca, y además translúcida, tapaba el cuerpo de Alyssa, dejando al descubierto hombros y muslos. El niño quería gritar, saltar y llorar. ¿Se debía su enfado a que la canguro le había robado, o era más bien por verla desnuda y al completo amparo de su tío Charly? Así que, ¿eso eran los celos? Y en caso de que lo fueran, ¿significaba que se estaba enamorando de la bella adolescente? Oli nunca había experimentado un sentimiento tan desagradable.

Charly alcanzó el piso superior seguido del Yayo, que se quedó petrificado al ver el cuerpo semidesnudo de Alyssa. Ella se cubrió como pudo y agachó la cabeza, literalmente humillada.

«¿Con qué clase de puta estamos dejando a Óliver cada noche? —caviló el anciano. La segunda cosa que pasó por su cabeza fue más carnal—: Por el amor de Dios, acaba de cumplir la mayoría de edad y ya tiene el cuerpo de una mujer. Sorpresas que da la vida, el tullido cabrón se la está beneficiando... —Con el tercer pensamiento arqueó las cejas y se volvió hacia Charly—, y eso es algo que nos viene de perlas.»

—Vaya, esto se pone divertido —dijo luego con calma, mascando cada palabra—. ¿Ahora te dedicas a engañar a niñas para tirártelas después? Reconozco que tienes buen gusto, al menos.

—No me está engañando —saltó de pronto la joven, molesta. «Y no soy una niña», pensó—. Nadie me ha tratado nunca tan bien como lo hace Charly. «Ni siquiera mi familia», añadió en su mente.

Cada vez que pensaba en sus familiares, a Alyssa se le revolvían las tripas. ¿Qué sería de sus hermanas? Muchas eran las veces en las que se hacía esa pregunta. Cuando la desheredaron, hacía ya mucho tiempo de eso, Hesper y Elena estaban a punto de casarse. La primera se había comprometido con el heredero de una importante empresa de aceites. Era un hombre mayor que ella, arrogante, impertinente y de voz irritante. Por aquella época se decía que Hesper sería la mujer de un mujeriego sin escrúpulos, y muchos aseguraban que le era infiel siempre que tenía la ocasión. Pero eso no le importaba a nadie, al menos a ningún miembro de la familia mientras su futuro estuviera asegurado con chóferes, sirvientas y vestidos de alta costura. A ella tampoco parecía afectarle saber que se había comprometido con un gusano, siempre y cuando le garantizaran que no tendría que trabajar nunca más.

En cuanto a Elena, la mediana de las tres, siempre fue más humilde, más parecida a Alyssa. Encontró la suerte que esta no tuvo, no obstante. Nadie la violó, ni la dejaron embarazada, ni tampoco fue humillada por sus propios progenitores. «Qué bien te fue, hermanita. Naciste con estrella.» Elena renunció a cualquier ayuda que su familia le otorgó para casarse y comprarse un chalet con jardín y piscina. Ella era diferente a Hesper. Era estudiosa, honrada y trabajadora. «Lucha por forjarte tu propia vida y por ser autosuficiente —le había dicho una noche a Alyssa, mientras observaban las estrellas tumbadas sobre la hierba del jardín de casa—. No dejes que nadie decida por ti». Alyssa realmente admiraba a su hermana, y en verdad se alegró cuando, gracias al sueldo que ganaba trabajando como odontóloga, pudo comprarse una bonita casa y comprometerse con Javier, su novio del instituto. «Yo nunca tuve la suerte de mis otras hermanas —pensaba Alyssa—; jamás tuve la opción de alcanzar su nivel de felicidad. Pero algún día tendré un chófer que pagará mi gusano y mujeriego marido de voz irritante, o puede que labre mi

propia vida sin el beneplácito de nadie. Y miraré a las estrellas y diré a Hesper y a Elena que lo logré, que superé las adversidades y llegué a su nivel, y que hice lo necesario por conseguirlo, incluso acostarme cada noche con un monstruo como Charly.»

Las miradas de Alyssa y de Oli se cruzaron, y un cúmulo de sentimientos enfrentados vivieron en ambas almas durante algunos extraños segundos.

—Así que, al fin y al cabo, todos tenemos nuestros secretos. — Mientras hablaba, el Yayo seguía sin apartar la mirada de Charly, que observaba a Alyssa con titubeante decepción. «Lo reconoces», pensó este.

—¿Intentas chantajearme? —quiso saber Charly, soltando a continuación una nerviosa carcajada—. Me acuesto con ella a escondidas, claro que sí. —Señaló a Alyssa con el mentón—. ¿Qué tiene eso de malo?

Lo interrumpió el Yayo con brusquedad.

—Se dice que además de cocainómano, camello y pederasta, asesinaste a tu propio padre. Querido tullido, por supuesto que voy a chantajearle —le escupió a la cara con voz áspera.

Charly se mantuvo callado durante un rato largo, perplejo. Al escuchar la fuerte acusación, Alyssa quedó tan sorprendida que dejó caer la sábana que la cubría, descubriendo parte de su apetitoso pecho izquierdo. Oli se ruborizó aún más al contemplarlo.

—Está bien, no diré nada si tú no dices nada —aceptó Charly, esta vez con un tono más sumiso—. Pero respóndeme a una cosa: ¿por qué ocultas esos resultados en un cajón? ¿Cuál es tu plan?

—¡El plan es mío! —Una voz infantil se alzó desde la esquina del salón—. Y no me da la gana de contarte ningún detalle de él.

Charly, de nuevo, se quedó sin habla.

El anciano, orgulloso de la contundente respuesta de su nieto, señaló a Charly y lo amenazó con delatarle por todos sus delitos si abría la boca más de la cuenta.

—Habláis como si fueseis a cambiar el mundo —respondió el manco, mordaz—, pero yo solo veo a un viejo y a un mocosito intentando evitar lo inevitable.

—¿Has leído con detenimiento los resultados médicos que nos robaste? —le preguntó entonces el Yayo.

—En concreto, ¿te refieres al que habla del tumor mortal? —se interesó Charly.

—Ese mismo.

—No solo lo he leído, sino que hasta lo he memorizado.

—Pues vuélvelo a leer. Enmarca cada página y cuélgalas de las paredes de esta pocilga si te apetece. Una condena de treinta años apesta mucho más que tres meses en prisión. Puedes estar seguro de ello.

—No diré nada —aseguró Charly, encogiéndose de hombros—, pero si crees que vas a conseguir el que creo que es tu propósito, o mejor dicho, vuestro propósito —dirigió su turbia mirada hacia Oli—, entonces estáis más locos que yo.

—Pensé que eso estaba más que claro —replicó el Yayo en tono duro—, aunque puedes apostar a que sigues sin tener ni la más remota idea de lo que está pasando.

La respuesta del exmédico no fue la que Charly esperaba.

—Si tú lo dices.

—Por cierto, tullido, me he fijado en que tu hogar está desprovisto de ventanas. Es muy oportuno, sin duda.

—¿Muy oportuno? —Charly arqueó una fina ceja—. Y eso, ¿por qué?

—Porque si rompes el trato que hemos hecho, no volverás a ver la luz del sol en muchos años.

El anciano cogió a Oli por el brazo y abandonó la casa sin decir nada más. No tenía intención de seguir aguantando el cinismo del *Amante Brujo*. A partir de esa mañana, sin embargo, vivió con el miedo de tener que confiar en la palabra de un gusano sin escrúpulos.

30 de septiembre de 2006

Verónica Salas tenía que tomar una decisión, y estaba a punto de cometer un terrible error. Frente a ella, acomodado en una de las muchas mesitas que ambientaban la plaza, un varón de mediana edad le sonreía de una manera que había olvidado hacía tiempo. Se acababa de presentar, pero no podía recordar cuál era su nombre. Sin embargo, sentía un cosquilleo en su interior. Se sonrojó cuando el hombre la cazó mirando de reojo su musculoso y bronceado antebrazo, que sostenía la jarra de cerveza bajo una camisa de cuadros remangada. No se sintió culpable cuando, al acercarse a la mesa, aquel morenazo le había pedido permiso para sentarse y ella había aceptado; tampoco sintió remordimientos cuando dio brincos por dentro al verse cortejada por un hombre atractivo que no fuese ni su marido ni su hermanastro. Volvía a sentirse como una mujer, lo echaba de menos.

Había maldecido tres veces a su esposo en poco menos de media hora. La primera, nada más salir del apartamento, llorando desconsolada bajo la atenta mirada de los recepcionistas. La segunda, un minuto después, cuando se dio la vuelta y estuvo tentada de regresar. Y la tercera y última, a más de un kilómetro de distancia del aparta-

mento, al buscar el teléfono con la intención de llamarlo y disculparse al recordar que lo había dejado solo sobre la cama de la habitación.

Estaba furiosa. Avanzaba por las calles pedregosas que se internaban en Manarola desde la cala, y únicamente podía pensar en lo harta que estaba de tener que lidiar siempre con todo. Desde que era una cría había sido la niña tonta a la que todo el mundo se creía con derecho a pisotear. Superó el traumático divorcio de sus padres cuando aún era una adolescente. Más tarde, su padrastro había intentado abusar de ella, y su hermanastro, que era un monstruo y al mismo tiempo su héroe, estaba obsesionado con ella. Había parido y educado a un niño magnífico y estaba casada con un hombre que la amaba. Pero ¿por qué las cosas tenían que complicarse sin necesidad? ¿No podía Alfonso dejarlo todo como estaba? «Cariño, estás loco de celos si crees que alguna vez tendría algo con Charly. La obcecación que mi hermano tiene conmigo solamente es problema suyo, maldito cabezota.»

Le entraron ganas de llorar, no podía contener sus sentimientos por más tiempo. ¿Acaso alguna vez había dado razones a su marido para sentirse celoso? ¿Alguna vez había tratado a Charly como algo más que un hermano? «¡Jamás!». En ciertas ocasiones había sopeado la idea de coger a su marido, a Oli y Aquiles, y marcharse lejos a empezar de cero, puede que a otro país. Pero, ¿serviría eso de algo? Ni siquiera en la paradisíaca Cinque Terre eran capaces de hablar sin discutir. Charly había conseguido estar allá donde se encontrara el matrimonio, sin excepción, y Verónica no encontraba la solución a eso. Quizá fuera culpa suya por no enfrentarse al problema desde el primer momento, desde la vez que Alfonso y ella se conocieron en aquella pegajosa taberna y Charly fijó su terreno como un perro que defiende su comida. Ahora la bola de nieve era demasiado grande, y Alfonso parecía estar en lo más profundo de ella. Nunca dejaría de quererlo, pero temía plantearse el hecho de que quizá ya no lo amaba.

El caso era que Verónica no quería compartir habitación con él, al menos aquella tarde. Sabía que, estando las cosas como estaban, si pasaba mucho tiempo a su lado corría el riesgo de mandarlo todo a la mierda. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina y se vio sola. En ese momento carecía del apoyo de Alfonso. También del de Charly, y tanto Óliver como su viejo padre habían mantenido un comporta-

miento demasiado extraño durante todo el verano, como si les hubiera afectado la crisis matrimonial más de lo que ella esperaba. Estaba cansada de pensar en todo el mundo. «Ya va siendo hora de que alguien se preocupe por cómo estoy yo». Empezó a sentir un dolor punzante en la parte posterior de la cabeza, así que intentó no pensar en nada y disfrutar de aquella maravillosa tarde italiana.

A lo largo de la costa abrupta y formando líneas en paralelo, las calles de Manarola se llenaban de comercios, mercados y tenderetes donde se podía comprar prácticamente de todo. Era sábado, y Verónica se preguntó si el pueblo tendría en realidad tanta vida todos los días de la semana. El sol brillaba con intensidad a lo alto del cielo, pero una agradable brisa le acariciaba la piel y jugaba con su pelo, haciéndole sentir un poco mejor. Paró en casi todos los puestos del mercadillo a lo largo del malecón y se relajó acariciando telas de diferentes colores, probando la bisutería y decidiendo qué panorámica de aquella privilegiada región encajaría mejor en la pared de su dormitorio. Al final no compró nada, aunque estuvo a punto de picar con una bonita camiseta de recuerdo que decía «*I Love Italy*». Descartó la idea al pensar que no quería tener un recuerdo de aquel día nefasto.

Para cuando terminó de recorrer el muelle ya estaba cayendo el sol. Se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, así que ascendió hasta una plaza peatonal repleta de terrazas con la esperanza de picar algo. Escogió el primer restaurante que vio y se dejó caer en una de las pocas sillas que quedaban desocupadas al aire libre, concediendo a sus pies un merecido descanso. Cuando se acercó el camarero, pidió una limonada y una ración de queso. Era una fanática del queso, y pensó que los italianos tendrían experiencia en su preparación, al utilizarlo durante tantos años como condimento para pizzas, entre otras cosas.

Mientras esperaba su frugal cena, se percató entusiasmada de la cantidad de gente que iba y venía por la plaza en cuestión de pocos minutos. Era como si no existieran los problemas en ese lugar. Fijó su mirada en una pareja de ancianos que peleaban divertidos por el último trozo de pizza, al otro lado de la plaza, y sintió nostalgia. Desde que conoció a Alfonso, aquel lluvioso día de 1983, siempre había tenido el presentimiento de que terminaría su vida a su lado,

ambos felices y puede que peleando por el último trozo de alguna pizza. Se sorprendió a sí misma al reconocer que ya no estaba enfadada con él —como solía decir su madre, «no hay problema que una agradable tarde de compras no pueda solucionar»—, y se alegró por ello. Se preguntó qué estaría haciendo su marido en ese preciso momento, y decidió por ello que, tan pronto como terminara de cenar, volvería al apartamento junto a él.

Ya había saboreado las primeras rebanadas de queso cuando Bruno se acercó a la mesita y se presentó. Era moreno y corpulento. El flequillo ondulado le caía de lado por la frente, y Verónica decidió, fijándose en sus largas y pobladas patillas, que no se trataba de ningún niño bueno. Lo primero que hizo nada más detenerse frente a ella fue pedir permiso para sentarse a su lado, con extraordinaria cortesía. Además, su horrible acento lo delataba: no era italiano. De hecho era español, y Verónica creyó que le vendría bien compartir algún tiempo con alguien extraño que no conociera sus problemas en aquel día tan solitario. Aceptó sin más y el hombretón se sentó frente a ella. Le ofreció probar el poco queso que quedaba en el plato, pero Bruno, según aclaró, no tenía apetito. En su lugar pidió una cerveza cuando el camarero rondó la mesa de nuevo. Rápidamente, y con toda naturalidad, Bruno comenzó a explicar cómo viajó a Roma desde Barcelona, su ciudad natal, para empezar una nueva vida como saxofonista, y que de vez en cuando viajaba a la maravillosa Cinque Terre para evadirse de la diaria rutina. Después, al darse cuenta de lo maleducado que estaba siendo hablando solo de sí mismo, preguntó a Verónica por qué la había encontrado a solas, comiendo queso en una fantástica tarde de sábado como aquella.

—He salido a hacer unas compras —respondió Verónica con cautela, y se llevó una nueva rebanada a la boca. Él, perspicaz, observó el suelo y se extrañó al no ver ninguna bolsa junto a los pies de ella—. Eso es porque no he comprado nada —matizó entonces.

El desconocido sintió curiosidad por saber si había viajado sola a Cinque Terre, a lo que ella respondió con la verdad.

—Y dime, ¿dónde está tu marido ahora? —Bruno mostraba un sorprendente interés.

—¿Siempre eres tan entrometido? —Verónica sonrió al comprobar que su acompañante se sonrojaba.

«Se hace el interesante, pero tiene sentimientos.»

—Solamente con las turistas atractivas.

«Y ahora se hace el chulo —pensó a continuación, aunque en realidad se sintió halagada—. Hace años que nadie me habla de esta forma, ni siquiera mi Soldado.»

¿Que dónde estaba su marido ahora? Verónica pensó en Alfonso, y, sin saber bien por qué, afloró en su mente la primera vez que pasó la noche en su cama. Fue a las pocas semanas de conocerse.

—¿Me abrazas un poco, cielo?

—Pues claro, ¡dormir es de cobardes! —había bromeado él, con su peculiar sentido del humor.

En realidad, a Verónica nunca le había gustado abrazarse en la cama. Era la típica cosa que hacían en las películas y que se había puesto de moda, pero a ella le provocaba calambres y tirones. Sin embargo, en esa ocasión le apetecía abrazarse con Alfonso. No como aquella vez, la única que había estado con un hombre anteriormente, en el sucio apartamento de Hugo, su antiguo compañero de academia de inglés. Hugo olía mal, y su cama aún peor, y abrazarle no era una opción muy sugerente. Pero Alfonso olía a colonia de hombre, y además a él parecía gustarle, por lo que se quedaron así, en la misma postura rígida y antinatural, hasta que ella dijo:

—No puedo creer que haya dicho *cielo*. ¡Joder, qué vergüenza! Vas a pensar que soy una cursi.

—No te preocupes, *pichón* habría sido mucho peor —subrayó él, cáustico.

—Estoy de acuerdo. *Pichón* es horrible.

—O *chati* —amplió Alfonso con media sonrisa.

—¡*Chati* da náuseas! Te prometo que nunca te llamaré *pichón* o *chati*.

Verónica enseguida se dio cuenta de su comentario, y se mordió el labio inferior. Apenas lo acababa de conocer y ya estaba hablando de promesas de futuro. ¿Ella con Alfonso? Difícil, siendo tan diferentes.

Se quedaron en silencio. Tras pasar toda la noche hablando, riendo y haciendo el amor, sus cuerpos estaban exhaustos. Ya estaba amaneciendo y en la calle se oían los primeros coches en marcha.

—Me encanta ese sonido —dijo él, apoyando la nuca en la palma de su mano.

—¿Los coches? Significa que se termina el tiempo de seguir durmiendo. En nuestro caso, ni eso.

—Por eso me gusta. Es vida. Un día más —matizó Alfonso, buscando un tono misterioso y romántico—. Un día más a tu lado.

—Venga ya, ¡estás chalado! —Riendo con todas sus fuerzas, Verónica se incorporó y le golpeó con el cojín más próximo.

Él sonrió complacido.

—Picas siempre. No me tomes demasiado en serio, anda. —Acarició la piel de ella por debajo de la camiseta del pijama, casi a la altura de los pechos. Después se levantó y se puso unos pantalones vaqueros.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Solo al baño. Necesidades fisiológicas. Ahora mismo vuelvo. ¡No te muevas! —gritó desde el pasillo.

Verónica emitió un suspiro de felicidad desde la cama y echó un vistazo a la habitación. Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba allí, así que aprovechó los pocos minutos que la vejiga de Alfonso le iba a conceder para husmear un poco. ¿Cómo sería la habitación de un hombre decente? Estaba convencida de que entre revistas de coches y quizás un premio deportivo infantil, encontraría alguna foto de una modelo rubia y despampanante, puede que Kim Basinger, como su mujer ideal. Pero no fue así. Se sorprendió al comprobar que Alfonso era el típico tío que coleccionaba discos de vinilo y los cuidaba minuciosamente. Además, tenía afición por las fotografías, con el típico panel de corcho que colgaba de la pared y que mostraba toda clase de imágenes de él mismo de bebé, de niño, adolescente, con su familia, con sus amigos... Al buscar su pantalón con la mano, Verónica encontró un libro en el suelo: *Groucho y yo*, por Groucho Marx. «Así que lee a los clásicos y es un tío divertido.» La verdad es que estaba impresionada. No era aconsejable juzgar a nadie por el aspecto de su dormitorio, pero también era cierto que había superado la prueba con nota. Pensó que esa noche tendría repercusiones. Llantos o felicidad, pero ya no había marcha atrás. Dejó el libro en su sitio cuando oyó el ruido de la cisterna y se tapó con la sábana hasta la cabeza, haciéndose la dormida. Enseguida notó

los húmedos y cálidos labios de Alfonso contra su nuca, y luego contra el lóbulo de su oreja, y después en sus propios labios. Ella abrió los ojos y sonrió de un modo travieso.

—¿Te crees que no me doy cuenta de cuándo duermes y cuándo no? —inquirió Alfonso, colocándose sobre ella—. Antes he estado más de media hora observándote mientras dormías.

—¿Yo he dormido?

—Como una marmota.

Ella lo miró y examinó luego su cara recién lavada. Era atractivo, pero no se podía decir que fuese guapo. Varonil, eso sí. El corte de pelo, casi rapado, no le favorecía, pero Verónica estaba convencida de que con el pelo algo más largo, puede que con flequillo, estaría para comérselo. Y pensaba esperar para averiguarlo. Un par de cicatrices, una donde empieza la nariz y la otra a un lado de la boca, le hacían parecer mayor. Pensó que probablemente se las provocara durante alguna peligrosa misión con el ejército, y eso le daba un morbo añadido. Tenía la cara afilada, y aunque no estaba demasiado delgado en su conjunto, se le podían adivinar los huesos del cráneo en la zona de los pómulos. Los ojos eran negros y ligeramente achinados, sobre todo cuando se reía como en aquel preciso momento, formándosele dos graciosas arrugas a los lados que le inspiraban calma y confianza. Sí, cuando reía era lo mejor. Tenía una atractiva mueca que le hacía torcer algo la boca, dando la sensación que algo divertido, o sarcástico o ingenioso tal vez, estaba tramando. Verónica quería seguir viendo ese rostro muchas veces más. Volvieron a besarse como si la noche acabara de empezar, y se alegró de que no hubiera marcha atrás, fueran cuales fueran las repercusiones futuras.

—Mi marido se ha quedado en el apartamento —dijo al fin Verónica, de vuelta a la realidad, pero la expresión sombría que mostró al nombrar a Alfonso la delataba. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Demasiadas cosas.

Bruno dio un largo sorbo a la cerveza hasta vaciar la jarra.

—Voy a pedir otra —dijo al cabo de un silencio, y se secó los labios con el antebrazo—. ¿Tú quieres algo más?

Le puso una mano en la muñeca derecha y Verónica se estremeció bajo el roce repentino.

«Es cálido.»

—N-no. —farfulló. No se atrevía a mirarlo a la cara—. Creo que debería volver al apartamento. Está anocheciendo.

Pero aquel hombre de brazos musculosos actuó como si no hubiera dicho nada.

—¿O prefieres tomar la siguiente en mi hotel? —sugirió seductor, mirándole a los ojos—. Está a solo diez minutos de aquí.

Verónica empezó a temblar.

«Quiero ir al apartamento —se dijo con una angustia que le impedía pensar con claridad—. Quiero ir al apartamento; quiero ir al apartamento.»

30 de septiembre de 2006

La puerta se cerró en un portazo y me quedé a solas en una habitación desconocida de un país desconocido. «Qué idiota, al final lo vas a echar todo a perder.» Te habías ido, quién sabía adónde y hasta cuándo, y por primera vez me sentí incapaz de hacer nada con mi vida. La hinchazón de mi entrepierna había desaparecido tan precipitadamente como tú, y, vestido tan solo con unos calzoncillos algo mojados de excitación, me vi a mí mismo como el hombre más triste que jamás haya existido.

Miré tu móvil, que estaba sobre la cama observándome con provocación. Era el diablo disfrazado de teléfono, o al menos me lo había parecido cuando, minutos antes, decidí acecharlo y fisgonear, cayendo de lleno en su trampa. Esta vez no me atreví a mirarlo directamente. Entonces me di cuenta de que ni siquiera podía llamarte para comprobar si estabas bien, y me vi abatido. Por segunda vez en menos de diez minutos, Satán se mofaba de mí. Ahí estaba yo, culpando de mi desgracia a un simple teléfono móvil. ¡Qué estampa más lamentable! Después me dejé caer sobre la almohada y cerré los ojos, liberando en secreto algunas lágrimas que no podían aguantar enjauladas por más tiempo. Fruncí el ceño y apreté los labios para evitar llorar como un gilipollas. Y así, me quedé dormido.

Esa tarde tuve sueños extraños. Volvía a estar en Ámbar, en la playa, pero nuestra casa no existía. En su lugar, había un edificio con forma de cubo, construido en cemento gris y en medio de la nada. Supe que era un edificio y no un simple bloque de hormigón porque tenía una puerta en una de las caras, una metálica de un amarillo chillón que no conjuntaba con el bloque, y mucho menos con el paisaje costero. Yo estaba desnudo y empapado de agua salada. El calor era tan intenso que sentía que mi piel se quemaba. Al acercarme y abrir la puerta en busca de cobijo, un destello blanco me deslumbró, y aparecí de pronto en el interior de lo que parecía un hospital: pasillos blancos y aroma a limpia enfermedad. A mi lado estaban tu padre, Óliver y Charly, aunque, a diferencia de mí, ellos iban cubiertos de anchos ropajes de piel. A Charly le faltaban ambos brazos y me estaba señalando con sendos terroríficos muñones impregnados de sangre y pus. Sus pupilas no tenían tamaños dispares, sino que eran negras y enormes; tanto, que... joder, ¡no se le llegaba a ver el blanco de los ojos! Del pelo, solo del cabello, le caían gotas de agua de forma tan continua que se había formado un charco a sus pies. Yo estaba frente a los tres en un pasillo largo y triste, y al preguntarme si no se estarían muriendo de calor, empezaron a reír cada vez más fuerte, como si estuviera loco o no entendiera absolutamente nada de lo que estaba sucediendo. «Pobre estúpido», parecían decir.

De pronto oí un grito de desesperación a mi espalda, al inicio del corredor. Era la voz de mi padre. De manera automática aparecí, en un abrir y cerrar de ojos, en la habitación desde donde provenía el alarido. Solo que, en vez de mi padre, la que aguardaba agonizante en el amplio lecho eras tú, vestida con telas blancas y sacudiéndote con violencia. Sufrías sin remedio. En la sala también estaban tu padre, Oli y Charly, con Aquiles, que de alguna forma inexplicable habían llegado antes que yo y rodeaban la cama. Y también estaba Sara, la doctora, que te daba consuelo junto al cabecero. Sabía que era Sara porque lo decía una etiqueta que colgaba de su bata a la altura del pecho, pero su cara no correspondía con la de la joven médico que yo recordaba; para empezar, su melena era rubia, y sus ojos, frágiles canicas azules. Cuando me acerqué para socorrerte, nuestro hijo me agarró de la muñeca con una fuerza que me sorprendió. Al volverme

para pedirle explicaciones, me devolvió la mirada con los ojos bien abiertos. Negó lentamente con la cabeza, como queriendo decir «no lo hagas». Esta vez no se reía. Ni él, ni tu padre, ni tampoco Charly. Mientras tanto, Aquiles aullaba y gruñía como un lobo enrrabiado. Entre aquella fúnebre atmósfera conseguí acercarme un poco más a la cama y te rocé la planta del pie. Dejaste de apretarte la cabeza con las manos y te paralizaste de golpe. Tus ojos estaban inyectados en sangre debido al sufrimiento, pero se suavizaron al reconocermé. Entonces, en un acto que me recorrió el espinazo, me sonreíste. Había perdón en esa sonrisa.

Desperté temblando de miedo. El sol se estaba poniendo en Cinque Terre y la sombra reinaba en la habitación del apartamento. El ventilador del techo removía aire caliente. No era consciente de cuántas horas había estado durmiendo. Resoplé al reconocer que todo había sido un mal sueño, y sentí aun más miedo al comprobar que no habías vuelto. Empezaba a hacerse de noche. ¿Te habría pasado algo? «¡Por Dios! —me dije, intentando quitarme esa lapidaria idea de la cabeza—. Nunca me lo perdonaría.»

Me levanté de la cama y me puse el pantalón con las manos temblorosas. Después miré de nuevo tu teléfono, que seguía en el mismo sitio de la cama, y sentí impotencia. Se le había agotado la batería. Mierda, era todo culpa mía. Decidí salir afuera, pues era lo único que se me ocurría. Al menos, podría pedir ayuda a alguien que estuviera paseando por el pueblo. O quizá, simplemente, encontrar consuelo. Yo, Alfonso Morales, estaba abatido.

Entonces vi que algo se movía a lo lejos, en el camino, más allá de la entrada del edificio. El agua del mar, quieta y serena, rugió cuando te acercaste, y como en una alucinación, tu melena ondeaba con el viento al contraluz de las farolas. Carlos Gardel cantaba para los enamorados a través del hilo musical. Yo soy uno de esos tontos —pensé aliviado mientras tu perfil se agrandaba—, y pienso demostrártelo. Te ruego que no sigas acercándote si piensas largarte otra vez. No te des la vuelta, pues ya sabes lo que pretendo decirte. Sé que estás asustada y deprimida —te susurré—, porque te miras al espejo cada día y ya no ves a la niña guapa que una vez fuiste. Temes comprender que tus mejores años ya se han esfumado, y con ellos nuestro amor. Muestra un poco de fe.

Te tendí la mano y me la aceptaste dubitativa, como si no me reconocieras.

Pues, ¿sabes qué? Ya no eres la niña guapa de la que me enamoré, estoy de acuerdo, ¡pero eh!, yo tampoco lo soy. Y además, eres mi *mujer-muñeco*, y para mí, eso es suficiente.

No sé cuáles de todas estas cosas llegué a decírtelas en realidad y cuáles las imaginé, pero te abalanzaste a mi cuello y me abrazaste con todas tus fuerzas dejando marcas de lágrimas en mi camiseta. «Esto tiene que seguir siendo un sueño», pensé al instante, rebosante de felicidad. Restregué mis pómulos contra los tuyos y volví a sentir la suavidad de tu piel contra la mía.

Puedes odiarme, esconderte en tu sufrimiento y abandonar este lugar si quieres. Pasarte el otoño rezando en vano para regresar en el tiempo y no haberme conocido; desear que un nuevo caballero aparezca de entre la niebla y te lleve para hacerte feliz. Pero pecosa, esto es la vida real, y yo no soy ningún príncipe azul; eso es evidente. Lo único que puedo ofrecerte ahora mismo es todo el amor que representa este anillo y que guardo dentro de mí. Es todo lo que tengo... ¿qué otra opción podemos tener? Tan solo..., tan solo que entres en casa, cierres la puerta, y me tumbes en la cama para permitir que juegue con tu cuello. Aún tenemos una oportunidad para hacerlo realidad, pero la noche irrumpe con fuerza, y después, cuando vuelva el sonido de los motores, la magia desaparecerá. Cambiemos las lágrimas por caricias; retrocedamos juntos en el tiempo. Venga, entra y apaga la luz, el paraíso nos espera en esa cama, y alcanzaremos nuestros sueños juntos; siempre juntos. Podemos lograrlo si tenemos fe.

«No te mueras —pensaba mientras nos intercambiábamos pasión y ternura entre las sábanas—. Sé que has hecho todo esto para ponerme a prueba, a mí y al matrimonio. Te prometo que todo mejorará. Pero por favor, no me dejes solo.»

Bien, este es mi plan. Si estás lista para dar ese paso, si quieres formar parte de algo realmente grandioso, saltemos de la cama y vivamos. Así, sudorosos y satisfechos, con el ventilador refrescándonos, lo veo todo mucho más claro —me pareció decir—. El camino está abierto, pero el peaje no es gratis. Y sé que te sientes mal por no haber hecho esto antes, pero esta noche, y todas las noches a partir de esta,

seremos libres. Romperemos los prejuicios y saltaremos las barreras. Tenía los ojos llenos de fantasmas, de hombres que te persiguen. Y de versiones de mí mismo mucho mejores para ti. Se aparecen en mis sueños, desnudos en la playa, y ambos sufrimos. Pero aquí, en esta cama, ya no están. Así que, nena: coge la mano a este viejo soldado y confía en él. Sobre todo, confía en él.

30 de septiembre - 7 de octubre de 2006

El 30 de septiembre por la noche, Charly Rubial rescató un rollo de cinta adhesiva que estaba almacenando polvo en el fondo de un armario. Se arrodilló junto a una caja de cartón y la cerró, dando varias vueltas a la cinta para asegurarse de que las solapas quedaban cerradas. Después la dejó frente al sofá anaranjado, se encendió un cigarrillo y reposó los pies sobre la caja que acababa de cerrar. No durmió en toda la noche.

Al día siguiente a primera hora de la mañana se dio una ducha fría, cogió la caja y salió del edificio. El contraste de la luz del sol con lo sombrío de su piso le ofendió los ojos. Caminaba por la calle en estado de alerta, pues esperaba que nadie lo viera con el objeto bajo el brazo. Se metió en el único local que estaba abierto a esas horas de la mañana, a escasos cien metros de su casa.

—Hola, Max —saludó sin entusiasmo.

—Ey, Charly. ¿Qué llevas en esa caja? —El aludido hizo un gesto con la cabeza desde el interior de la barra.

—No te importa. —Posó el recipiente de cartón en la pegajosa encimera y se sentó en un taburete—. Ponme un whisky —ordenó después.

Maximiliano era un hombre de mediana edad y pesaba unos

ciento sesenta kilos. Lucía una oscura barba con bigote, y, a pesar de sufrir una profunda calvicie en la zona de la sien, un mechón de cabello liso le caía por los hombros desde la nuca. Era el copropietario del garito Sensations (el otro cincuenta por ciento pertenecía al propio Charly). Aunque odiaba admitirlo, la clientela que solía rondar el local le tenía por un inadaptado social, pues cuando no servía alcohol tras la barra, lo normal era que estuviera satisfaciendo una de sus dos pasiones: la ruleta del casino y las películas pornográficas.

Max se encogió de hombros, cogió un vaso ancho y lo llenó de Long John. Charly lo bebió en dos tragos.

—Voy a entrar en la cocina —anunció después. Se levantó del taburete y cruzó el bar a lo largo—. Asegúrate de que nadie me molesta.

Max asintió con la cabeza.

La cocina del Sensations no tenía horno, ni freidora, ni microondas. La encimera estaba dotada de una placa vitrocerámica que no funcionaba. Por lo demás, la sala se asemejaba bastante a una cocina. La llamaban así porque, cuando Max y Charly cogieron el bar, necesitaban un espacio donde trapichear con los traficantes y compradores de droga, manteniéndose ajenos al ojo público. De modo que hicieron reformas y transformaron el habitáculo en una cocina-almacén. Si recibían una inesperada inspección de calidad o les visitaba la pasma, solo tenían que meter las bolsitas de cocaína en el entresuelo del mueble. Además, la estancia tenía una puerta trasera que daba directamente al callejón. Era perfecta.

Charly dejó la caja de cartón sobre la mesa de la cocina y la abrió con el cuchillo de pelar patatas, que jamás se había utilizado antes para tal tarea. En su interior había guardado el tesoro que Alyssa le había conseguido la noche anterior. Extrajo con su única mano un teléfono fijo y lo posó sobre la mesa. Entre sus patas, en la pared, había un enchufe con un conector *RJ-11 hembra* (perfecto para los *RJ-11 macho*, típicos de los cables telefónicos). Enchufó el cable del teléfono y vio que una luz verde se encendía en el aparato. Y a su lado, otra del mismo color que parpadeaba. Excitado, pulsó el botón asociado al buzón de voz y escuchó con atención.

Hola, soy la doctora Sara Mora. Eh..., no sé si ya han recibido los resultados de las pruebas, pero... eh..., me gustaría hablar con ustedes personalmente en mi consulta. Vengan cuanto antes que es urgente. Muchas gracias. Adiós.

Charly Rubial empezó a comprender. Aún no sabía la razón de por qué tuvo el niño que guardar el teléfono —sustituyéndolo por otro similar, de forma que no se notara el cambio—, así como los dos diagnósticos. «¿Por qué el crío?» Escuchó el mensaje una vez más, aunque sin llegar a ninguna conclusión adicional. Después sacó de la caja los dos tacos de folios, ambos con el sello de la clínica de Ámbar y la firma de esa tal Sara Mora. Pasó varios minutos ojeándolos en actitud reflexiva. Algo se le estaba pasando por alto, como ya le había sugerido aquel viejo de los cojones.

Al cabo de un rato de divagaciones, extrajo su móvil Ericsson del bolsillo y comprobó que no tenía ninguna llamada perdida. Accedió al menú de los SMS. Cero mensajes. Después leyó el último de los enviados; era de ayer:

PARA VERO:

Espero que pases una semana genial junto a él, te estaré esperando.

No había recibido respuesta.

Torció el gesto y apretó el teléfono móvil con fuerza.

En ese momento Max entró en la cocina sin llamar a la puerta. El Ericsson voló por los aires y se estampó contra la pared a escasos centímetros de la cabeza del barman obeso, haciéndose pedazos.

—¡Te he dicho que nadie me molestará! —rugió Charly. Luego se levantó hecho una furia y metió los papeles y el teléfono fijo de nuevo en la caja—. ¡Ni siquiera tú, puto gordo!

Guardó la caja en uno de los armarios de la cocina y abandonó el local apartando a Max de un empujón.

* * *

—HACE YA dos días desde que volvimos a casa y desde entonces, ni rastro de tu abuelo. Como si se lo hubiera llevado un huracán.

Alfonso estaba de pie frente al fregadero, limpiando los restos de macarrones que habían quedado en los platos. Mientras hablaba, y sin dejar de restregar el estropajo contra la vajilla, miraba el mar a través de la ventana. A su lado Oli secaba con un trapo los utensilios que su padre le iba pasando mientras saboreaba la penúltima onza de chocolate correspondiente al postre.

—Ya conoces al Yayo, papá. Es como un fantasma. Puedes estar una semana entera sin verlo y luego darte de bruces con él en el pasillo por sorpresa. Yo ya no me asusto porque tengo una conexión especial con el Yayo que proviene de algún lugar especial del universo, pero todo el mundo se muere de miedo cuando aparece sin avisar. Será por sus arrugas o por su pelo alborotado.

A Alfonso se le escapó una sonrisa.

—¡Tú sí que vienes de algún lugar del universo, cabeza de chorlito! —Agitó la cabeza como si se avergonzara de bromear con su propio hijo. En ocasiones se preguntaba quién era más infantil de los dos—. En fin, sigo pensando que me parece mal que no venga a casa a ayudar. Y más aun estando tu madre enferma.

—Vamos, papá, solamente es un poco de fiebre.

Oli, siguiendo las concisas órdenes del Yayo, hablaba con su padre como si fuera un auténtico ingenuo en todo a lo que el asunto de la enfermedad de mamá se refería, lo cual no le resultaba difícil, siendo un niño al que le costaba comprender los problemas de matemáticas más sencillos. Según el plan, Oli debía mostrarse ignorante frente a la inminente muerte de mamá.

Vio como su padre miraba hacia el mar con atención, evitando seguir con la conversación.

Desde el día que se conocieron, Alfonso había mantenido una muy buena relación con su suegro. En realidad casi se trataban como padre e hijo, así que odiaba reconocer que no le agradaba la idea de haber dejado a Óliver a su recaudo. Era un hombre gracioso, honesto y obsceno, de ese tipo de obscenidad que tanto gusta a la mayoría de los hombres. Pero también era maleducado e insensato, por no hablar de que su cabeza estaba cada vez más inestable. «Ya lo sé, Alfonso, por eso siempre acudimos a Alyssa en este tipo de casos», solía decir mamá cada vez que hablaban del tema. Pero Alyssa era aun peor, ya que representaba exactamente lo opuesto a lo que quería que Óliver fuese en el futuro. Se

prometió que buscaría una solución mejor de ahora en adelante, y frunció el ceño al recordar haber tenido la sensación de estar varios meses fuera del país al salir del taxi y abrir la puerta de casa tras volver de Italia.

—¡Hola familia! —Había gritado mientras entraba en casa con Verónica aupada en sus brazos y una sonrisa de oreja a oreja. Nadie contestó—. ¿Hola? —insistió ella esta vez.

Oli y el Yayo aparecieron uno de cada habitación, con la mirada tensa y a la vista nerviosos.

—Hola, padres —dijo el niño en voz baja. Había tomado la costumbre de llamarlos de esa forma en lugar de papis, como siempre había hecho, pues le hacía sentirse todo un hombre hecho y derecho—. ¿Qué tal el viaje?

—¡Muy, pero que muy bien! —exclamó Alfonso, feliz, que besó a su mujer con ganas y la soltó, volviendo a dejarla en pie. Oli miró a su abuelo y no pudo evitar mostrar una enorme sonrisa—. Chicos, ¿os ocurre algo? Estáis rarísimos. ¿Qué habéis roto?

—Bueno, yo me voy —dijo el Yayo de repente.

—¿Ya te vas, papá? —se extrañó Verónica—. Pero si acabamos de llegar. Al menos quédate a cenar.

—No, el contrato de niñera ha expirado —bromeó el jubilado—. Mi objetivo ya está cumplido. —Dedicó un guiño cómplice a Oli y se fue con viento fresco.

Nadie había roto nada y, por lo que Oli y Aquiles aseguraron (cada uno a su manera), había sido una semana muy normal. Pero Alfonso sabía que no le decían toda la verdad. Verónica había caído enferma la misma noche de llegar del viaje, y lo más seguro era que nunca llegara a recuperarse. Al contrario, la lógica decía que la enfermedad empeoraría progresivamente. Y a él ya le empezaba a doler la cabeza de tanto pensar en todo lo que sin remedio se avecinaba.

—Oye. —Se volvió hacia Oli, regresando al presente, y se secó las manos en su delantal de chef que con tanto orgullo había ganado una vez en un curso de cocina—. ¿Qué tal la convivencia con Alyssa? ¿Os habéis llevado bien?

—Sí, muy bien —respondió el niño en un suspiro. Después, tras unos segundos de silencio, algo hermoso captó su atención, y entre cerró los ojos intentando concentrarse. Como por arte de magia, una

bonita melodía de piano comenzó a sonar en algún punto de la casa —. ¿Qué es eso? —preguntó fascinado.

—Pues a no ser que tengamos al fantasma de Mozart de inquilino secreto, debe de ser tu madre.

—¿Mamá toca el piano? —Oli, atónito, abrió los ojos en forma de balón de fútbol—. ¡No lo sabía!

—Sí, y además muy bien. Pero cuando tú naciste le robaste todo el tiempo, y después perdió el hábito de tocar. —Oli se sintió culpable por haber privado a su madre de tan maravilloso talento—. «Lo que no entiendo es qué hace levantada, con lo enferma que está. ¿Estará empezando a delirar? La enfermedad avanza rápido —pensó Alfonso con amargura—. Cada vez va a ser más difícil ocultarle lo que le ocurre.»

—Voy a ir a escucharla desde más cerca —dijo Oli con entusiasmo, pero su padre lo sujetó del hombro.

—No, déjala tranquila, que está inspirada. —Tenía el absurdo temor de que quizá Oli se encontraría a su madre con los ojos en blanco y escupiendo espuma por la boca—. Mejor vete con Aquiles a dar un paseo, que se le ve con ganas de hacer ejercicio. Desde que he venido me sigue a todas partes, no se separa de mí.

Desde la puerta de la cocina el perro soltó un ladrido y comenzó a girar sobre sí mismo. Era su manera de aprobar el comentario de papá.

—Está bien, luego le diré que me dedique una canción. —Oli cogió una nueva onza de chocolate y se dirigió a la puerta acompañado del pastor alemán—. ¿Vienes con nosotros?

Alfonso dudó.

—No, será mejor que no. Debería cuidar de tu madre, que no se quede sola.

—A ver, papá, no está tan enferma como crees —dijo el niño con ingenua actuación—. Además, está inspirada tocando el piano, tú mismo lo acabas de decir. Y solo vamos a estar fuera una hora, más o menos.

—Pero no tardaremos mucho —apuntó Alfonso, arqueando las cejas.

—Prometido.

Alfonso cogió una chaqueta que colgaba del perchero en el vestíbulo y gritó al aire.

—¡Cielo! —No hubo respuesta— ¡Verónicaaaa!

Las notas del piano dejaron de escucharse.

—¿Quéééé? —respondió una voz de mujer.

—¡Nos vamos a la calle Oli y yo! ¡Volveremos enseguida!

—¡Valeeee! ¡Adiós!

Después, Alfonso, Oli y *Aguiles* salieron por la puerta.

* * *

Diana,

Hoy es sábado 7 de octubre. Me encuentro sentada en un pub irlandés llamado Raven's, o algo así. Como es la hora de la sobremesa apenas hay nadie, y ha sido fácil encontrar una mesa libre junto a la ventana. Tengo que decir que las vistas son increíbles, aunque el local no sea nada del otro mundo. No tenían tartas y no me fío del café que puedan hacer en Irlanda, así que he ido a lo fácil: he pedido una deliciosa pinta tostada que estoy saboreando justamente ahora. A pesar de mi conocido poco gusto por la cerveza, esta sabe deliciosa. Como decía, las vistas son lo mejor del sitio. Al estar en segunda línea de playa se puede ver el mar casi sin obstáculos, y esas nubes oscuras que se aproximan por el horizonte hacen que la vista sea maravillosamente mística. Lo mejor de estar al lado de la ventana es tener la casa de la hija del doctor a tiro de piedra. Llevo vigilando más de una hora y aún no ha salido nadie por la puerta. Pero saldrán, siempre salen a pasear al perro, o a hacer ejercicio, o a dar un paseo. Pienso esperar cuanto haga falta, y me he fijado que aquí sirven cenas por si tuviera que quedarme más de lo esperado (aunque preferiría no tener que examinar el nivel de los cocineros). No pienso seguir ni un día más con esta tortura. Después de este verano de mierda no estoy dispuesta a arruinarme el otoño. Sinceramente, y aunque suene egoísta y siniestro (por suerte esto no lo lee nadie más que tú), pensaba que Verónica ya habría muerto para estas fechas. Pero ni siquiera ha enfermado aún. Y yo ya no puedo dormir por las noches. Recuerdo la promesa que le hice al doctor

y odio faltar a mi palabra, pero estoy cometiendo un delito, y yo no soy una delincuente. Sí, hoy se terminará todo. Ya te contaré.
Un beso

SARA MORA GUARDÓ el bolígrafo en su bolso, insertó la hoja de cuaderno en un sobre de carta sin estrenar, y suspiró. Cuando miraba por la ventana podía verse reflejada en el cristal, tan ridícula con esas gafas de sol enormes. Odiaba jugar a ser Sherlock Holmes. No era normal que una chica de su edad pasara los sábados y sus ratos libres espionando a los pacientes. Ya no solo le bastaba con dedicar los cinco días laborables de la semana a su profesión, sino que durante los fines de semana se convertía en agente secreto. «Me vendría bien encontrar alguna amistad con la que desconectar de vez en cuando. Al final mi madre va a tener razón cuando dice que necesito algo de vida social.» Echó un vistazo a la jarra de cerveza vacía y miró a la barra resignada, preguntándose si debería pedir otra y también algo para picar.

De pronto oyó un ruido muy característico, como el ladrido de un perro grande, que provenía de la calle. Se dio la vuelta y miró al exterior por encima de las gafas. «Sí, es el perro. Y lo llevan el niño y el marido.»

Perfecto. No habría ocasión mejor.

Verónica estaba sola en casa, pero no iba a tener mucho tiempo. Se levantó de la silla y guardó la carta con prisa. Después dejó el dinero sobre la mesa y salió del *pub* sin despedirse del camarero. Se aseguró de que la calle volvía a estar despejada antes de cruzar la carretera. Alcanzó la puerta principal de la casa, y justo cuando iba a presionar el timbre oyó el sonido de un piano interpretando una bella melodía. Sara sintió pena porque la canción era triste pero esperanzadora, y ella iba a quitarle a Verónica cualquier atisbo de esperanza. Finalmente llamó a la puerta y oyó al piano detenerse, seguido de unos pasos contra la madera que se acercaban. La puerta se abrió.

—Hola, ¿quiere usted algo?

Era la primera vez que Sara veía a Verónica, y pensó que no tenía muy buena cara. Se presentó como la antigua compañera de su padre y pidió permiso para entrar con mucha educación.

—Por supuesto, entra. —A Verónica se le alegró el semblante al saber que estaba ante la tantas veces nombrada en su familia: la

eminente Sara Mora—. Mi padre hablaba muy bien de ti cuando trabajaba en el hospital.

En cualquier otra ocasión, Sara se habría sentido tan halagada por ese comentario que habría escrito inmediatamente a Diana. Sin embargo, estaba tan nerviosa que no podía pensar en otra cosa que en tirar con fuerza de la tirita y abandonar la casa con rapidez antes de que llegara el resto de la familia. Se sentía como una delincuente.

—Vaya, veo que tocas el piano. —Habían llegado al salón, donde le llamó la atención un majestuoso piano de cola negro. También se fijó en el desorden: mantas sobre el sofá, varias tazas con restos de café sobre la mesilla y una papelería llena de Kleenex usados—. Y por lo poco que he podido escuchar desde fuera, muy bien.

Verónica sonrió complacida.

—Sí, cuando era más joven tocaba mejor; incluso di algunas clases. Lo acabo de retomar. Tengo una melodía en la mente a la que quiero dar letra, pero no se me ocurre nada. Soy un pelín sobradamente pésima escribiendo —explicaba la anfitriona mientras recogía las tazas de café—. Disculpa el desorden. Es que llevo algunos días enferma. A veces estoy tan congestionada que pienso que me va a estallar la cabeza, y entonces toco el piano y se me pasa. Curioso, ¿no?

—Sí, muy curioso —replicó Sara—. «Enferma. A veces odio tener razón. Muy oportuna Sara, muy oportuna.»

Verónica fue a la cocina y volvió con dos tazas, esta vez limpias y llenas de café con leche. Le ofreció una a la doctora.

—Muchas gracias —dijo esta. Se sentaron en el sofá.

—Sara, estoy encantada de conocerte y de que estemos tomando un café aquí, en mi casa, y como dos amigas. Espero que algún día lo seamos, pero —Verónica se inclinó mientras disolvía el azúcar en el café—, ¿a qué has venido exactamente? ¿Ha pasado algo?

A la nombrada le tintineaba tanto la taza contra el plato que no tuvo más remedio que posarlo sobre la mesa.

—Verás, tengo que decirte algo muy importante. —Se tomó su tiempo para hablar, como deseando que algo imprevisto la interrumpiera de repente—. Pero tienes que prometerme que jamás lo comentarás con tu familia, ni siquiera con tu marido.

Al nombrar a su pareja legal, a Sara le pareció como si Verónica quisiera confesarle un tema muy personal, puede que un secreto.

«No te entretengas, Sara. No te hagas amiga suya y díselo ya. Estás tardando demasiado.»

—¿A mi marido? —Verónica dudó un instante antes de añadir en voz queda—: Lo cierto es que no quisiera ocultarle más cosas de las que ya le oculto.

—¿Qué cosas? —preguntó Sara, a quien le invadía la curiosidad. «No te interesa. Deja de cotillear y díselo ya»—. Es igual, no es asunto mío —rectificó—, pero esto es muy importante, y tienes que prometer que lo que te voy a decir quedará para siempre entre tú y yo. Por el bien de todos. Por favor.

—Está bien, lo prometo. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

«Está bien, allá voy.»

—Lo que tienes no es una gripe.

—¿Qué dices? Claro que tengo gripe.

Entonces Sara le explicó, sin dudar una sola sílaba pero con meticuloso tacto, que fue ella la que analizó los resultados de sus pruebas médicas, que encontró un tumor dentro de su cerebro, y que era tan mortal e incurable que no se podía hacer nada para solucionarlo. Después aguardó a la primera reacción, pero no obtuvo nada. La paciente estaba paralizada y sus ojos miraban en realidad a ninguna parte.

—No se sabe cuántos días te quedan —continuó, dando tiempo para una respuesta—. Puede que meses, puede que semanas.

No lloró, ni tampoco se mareó, como solía ocurrir en estos casos. Verónica solamente dejó su taza sobre la mesa y comenzó a temblar. Buscó en su alrededor un último consuelo de alguien amado, como si su cerebro fuera a desactivarse esa misma tarde y no le quedara tiempo ni siquiera para despedirse. Miró a la doctora suplicando una ayuda imposible, y la abrazó con fuerza. Ambas mujeres estuvieron entrelazadas varios minutos, sin decir nada, y si bien Verónica no lloraba, Sara no fue tan fuerte.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —quiso saber la anfitriona, sin separarse.

—Tu marido no quiere que lo sepas. Me dijo que su único anhelo era conseguir hacerte feliz el último tramo de tu vida. Fue tan dulce.

Verónica se echó hacia atrás para mirar el rostro de Sara, inundado de lágrimas, y mostró luego una radiante sonrisa.

—¿Eso te dijo mi Alfonso?

—Sí. —Las dos rieron de amarga felicidad—. Él solo quiere lo mejor para ti. Sin duda es un gran hombre.

—Lo sé, el mejor —musitó la madre de Óliver.

—Tu padre también lo sabe, y es el único que conoce el secreto —continuó Sara, aliviada por haberse quitado tal peso de encima.

—¿De verdad?

—Sí, los dos vinieron a mi consulta y me rogaron que no te dijese nada. Pero no he podido aguantar más, ¿comprendes? —Sara seguía sollozando y le costaba hablar sin interrupción—. Mi trabajo me obliga a informar a los pacientes.

—Has hecho bien. Y descuida, no se lo diré a mi familia. Tuvieron una idea magnífica al ocultármelo. *Ojos que no ven, corazón que no siente*, que se dice. —Verónica hablaba lentamente, con la mirada perdida—. Y ahora, si me disculpas, voy a volver al piano. Tengo que escribir esa letra antes de que mi cabeza diga basta.

Aunque intentaba ser fuerte, la doctora sabía muy bien que Verónica se descomponía de tristeza por dentro, así que volvió a abrazarla y se despidió prometiendo seguir manteniendo el contacto. Ahora las unía un secreto muy especial.

Ya desde la calle, antes de dejar la vivienda atrás, Sara oyó las teclas del piano sonar de nuevo. Fueron solo unas pocas notas, pues un descorazonador llanto invadió el ambiente en esa zona del barrio.

«Odio esta profesión. Dios, espero haber actuado correctamente», pensó Sara, caminando tan deprisa como le era posible para no tropezarse con Alfonso y su hijo. Ciertamente no era una buena detective, pues, de haberlo sido, se habría percatado de que alguien la estuvo siguiendo durante todo el camino de vuelta a casa.

8 de octubre de 2006

Comieron, como casi siempre, después de hacer el amor. Él vestía unos vaqueros y una vieja camiseta blanca de tirantes con agujeros en las costuras metida por dentro del pantalón. Ella, con su blusa de cuadros por encima de las bragas. La radio sonaba irregular a través de un viejo reproductor que él se empeñaba en mantener activo desde hacía años.

—Los rollitos están demasiado crudos —se atrevió a decir Alyssa en un momento dado.

—Da igual —respondió Charly, encogiéndose de hombros—. Así contrarrestarán la ternera, que parece carbonizada.

No se trataba más que de una broma, pero Alyssa lo tomó como un reproche.

—Lo siento. Y mira que se lo dije la última vez.

—¿Por qué? No digas gilipolleces, el que debería de sentirlo es el cocinero de los ojos rasgados, no tú.

—Pero... siento que mi chico esté descontento. Ahora mismo bajo a montarles una buena.

—Anda, siéntate; no seas estúpida. El descontento que siento no es por la comida china, sino por el puto abuelo. Cree que puede chantajearme.

Lo que decían los resultados médicos robados por Alyssa le había sorprendido, debía reconocerlo. Charly siempre pensaba que la información era poder, y procuraba actuar en consecuencia. Cuando su pequeña y bella amante llegó con el botín, lo escondió en un sitio seguro donde nadie pudiera encontrarlo mientras pensaba en un plan de actuación durante los próximos días. Pero el niño lo había estropeado todo. Su entrometimiento, sumado al descuido de Alyssa, le ponía en peligro. Había cometido varios delitos a lo largo de su vida, pero la pederastia y el parricidio eran las gotas que colmarían el vaso, y las que le llevarían directamente a la cárcel por muchos años. Si el abuelo quisiera servirse su propia venganza y lo delatara, sería su fin. La comida china era el menor de los problemas de Charly, pero no veía motivos para involucrar a la joven en sus tormentos. Alyssa ya tenía suficiente con su triste vida.

—Los rollitos de primavera están bien —le dijo con tono cortante—. Están fritos y tienen verdura en su interior, ¿qué más se puede pedir de unos malditos rollitos?

La comida transcurrió en un silencio incómodo, como muchas veces ocurría. Al terminar, mientras ella recogía los cubiertos de la mesa, él se sentó en el sofá y apoyó sus pies desnudos en un *puf* negro que estaba relleno de bolas de gomaespuma. Aunque era pleno día, la ausencia de ventanas en la casa hacía que pareciera ser permanentemente de noche.

—No me habías dicho que traficabas con droga —soltó Alyssa de pronto.

—Era mejor que no lo supieras. «Mierda, esperaba que lo hubiera pasado por alto.»

Ella se le quedó mirando en silencio, ligeramente temblorosa, desde la esquina del habitáculo.

—¿Te arrepientes? —se atrevió a preguntar. Casi no había terminado la frase cuando Charly se levantó con fiereza y la acorraló contra la pared. Ella dejó escapar un ahogado gemido. Las piernas desnudas le flaqueaban. Por muy fuerte que se considerara, seguía siendo solo una chica de dieciocho años.

—Mira, bonita, ni por asomo te atrevas a juzgarme, ¿has entendido?

Alyssa pudo comprobar cómo los párpados que tenía frente a ella

se abrían y cerraban aun más rápido de lo normal de una manera siniestra.

—Ahora ya sabes de lo que soy capaz, así que te lo advierto, no te pongas en mi contra —la amenazó.

No llegó a tocarla. Después de la advertencia, dio media vuelta y se puso una camisa de cuadros verdes. Susurraba maldiciones ininteligibles, y los dientes incluso le chirriaban de rabia.

—¿Adónde vas? —preguntó Alyssa con todo el valor que pudo reunir. Le estaba costando no llorar delante de él, pero no podía mostrar esa debilidad.

—A visitar a alguien. Yo también sé jugar al juego del viejo.

—¿Vas a romper el trato?

—Yo no negocio con gentuza, joder. —Charly, contundente, hablaba ya desde la escalera de madera—. No te metas en esto, niña. No volveré a repetírtelo.

No hablaron más. La puerta principal hizo el sonido característico que hace la madera vieja al chocar, y la joven se quedó a solas. Tragó saliva varias veces para ahuyentar las lágrimas, y mientras se calmaba, se percató de que era la primera vez que el Amante Brujo mostraba su verdadera cara delante de ella. Tuvo miedo de que fuera a cometer alguna locura, y fue en ese momento cuando supo con certeza que estaba en el bando de los malos. En la radio sonaba Depeche Mode cantando *Walking in my shoes*. Alyssa no conocía la canción y apenas entendía las palabras del estribillo que le daban título, pero sintió como si David Gahan las estuviera cantando para ella. Le parecieron hermosas.

ÓLIVER AMANECIÓ de mal humor aquel domingo. Se había pasado toda la mañana mirando la televisión sin realmente ver nada con atención, y apenas había comido. Después del almuerzo se encerró en su habitación en compañía de Aquiles y luego se tumbó en la cama con el único deseo de que el tiempo pasara con rapidez. Alrededor de las cuatro de la tarde, un pequeño guijarro golpeó el cristal de la ventana.

—¡Niño! —susurró alguien desde el exterior.

Oli se incorporó extrañado y vio a un anciano al otro lado,

vestido con una vieja túnica negra y con un puñado de piedras en la mano.

—¡Yayo! —Le devolvió el susurro—. ¿Qué ocurre?

—Reúnete conmigo en mi casa, ahora.

—¿Para qué? —se extrañó.

—Oli, confía en mí, cojones. ¿Están tus padres en casa?

—Sí. Mamá sigue pachucha.

—Te espero en media hora. No les digas adónde vas. Ponles una excusa cualquiera. Hasta ahora.

EN EL PEQUEÑO y viejo salón de la casa del Yayo, Oli aguardaba sentado en un horrible sofá de tela verde. Se mantenía a la expectativa sin mostrar demasiada inquietud. A su vera, como siempre, Aquiles lo acompañaba con los ojos muy atentos. El Yayo volvió de la cocina con un batido de plátano, pepino y menta, y se *disculpó* ante su nieto por lo precipitado de la reunión.

—Siento haber interrumpido las importantísimas cosas que seguro un niño de diez años tiene que hacer, pero esto es necesario —matizó cáustico, fiel a su estilo de siempre—. Entramos en la recta final de nuestro plan.

Hizo una pausa para asegurarse de que Oli le prestaba atención. No hubo preguntas.

—Estos últimos meses han sido duros, una jodida pesadilla —continuó el jubilado—. Sinceramente, me sorprende que no nos hayamos vuelto todos locos, o que no te hayas convertido en autista, o que el perro no se haya fugado de casa para trabajar en un circo. Pero os voy a pedir una última contribución.

—Estás hablando como si hubiera pasado algo inesperado. —El ceño de Oli se pronunció más de lo que ya estaba.

—Exacto —contestó el anciano—. El manco y tu amiguita saben nuestro secreto, y van a arruinar todo nuestro trabajo.

En ese mismo instante cierta preocupación se apoderó de Oli, que creyó que el Yayo lo estaba dando todo por perdido. Pero luego advirtió en él una pícaro sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al cabo de un breve silencio.

—Sé que está siendo difícil para todos y se ha complicado más de la cuenta. Cualquiera con un poco de sentido común diría que somos unos tarados. Posiblemente sea la verdad. Pero estamos cerca del final, estoy convencido. Cuando termine todo, desapareceré por un tiempo. Es lo mejor —afirmó con gravedad el exdoctor.

El niño no salía de su asombro.

—¿Qué...? —apenas farfulló.

—Sí, ya lo he decidido. Esta historia me está desgastando demasiado. Y además, lo más probable es que no pueda seguir viviendo en Ámbar, aunque quisiera.

El anciano se preguntó qué habría pensado él si hubiese estado sentado en el sofá verde escuchándose a sí mismo. ¿Rata que abandona el barco? Sí, era posible. Pero, al parecer, su nieto confiaba en él más de lo que pensaba, ya que no se movió del sofá. Sin darle más importancia, arrastró una vieja pizarra de madera que había rescatado del trastero para la ocasión, y levantó la mano con una tiza entre sus dedos.

—Para que esto tenga éxito, tenemos que hacer que Charly crea que estamos inactivos, aterrados por sus amenazas. Por eso es de vital importancia que nada de lo que estamos hablando aquí, y lo que hagamos a partir de ahora, lo sepan ni él ni la niñera. No sabemos hasta qué punto ella comparte lo que sabe con Charly. Pero si es capaz de robar para él, ya nada me sorprendería.

El Yayo escribió «prohibido hablar con Alyssa» en la pizarra.

—En segundo lugar, tu madre está enferma —continuó hablando en tono firme—. Eso es lo más importante, y tu labor principal. Tienes que asegurarte de que está cuidada, sobre todo por tu padre, y que sea feliz. Sobre todo que sea feliz. Ni se te ocurra empezar una conversación que pueda terminar en discusión. No nombres a Charly delante de ellos bajo ningún concepto, y si ves que alguno de los dos tiene mal día, procura lidiar con ello. Siempre los has entendido muy bien a ambos, así que confío en ti. —Miró al perro—. Aquiles, tú le ayudarás.

Escribió «buen ambiente» en la pizarra.

—Tercero: la doctora —prosiguió el jubilado con pronunciado ceño—. Si alguien puede chafar esto, esa es Sara, no nos engañemos. Es nuestra mayor amenaza. Adoro a esa chiquilla y sé que sería

incapaz de hacer daño a una mosca, pero precisamente por eso debemos estar alerta. No me fio de su estricta conciencia. Además, es lista y tozuda. No me extrañaría que lo averiguara todo por sus propios medios, así que debemos mostrarnos siempre preocupados, tristes y desdichados delante de ella.

Escribió a continuación la palabra «disimular».

—Pero, ¿tú crees que lo estamos haciendo bien? —preguntó Oli sin mucho convencimiento.

—Creedme —dijo el Yayo, mirando al niño y al perro—: si seguimos estas reglas a rajatabla, no tenemos nada que temer.

«Nada que temer —pensó Oli—. Precisamente lo que más temo es que todo salga bien.»

NO HABÍA PODIDO DORMIR en toda la noche, y al parecer tampoco iba a tener éxito a la hora de la siesta. Tumbada de medio lado en el sofá de su salón con la cabeza apoyada sobre un cojín de pana, Sara no podía dejar de pensar. La conversación con Verónica del día anterior, así como su doloroso llanto, daban vueltas en su cabeza una y otra vez. Le producían insomnio (y unas horribles ojeras). «Es una mujer muy agradable —se decía a sí misma—, y muy fuerte por cómo digirió la noticia de su muerte. Su muerte. Qué horrible suena. Qué injusticia más grande, pobre chica.» Creía que se sentiría mucho mejor liberándose de la carga que el doctor Salas le había impuesto, pero el sentimiento de culpabilidad se había transformado en una tristeza plena, casi deprimente. «Cuando un caso clínico afecta a tu sueño, es que se ha convertido en obsesión. Ojalá Diana estuviera aquí.»

Las primeras gotas de una tormenta que duraría varios días empezaron a golpear contra el cristal de la ventana, empobreciendo su estado de ánimo aún más. Sara deseó que el tiempo pasara deprisa y terminara el fin de semana. Así, al día siguiente podría volver a la clínica y tratar otros casos diferentes que la ayudaran a distraerse. Por el momento, se quedaría tumbada con el único objetivo de esperar a que empezara una película de Johnny Depp que habían anunciado por la televisión. Estaba convencida de que el camaleónico actor le subiría la moral.

Alguien golpeó la puerta con sus nudillos.

Sara se levantó del sofá malhumorada, preguntándose quién querría visitarla en un domingo tan gris como aquel. Se puso una bata por encima del pijama y abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad, lo justo para comprobar de quién se trataba. Al otro lado, en el rellano, un hombre en edad de presumir de unas pocas canas en la zona de la sien aguardaba con una simpática sonrisa. Antes de que la doctora dijera nada, el desconocido saludó con cortesía.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Sara habría jurado que no había visto al visitante en su vida, pues se habría acordado de una descripción así.

—Me llamo Ramiro. Soy un íntimo amigo del doctor Salas —dijo el recién llegado muy jovial. Y añadió a continuación—: Vengo a traerle esta caja de bombones por encargo suyo. Es que le ha sido imposible venir en persona.

Alargó el brazo a través del hueco de la puerta y enseñó una caja azul con ilustraciones de chocolates en la tapa. Sara, algo dubitativa, la aceptó sin más.

—Ahora, por favor, ¿sería tan amable de dejarme utilizar su cuarto de baño?

Ella aceptó enseguida, disculpándose por haber sido tan grosera:

—Lo siento, me ha cogido por sorpresa.

—¡Uy, qué guapa es usted! —exclamó el hombre nada más entró al piso.

—Gracias, pero no me ve en uno de mis mejores días —comentó Sara con voz débil—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Ramiro.

—¿Y dice que es amigo de mi mentor? —insistió, tratando de hacer memoria.

—Así es. Somos viejos amigos, y alguna vez me ha hablado de usted. Por cierto, la imaginaba muy diferente.

Perpleja, arqueó las cejas.

—¿Sí? Cuénteme cómo me imaginaba.

—Pues teniendo en cuenta lo estudiosa que dicen que es, la hacía desarreglada, de piel pálida a causa de la luz artificial, y con gafas grandes y gruesas. Si además recordamos que estuvo años bajo el mando del cascarrabias de mi amigo, supuse que sería una persona

con la autoestima por el fango —resumió él, acompañándose con media sonrisa.

Sara rio sin ganas.

—No soy muy morena que digamos, y en lugar de gafas llevo lentillas, pero en lo que usted ha acertado de pleno es en calificar al doctor como *cascarrabias* —recalcó mucho esa palabra.

—¿Tan mal se lo hizo pasar?

—Solo bromeaba. En realidad no es para tanto —matizó la anfitriona.

El hombre asintió con la cabeza y se acercó a la doctora hasta casi tocarla.

—Supongo que el pobre se está ablandando a causa de la tragedia que ha caído sobre su familia —dijo pausadamente—. ¿Cómo está evolucionando el tumor?

Sara, confusa, no contestó de inmediato. ¿Cómo era posible que ese hombre supiera tanto del caso? Se suponía que era un secreto familiar, ¡ni siquiera la propia Verónica debía saber nada!

—No sé si a la familia le gustaría que revelara información sobre el estado de la pobre Verónica al primero que venga a mi piso con una caja de bombones, ¿comprende usted?

No había acabado la frase y ya se sentía incómoda por su mala contestación. Sin embargo, cuando observó que la expresión de aquel hombre cambiaba hasta palidecer, se olvidó de inmediato de su brusquedad. «¿He dicho algo malo?» A juzgar por su cara, Sara no supo adivinar si el tal Ramiro se sentía triste o satisfecho. Lo que resultó una obviedad fue que el comentario lo había sorprendido.

—Co-comprendo, señorita. —La voz del varón se había convertido en un delicado susurro.

—¿No necesitaba utilizar el aseo? —preguntó Sara, y a continuación extendió el brazo derecho para indicarle la puerta que llevaba al servicio. No quería otra cosa que abandonase su piso para así poder disfrutar de la película con toda tranquilidad.

El visitante asintió dubitativo. Posó su chaqueta en el respaldo de una de las sillas del comedor, y entró en el cuarto de baño.

Sara resopló. No le gustaba ese hombre, por mucho que le hubiera traído bombones que sin duda endulzarían el resto de la tarde. Se sentó y comenzó a escribir un mensaje en su teléfono móvil:

DE SARA PARA DR.SALAS

Tu amigo Ramiro está en mi casa. Es bastante raro. Por cierto, gracias por los bombones.

El mensaje recibió respuesta inmediata:

DE DR. SALAS PARA SARA

¿Bombones? No tengo ningún amigo que se llame Ramiro, que yo recuerde. ¿Qué aspecto tiene? ¿Por qué dices que es raro?

La joven doctora se apresuró a detallar:

DE SARA PARA DR. SALAS

No tiene brazo derecho.

8 de octubre de 2006

S ara guardó el teléfono en el bolso de la bata y echó la vista en derredor sin saber qué hacer.

«Ten cuidado con él, Sara. Es peligroso», era lo único que decía el último mensaje del doctor Salas. ¿Qué quería decir con peligroso? ¿Quién era ese manco en realidad? Miró la puerta del servicio una última vez: continuaba cerrada. En un ataque de valentía (o de insensatez), se acercó a la silla donde reposaba la chaqueta del tal Ramiro y se agachó para hurgar dentro de sus bolsillos. Encontró una cartera de cuero negro. Con las manos temblorosas, la abrió. Encontró algo que no esperaba. El nombre que figuraba en el Documento Nacional de Identidad no era Ramiro. Aquel extraño se llamaba Carlos Rubial, y tenía cuarenta y seis años. Pero no fue eso lo que más le sorprendió. El visitante guardaba un numeroso taco de fotografías de distintos tamaños en su cartera; unas muy antiguas, y algunas recientes. Las examinó lo más deprisa que pudo. En una de las instantáneas aparecía Verónica, joven y radiante, tocando el piano de espaldas a la cámara, en lo que parecía ser el salón de una enorme casa. En otra, de nuevo Verónica en traje de baño, sonriendo. Después, y con esta se contrajeron los músculos de Sara, una imagen

en la que se veía a Verónica cambiándose de ropa a través de la rendija de una puerta. La doctora arrugó la frente y sus manos temblaron aun más, pero siguió fisgoneando. Tras varias fotos de carné pertenecientes a distintas épocas —a juzgar por los peinados que Verónica lucía en ellas—, más imágenes de una vida, y todas con la misma protagonista. Verónica en ropa interior; Verónica bailando; Verónica llorando; Verónica, siempre Verónica. Sara se fijó en que la mujer no aparecía posando en ninguna de las fotos, y la mayor parte de ellas estaban más o menos borrosas o en movimiento.

«Las sacaba sin que ella se estuviera dando cuenta.»

La última fue la que más la asustó. A través de los cristales de una ventana, y con un enfoque ligeramente torcido, se podía distinguir la figura de Verónica, de espaldas y desnuda, a horcajadas sobre las caderas de Alfonso, que también sin ropa y tumbado sobre una cama de matrimonio. Palideció y se mantuvo inmóvil, deseando que todo fuese una broma de mal gusto. De pronto, la puerta del baño se abrió. Sara, en un acto reflejo desde su posición acucillada, dejó caer la cartera al suelo al ver los zapatos de aquel pervertido acercándose por su flanco derecho. Las instantáneas quedaron esparcidas por el parque.

AL GUARDAR EL TELÉFONO, el Yayo dejó escapar un cansado suspiro y soltó un único y lacónico vaya.

—¿Qué pasa? —le preguntó Oli inquisitivamente.

—El tullido está en casa de Sarita.

El niño ladeó la cabeza del mismo modo que lo hacía Aquiles cuando no entendía algo.

—¿Charly? —repitió ante tamaña obviedad.

—Sí, claro.

—¿En casa de la doctora?

—Así es —se limitó a responder el anciano, pensativo.

Oli se levantó del sofá de un salto.

—¿Y no vas a hacer nada? —apremió.

El Yayo levantó las cejas y sonrió sin gracia.

—¿Yo? ¿Qué cojones quieres que haga yo?

—Pues no sé, algo. ¡Va a contarle nuestro secreto! ¡Va a chafarnos el plan! —A Oli se le abrieron los ojos como dos balones de fútbol.

—Peor que eso. No creo que Charly pase desapercibido lo de buen ver que se ha puesto la doctora. Ahora mismo tiene un bollito solo para él. La va a... —El jubilado no fue capaz de acabar la frase.

Los ojos de Oli, que brillaban de un azul intenso, no daban crédito a lo que estaban presenciando. «El Yayo es un cobarde.» Tozudo y descarado, asintió con un movimiento brusco y cogió su mochila de *Las Tortugas Ninja*.

—Vamos, Aquiles, ya que él no va a hacer nada, iremos nosotros. Contigo no tengo miedo —le dijo al perro.

Con un rápido movimiento impensable para alguien de su edad, el anciano empujó la pizarra y se interpuso entre la puerta del salón y su nieto.

—Ni de coña vas a ir. No permitiré que te ocurra nada. ¡Es lo único que me faltaba!

Oli lo miró a los ojos, abatido. Deseaba llorar de impotencia.

—¡Pero algo tenemos que hacer! ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

«Un momento —se dijo, y su cerebro comenzó a funcionar como ya lo hiciera en el Día Importante, cuando diseñó el plan secreto que nadie, bajo ningún concepto, debía haber conocido—. ¡Claro, eso podría funcionar!»

—¡Vamos a decírselo a papá! —exclamó de pronto, exultante.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué íbamos a hacer eso? —inquirió el Yayo, aunque ya sabía lo que su nieto le iba a proponer.

—¡Es perfecto! —Oli gritó orgulloso de sus ocurrentes ideas—. Mira, papá odia a Charly, ¿no? —El anciano asintió con evidencia, por lo que el niño prosiguió—. Pues, en cuanto se entere de que está a punto de conocer la enfermedad de mamá, correrá furioso a impedirlo.

—Ah —se limitó a decir el viejo médico.

—Además, papá y Sara saben exactamente las mismas cosas respecto a nuestro secreto, así que no habrá peligro de que ninguno le cuente al otro algo que no deba.

No lo reconoció, pero Salas estaba sorprendido. Jamás habría

pensado que su nieto, tan torpe desde que nació, pudiera ser así de ocurrente ante esta complicada situación.

—No. Me niego a involucrar a más gente en esto. Y menos, a Alfonso —subrayó con pronunciado ceño.

Oli dejó caer los brazos, derrotado. En el fondo tenía la esperanza de poder convencerlo.

—¡Eres un cobarde! —gritó de pronto con rabia, y luego comenzó a sollozar—. ¿Quién te has creído que eres para mandarme? ¡Fui yo quien tuvo la idea del plan, viejo idiota, no tú!

—Oli... —susurró el jubilado.

Pero el nombrado no le iba a dejar hablar.

—Todo es culpa tuya, abuelo. —Y este pensó que era la primera vez en su vida que le llamaba *abuelo*, y no Yayo—. ¿Me has oído? ¡Culpa tuya! —Aquiles dio un paso y aulló hacia Oli, como pidiéndole que parase—. Nadie te quiere, y por eso vives solo. Ojalá fueras tú el que tuvieras el tumor. ¿Me oyes? ¡Ojalá te mueras! ¡TE ODIÓ!

Rompió a llorar.

El anciano se sentía acorralado y diminuto, más pequeño incluso que el propio niño. Las palabras de su nieto eran espadas atravesándole el pecho, dardos envenenados.

«Tiene razón», reconoció en su interior, deprimido.

Después de que Oli saliera corriendo de casa entre sollozos en dirección a la playa, el Yayo volvió a alzar el teléfono móvil y marcó al fin el número de su yerno. Cada vez tenía menos cosas que perder.

ALFONSO SE ENCONTRABA en la playa negra de Ámbar mirando hacia el mar. El agua llegaba a mojarle los pies desnudos. Estaba tranquilo, sereno, al igual que la marea, y aunque el cielo se veía encapotado, la temperatura era perfecta para pasear. Tenía en la cabeza las notas a piano que Verónica había compuesto, y no podía dejar de escucharlas. Sonaban con fuerza, como si ella estuviese tocando allí mismo, también en la misma orilla. La música era como un mágico canto de sirena que lo relajaba, haciéndole sentir bien. En realidad, hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Su expresión cambió cuando miró a un lado. En mitad de la playa se levantaba un edificio feo y deprimente, pero que le llamaba la aten-

ción de una manera extraña. Se trataba de un cubículo de hormigón armado, de dos pisos de alto y no más de treinta metros cuadrados. No era una casa, pues estaba desprovisto de ventanas, y la única entrada hacia el interior era una extravagante puerta amarilla de metal. Pensó que, si brillara el sol en el cielo, esa puerta sería la cosa más deslumbrante que habría visto nunca. Se preguntó qué clase de edificio sería, si es que se trataba de tal cosa. Su esperpéntico diseño habría llamado la atención en cualquier barrio residencial de Ámbar, así que estando sobre la arena, en mitad de la playa, podría considerarse como una provocación para la reputación del pueblo. Alfonso supuso que alguien con mucha imaginación habría querido hacer una gamberrada, o tal vez rendir cuentas con alguien del ayuntamiento, o simplemente hacerse famoso llamando la atención. «Si esto sale en las noticias, el constructor chiflado tendrá su minuto de gloria.»

Pese a todo, no pudo evitar acercarse a curiosear. Con los pies cubiertos de pegajosa arena, lo alcanzó. El bloque era más grande de lo que parecía en un primer momento, pero lo que más llamaba la atención era la puerta: no tenía pomo, manilla, ni bisagras. En realidad no era una puerta, sino más bien una continuación de la pared, solo que de otro material y color. Atrapado por la intriga, empujó. No necesitó hacer un gran esfuerzo, pues se abrió al mínimo contacto: era como si lo estuvieran esperando.

El hipnótico panel amarillo se trasladó hacia el interior del cubo, dejando un hueco para que el visitante pudiera acceder a él. Un lúgubre corredor, de más de tres metros de ancho y tan solo iluminado por algunas bombillas de luz cálida que imitaban a los antiguos candelabros, avanzaba hasta donde la vista no alcanzaba. Alfonso anduvo sin preocuparse por las consecuencias, aunque no dejaba de pensar que el corredor parecía ser notablemente más largo que el bloque en su totalidad. El aspecto del pasillo era antiguo —le recordó a los barcos de las películas de piratas que veía de niño—, a pesar de estar seguro de que el cubo tuvo que haber sido alzado hacía no más de dos días. El silencio allí era absoluto, pero él seguía teniendo las notas a piano clavadas en el cerebro; una especie de himno que le impedía sentir cualquier tipo de miedo. Cuando llegó al final, se encontró con unas escaleras tan

oscuras como el corredor que subían hacia algún lugar. No había conquistado ni cuatro peldaños cuando vio algo que se movía arriba, a su derecha. No dudó. Se acercó hasta que pudo ver de qué se trataba o, mejor dicho, de quién. Acurrucado contra una esquina y con la ropa empapada, los ojos asimétricos de Charly lo miraban suplicantes. Los dientes le chirriaban de tal manera que no pudo articular palabra, aunque Alfonso habría jurado que era esa su intención.

De pronto, un sonido muy diferente al de un piano sonó en el interior de su cabeza. Al principio muy lejano, aunque cada vez más próximo. Era un ruido taladrante y agudo, que no guardaba ninguna sintonía con la atmósfera en el interior del cubo. Sonaba como... sí, en efecto era un teléfono. Entonces se abalanzó sobre Charly de un salto, pero donde debía tocar carne humana, encontró el aire de su habitación.

Se despertó con la camiseta empapada de sudor y congelado de frío. «¡Joder, qué pesadilla más extraña!» Cuando hubo estabilizado el ritmo respiratorio, cogió el teléfono, que sonaba insistentemente. Era su suegro, y cuando habló con él y recibió su mensaje, entendió que la verdadera pesadilla acababa de comenzar.

TODO SALIÓ MAL desde que el hombre que decía llamarse Ramiro había entrado por la puerta.

Su expresión había cambiado radicalmente al pillarla hurgando en su cartera.

—¿Ese viejo no te enseñó nada de modales en el hospital, maldita puta? —la espetó de pronto.

Sara no dijo nada. Agachada y con las fotografías entre sus pies, miró a su alrededor. Su piso era cómodo, agradable y práctico, decorado en colores suaves y minimalista en su mayoría, pero no estaba pensado para defenderse ante un ataque sorpresa desde dentro. Ni siquiera tenía los cuchillos a mano.

—Ven —dijo él en un tono más amable, y luego la incorporó, tirando de su mano derecha con fuerza. Después cogió la barbilla de Sara con su única extremidad y la levantó hasta que sus miradas se cruzaron—. Cuéntame, ¿qué está pasando en esa familia?

Ella se encogió de hombros. El miedo no le permitía pensar con claridad.

—Nena, quiero que tú y yo seamos amigos; aunque para eso tenemos que ayudarnos mutuamente —insistió él.

Ella continuó sin contestar, y él acercó su cara aun más, apretando los dientes y tensando los ojos.

—¿Quieres que te haga daño? —amenazó con voz crispada.

—N-no.

Él sonrió, pudiendo Sara ver restos amarillentos de comida entre sus dientes.

—Entonces, dime, ¿qué sabes?

—Tan solo lo que una médico debe saber. —Le temblaba la voz, sentía que estaba a punto de desmayarse—. No sé a qué se refiere usted.

Él suspiró impaciente.

—¿Qué traman el viejo y el mocosó?

Sara no entendía nada. «¿El niño? ¿De qué habla este chiflado?» De una manera muy poco sensata, cambió de tema.

—¿Por qué tienes tantas fotos íntimas de Verónica en tu cartera?

Al manco le cambió el humor de inmediato. Le cogió el mentón con más fuerza y ella se soltó con un giro de cabeza. Entonces, y sin que la joven lo viera venir, le dio una bofetada con el dorso de su mano. Sara abrió la boca de par en par con el fin de recobrar el equilibrio y parpadeó con rapidez, pero antes de que le diera tiempo a reaccionar, recibió una patada en el hombro que terminó por tumbarla. La repentina violencia la cogió indefensa, y cuando intentó darse la vuelta para levantarse, el agresor la cogió de la solapa de la bata y la arrastró hacia el dormitorio. Tenía una fuerza impresionante para estar desprovisto de uno de sus brazos, y además ella se sentía mareada por el golpe, por lo que no tuvo ninguna opción de defenderse. Físicamente hablando, y a pesar de las obvias limitaciones de su agresor, era un juguete para él. De un tirón la empujó encima de la cama y se sentó a horcajadas sobre ella.

«Oh, no», pensó Sara Mora entre lágrimas cuando le arrancó la camiseta del pijama con la mano. La torpeza evidente de quien solo tiene una extremidad la compensaba con brutal agresividad, provocándole un profundo arañazo en el cuello. Tras una aterradora asocia-

ción de ideas, la doctora se dio cuenta de que ese hombre había decidido ir al grano en sus partes más íntimas. No tenía forma de detenerlo.

ALFONSO SALIÓ CORRIENDO DE CASA, esta vez sin pensar en que dejaba sola a Verónica. Mientras avanzaba por el paseo de la playa bajo una ya copiosa lluvia, dibujó en su mente un posible itinerario que lo llevara desde su casa a la dirección donde el Yayo le había dicho que vivía la doctora. No estaba lejos, pero debía darse prisa. Ni siquiera sabía si sería demasiado tarde. Charly estaba con ella, («¿qué diablos hace allí?»), y aunque Sara tenía terminantemente prohibido hablar sobre la enfermedad de Verónica, sabía hasta qué punto podía ser el tullido de persuasivo. Le vino a la cabeza el día del accidente en coche. «Si pudo matarme a mí, por el amor de Dios, ¡qué no haría con esa pobre chica!» Con ese siniestro pensamiento aceleró más sus pasos.

En la calle donde debía cruzar la esquina e internarse en el pueblo, se encontró tan cansado que le costó trabajo respirar. La cabeza lo golpeaba con fuerza. Pero no se detuvo; estaba demasiado rabioso. La ira y el miedo formaban un curioso cóctel en su organismo que hacía que la adrenalina se le disparara, y no tenía más que pensar en la cara de Charly y en lo mucho que le había complicado la vida para avanzar cada vez más rápido entre las calles de Ámbar. Por fin tenía luz verde para consumir su soñada venganza. ¿Llegaría a tiempo?

Esquivó a una señora que paseaba el carrito de un bebé, y casi se torció el tobillo al resbalar y pisar sobre el bordillo de la acera. Después cruzó un paso de peatones sin mirar que el semáforo lucía en rojo, y cuando por fin alcanzó la calle donde vivía la chica, se fue fijando en los números de cada puerta sin detenerse. Siete, nueve, once... ¡trece! Ese era el número que le había dicho el Yayo. Calle Zafiro, número 13, 2ªA. Empujó la puerta del portal, pero la encontró cerrada. Pulsó un timbre al azar que no fuera el de Sara — quería pillar a Charly por sorpresa—, y esperó impaciente a que alguien contestara. Nadie lo hizo, y al cabo de algunos segundos que se hicieron eternos, volvió a empujar la puerta, esta vez con más

fuerza. Desesperado, decidió renunciar a la baza de la sorpresa y alzó el índice diestro al timbre del 2ºA.

—Buenos días, hijo. —La voz de una anciana surgió desde su espalda, y con ella, el sonido metálico de un manajo de llaves—. ¿Quieres entrar?

Alfonso asintió con desasosiego y apartó su dedo del timbre antes de haber llamado. La mujer, con evidente carencia de coordinación, miraba cada objeto del llavero con atención, como si intentase adivinar qué llave correspondía a la cerradura del portal. Desechó las dos primeras por ser demasiado grandes, y la tercera por todo lo contrario.

—¡No, je, je! —masculló entre sus escasos dientes—. Esta no es. Es la del buzón.

—¿Quiere que la ayude? —Alfonso hizo ademán de arrebatarle el manajo, convencido de que aun sin conocer las llaves hallaría la correcta por prueba y error mucho antes que la anciana. Se conformó con sujetarle el paraguas.

—¿Tanta prisa tienes, hijo? Je, je, je, los jóvenes vivís tan rápido que no sabéis ni a dónde vais. Deja... creo que esta es la llave buena.

«Vamos, coño.» Alfonso no sabía si podría mantener la compostura por mucho más tiempo ante aquella exasperante lentitud.

La anciana giró la llave con su mano venosa y la puerta se abrió. Él se escurrió entre la mujer y la puerta con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirarle el bastón al suelo. Ascendió las escaleras de dos en dos hasta que llegó al segundo piso. Entonces encaró la puerta «A» y se tomó un instante para tragar saliva y reunir el valor suficiente. Golpeó la madera con el puño, pero nadie contestó, y los peores presentimientos rondaron entonces su mente. El silencio más absoluto reinaba en el rellano, así que acercó la oreja a la puerta y se concentró en captar algún sonido proveniente del interior. Percibió algo que lo aterrorizó. Distorsionados por la distancia, pero claramente identificables, le llegó el llanto desesperado de una mujer que se mezclaba con los gruñidos de una bestia humana. Sin dudarle ni un solo segundo, y gimoteando de la rabia, Alfonso aporreó la puerta con insistencia. Esta vez lo hacía con todas sus fuerzas. La mano comenzó a hinchársele, pero la madera no cedía, y resultaba obvio que nadie abriría desde el interior. Un agónico grito de socorro

respondió de repente desde dentro a la insistente llamada, y en ese momento supo que no podría detener la atrocidad de Charly.

—¡Abre la puerta, cabrón! —Un último y desesperado ataque contra la madera hizo que le empezaran a sangrar las manos—. ¡Voy a matarte!

No obtuvo respuesta, y la puerta, desprovista de juicio moral como cualquier objeto desalmado, se mantuvo inmóvil.

8 de octubre de 2006

Otro grito de socorro, más desgarrado que el anterior, fue lo primero que escuchó Alfonso una vez cesó en su empeño de tirar la puerta abajo. Lo segundo que se oyó desde el rellano fue el claro sonido que produce la palma de una mano humana al impactar brutalmente contra la carne. Después, más sollozos. Volvió a acercar el lateral de la cabeza para intentar adivinar lo que ocurría en el interior del piso, y lo único que apreció fueron unos débiles llantos en la lejanía. El ataque parecía haber cesado.

«Estás ahí, bastardo. He llamado tu atención.»

Miró a través de la mirilla, aun consciente de que únicamente proporcionan visión desde dentro hacia fuera de la estancia, y no al revés. Pero no necesitaba ver nada, pues sabía con certeza que su archienemigo se encontraba a escasos centímetros, y lo único que los separaba era un trozo de vasta madera. Casi podía oler su sudor y sentir su despreciable mirada nerviosa.

—¿Eres tú, soldadito? —La voz de Charly se oyó con cierta demencia a través del umbral.

Alfonso estampó, una vez más, la palma de su mano contra la madera.

—¡Charly, abre la puerta! —le exigió con rabia.

La única respuesta que recibió fue una provocadora risita entre dientes, hecho que le desesperó aun más.

—¡Abre la puta puerta! —gimió—. ¡Como le hagas algo, juro que te mato!

—No te hagas el héroe, no sea que volvamos a terminar en el hospital, *cuñado*. —A esta última palabra, que fue pronunciada con acentuado sarcasmo, le siguió un alegre repiqueteo realizado al chocar las uñas contra la cara interior de la puerta.

—Por favor. Déjala en paz y te permitiré marchar. No diré nada.

El silencio se apoderó del rellano durante algunos tensos segundos hasta que Charly habló por última vez antes de alejarse de nuevo:

—Harías bien en irte ya. No querrás oír cómo me divierto con la chica. Sería demasiado duro para ti.

No había salida.

Derrotado, Alfonso se dejó caer sobre las rodillas y rompió a llorar. Sara iba a ser violada allí mismo, al otro lado de la pared.

Un sonido agudo y prolongado, como el de una sirena, estalló de pronto en el exterior del edificio. Le siguieron varias voces humanas, graves y urgentes, que se aproximaban a él desde el piso inferior. Pero ininteligibles a causa del eco que reverberaba en toda la escalera. Aún en estado de shock frente al umbral de la puerta, Alfonso comprobó —no sin cierto temor— como los rugidos alcanzaban el segundo piso mostrando la identidad de sus emisores: dos miembros de la Benemérita, armados con sendas porras y ataviados con el uniforme verdinegro que les caracterizaba, habían alcanzado el lugar de acción y corrían apresuradamente hacia la puerta. El más joven era un chico alto y corpulento que avanzaba desincronizado. Sus bíceps eran de tales dimensiones que Alfonso deseó con todas sus fuerzas que terminaran estampados en la cara de Charly. El agente superior —a juzgar por su edad y su incuestionable experiencia—, lo seguía entre jadeos. Su acento castellano era cerrado, y cuando pasó junto a Alfonso y le zarandó los brazos, dibujó una curiosa mueca con la nariz.

—¡Eh, Arroyo! —gritó al musculoso—. Mira, tiene sangre en la mano.

—¡No! Está dentro. ¡Tienen que entrar! —Alfonso exhalaba

palabras más que gritarlas. Agitaba la cabeza como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

Todo ocurrió en cuestión de pocos segundos. Arroyo prestó atención en el umbral de la puerta y comprobó que alguien gritaba en el interior. También se percató de la mancha de sangre que el hombre del rellano había dejado segundos antes en la madera. No se lo pensó más. Tomó una mínima carrerilla y pateó la puerta con la planta del pie. Vibró con violencia, pero no se abrió. Entonces el agente superior decidió ir al grano. Soltó a Alfonso y desenfundó su escopeta corredera SPS-350 que había sacado de la nada —o al menos eso parecía—. Apuntó a la cerradura. Alfonso tuvo menos de dos segundos para alejarse arrastrándose por el suelo antes de que el hombre quitara el seguro y apretara el gatillo. Un ruido ensordecedor inundó el rellano. Algunos agentes de la Guardia Civil gustan de utilizar balas mostaza para este tipo de urgencias por su eficacia a la hora de desintegrar objetivos, de modo que, cuando el proyectil alcanzó el pomo, la cerradura saltó por los aires y la puerta se abrió. Antes de que Alfonso pudiera decidir su siguiente movimiento, los dos oficiales habían entrado al piso con las armas en posición de disparo. Se quedó solo, sentado en el frío suelo de baldosas, rezando en silencio por que hubieran llegado a tiempo de evitar la tragedia.

Una serie de gritos y voces (todas masculinas, ninguna de mujer) comenzaron a entrelazarse cada vez a mayor volumen. Cuando Alfonso más esperaba que el sonido de una nueva bala terminara con la discusión, el oficial joven cruzó la puerta con el Amante Brujo entre sus hercúleos brazos. Charly forcejeaba como si estuviera poseído, pero con una única mano apenas tenía movilidad. «Y aunque tuviera los dos brazos, de poco le habría servido», pensó Alfonso, que lo miraba desde el frío suelo con más odio del que jamás pensó llegar a sentir. El agresor llevaba el pecho al descubierto, y algunas marcas de arañazos en cuello y pómulos indicaban que Sara no se había quedado precisamente de brazos cruzados. El manco le devolvió la mirada entre jadeos, pero se lo llevaron antes de que ninguno pudiera decir nada.

Todavía mareado, Alfonso se incorporó y entró en el piso a trompicones. La herida que se había producido seguía sangrando, de forma que ya había teñido la mano casi completamente de rojo. Su

único anhelo en ese momento era llegar al dormitorio para comprobar el estado de Sara, pero por el camino sus ojos se posaron en algo que le hizo detenerse. Junto a algunas gotas salpicadas de sangre —que, muy probablemente, dedujo, serían de la chica—, un buen número de fotografías reposaban desordenadas sobre el parqué. Cuando se agachó y las observó con el detalle que su nublada vista le permitía, sintió un pinchazo profundo en el pecho. Emitió un chillido ahogado y después se dobló como una sábana tendida que se desprende de la cuerda. Cayó al suelo casi privado de sentido, y desde allí distinguió, entre manchas borrosas, la figura de Sara. Iba cubierta por una manta y la acompañaba el oficial superior de la Guardia Civil.

CUANDO OLI y el Yayo llegaron al lugar del incidente, ya había estacionado una ambulancia en la calle Zafiro. Fue la primera vez que el niño vio una ambulancia en acción, y esa misma semana vería la segunda. Compartían paraguas, pero ni Oli ni el anciano hablaron en todo el camino. Aceleraron el paso cuando distinguieron a papá sentado en el umbral del portal 13 y con las piernas encorvadas para evitar mojarse más de lo que estaba. Una gasa le rodeaba la mano derecha, y cuando los vio acercarse, se incorporó para reunirse con ellos. La cabeza le daba vueltas. El exdoctor lo abrazó y dejó caer un «gracias a Dios que estás bien», antes de separarse de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con angustia— ¿Dónde está Sara?

Papá se limitó a señalar la ambulancia con la barbilla. Justo en ese momento el vehículo arrancó y se perdió tras la esquina de la calle.

—Pero, ¿está bien? ¿Y Charly?

—Sí que está viva. Se la han llevado al hospital. —El viejo suspiró aliviado—. En cuanto a Charly, prefiero no hablar de él, ¿de acuerdo? Pero tranquilos, ya no está aquí.

Los dos guardias civiles se habían esfumado con el tullido sin que Alfonso pudiera siquiera hablar con ellos.

Miró a Oli y sonrió sin ganas. El niño pensó que algo terrible había debido de pasar en casa de la doctora, porque papá siempre era muy hablador, y sin embargo parecía que le había comido la lengua

un gato. Tampoco le había gustado ver la ambulancia aparcada, con sus luces naranjas mareantes y los curadores yendo y viniendo. Eso y el hecho de que tanta gente se asomara a los balcones y ventanas de la calle para ver lo que sucedía, era síntoma de que algo no iba bien, ya que la gente siempre se interesaba por las cosas desagradables y feas, creía Oli. Y además llovía, y eso le bajaba el ánimo. En realidad, su enfado se debía al remordimiento que tenía desde que le dijera al Yayo esas cosas tan terribles minutos antes. Al parecer, nadie tenía ganas de hablar aquella tarde.

—¿Cómo sabías que Charly estaba aquí? —Papá volvió a dirigirse al Yayo—. ¿Él y Sara se conocían?

—No lo creo, porque Sara creía que se llamaba Ramiro. Fue ella la que me avisó de que un hombre extraño, con un solo brazo, estaba en su casa. Y entonces te avisé de inmediato. Fue lo primero que se me ocurrió. —Hizo una pausa breve y después añadió—: A decir verdad fue idea de este mocoso.

Papá arqueó las cejas y observó a Oli. Luego explicó brevemente y sin mucho detalle cómo había llegado a la casa de Sara y lo que escuchó a través de la puerta. Levantó la mano cuando contó cómo se había hecho la herida, y la mirada se le perdió en el infinito al recordar el fulminante ataque de los dos miembros de la Benemérita. Pero no dijo más, pues lo que encontró en el suelo del salón tan solo le incumbía a él.

—¡Santo Dios, qué hijo de mil hienas! —exclamó el Yayo cuando su yerno hubo terminado la narración.

Este miró distraídamente hacia el cielo y comprobó que estaba anocheciendo.

—Voy a ir a buscar una farmacia antes de que cierren. Debería comprar repuestos para esta herida.

—¡Te acompañaremos! —gritó Oli, que no había abierto la boca hasta entonces, pero papá negó con la cabeza.

—Id a casa. Yo no tardaré —propuso quedamente—. Además, he dejado a tu madre sola. Id a hacerle compañía, que la pobre está muy débil. Yo me encuentro bien, de verdad.

El Yayo le dio la razón e hizo un gesto con la mano para indicar a Oli que reanudaran la marcha. Su expresión, sin embargo, era sombría.

—Por cierto. —Papá se volvió cuando ya les separaban unos metros, y niño y abuelo se detuvieron—. Gracias por haber llamado a la Guardia Civil. No sé qué habría hecho si no hubieran llegado ellos.

El anciano frunció el ceño y miró a Oli, que imitó el gesto.

—¿De qué hablas, Alfonso? Nosotros no hemos llamado a nadie. Excepto a ti, claro.

El niño, asintiendo con la cabeza, reafirmó el comentario del Yayo.

—¿No? Entonces, ¿quién les ha avisado? —Miró papá hacia las ventanas del edificio, preguntándose intrigado si algún vecino anónimo se habría hecho el héroe.

—Pensábamos que habías sido tú —subrayó el Yayo, que se encogió de hombros.

—Pues no. Al parecer, la doctora tiene vecinos muy amables y oportunos. —Papá sonrió por primera vez en toda la tarde, y volvió a despedirse con la mano—. Hasta luego.

Durante el camino de vuelta a casa, Oli no dejó de darle vueltas a la llamada misteriosa. ¿Quién había avisado a la Guardia Civil? No había sido un vecino valiente, como papá había deducido. Eso lo tenía claro. Una corazonada le decía que había sido otra persona, alguien de quien nadie sospechaba ni sospecharía nunca. Alzó la vista para mirar a su abuelo y después lo abrazó por sorpresa, en un gesto que decía «lo siento» con más claridad y sinceridad que cualquier palabra. El anciano acarició el pelo del niño y suspiró aliviado. «No vuelvas a amagar con abandonarme, chaval, eso sí que no podría soportarlo.»

Oli, sin embargo, anduvo todo el camino con una sonrisa tonta dibujada en su cara, pues no podía dejar de pensar en la heroína que había realizado la llamada secreta. Sí, heroína, pues había sido una mujer; la mejor de todas. Al niño se le reblandeció el corazón hasta tal punto de creer —y solo creer— que se estaba enamorando por primera vez.

EL ANCIANO DEJÓ el paraguas a secar sobre el felpudo de casa y fue directamente al salón, donde Verónica veía la televisión con la cabeza ladeada en una incómoda posición. Al ver entrar a su padre, se incor-

poró. El doctor Salas se acomodó a su lado y la besó tiernamente en la mejilla. Tenía la sensación —y de hecho, era una realidad—, de que hacía meses que no compartía unos minutos a solas con ella. Ahora, Alfonso estaba curándose la mano y Oli había salido a dar un paseo con Aquiles. Lejos de ser un impedimento, a niño y perro les fascinaba correr juntos por la playa bajo la lluvia, aunque sin mojarse respectivamente los pies y patas, porque les daba repelús. Ninguno de los tres tardaría en regresar, pero el jubilado agradeció sus breves instantes de intimidad.

—Hola, papi —devolvió Verónica el beso de su padre con una cansada sonrisa, y a él le pareció como si su niña hubiera envejecido diez años de golpe. Su nariz no estaba roja a causa de sonarse los mocos y ya no tosía. Olía a gel después de la ducha que se había dado hacía unas horas y ni siquiera tenía unas décimas de fiebre. Sin embargo, sus ojos no brillaban, aunque sí estaban rojos, y su voz vibraba, pero no resaltaba más que un susurro.

—¿Qué tal estás? —El hombre mostró un tono cálido y animoso para contrastar.

—Mejor.

—Me alegro.

—¿Dónde están mis dos —Verónica se cortó a sí misma—, mis tres machos?

El anciano no tenía ninguna intención de amargar aun más a su hija con el turbio acontecimiento del día.

—El crío está con el perro jugando; no tardará. Alfonso ha ido a hacer un recado.

—Bien. En cuanto vengan, cenaremos. Oye, papi —Ella cambió radicalmente de tema—, me alegro de que estés aquí, conmigo.

—¿Ocurre algo, hija?

Acarició la mejilla de ella con la ternura que solo un padre puede demostrar, temiendo que otra mala noticia estuviera a punto de aterrizar. Verónica lo miró a los ojos y, esta vez sí, sonrió con sinceridad, aunque con más pena si cabe.

—Quiero que me hagas un favor —dijo quedamente.

—Claro, cielo, lo que quieras.

—Prométeme que si algo me pasara te encargarías de cuidar a

Oli. Y sobre todo, a Alfonso. Él lo necesitará. —Volvió a corregirse—: Es decir, lo necesitaría mucho más. Es débil.

«Mierda, lo sabes», pensó él enseguida, aunque sin dejar de acariciarla. Se mantuvo en incómodo silencio.

—Prométemelo —insistió Verónica.

—¡Qué cosas dices! —El padre fingía creer que estaba en medio de una broma de su hija—. Si ya estás prácticamente recuperada de esa gripe, tonta —añadió, haciendo de tripas corazón.

—Por favor, prométemelo, hazme caso. Jope, es que... ¡jamás terminaré de poner letra a esa dichosa canción! —Y como un resorte, a Verónica la cara se le contrajo y rompió a llorar como una niña.

Salas sintió como si envejeciera de nuevo. «¿Por qué lo has hecho, Sara?» Había medido mal su capacidad de aguante, y así las cosas, los inesperados sucesos de las últimas horas lo desconcertaban hasta tal punto de hacerle perder las fuerzas. La última cosa que hizo antes de abandonar la casa fue despedirse de su niña con un beso. Pero en realidad no prometió nada.

12 de octubre de 2006

Charly Rubial iba a cometer su última excentricidad. Lo primero que hizo esa mañana, cuando apenas habían empezado a cantar los pájaros más madrugadores, fue arrancar su viejo Land Rover de caja de cambios automática y tomar la carretera del interior. No había dejado de llover en toda la última semana, pero ese día resultó ciertamente tormentoso. Cuando las paredes montañosas que cercaban la carretera crecían a lo alto y se aproximaban la una a la del otro lado de la calzada, la penumbra era tal que parecía ser ya de noche. A pesar de todo, Charly conducía a una velocidad exagerada, muy por encima de los 90 kilómetros por hora permitidos en las carreteras comarcales de doble sentido. Cuando enfilaba algún tramo recto con varias decenas de metros por delante, aprovechaba para soltar la mano del volante y dar un lingotazo a una botella de Jack Daniels que llevaba sujeta entre las piernas. Conducía como un principiante, haciendo eses de un extremo a otro de la carretera e invadiendo parcialmente el carril contrario.

«Ya no falta mucho», se repetía a sí mismo entre jadeos.

Diez kilómetros. Esa era la distancia mínima a la que debía estar alejado de la casa de la doctora Mora, según ordenaba la orden de alejamiento que le había impuesto el juez Callejo. Eso significaba, por

tanto, que debía abandonar Ámbar. Su vida —la poca que le quedaba— estaba en aquel maldito pueblo pesquero, de modo que, tras los dos días que pasó en el calabozo después de ser capturado por la Guardia Civil, se vio obligado a dormir en el Land Rover, comer en las gasolineras de carreteras perdidas, y defecar contra las rocas como hacían las ovejas. Le habían retirado el pasaporte, por lo que no podría haber abandonado el país de haberlo querido, y también la licencia para utilizar armas; en su caso, un antiguo revólver.

«Puto Callejo de los cojones, me ha arruinado la vida», masculló para sí.

Pero lo que más le dolía era la visita que recibió el mismo día de ser recluido en una de las estrechas celdas del cuartel de la Benemérita. Aún tenía los pechos tersos y firmes de la doctora grabados en las pupilas cuando vio, a través de los barrotes, que la puerta de acceso a los calabozos se abría. Rápidamente se levantó, pues sabía que la visita era para él —no había más reclusos ese día—, y acercó la cabeza a los hierros, agarrando uno de ellos con la mano. La visita llegaba acompañada de uno de los guardias, que esperó atento en la puerta. Charly entornó los ojos para intentar identificar de quién era la figura de mujer que se acercaba a contraluz. Dio un paso atrás cuando la reconoció. Vestía una ceñida minifalda de tela negra y una chaqueta de cuero corta del mismo color. El rojo intenso del pintalabios y el contundente repiqueteo de los tacones contra las baldosas la hacían parecer mucho mayor que una adolescente. Al llegar a la última celda del siniestro corredor, se detuvo y fijó en él la mirada. Por alguna razón, el recluso tragó saliva con dificultad.

—Hola, Charly.

El nombrado tardó un tiempo en hablar.

—Alyssa. Menos mal que has venido.

—En cuanto me he enterado. —La joven se mostraba imperturbable; no movía un solo músculo de la cara, salvo los estrictamente necesarios para hablar—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —añadió en un susurro de voz.

Visiblemente ilusionado, Charly replicó:

—Un par de días, hasta que el juez decida qué hacer conmigo. Después habrá un juicio contra mí, supongo, y ahí se verá si me declaran culpable o inocente. Pero para eso hay que esperar.

Alyssa sonrió. Tras las rejas, Charly parecía más un corderito a punto de ser degollado que el Amante Brujo de temible reputación que había estado años tratándola como una esclava. Esta vez no profería insultos, miraba de abajo arriba y no al revés, e incluso le pareció verlo temblar un par de veces.

—Entiendo —se limitó a comentar la recién llegada.

Giró el tullido su cabeza hacia la puerta y comprobó que el guardia civil de turno los observaba, aunque no podía oír lo que decían.

—¡Estamos solos, Alyssa! —exclamó después, en tono de reproche—. Ese ni siquiera sabe de lo que hablamos.

—Exacto, estamos solos —respondió ella con cautela.

Charly no esperaba esa réplica de su muñequita y dudó antes de hablar de nuevo:

—Soy Charly, ¿recuerdas? Paga la fianza y sácame de aquí.

—Dime: ¿qué eres? —La joven, descarada, cambió de tema súbitamente.

Él se mostró perplejo.

—¿Cómo dices?

—Culpable o inocente —inquirió con manifiesta frialdad—. ¿Qué hiciste?

—Alyssa, solo me estaba divirtiendo un poco con la doctora. Había bebido y...

—Y la violaste —le cortó la nombrada, tajante.

—¡Eso no es cierto! —El manco alzó la voz, provocando que el guardia civil se acercara unos pasos en estado de alerta—. Tienes que creerme —susurró ahora, nervioso—, no la violé.

—¿Y por qué no?

Charly no pudo responder a la pregunta.

—Te lo diré yo —continuó Alyssa, que se acercó tanto a los barrotes que habría podido besarle si él no hubiera retrocedido—: no la violaste porque, gracias a Dios, llegó la Guardia Civil a tiempo para impedirlo.

—Al-Alyssa. —Apenas acertaba a vocalizar—. ¡Te juro que no iba a hacerle nada! —estalló—. Por favor, deja que te lo explique cuando salga de aquí. Nos iremos a Santander y te invitaré a cenar en un sitio caro. Allí lo entenderás todo.

A la joven se le escapó una sarcástica carcajada. El número de la Benemérita volvió la cabeza hacia ella y se encogió de hombros.

—No, mira, mejor vamos a hacer otra cosa. —Ella acarició una de las barras de hierro en movimientos verticales, muy lentamente y con absoluta sensualidad—. Como veo que sigues sin entender una mierda, voy a ser yo quien te explique la película, tío.

—¿Qué dices?

—Fui yo la que avisó a la Guardia Civil para que te detuviera.

Ambos se miraron durante algunos silenciosos segundos. Las pupilas de él se dilataron ipso facto.

—No hablas en serio. ¿Por qué ibas a hacerme eso?

—Porque, querido amigo, si no lo hubiera hecho, esa pobre chica sería ahora mismo una maltratada más a añadir a la larga lista. A mí no me engañas, Charly. La habrías violado, igual que no habrías dudado en abusar de mí si me hubiera resistido en alguna ocasión. Por eso llamé a los de la Guardia Civil. Y porque estoy cansada de arruinar mi vida y la de los de mi alrededor por seguirte en tus malditas paranoias. Estás completamente obsesionado con tu hermanastra, y ya estoy harta de ser la muñequita que te follas cada noche mientras me pones su cara e imaginas que soy ella.

—¡Maldita zorra! —Enrojecido, Charly se abalanzó contra la reja—. ¡Ven aquí! —Alargó su único brazo y estiró los dedos hasta el límite de su capacidad, pero ni siquiera pudo rozarla.

—Pero el colmo ha sido utilizarme en contra del pobre Óliver y su abuelo. He estado a punto de convertirme en otro monstruo como tú.

—Te cae muy bien ese niño gilipollas, ¿no?

Alyssa no contestó a la pregunta. Se limitó a torturarlo con la mirada antes de lanzar su última frase:

—Pienso testificar en tu contra las veces que haga falta. Además, con pelos y señales. Voy a disfrutar viendo cómo te pudres muchos años en la cárcel. Puedes estar seguro de ello.

Después dio media vuelta y volvió a la puerta de los calabozos, donde el civil la acompañó al exterior. Charly esperó a que la puerta se cerrara del todo para soltar un grito desgarrado. Después se tiró al suelo llorando como un niño.

El coche derrapó en una curva pronunciada y a punto estuvo de

golpearse contra la ladera del risco, haciéndole volver a la realidad. Pisó fuerte el acelerador para llegar cuanto antes. Jadeaba como un lobo viejo.

«Un poco más.»

Estaba empezando a perder la nitidez en la vista y el control de los sentidos cuando divisó el final de la carretera, allá donde la tierra moría y el Cantábrico nacía. Frenó de golpe dando un volantazo, y salió del vehículo a toda prisa, apoyándose en el chasis y arrastrando los pies en el barro. Avanzó unos pasos más hasta que ya no había más terreno donde pisar, y entonces miró hacia abajo. Lejos, en el punto donde la vista no distinguía la magnitud de las rocas, las olas golpeaban la pared del precipicio espoleadas por el vaivén del viento. Las gotas de agua se clavaban en su piel como afilados agujijones. Toda la bóveda celeste se teñía de gris oscuro hasta el horizonte, y solo el destello de los relámpagos impregnaba de luz aquella mañana tan lúgubre.

Charly no había estado allí desde que lanzara a su padre acantilado abajo. Aquello había ocurrido hacía ya muchos años, pero era como si los mismos truenos, las mismas gotas e idéntico vendaval hubieran regresado para recibirlo y cobrar al fin su penitencia. Pensó en él en busca de algún tipo de arrepentimiento, pena o tristeza, pero no tuvo éxito. Al contrario, en su complicada lógica opinaba que ese día había sido la única vez que había obrado bien; la última vez que estuvo en el bando de los buenos.

Dio un último trago de whisky y lanzó la botella al mar. Sintió un estremecimiento cuando el cristal se estampó contra las rocas y explotó en mil pedazos. Se balanceó hacia delante y detuvo sus pies justo en el mismo borde del abismo. Tragó saliva, cerró los ojos y se acarició el muñón con la palma de su única mano. En esa postura rebuscó mentalmente en su pasado, con el fin de dar con algún buen recuerdo con el que quedarse, pero nada encontró. Se vio a sí mismo montado a horcajadas sobre el cuerpo desnudo e indefenso de Sara, en la misma postura en la que pillara a su padre en el pasado, esa vez con Verónica en el lugar de la doctora. La ira experimentada aquel día, acrecentada con el tiempo desde entonces, había terminado por convertirle en la misma persona. Supo entonces que el odio le había transformado en aquello mismo a lo que precisamente odiaba.

Se combó una vez más, esta vez con más fuerza, y dejó que la gravedad hiciera su trabajo. Sus pies dejaron de tocar tierra firme y empezó a notar la resistencia del aire contra su piel. Las finas gotas de agua le golpeaban la cara mientras caía. «Un instante y mi cráneo se estampará contra las rocas. Entonces todo habrá acabado.»

Pero Charly había calculado mal la caída y fue a parar directamente al agua, donde se debatió impotente y arrastrado por una corriente que lo sacudía. La conmoción del golpe y su estado de embriaguez eran demasiado para intentar siquiera luchar contra la marea. Lo único que tenía que hacer era quedarse quieto, y en unos segundos estaría reposando sobre los fríos cantos de la bahía mientras los cangrejos le mordisqueaban la cara. Empezarían por los ojos, al igual que seguro hicieran con su padre. Pero el instinto de supervivencia hizo que luchara por unos segundos más de vida, y mientras cortaba el agua con su brazo, vio cómo millones de gotas caían sobre la superficie del mar por encima de él. Se sumergió más, y más todavía, con el poco aire que le quedaba en los pulmones. A cada brazada que daba se le hacía más difícil contener el aliento.

Entonces le pareció ver algo, y un chorro de burbujas se le escapó de la boca. Verónica se hallaba buceando junto a él, pero tenía la piel verdosa y podrida, y sus ojos eran dos esferas blancas desprovistas de iris y pupilas. Hipnotizado, Charly quiso tocarla, pero la figura fantasmal realizó un lento movimiento de negación con la cabeza y se alejó de la escarpada costa hacia el interminable fondo del Cantábrico mientras emitía lo que al manco le pareció una siniestra carcajada.

Le entró el pánico. Parecía que el pecho le iba a estallar, así que manoteó en el agua, agitó las piernas y se impulsó mientras los pulmones le exigían aire. Quiso avanzar en la dirección que había seguido el espectro de Verónica hasta que no tuvo más fuerzas. Cuando abrió la boca, en un intento desesperado por coger aire, le entró un chorro de agua salada, y Charly Rubial supo que se estaba ahogando. Una cadena de plata, de la que colgaba un peculiar colgante metálico en forma de cruz, se escabulló de uno de los bolsillos de la camisa, desligándose de su propietario sin que él se percatase. Entonces una punta de roca dura y afilada lo golpeó violentamente en la nuca y sus sesos se esparcieron por el fondo de la bahía.

EL TELÉFONO de Sara Mora sonó.

—Hola, soy Verónica. ¿Tienes un momento? Necesito hablar. Es urgente.

—Por supuesto, dime. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—Tengo dos cosas muy importantes que contarte: una es una exclusiva; la otra, una confesión.

—Está bien, tranquila. Puedes contarme lo que sea.

A pesar del intento por que su voz sonara dulce y tranquilizadora, era la propia Sara la que estaba muy lejos de encontrarse bien. Vestida con los mismos pantalones vaqueros y la misma camiseta vieja de los últimos tres días, ni siquiera se atrevía a salir a la calle. Llevaba tantas horas sin ducharse que todo su cuerpo rezumaba un rancio olor a sudor. Después de que el falso Ramiro se colara en su casa y arremetiera contra ella —momento que no podía quitarse de la cabeza—, había sido trasladada de urgencia al hospital por la Guardia Civil. «De vuelta al lugar de trabajo», pensó con irónica resignación mientras esperaba, tumbada en la camilla, a que comenzaran las pruebas. Los médicos, algunos de ellos caras conocidas, le habían extraído sangre. Le analizaron las zonas dañadas, especialmente la vagina. Todos respiraron aliviados cuando comprobaron que la violación no había llegado a consumarse, y aunque las heridas eran profundas y los hematomas violentos (la mayoría en la cara y la zona de los brazos), la integridad de la ahora paciente estaba a salvo. También la desnudaron, pues cada prenda que llevaba esa tarde (una bata y el pijama, más la ropa interior) constituía una prueba para juzgar al agresor en caso de que la víctima lo denunciara.

Y así fue. Nada más darle de alta del hospital, la trasladaron al cuartel de la Guardia Civil de Torrelavega, a pocos kilómetros de Ámbur hacia el interior de Cantabria, donde fue entrevistada por los miembros del Servicio de Atención a la Mujer (S.A.M). Las dos civiles que tenía frente a ella, una jovencita con cara de espabilada y una mujer de mediana edad, la miraban con la lástima propia que merece una víctima de violencia de género, pero también con el evidente aburrimiento de lo cotidiano. Sara consumó su derecho de denunciar a su agresor, y luego recibió la propuesta de alojarse de

manera temporal en un hotel hasta el día en que debía celebrarse el juicio.

—Sería un hotel de lujo situado en el pueblo o ciudad de la provincia que usted elija, señorita Mora, y, por supuesto, rigurosamente desconocido por su agresor —había dicho la de más edad, que llevaba la voz cantante.

Ella lo rechazó, pues lo único que quería era volver a su casa, pero lo que sí aceptó de buena gana fue la promesa que le hicieron acto seguido: «En tal caso, el agresor Carlos Rubial cumplirá una orden de alejamiento de, al menos, diez kilómetros de su hogar».

Apenas salió de la sala de entrevistas del S.A.M., y cuando la puerta aún estaba entreabierta, oyó a la mujer joven, cuyo nombre no recordaba, comentar apesadumbrada a sus espaldas:

—Qué pena me ha dado esta chica. Estaba tan hundida.

¿Cómo no iba a hundirse después de haber estado a punto de ser violada por un completo desconocido con el que, hasta donde ella sabía, nada tenía en común? ¿Cómo no ver, cómo no percibir de otra manera su propia existencia cuando, en cuestión de segundos, pudo pasar de ser razonadamente feliz a convertirse en un juguete para perros? Durante los tres días que transcurrieron desde aquella marabunta de desagradables acontecimientos, Sara no se había comunicado con nadie. Ni siquiera había escrito a Diana. Hasta ahora, momento en que Verónica la había llamado prometiéndole una gran exclusiva y una confesión. *Confesión*, la típica palabra que al lado psicólogo de Sara no le traía buenos presentimientos.

—¿Cuál prefieres que te cuente primero? —preguntó Verónica, que a juzgar por su respiración a través del auricular estaba nerviosa. O excitada. O tal vez, fatigada.

—No lo sé. La que quieras. ¡Pero hazlo ya, me tienes en ascuas!

Sara agradeció que su nueva amiga no le preguntara sobre el incidente de la otra tarde, ya que eso significaba que no se había enterado. ¿Lo sabría el doctor? Era lo más probable, pues había sido él quien la avisó por teléfono que aquel tipo sin brazo no era de fiar. En cualquier caso, no le había dicho nada a su hija moribunda; posiblemente, para no atormentarla con más dramas.

—Vale, pues primero la confesión —dijo Verónica—: hace unos

días mi marido y yo estuvimos de viaje en el norte de Italia. ¿Eso lo sabes?

—Ajá —exclamó la doctora por decir algo, pues no entendía nada.

—Vale, pues no sé si has estado allí alguna vez, pero el sitio es lo más romántico y paradisíaco que he visto jamás. Cuando llegamos, sentía como si Alfonso, mi marido, hubiera retrocedido en el tiempo para convertirse de nuevo en el hombre por el que sentía tanta predilección en el pasado. —Hizo una pausa retórica para pensar bien sus siguientes palabras antes de proseguir—. Sara, esto que te voy a contar es muy íntimo, y algo que no he hablado con nadie, ni siquiera con mi propia familia. Lo hago porque ahora mismo eres la persona que más confianza me da, y siempre hay cosas que es mejor hablar con alguien ajeno al círculo familiar. Sé que nos conocemos desde hace muy poco y que eres mi médico, pero quiero que sepas que, aun con todo, te considero mi única amiga.

—Vaya, te agradezco la confesión, y reconozco que no me la esperaba. —Sara se relajó desde su lado de la conexión—. Es verdad que desde que te di la nefasta noticia aquel día hemos establecido una estrecha relación. Yo también te considero mi amiga—. «Aunque me vayas a durar bien poco», pensó, lapidaria, y después se regañó por haber sido tan tétrica.

—No, no, para nada. No era esa la confesión a la que me refería —corrigió la enferma—. Déjame continuar, por favor.

—Adelante pues.

—Justo el mismo día que llegamos a Italia, tuvimos una discusión terrible. Ni siquiera recuerdo el motivo, pero solo de pensarlo me entran ganas de llorar. Nos dijimos cosas horribles, y nos gritamos tanto que creo que hasta pasó por mi cabeza dejarlo. En lugar de eso, me escapé furiosa y pasé todo el día recorriendo el pueblo, confiada de que el sol y la playa me harían ver las cosas con claridad. Entonces paré a comer algo en un agradable restaurante. Un hombre se acercó, se presentó, y acabamos compartiendo mesa y también queso. Resulta que el hombre era español, y estaba para comérselo, verdaderamente. Se llamaba Bruno.

Sara escuchó una tímida e inesperada risita al otro lado del auri-

cular, y de repente se sintió tal como si hablara con una colegiala que estaba atravesando la siempre desafortunada edad del pavo.

—Espera, espera un momento. Es que no acabo de comprender, ¿por qué me estás contando todo esto? No quiero parecer antipática, pero no sé adónde quieres llegar...

La doctora interrumpió su frase a causa de los sonidos, esta vez entrecortados y angustiosos, que su nueva amiga emitía ahora. ¿Estaba llorando? Sara no vio como la mano izquierda de Verónica, la que no sostenía el teléfono, se posaba en su propio vientre y comenzaba a realizar lentos movimientos circulares en torno al ombligo.

—Sara, estoy embarazada —confesó al fin con voz hueca.

12 de octubre de 2006

A Sara se le estaban empezando a acumular las cosas en que pensar. Demasiados rompecabezas entraban en su cabeza, uno tras otro, sin esperar a que se resolviera el anterior. ¿Verónica embarazada? Se preguntó si alguno de sus compañeros de trabajo, tutores o profesores de universidad habrían tenido que lidiar alguna vez con un caso así: tumor cerebral avanzado con guarnición de embarazo. El cuerpo le pedía acudir al viejo doctor Salas en busca de consejo, pero ni siquiera podía hacer eso, ya que, claro, era su propia hija la que le estaba confesando todo, como amiga, y no como paciente. Era un secreto personal, y eso lo hacía tan serio como cualquier secreto profesional. Y, una vez dentro del terreno personal, ¿estaba sugiriendo Verónica que esperaba un hijo de aquel ligue español que conoció en Italia? ¿Había sido infiel al marido que, por amor, había decidido ocultarle la enfermedad! Sara continuaba con el auricular en la oreja mientras divagaba sobre todas estas cosas en silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó Verónica entre evidentes lágrimas.

—Ssssí. —La doctora siseó, desconocedora de cuáles deberían ser sus siguientes palabras.

—Sara, el niño es de Alfonso. —Verónica no vio cómo, tras

pronunciar esto último, la nombrada cerraba los ojos aliviada al otro lado del teléfono—. Al terminar de cenar con Bruno, y aquí continuó con la confesión tras el inciso que he hecho para la exclusiva, me propuso con mucho tacto que nos tomáramos una copa en su hotel. La verdad es que el chico era un encanto, y me moría de ganas por ir, así que acepté su ofrecimiento. ¡Incluso llegué a entrar en su habitación! Y me siento fatal, Sara. Me siento fatal porque estuve a punto de pecar. Acepté una copa de vino que él me ofreció y la bebí casi de trago, y cuando me cogió de las manos y se las llevó a sus labios, deseé besarlo. Pero no lo hice. Algo dentro de mí, algo a lo que le estoy eternamente agradecida, me impidió dar el paso. Entonces pensé en mi marido. Salí corriendo de la habitación llorando como una niña y sin despedirme de Bruno. No lo volví a ver. Días después caí enferma y tú me dijiste que me iba a morir, pero que Alfonso, que estaba al corriente de todo, me lo había ocultado para que viviese mis últimos meses de vida en paz junto a él. ¡Y yo quise traicionarlo!

Su llanto ahora era desconsolado.

Sara estaba tan impactada que fue incapaz de añadir nada. Incluso pensó confesar su incidente con *Ramiro* para así consolar a su paciente haciendo referencia al cacareado *mal de muchos, consuelo de tontos*. Desechó la idea por inconveniente, y Verónica reanudó su confesión:

—Si no fuese por Alfonso, hace tiempo que habría tirado la toalla. Lucho cada día por estar a su lado, y aunque él ignora que yo lo sé todo sobre mi enfermedad, veo que se ilumina su mirada con cada nuevo amanecer en el que estoy viva. Y por ello debo abortar antes de morir. Alfonso ya tiene demasiado con perder a una mujer. No soportaría saber que ha perdido también a su segundo hijo. ¿Me ayudarás, Sara?

Ésta carraspeo con un nudo en la garganta. Era todo demasiado importante para responder sin pensar.

—Claro que te ayudaré. Mañana mismo, si quieres, te presentaré a un ginecólogo que es amigo mío y lo trataremos todo entre nosotros tres —dijo quedamente, aunque más tarde entendería que no haría falta—. Nadie sabrá nada de ese embarazo. Será nuestro secreto.

—Te lo agradezco. No sé qué haría sin ti.

Sara colgó el teléfono tras la pertinente despedida en la que

quedaron en hablar al día siguiente, y respiró hondo. Necesitaba organizar sus erráticos pensamientos. Utilizando una vieja goma elástica se apañó una coleta que atrapaba toda su melena. Después se dirigió a la cocina, donde abrió un helado de vainilla con nueces de Macadamia que tenía preparado en el congelador para casos de emergencia. De vuelta en el sofá, con los ojos muy abiertos y las manos bajo la nuca, su cerebro trabajaba en el galimatías que se estaba formando en su interior. A pesar del intento de violación sufrido la otra tarde, o el drama sentimental a tres bandas que estaba atravesando la mejor de sus pacientes, su pensamiento volvía inexplicablemente, una y otra vez, al doctor Salas y a su yerno, Alfonso. A la visión de su viejo mentor actuando como si la muerte de su hija fuese algo natural que había que asumir, pero suplicándole a su vez, con el fondo de los ojos, que no hiciera más preguntas al respecto. Desde el momento en que ambos hombres entraron en su despacho y oyeron de su boca la terrible noticia del tumor incurable, Sara había sabido que algo le ocultaban y que se le estaba pasando por alto. Pero, ¿el qué?

Al llegar a este punto, un muro espeso comenzó a crecer entre la joven doctora y su capacidad de hilar ideas coherentes. Estaba harta del viejo verde de las narices, el Alfonso de las narices y el tumor cerebral de las narices. Un fuerte bloqueo mental le impedía de forma cruel alcanzar la meta de su razonamiento. ¿Se estaba volviendo loca? Empezó a valorar la opción de que el tumor de Verónica, su repentino embarazo —sobre el cual investigaría más tarde, ya que nunca había oído hablar de la gestación de un feto en un cuerpo en proceso de desintegración celular— y el ataque por sorpresa del falso Ramiro habían sido sucesos naturales e independientes entre sí —inusuales, de acuerdo, pero sin vuelta de hoja—, cuando de pronto su atención voló hacia la fecha de la fatídica visita de hacía tres días. Instantes antes de que el hombre manco se abalanzara sobre ella y la golpeará, él le había preguntado, casi obsesivamente, por la enfermedad de Verónica. Aquello no era raro —sobre todo una vez descubiertas las fotos que guardaba en la cartera— si no fuese porque su siguiente frase fue referida a... —Sara miraba al infinito de su techo en una especie de trance—. Al niño. ¿Por qué habría preguntado ese hombre por el hijo de Verónica? ¿Qué tenía el crío que ver en todo esto?

Quizá el agresor supiera algo sobre el tumor que ella misma desconocía —idea que la aterró—, o puede que el hijo de Alfonso y Verónica poseyera la clave de todo. ¿Estará de verdad todo relacionado con una única pieza del puzle? Sara se llevó las manos a la nuca y volvió a arreglarse la coleta con más minuciosidad que antes. Seguía sin tener las ideas claras, pero eran muchas, ¡realmente muchas!, las cosas que no acababan de encajar en todo el asunto de la familia Morales-Salas.

VERÓNICA MIRÓ por encima de la revista que estaba leyendo y comprobó que Alfonso acababa de entrar en casa. Parecía cansado, además de mojado y despeinado por el temporal, lo que no impidió que se acercara al sofá con una acogedora sonrisa y la besara en la frente como si llevara días sin verla. Ella le devolvió el beso, solo que en los labios. «Cuánto valor tiene el amor cuando tienes la certeza de que es puro», se dijo. Hacía algo más de media hora que había terminado de hablar con Sara por teléfono, y el disgusto producido al sacar a relucir todos sus tormentos había resultado en una reconfortante y maravillosa paz consigo misma. Había estado a punto de engañar a la persona que amaba —aunque durante años no lo viera así—, de acuerdo, pero no lo hizo finalmente. No tenía nada de qué arrepentirse, ni tampoco motivos para no mirar a Alfonso a los ojos con absoluta sinceridad.

Desde su postura, tumbada con un cojín a modo de reposacabezas, percibió que la herida que tenía su marido en la mano y que se había hecho cayéndose desde la bici —o esa era la explicación que él había dado, pues ella no se la creyó— estaba mejorando. Las heridas en los nudillos se habían convertido en pequeñas costras de sangre, y ya no había rastro de la venda que envolvía la mano los dos primeros días del *accidente*.

—¿Qué tal estás? —preguntó él, observando todos los detalles por si su mujer necesitaba algo. Taza de café con hielo, semillena. Revista, la del día de hoy. Mando de la tele, al alcance y con pilas—. ¿Tienes apetito? Podría prepararte unas tostadas con mantequilla y mermelada —enfaticó.

Verónica sonrió.

—¡Pero si hemos comido hace menos de dos horas! Estoy perfecta ahora mismo. —Volvió a sonreír aun más.

Cada vez era más fuerte la tentación de explicarle que un nuevo niño crecía en su interior. Se moría por decírselo. «No debes, Verónica, puesto que no hay manera de que llegue a conocerlo. Ni él, ni tú.»

Estaba tan cansada de sentir lástima de sí misma que ni siquiera lo lamentó esta vez. Se había acostumbrado a aceptar las cosas según llegaran, fueran buenas, como su reconciliación con Alfonso, o malas, como la inminente muerte que ella y su hijo estaban esperando.

Su cónyuge asintió satisfecho y entró en el dormitorio. Pocos segundos después estaba de vuelta, ataviado con sus zapatillas deportivas, unas mallas negras que siempre hacían reír a carcajadas a Oli por lo ceñidas que lucían en las piernas enclenques de su padre, un chubasquero gris y su inseparable iPod.

—¿Vas a salir a hacer deporte con este tiempo? —exclamó, más que preguntó, Verónica.

Alfonso explicó que un poco de trote bajo la lluvia nunca venía mal. Ante la posterior y espontánea reacción de ella —«¡Estás loco!»—, argumentó que estaba harto de aquel tiempo horrible y que necesitaba despejarse.

—Creo que deberías venir aquí y tumbarte conmigo. Yo te ayudaría a despejarte.

Ella le dedicó la más sensual de sus sonrisas y abrió ligeramente la bata hasta mostrar su ropa interior. Él ajustó el iPod al brazalet de tela que le rodeaba el brazo.

—Quizá más tarde, cariño. Tengo la cabeza que me va a estallar —dijo, y después dio un nuevo beso a su mujer. Fue el último en la historia de Alfonso y Verónica.

TRAS CASI CUATRO MESES DE, a priori, irracionales elucubraciones, una luz se formó en el caso de Verónica Salas cuando Sara hizo dos importantes descubrimientos: el primero de ellos le aceleró el corazón; el otro, la atemorizó.

En un intento desesperado por esclarecer las sombrías ideas que

la atormentaban, la doctora cogió los dos tacos de folios grapados que había impreso en el hospital y que correspondían a los resultados de las pruebas realizadas a ambos miembros del matrimonio. Los releyó con minuciosidad por enésima vez, intentando dar con la pista definitiva que quizá la liberaría de aquella zozobra. Todo parecía estar en regla: el sello del hospital donde se habían realizado los exámenes — en este caso, el suyo—, la firma electrónica del médico a cargo de los pacientes —la suya propia—, y los datos personales del paciente en la primera página de cada informe. Sara leyó en voz baja:

Nombre y apellido del paciente: Verónica
Salas
DNI: 16145852-L
Estado civil: Casada
Fecha de nacimiento: 05-05-1961

Siguió leyendo el resto de datos personales de Verónica, pero sin descubrir un solo error, y continuó con los resultados médicos que concluían en la desafortunada enfermedad archiconocida por todos. Desanimada, y con la sensación de estar dándole vueltas siempre a lo mismo, pasó a leer el informe de Alfonso:

Nombre y apellido del paciente: Alfonso
Morales
DNI: 16145852-L
Estado civil: Casado
Fecha de nacimiento: 30-09-1964

Después realizó la misma inspección que con el taco de Verónica, como si esperara que, de tanto leerlos, hubiera cambiado algo como por arte de magia. Obviamente no era así, y cuando terminó de repasar los resultados de Alfonso —éstos con diagnóstico favorable—, arrojó con rabia ambos informes sobre la mesita, cayendo los dos al suelo tras el impacto.

Quería perforar el misterio y este se alzaba ante ella como una pared de granito. Recordó el consejo que el doctor Salas le había dado una vez: «Toma por costumbre hacerte al menos un regalo cada día».

Decidió hacerle caso. Se levantó del sofá para llenarse una copa del mejor vino tinto que tenía en casa. La vainilla con nueces no era suficiente; aquella noche necesitaba al exquisito caldo como aliado si quería salir victoriosa. Abrió la ventana de par en par y, protegiendo la copa con ambas manos como si fuera un tesoro, asomó la cabeza hasta que los goterones de la tormenta casi le mojaron el flequillo. Miró hacia arriba y dejó encantada que el agua empapara su rostro. El tejado del edificio, visto desde esa posición, se anteponía a las nubes oscuras como el telón de un teatro frente a un cielo enrabiado que no cesaba de escupir sus dardos líquidos. Comenzó a divagar, con un espíritu más filosófico que científico, acerca del poder de la imaginación, ya que, en realidad, el oscuro cielo se asemejaba a un cabreado ser superior que castigaba con munición de larga distancia al pueblo de Ámbar, protegido éste por sus bellos aunque viejos tejados. Consideró después que su idea era más metafórica que original, ya que en verdad era posible que el cielo estuviera castigando a los habitantes del pueblo, menguando sus ánimos y entristeciendo sus almas con tanta lluvia.

La doctora fijó de nuevo la mirada en las gotas, y bajó la vista para ver cómo impactaban sobre el asfalto de la calzada. La tormenta, ¿crecía o se apaciguaba? «¿Por qué voy yo a merecer tal castigo?» Saltaba su pensamiento de una cosa a otra, incapaz de centrarse en nada concreto a causa del insomnio de los últimos días, y pasó a considerar el drama que realmente estaba suponiendo para el marido de Verónica el tener que vivir con una sonrisa permanente y fingida mientras contaba los días hasta que ella muriese. También que tal vez fuese buena idea vivir soltera, como ella, y evitar así los muchos sufrimientos que un compañero de viaje sin duda provocaba.

El agudo sonido de una sirena, acompañado de una ambulancia que pasó a toda velocidad por debajo de la ventana del salón, interrumpió sus divagaciones por unos instantes. Ella aún no lo sabía, pero ese iba a convertirse en uno de los días más trágicos de los últimos tiempos en Ámbar.

Ciertamente estuvo muy torpe al romper la promesa que les había hecho a los dos hombres al desvelar a Verónica su enfermedad. Al fin se posaron sus pensamientos, voladores e indecisos hasta entonces, en un solo objetivo: la enfermedad de Verónica. ¿Por qué

no habría dejado a la pobre mujer morir en paz, como habían sugerido el doctor y Alfonso, manteniéndose ella al margen? Cada pregunta le hacía saltar a Sara a una nueva cuestión. ¿Qué necesidad tenía el doctor Salas de ocultar un hecho de tal magnitud a su propia hija? Y más extraño aun, si Alfonso quería mantener la enfermedad de Verónica lo más en secreto posible, ¿por qué quiso contar con la ayuda y complicidad de su suegro desde un principio, aun a riesgo de que se negara y estropeará todo? Ciertamente que el doctor, en circunstancias normales, se habría negado con rotundidad a una negligencia como aquella. ¡Ocultar a un paciente su propia enfermedad! Pero esta vez se trataba de su propia hija, y era evidente que ese viejo genio haría cualquier cosa por su felicidad. «Por la felicidad de Verónica...» Esa fue la primera vez que Sara sopesó la posibilidad de que la idea inicial del plan había sido del galeno jubilado, y no de Alfonso. En ese caso, especuló, ¿podría ser que Salas le estuviera ocultando algo a su yerno?

Pensaba con cierta angustia en los dos hombres que habían entrado en su consulta aquel día, complicándole la vida. Dio un largo suspiro y regresó a la realidad.

La tormenta, en efecto, había crecido, formando grandes charcos, abajo en la calzada, que comenzaban a desbordar las alcantarillas. Súbitamente dio un respingo. Como un destello de lucidez, su razonamiento se detuvo en el día en que viajó a Madrid para asistir a aquella aburrida convención. Allí se encontró con Jaime Vergara, su viejo amigo de facultad, y mientras comían bocadillos, él había pronunciado unas palabras que le habían pasado inadvertidas, ¡hasta ahora!

Internó de nuevo su cabeza en el salón, y aunque mojada, recuperó los resultados médicos que antes habían caído al suelo. Dio un nuevo sorbo de vino, posó la copa en la mesilla y se concentró. Del flequillo le caían gotas de agua que empapaban la primera página del taco —en este caso, el de Verónica—, pero la doctora no se percató, pues ni siquiera estaba leyendo. Era como si su mirada, perdida más allá de los documentos, necesitara tener éstos delante para permitir al cerebro continuar con su particular investigación. Sus ojos se iluminaron, y con una eufórica sonrisa, posó los papeles sobre el sofá, esta vez con mimo. Corrió hacia la mesa del comedor, donde tenía encen-

dido el ordenador portátil, y se sentó frente a él. Abrió el explorador de Internet y tecleó en el buscador de Google dos únicas palabras: ALFONSO MORALES. Inmediatamente aparecieron en la pantalla infinitos enlaces que redirigían a biografías de diferentes personajes con el mismo nombre: un esgrimista norteamericano de setenta años de origen panameño; un bloguero experto en boxeadores caribeños; un abogado madrileño dedicado al derecho penal, y muchos perfiles alojados en redes sociales. Ningún enlace hablaba sobre un cántabro cuarentón, experto en el diseño y montaje de piezas de automóviles, que vivía en primera línea de la playa de Ámbar.

La pantalla también mostraba algunas imágenes, la mayoría primeros planos, pero ninguno del Alfonso Morales que Sara buscaba. Si su intuición no fallaba, y estaba segura de que no, necesitaba más información acerca del pasado de ese hombre. «¿Te has preguntado por qué fueron ambos a hacerse las pruebas?», había sido la pregunta de Jaime, en referencia a Verónica y Alfonso, en aquella cafetería de la acera de enfrente del hotel Puerta de América de Madrid. Según el doctor Salas, durante la conversación mantenida tras el mismo viaje de regreso, el matrimonio sufrió un accidente mientras pintaba las paredes de la casa. Ella quedó inconsciente, y él, mareado por el fuerte golpe que le propinó la escalera. Sin embargo, pensaba ahora Sara tras indagar a fondo en el asunto, nadie se hace un escáner cerebral por un simple chichón en la frente.

Emocionada por sus grandes dotes de investigadora, volvió a probar suerte en el buscador: ALFONSO MORALES ÁMBAR, tecleó esta vez. La joven dio un soplido de decepción cuando se le apareció una lista de varias mujeres, la mayoría sudamericanas, cuyos nombres eran Ámbar Morales. Sin embargo, acercó la cara a la pantalla y entornó los ojos cuando vio algo que le llamó la atención: uno de los enlaces, que redirigía a un blog, hablaba sobre un tal Francisco Morales, y en letra más pequeña se especificaba el pequeño pueblo pesquero de Ámbar como lugar de origen. Conteniendo la respiración, clicó en el enlace.

El blog, diseñado en tímidos colores crudos, constaba de una sola entrada, lo que significaba que había sido creado con el propósito de escribir una única reseña sobre el personaje en cuestión. El texto venía encabezado con una fotografía en blanco y negro del tal Fran-

cisco Morales sacada a media distancia. Moreno y de pelo rizado, lucía un llamativo bigote que le cubría la mitad de la cara. Salía sonriente y sus ojos brillaban de forma especial, lo que hizo pensar a Sara que era una persona alegre. Leyó el contenido:

Francisco Morales de Campos (Ámbar, 1938), fue un humilde pescador que dedicó su vida íntegra a cuidar de su mujer y su único hijo. Su experiencia a bordo de numerosos barcos pesqueros de la costa cantábrica, formando parte de algunas de las expediciones más peligrosas y fructíferas del siglo veinte en la zona, no le sirvió para convertirse en una celebridad comarcal, hecho que lamentablemente sí logró años más tarde la implacable enfermedad de Alzheimer que puso fin a su vida a los cuarenta y cinco años.

Mientras leía, Sara, absorta, movía los labios como si hablara. Avanzó en la vida de Francisco Morales hasta que leyó algo que le excitó el alma:

Durante su enfermedad, y hasta el día de su muerte, Francisco estuvo internado en la residencia Alborada (Torrelavega), donde recibió en todo momento el cuidado, el amor y el cariño de su mujer Carmen y su hijo Alfonso, quien escribe estas líneas a modo de homenaje.

Fue en ese punto donde dejó de leer, necesitada la joven doctora de algunos segundos para asimilar la información y decidir hasta qué punto era importante. No los tuvo, sin embargo, pues alguien golpeó insistentemente la puerta.

12 de octubre de 2006

El otro descubrimiento que Sara hizo esa tarde fue fruto de la casualidad.

Miró a través de la mirilla de la puerta una segunda vez, pues lo que vio en un primer intento le había sorprendido tanto que tuvo que achacarlo al vino, al insomnio, y también a la incipiente agorafobia que estaba empezando a desarrollar.

No se trataba de una alucinación.

Desconcertada, se enfundó rápidamente un pañuelo al cuello para que no se notara el arañazo que había sufrido en el cruel forcejeo con Ramiro. Abrió con la llave y deslizó luego la cadena que hacía de seguro redundante (la había ordenado instalar después del incidente). Abrió la puerta con cuidado, como si temiera que un enjambre de avispas se colara súbitamente por la abertura.

Al otro lado se encontraba una mujer de sesenta y dos años. Sara lo sabía con certeza, aunque por su aspecto podía estar en cualquier edad comprendida entre los cincuenta y los setenta. Era la viva imagen de la extravagancia. Alguno incluso podría haber dicho que iba disfrazada, aunque ni el más original podría haber adivinado la temática del disfraz. Llevaba un enorme moño rubio sujeto por dos

palillos chinos y que le estiraba el cabello en la zona de la sien. Esto presentaba una frente deforme, resaltando más si cabe el pálido maquillaje. A pesar de la bochornosa tormenta, se había anudado al cuello un fular estampado que simulaba la piel de una cebra, con suerte de que le caía por el pecho y ocultaba el prominente escote, sin duda exagerado para alguien de su edad. No solamente la zona del pecho era atrevida en el vestido, pues este, de color amarillo crudo, se ceñía a unas caderas que la madura mujer creía mantener atractivas. Las piernas estaban cubiertas con medias oscuras, y los zapatos, de vertiginoso tacón, era lo único en su indumentaria que hacía juego con el fular, pues también eran blanquinegros. Para combatir el desequilibrio, se apoyaba en un paraguas rojo intenso que parecía sacado del Moulin Rouge de París. Su atuendo era una mezcla extravagante de geisha, Liza Minelli, Amelie, y la mujer de un gánster cualquiera de la ciudad de Chicago en plenos años treinta.

Sara la miró de arriba abajo con la boca abierta, aunque no pudo ocultar su alegría.

—Hola, Celia —dijo simplemente—. ¿De dónde sales tú?

—¿Que de dónde salgo? ¿Dónde has dejado tú la educación? Entraré a tu piso, ya que supongo que en algún momento me invitarás a pasar, ¿no? —La mujer entró hasta el salón—. Venga, ponme un té verde bien caliente con unas gotas de leche, que tengo frío hasta en los huesos. Y ven, siéntate aquí conmigo, que tenemos que ponernos al día, je, je, je.

—Claro, Celia. Enseguida.

La aludida la atravesó con la mirada.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames Celia! —exclamó, molesta.

—Es verdad. —Sara miraba a diferentes puntos del techo y la pared para no encontrarse con sus ojos—. Lo siento, madre.

A VERÓNICA le aturdían sobremanera las insistentes gotas de lluvia cayendo contra los cristales. Se levantó del sofá —estaba cansada de estar casi todo el día tumbada— y se dirigió al piano. Recogió la falda del batín con ambas manos y se sentó. Después tomó aire, lo soltó

progresivamente, y comenzó a tocar la misma melodía de siempre, esa que había compuesto con brillantez y a la que ahora era incapaz de dar letra. El tema era un adagio, y sin ser triste, se había convertido en una fascinante droga: cuando reproducía las notas se sentía muy bien, casi en éxtasis. Pero si hacía cualquier otra cosa, ansiaba tocar. No quería pasar al otro mundo, pensaba, sin ponerle una letra a su ópera prima.

De pronto sonó el teléfono.

El estridente timbre sobresaltó tanto a la pianista que hizo que sus dedos presionaran por error las teclas situadas más a la derecha del teclado, es decir, las más agudas. La mezcla del teléfono con las inapropiadas notas hizo que Verónica sintiera un dolor punzante en su cabeza, tal como si alguien le diera con un martillo.

Corrió hacia el teléfono para acabar con aquel ruido tan desagradable.

—Diga.

Escuchó unas palabras.

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere?

Verónica se mantuvo atenta a todo lo que su interlocutor tenía que decirle. Estuvo un rato sin contestar nada, y cuando lo hacía, era para responder en monosílabos.

Colgó.

Su rostro había palidecido, y antes de que pudiera siquiera amagar con dar un paso, se desplomó contra el suelo. Todo lo que vio después fue la inmensa oscuridad.

ANTES DE QUE Sara hubiera cerrado la puerta de casa, Celia ya estaba haciendo un estudio a fondo del salón. Echó un vistazo que, aunque fugaz, fue suficiente para hacerse una idea de en qué condiciones vivía su hija. Luego se acomodó en el sofá.

—Vaya jaleo tienes aquí. Esto parece una leonera —comentó con tono de reproche—: Ale, ale, tráeme ese té caliente. Y también algo de comer, que estoy hambrienta.

Sara obedeció en silencio y se perdió en la cocina. Mientras tanto, su madre seguía hablando desde el salón.

—Voy a abrir del todo las ventanas, si no te importa. El ambiente

aquí está tan cargado que, si no te conociera, pensaría que vives con un hombre al que le cantan los pies. Je, je, je.

La anfitriona fingió no haber oído esto último, pues el hiriente comentario le había hecho la misma gracia que una patada en la espinilla.

—Y hablando de hombres, tu padre me tiene harta. —Sara escuchó el largo suspiro de quien la había parido—. Se ha empeñado en cambiar la distribución eléctrica de toda la casa, y ahora los enchufes están todos en un sitio diferente. ¡Y lo peor de todo es que ya no sé qué activa cuál! Qué ganas tengo de que llegue Navidad y nos vayamos de una vez a Benidorm. Aunque, ahora que lo pienso, con la obsesión que tiene es posible que también le dé por redistribuir aquella casa y...

Celia se llevó un dedo a la boca, pensativa, en el mismo instante en que la anfitriona volvía con una bandeja con dos juegos de tazas de Ikea, azúcar, pastas y un té buenísimo que unos amigos le habían traído de Sri Lanka hacía ya un tiempo.

—Yo creo que chochea.

—¿Quién? —quiso saber Sara, distraídamente.

—¡Tu padre, hija! ¿Quién va a ser?

—Ah.

Sara únicamente pensaba, no sin remordimiento, en la mejor manera de despachar a su madre para así poder seguir investigando sobre la historia de Alfonso Morales y su familia. Sin duda Celia había sido muy inoportuna. Ese era uno de sus grandes dones. También se sentía incómoda por no confesar a su propia madre que había sido víctima de un brutal intento de violación. «Algún día se lo tendré que contar —pensó sombría—, pero aún no estoy preparada. Además, eso destaparía el tarro de las esencias. A nada que describiera mínimamente el suceso, Celia se pondría de inmediato en contacto con la Policía, el Gobierno, algún amigo abogado que seguro que tendrá, e incluso con el FBI. Aquello derivaría en al menos tres horas más de charla, y eso sí que no lo puedo permitir.»

La anciana mordisqueó una pasta y se llevó la taza de té a la boca.

—Hija, estás muy callada. Venga, cuéntame chismorreos, je, je, je. Por ejemplo, ¿qué tal vamos de novios por aquí?

—Todo igual, madre. No tengo tiempo para los hombres; ni tampoco interés.

—No sé ni para qué pregunto. ¿Y en el trabajo? ¿No hay médicos macizos? Seguro que sí. —La señora soltó una extraña risa de adolescente—. Yo el otro día fui a revisarme la vista que, por cierto, ya no veo tres en un burro, y mi oftalmólogo de siempre, el doctor Faría, estaba de vacaciones. Lo había sustituido un jovencito al que ya le habría echado el lazo de tener unos años menos, je, je, je. Se llamaba Víctor, creo. El capullo se ha ido ahora a las Bahamas.

—¿Víctor se ha ido a las Bahamas? —se lio Sara.

—No, tonta, el doctor Faría. ¡Presta más atención! ¿Acaso quieres que te prepare una cita con Víctor?

La anfitriona alzó una mano de rechazo.

—No, por favor, no, déjalo.

—Pues deberías. Es joven, guapo, y buen partido.

Sara oía las palabras sin escucharlas. De cuando en cuando, miraba de reojo a su ordenador y pensaba en eso tan importante que había dejado a medias.

—Además, nos dejaría las revisiones de los ojos gratis, ¡que no veas los dineros que cuestan! La vida está muy cara hija, ¡muy cara! Antes de ayer fui al mercadillo y ya ni los gitanos respetan los precios. ¡Me querían cobrar diez euros por tres pares de calcetines! No los compré, por supuesto. Además, iban a ser para tu padre así que, ¡que se fastidie! Que siga luciendo esos tomates cada vez que se quita los zapatos, je, je, je. Lo que te digo, hija, la vida está muy cara. Menos mal que tu padre es un santo y hace todas las chapuzas de casa. ¿Te he dicho ya que ha hecho un gran trabajo redistribuyendo el sistema eléctrico de toda la casa?

—Sí, madre, algo me suena —rezongó la doctora, hastiada de tanta palabrería superficial.

—Qué gran labor. A ver si saca tiempo y hace lo mismo con la casa de Benidorm estas Navidades.

Sara puso los ojos en blanco, pero continuó dando pie a la conversación. Al fin y al cabo, se trataba de su madre. Terminados los téis, le ofreció quedarse a cenar, aunque deseaba que declinara la oferta.

—No, hija, muchas gracias. Tu padre me espera para cenar. Vamos a probar con ese restaurante marroquí, o egipcio, o árabe... ¡qué sé yo! El caso es que está teniendo buenas críticas, y una ya se va cansando de tanto pescado del Cantábrico y tanta leche. Además, no te ofendas, pero tu cocina de *amateur* —esta palabra, pronunciada con recochineo— deja mucho que desear para una vieja cascarrabias como yo, je, je, je.... No me mires con esa cara de odio, que te he traído un regalo.

Sacó un paquete del bolso. Sara lo abrió y comprobó que se trataba de un disco recopilatorio con lo mejor de Mike Oldfield. Sonrió complacida y le dio un fuerte abrazo. Después introdujo el disco en su equipo estéreo y escucharon juntas *The Bell*. Al terminar el tema, la mujer se levantó del sofá y ambas se dirigieron a la puerta. Ya en el rellano, esperando al ascensor, Celia cambió de tema.

—No querías que me quedara a cenar, je, je, je —dijo de golpe.

Su hija abrió la boca, pero no supo qué contestar. La mujer soltó una carcajada antes de concluir en voz baja:

—No te culpo, yo ya soy una señora chocha y tú estás en edad de comerte el mundo. Aunque sé que hay algo que no me quieres decir y que te preocupa. Esas cosas a las madres no se nos escapan.

—Bueno, siempre hay cosillas, pero nada importante —mintió Sara—. Son temas aburridos que no interesan a nadie.

Cuando el ascensor llegó al segundo piso, madre e hija se abrazaron durante mucho tiempo. Al separarse, Celia abrió la puerta metálica del elevador. Justo antes de entrar se dio media vuelta para decirle en tono de suave recriminación:

—Hija, ya sé que eres adulta y no te gusta que te dé consejos. No pretendo decirte cómo debes hacer tu trabajo, pero no sería una madre si no te dijera que deberías ser más cuidadosa con tus cosas.

—¿Por qué lo dices? Soy supercuidadosa.

—He visto los papeles que tienes sobre el sofá, y ya sabes lo cotilla que soy —admitió con media sonrisa cómplice—. Me he fijado en que los pacientes correspondientes a los dos tacos de folios tienen el mismo número de identidad. Y eso, claro, no puede ser, je, je, je. Estate más atenta la próxima vez, ¿eh? Bueno, hija, cuídate. Hasta pronto.

Le lanzó un beso por última vez y desapareció tras la puerta. Sara se quedó atónita en el descansillo viendo bajar el ascensor. Hasta que no llegó al bajo y su madre no salió del edificio, no asimiló el significado de las últimas palabras de despedida.

Una repentina sensación de angustia oprimió su abdomen y ascendió hasta la garganta.

12 de octubre de 2006

Sara entró corriendo en casa y cerró la puerta dando un portazo. Cruzó a toda prisa el salón y prácticamente se lanzó contra el sofá donde antes había dejado los papeles. Ambos tacos seguían en la misma posición en la que ella los había dejado. Se fijó de nuevo en los datos personales.

Nombre y apellido del paciente: Verónica Salas
DNI: 16145852-L

Nombre y apellido del paciente: Alfonso Morales
DNI: 16145852-L

Su madre tenía razón: ambos números eran idénticos. Se sentó y rellenó la copa de vino que había dejado a medias. Después hizo algo que no hacía desde los años de instituto y que había jurado solemnemente no volver a hacer jamás: encendió un cigarrillo.

Fue eso, la coincidencia en los DNI, lo que Sara había guardado en su subconsciente y lo que salió de pronto a la superficie cuando su madre se despidió de ella en el rellano de su casa. Le invadía una

mezcla de excitación y desánimo. En contra de sus expectativas, y tras meses dando palos de ciego, estaba hallando información relevante. El problema era que aunque esta arrojaba claridad sobre el misterio de cuya veracidad ella estaba segura, no la acercaba lo más mínimo a su demostración. Pero no se equivocaba, aquel caso había comenzado con tintes extraños desde el minuto cero. Ahora ya tenía algo a lo que agarrarse, un punto de apoyo sobre lo que proseguir su *investigación*. Sara Mora volvía a meterse en el partido.

No había dado ni tres caladas cuando expulsó el humo con un fuerte soplido y apagó el cigarrillo dentro de la taza de té vacía. Volvió a coger los resultados médicos, uno con cada mano, como si creyera que unos simples papeles le fueran a desvelar información oculta que ella no supiera ya. Por su cabeza solo rondaba una palabra: «quién». ¿Quién se había equivocado anotando el mismo DNI para dos pacientes diferentes? Era preciso responder a esa pregunta. Repasó en su mente el protocolario proceso que siguen los datos personales durante un análisis como el que sufrieron Alfonso y Verónica. «Primero —enumeró para sí misma—, los pacientes deben rellenar un simple formulario en el cual uno de los datos es, efectivamente, el número de identidad personal. Aunque remota, era posible la idea de que uno de los dos miembros del matrimonio hubiera escrito por error el DNI de su cónyuge. Era algo improbable aunque, ¿por qué no? Sea como fuere, esos formularios llegan a manos de los auxiliares que realizan la prueba correspondiente; en este caso, las resonancias. Ellos son responsables de repasar los datos personales para asegurarse de que todo está correcto y que no quedan campos por rellenar. En el supuesto de que Alfonso o Verónica hubieran rellenado su informe de manera errónea, los propios auxiliares debían de haberse percatado de ello».

Sara sacudió la cabeza. «Lo estoy enfocando desde un punto de vista erróneo —pensó, un tanto desanimada—. Cualquiera pudo haberse equivocado: los propios pacientes, los auxiliares médicos, o incluso yo misma, al traspasar los formularios a la base de datos principal del hospital. —Pero esta tercera opción era poco probable. Sara podía ser inocente, inexperta e incluso algo afectada, pero el perfeccionismo era su mayor virtud. Era demasiado meticulosa como para

haberse equivocado en una simpleza como aquella—. Si estoy en lo cierto, ¡la base de datos me lo confirmará!»

Pasó del sofá a la mesa, donde el ordenador portátil seguía encendido y con el salvapantallas activado. Movi6 el rat6n y minimiz6 la ventana del blog que hablaba de Francisco Morales, para abrir un acceso directo que la llevaba al servidor privado del hospital. Le temblaba la mano diestra. Intent6 relajarse dando un nuevo sorbo de vino, pero estaba demasiado emocionada. La Intranet del hospital — donde tan solo los m6dicos tenían acceso a la base de datos— se abri6 solicitando un n6mero de matrícula y una contraseña. Introdujo a prisa sus datos y dirigi6 el cursor del rat6n directamente al buscador: «Ver6nica Salas», y le falt6 tiempo para teclear. Tuvo que esperar unos pocos segundos para que se mostrara por pantalla la ficha personal detallada de Ver6nica, con su fotografía y su historial m6dico, así como sus datos personales. Fue en estos en los que Sara fij6 su m6xima atenci6n:

Ver6nica Salas DNI: 16145852-L

«Es correcto», pens6.

Acto seguido, busc6 a Alfonso y la aplicaci6n realiz6 el mismo proceso. Cuando Sara analiz6 la ficha, experiment6 un subid6n de adrenalina.

Alfonso Morales DNI: 16072631-D

La base de datos estaba bien. Tanto 6l, como ella, tenían su n6mero de identidad correcto, lo que quería decir que ambos rellenaron sin error sus formularios, por lo que los auxiliares no se habían visto obligados a corregir nada, y la propia Sara no había fallado en hacer el traspaso a la base de datos, como ya suponía. La coincidencia de los n6meros en los resultados m6dicos no se debía a un error.

Descartado así el fallo *no intencionado* —estas dos palabras eran importantes—, era evidente que alguien había modificado los datos personales de Alfonso a la hora de cumplimentar los propios resultados. Pero, ¿quién? La misma pregunta continuaba atormentándola como un clavo ardiendo que perforase su mente.

La base de datos de la clínica era privada y contenía un óptimo sistema de encriptado y validación. Solo un *hacker* pudo haber penetrado en ella ilegalmente para modificar los datos a su gusto. La otra opción era que se tratara de un médico del hospital, como ella.

—¡Sí, todos los médicos que trabajamos aquí tenemos acceso a la base de datos! —comentó en voz alta—. «Aunque, espera un momento... —caviló en su inquieta mente—. Nosotros no tenemos poder para modificar los datos de pacientes que no son los nuestros. Solo hay unos pocos doctores, todos ellos dinosaurios y con dilatadas carreras, que tienen libertad absoluta para hacer y deshacer en las bases. ¿Existe algún otro médico en el hospital que conozca el caso y que, por alguna razón que se me escapa, hubiera querido modificar los resultados? No —se respondió a sí misma, de inmediato—. De hecho solo hay un médico en este mundo al que le he contado el caso al detalle: mi amigo Jaime Vergara».

Sin embargo, este no ejercía la medicina en la clínica de Ámbar, y por ende, era imposible que tuviera acceso a la Intranet. Y mucho menos se trataba de un *hacker* informático.

La joven rio entre dientes ante tal posibilidad.

«Vas por buen camino, Sara. Procura no distraerte más», se animó.

La palabra «quién» había cedido todo el protagonismo en el cerebro de la doctora a la pregunta: «¿por qué?». Intentó imaginar diferentes motivos por los cuales alguien, ya fuera *hacker* o médico, tuviera necesidad de modificar el número de identidad de uno de sus pacientes, que además estaba clínicamente sano.

Dio un nuevo trago de vino y se dispuso a seguir desgranando las causas del misterio que ella misma había creado.

—¿Y si aquel que accedió a la Intranet, legal o ilegalmente, hizo la modificación en los datos de Alfonso motivado por el deseo de una tercera persona? En ese caso el abanico de posibilidades se hacía inmenso... —Volvía Sara a hablar, más bien susurrar. Las ideas se fijaban mejor en su esquema mental y los fallos de argumentación quedaban antes en evidencia si se oía a sí misma, en lugar de si solo pensaba.

—Utiliza la lógica, Sara. Tiene que haber una explicación sencilla —dijo quedamente.

Lo más importante no era el quién, ni tampoco el porqué, sino las consecuencias. ¿Qué quería conseguir la persona que accedió a la base de datos? ¿Por qué alguien querría piratear un dato tan inocente como el DNI de un paciente que no estaba tratando? Frunció el ceño. No se le ocurría ninguna buena razón. El riesgo, para un hombre de prestigio como era cualquier doctor con acceso total a los datos —la opción de los *hackers* quedó descartada por parecerle realmente inverosímil— de cometer semejante ilegalidad, era demasiado alto para los beneficios que en sí pudiera obtener con su fechoría. Para empezar, si fuera descubierto, sería automáticamente expulsado de la clínica, eso era indudable, y su licencia, retirada.

«A no ser... a no ser... —Estas tres palabras quedaron atascadas en su mente como un tapón—. A no ser... que el causante de tal delito fuera un prestigioso doctor que no ejerciera la medicina... en la actualidad».

Sara se secó una lágrima furtiva con la mano diestra. Su razonamiento poco a poco la había ido llevando sin remedio hasta una solución que la fascinaba y la aterraba al mismo tiempo. La conclusión a la que estaba llegando se antojaba triste, pero igualmente evidente. Solo había un doctor que tenía acceso íntegro a la Intranet de la clínica de Ámbar y que poseía una razón para no temer que le despidieran: llevaba años jubilado. Además, esta persona, obviamente, estaba al cien por cien implicada con el caso de Alfonso y Verónica.

«¿Por qué harías algo así, maldito viejo verde?», pensó con pronunciado ceño.

Se puso en pie, rebotando de rabia contra su mentor, y comenzó a susurrar tacos sin ningún tipo de orden o criterio. ¿Sería verdad que el doctor Salas se había colado en los datos para modificar la ficha de su yerno? ¿Con qué propósito?

De pronto recordó una sensación que había tenido desde el día que fue a visitar al jubilado galeno aquella noche, después del viaje a Madrid. En aquella ocasión, el viejo hablaba en todo momento de la enfermedad de su hija con una naturalidad pasmosa, como si, en el fondo, no creyera que moriría finalmente.

«¿Has estado mintiéndome todo este tiempo? —caviló encolerizada—. En ese caso, ¿en qué más cosas has mentido, cabrón?»

Como impulsada por alguna fuerza invisible, volvió a sentarse

frente al portátil y buscó en la intranet los documentos de *word* relativos a los resultados médicos de Alfonso y Verónica; los mismos que ella misma había impreso y que ahora reposaban sobre la mesita. Al consultar las propiedades de los documentos soltó un gemido que acompañó llevándose la mano a la boca. Luego reabrió la ventana que contenía el *blog* con la reseña homenaje dedicada al difunto padre de Alfonso. Releyó el texto de nuevo, esta vez más intrigada, convencida de que había dado con la tecla. Cuando terminó, dejó de mirar a la pantalla para fijar sus ojos en los dos tacos de folios.

—Ya lo tengo —murmuró entre dientes.

Nerviosa como nunca había estado en su vida, sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Mientras teclaba, no cesaba de repetir las palabras que su amigo Jaime le dijera en el pasado: «¿Te has preguntado por qué fueron ambos a hacerse las pruebas?»

El móvil comenzó a dar tonos de llamada. «¿Por qué fue *él* a hacerse las pruebas?» Era una pregunta sin respuesta lógica.

—¡Cómo he podido ser tan estúpida! —gritó la doctora, en el mismo instante que alguien contestaba al otro lado del teléfono.

—¿Hola? Sara, ¿eres tú?

—Jaime, soy Sara... ¿Recuerdas el extraño caso del que te hablé en Madrid, aquel de la hija de mi mentor y su tumor cerebral? —No dejó que su ex compañero de facultad contestara—. Pues tenía razón. ¡El caso entero estaba podrido! En cuanto lo haya comprobado, te volveré a llamar. Ahora tengo que irme. Hasta luego, ¡y gracias!

Colgó el teléfono sin siquiera escuchar la respuesta de su amigo. Acto seguido, tomó un abrigo de tela verde del perchero que había en el recibidor y salió disparada por la puerta. Bajó corriendo las escaleras mientras negaba con la cabeza en un claro signo de incredulidad.

ALFONSO SE COLOCÓ los auriculares e hizo un par de estiramientos en el límite del jardín. Después pulsó el botón play del iPod y comenzó a trotar al contundente ritmo de la Creedence Clearwater Revival, grupo por el que sentía auténtica devoción. Enseguida dobló la esquina para ir al punto del paseo marítimo donde solía comenzar su ruta. Allí incrementó la velocidad, agradeciendo la manera que tenían las gotas de lluvia de chocar contra su cara. Era

refrescante. Llevaba algunos días sintiéndose raro, como agobiado, seguramente debido a la creciente preocupación por la enfermedad de Verónica. Con los primeros pasos, notó que las rodillas le chirriaban más de lo normal —«Llevo muchos días sin hacer ejercicio; es normal»— y le costaba tomar aire. A los cinco minutos ya había decidido que no forzaría la máquina sin necesidad, así que se limitaría a recorrer la mitad del camino. Miró hacia el final de la playa, donde terminaba el paseo y hasta donde solía llegar corriendo, y determinó que probaría suerte otro día que hiciera mejor tiempo.

A medida que avanzaba hubo algo que llamó su atención en ese punto al final del muelle. Bajo el precipicio, donde siempre hubo un pequeño puerto pesquero y un embarcadero de madera, se veía una insólita edificación de color gris y construido en forma de cubo, que, a tenor del tamaño de los edificios que lo rodeaban, calculó Alfonso que no mediría más de cinco metros de altura. ¿Desde cuándo estaba allí? Habría jurado que la semana anterior no había ningún edificio de tales características.

Le invadió una sensación de malestar, pues algo que no sabía explicar le resultaba ciertamente familiar.

Siguió avanzando sin aumentar el ritmo, y las primeras gotas de sudor empezaron a mezclarse con las de la lluvia. La tormenta se acrecentó, y algunos relámpagos se formaron a lo lejos, en el horizonte, uniendo las nubes con el mar como hilos plateados.

El brillo lo cegaba.

Al mirar los rayos fijamente era como si penetraran en su cerebro dardos envenenados. Se sentía exhausto, su vista estaba cada vez más dañada. «Debería volver.» Apenas le quedaba aliento cuando comprobó, con mayor sorpresa, que el fin del camino se mostraba ya ante él, a menos de cien metros. El bloque de cemento se alzaba provocativo, y se preguntó cuánto tiempo llevaba corriendo. Si le hubieran preguntado, habría dicho que no habían transcurrido ni cinco minutos desde que saliera de casa, pero el camino de la playa tenía más de seis kilómetros, lo que significaba que, teniendo en cuenta su velocidad media aproximada, y por obligación puramente física, debía de llevar más de media hora corriendo. Se detuvo en seco. Fue entonces cuando se percató de que el iPod seguía reproduciendo *Fortunate Son*, la misma canción que sonaba cuando empezó la

marcha. Escudriñó el aparato y estuvo a punto de marearse. La pantalla se mostraba negra. El sudor tibio le empapaba. Dio media vuelta con el fin de reanudar su carrera de regreso y se detuvo dando un respingo. Su propia casa estaba allí mismo, con su pared blanca, su coqueto jardín y sus ventanas con vistas a la playa. Incluso podría haberla tocado de haber dado unos pocos pasos más.

«¿Qué clase de broma es esta?», se dijo, estupefacto.

A un lado, el singular hexaedro. Al otro, su hogar. Dos edificios que hacía solo un instante se veían separados por toda una playa, ahora lo acorralaban. Se habían trasladado. ¿Cómo podía ser? Alfonso miró en derredor moviéndose en círculos. Súbitamente dio un paso atrás y sintió cómo sus zapatillas se llenaban de arena negra.

Le escocía.

Cada vez más confundido miró hacia abajo y ahogó un grito. Estaba en mitad de la playa. No creía haberse movido, y sin embargo ya no se encontraba sobre el asfalto del paseo. La marea, por su parte, crecía a una velocidad antinatural, acercándose con violencia el agua del mar a sus tobillos. Sintió una profunda opresión en el pecho y la cabeza le daba vueltas. Había perdido por completo la noción del tiempo y el espacio. Ya no llovía, pero Alfonso tenía los pies húmedos. Las olas le habían alcanzado las piernas, impactándole con brusquedad, pero él no podía moverse.

El agua le mordía.

El oleaje, que paulatinamente iba y venía contra sus piernas, producía un murmullo irritante. Era como si naciera en sus oídos, y además a un volumen desproporcionado.

Le aplastaba el cerebro.

Tuvo que cubrirse las orejas con la palma de las manos. Se acurrucó con los ojos cerrados hasta hacerse un ovillo. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Era como si su cráneo estuviera empequeñeciéndose progresivamente. O el cerebro aumentando de tamaño. El dolor resultaba insoportable.

El universo estalló.

Cesó el suplicio, enmudecieron las olas y se apagaron los destellos. Con la respiración entrecortada, separó las manos de su rostro. Deseaba levantarse enseguida, porque había gente mirándolo. Muchas caras cerniéndose sobre él. Se sentía ridículo allí tumbado,

vestido con mallas y, lo más seguro, impregnado de pegajosa arena por toda su piel. Pero la gente agachada a su lado parecía asustada. No eran desconocidos. Entre ellos estaba Severino, el panadero; los dueños de la ferretería, cuyos nombres no recordaba, y la Puri, una cajera del supermercado donde Alfonso iba casi a diario. Alguno parecía estar llorando, y un varón, cuyo nombre desconocía, no cesaba de golpearle insistentemente en la mejilla izquierda mientras le suplicaba que despertara.

Alfonso pensó entonces en dos cosas con rigurosa claridad.

La primera era un vídeo mudo de Oli a los dos años, vestido con un pijama de payasos y rodeado de regalos: un triciclo, un mercado de plástico en miniatura y montones de muñecos. Posiblemente fuera un día de Reyes. Está con una joven y hermosa Verónica, que le tiene preparado el mejor regalo de todos, pues de una caja de cartón surge la cabecita peluda de un cachorro de pastor alemán. Los ojos del niño se hacen muy grandes, y entonces alarga el bracito con delicadeza para acariciar el hocico de su nuevo mejor amigo. Acto seguido le vino a la mente una imagen mucho más concisa. Era Verónica, sentada al piano mientras lo esperaba con el batín semiabierto. En su rostro se apreciaba una sonrisa de felicidad. Era su particular *mujer-muñeco*.

Después Alfonso Morales cerró los ojos y perdió la consciencia para siempre.

SARA MORA COGIÓ la bicicleta para ir más rápido, aunque el trayecto no era largo. Su destino: la casa de Alfonso y Verónica. Si sus sospechas eran ciertas, cada decisión tomada durante los últimos meses había significado un terrible error. Debía hablar con ellos con toda urgencia. Maldijo su estupidez por no haber tenido en cuenta la lluvia. El suelo mojado la obligaba a reducir el ritmo, y lo hacía todo mucho más peligroso. Decidió tomar el camino de la playa hacia el este. Corría el riesgo de ser azotada por las ráfagas de viento, pero era el mejor atajo.

Entre pedalada y pedalada, Sara reflexionaba con el fin de atar todos los cabos.

«Alfonso Morales», se dijo una vez más.

Su padre, de nombre Francisco, había fallecido trágicamente tras detectársele Alzheimer. Era posible que Alfonso, obsesionado con la muerte de su padre, y sabiendo que la enfermedad es hereditaria, se hiciera la resonancia como medida de precaución. Verónica había quedado inconsciente a causa de un incidente con una escalera mientras pintaba la pared de su casa. Necesitaba hacerse la prueba, así que él aprovechó la visita al hospital para realizar su protocolaria revisión cerebral. «El golpe en la sien no era más que una excusa.»

Sara dobló la calle a tal velocidad que la rueda trasera resbaló y a punto estuvo de caer al suelo. El alborotado pelo se le pegó a la frente. Tomó aire.

Bien, una vez aclarado que Alfonso quería examinar su cerebro para asegurarse de que no tenía Alzheimer, ¿quién había modificado los resultados desde la Intranet? En realidad, la pregunta del millón no daba lugar a muchas interpretaciones.

«El jodido doctor Salas de las narices.»

¿Por qué?

El único motivo que se le ocurría a Sara por el cual su viejo mentor habría modificado el resultado de Alfonso era que quisiera ocultar el verdadero diagnóstico. Y en tal caso, solo podía significar una cosa: Alfonso Morales no estaba realmente sano. Sin embargo, si eso era cierto y el doctor había decidido saltarse todas las normas — tanto de seguridad como de moralidad— del hospital, ¿por qué no había modificado también los resultados de Verónica, su propia hija? Asumiendo que todo el maquiavélico plan del viejo tenía como objetivo evitar el sufrimiento de su yerno, ¿qué razón había para no haber completado la ilegalidad con ambos diagnósticos y evitar así también el de su hija? «¡Espera un momento! —se dijo de pronto—. ¡No tenía necesidad! Verónica está ahora sufriendo por su enfermedad, ¡por culpa mía! ¡Fui yo la que le conté todo, incumpliendo aquello que precisamente el doctor Salas me había hecho prometer! Si no fuera por mi maldita obsesión por el deber cumplido, Verónica no estaría ahora mismo viviendo con la certeza de que le quedan pocos días de vida, tal y como su padre quería que fuera. ¡El plan era perfecto!»

Al salir de la calle y tomar el paseo de la playa, un fuerte vendaval impactó contra la bicicleta, obligando a Sara a apoyar un pie en el

suelo para detenerse. Un utilitario rojo que circulaba por el carril contrario a punto estuvo de arrollarla. La joven tragó saliva y reanudó la marcha como pudo.

«Resumiendo —se dijo para sus adentros—: el viejo fue el primero que vio el sobre con los resultados médicos que yo ordené enviar a casa de los Morales-Salas, seguramente porque se encontraba allí en ese preciso momento. Como es un maldito curioso y no es capaz de respetar la intimidad de los demás, se vio en la necesidad de abrir el sobre y leer ambos diagnósticos: el de su hija y el de su yerno. Algún tipo de cable debió de cruzársele cuando descubrió que los dos estaban enfermos, que se le ocurrió acceder a la Intranet de la clínica, con las claves que solo él y unos pocos más tienen, y modificar los datos de Alfonso. La trampa ya estaba hecha. Bien fácil. Después escondió los papeles, los que contenían la verdad, y cuando su yerno llegó a casa le mostró el mensaje de voz que yo misma dejé esa mañana en el contestador: era urgente que vinieran a verme. El resto de la historia la viví de primera mano. Yo misma le aseguré a Alfonso que él estaba sano, pero que sin embargo su mujer se moría. Me hicieron mantener el asunto en secreto, de manera que ella viviría feliz sus últimos días. Lo que Alfonso no sabía era que todos habíamos sido engañados por su suegro.»

—¡Maldito cabrón! El plan era bueno, Sara, debes reconocerlo —comentó en voz alta.

«Con todo esto, ¿ves algún fallo en tu deducción? Sí, veo uno —se respondió de inmediato—. El mismo día que ambos vinieron a la consulta, a primera hora de la mañana, yo había leído los resultados. Eso había sido, por obligación, antes de que el doctor Salas los modificara en la base de datos, tal y como demuestran las propiedades de los documentos. ¿Cómo es que no me di cuenta de que Alfonso Morales estaba enfermo?»

En ese punto de sus hondas reflexiones tragó saliva con dificultad, y aprovechó que un semáforo se ponía en rojo para descansar y fijar sus ideas. ¡Qué irresponsable había sido! Siempre había presumido de ser una doctora brillante, habilidosa, perfeccionista, e incluso algo superdotada. Pero hasta los que menos la conocían sabían que era tan despistada que irritaba. Sara no había leído los resultados al detalle, y, mucho menos se había detenido en los

nombres de dos pacientes que, en aquel momento, eran plenos desconocidos para ella. Se había quedado en el tumor cerebral y no volvió a la base de datos hasta que Alfonso y el doctor Salas la visitaron, ya por la tarde. Y en ese instante la base de datos ya había sido modificada.

«Dios mío...»

¿Se trataba de eso? ¿Los dos miembros del matrimonio vivían con el mismo cáncer oprimiéndoles el cerebro? No. Algo le decía que esa teoría era demasiado inverosímil. Tenía la angustiosa sensación de conocer todas las piezas del rompecabezas, y sin embargo no era capaz de ordenarlas en una línea temporal de manera coherente. ¿Qué probabilidades había de que un mismo tumor, ya de por sí poco común, naciera simultáneamente en dos personas que vivían en una misma casa? Entonces Sara dio con la tecla definitiva. Fue tan chocante —pero a la vez tan clara— que perdió el equilibrio del manillar y se derrumbó contra la acera. Emitió un grito de dolor cuando se quemó la rodilla en el asfalto. El pantalón vaquero estaba desgarrado y la pierna le sangraba. Tras una rápida inspección comprobó que la herida era superficial: no tenía ningún hueso roto. Se levantó de un salto y la rodilla le escoció. Pero no era nada comparado con el dolor que sintió en el pecho cuando depositó su mirada en la lejanía, concretamente en la playa: una multitud de vecinos se había reunido en torno a algo (o alguien) inmóvil en el suelo. También se oía el afligido aullido de lo que parecía un lobo. A la misma altura del paseo, pero estacionada en la carretera, una ambulancia esperaba con las luces de emergencia encendidas.

«Está ocurriendo ahora.»

El doctor Salas había cambiado los datos médicos de Alfonso. Sin embargo, ¿por qué había modificado también el número de identificación personal, escribiendo por error el de Verónica? La respuesta era clara: el viejo no había borrado los resultados de Alfonso para sobrescribir un diagnóstico falso. Simplemente se limitó a dar el cambiazos. Unos datos personales por otros. Verónica era Alfonso, y Alfonso era Verónica. Excepto en el DNI de él, campo donde el doctor cometió su único error.

Sara arqueó las cejas.

Si de verdad todo consistía en un cambiazos de los resultados, y

esta vez estaba segura de que así era, Verónica no tenía ningún tumor. Estaba completamente sana —aunque ella no lo supiera—, y la fiebre, dolor de cabeza y malestar sufrido durante los últimos días no eran más que los síntomas de una simple gripe. En ese caso, ¡por supuesto que podía estar embarazada!

La doctora alzo la vista de nuevo hacia la ambulancia.

«Alfonso...»

OLI PODÍA ESTAR horas y horas jugando con Aquiles en el parque. En concreto, el juego que más les fascinaba a ambos consistía en que el niño lanzaba una rama de árbol lo más lejos que sus fuerzas le permitían, y el perro debía ir a buscarla y devolverla entre sus dientes. El juego no sería demasiado diferente a lo que suelen hacer todos los amos del mundo con sus perros si no fuese porque, nada más lanzar el palo, Oli se escondía detrás de un árbol. Aquiles tenía la misión añadida de encontrarlo si quería continuar cazando ramas. Cuando estaban tan cansados que ya no podían más, Oli presionaba el botón de la fuente que hacía que saliera un chorro de agua fresca. Entonces el pastor alemán bebía hasta saciarse. Después, ambos solían descansar en uno de los muchos bancos de madera que había en el parque. Eso, por supuesto, si aún era de día. Si por el contrario resultaba que el sol estaba cerca de ponerse, tanto el perro como el amo sabían que esa era la señal para ir a casa. Mamá nunca les dejaba a solas en la calle una vez el sol dejaba de brillar.

Esa tarde también habían salido, a pesar de la lluvia. Oli sabía que al volver a casa tendría que dar a Aquiles un buen baño de agua caliente si quería que mamá no le pegara un grito de los suyos. No importaba. Hacía ya demasiados días que no salían a jugar; ambos lo necesitaban.

No les dio tiempo a mucho, sin embargo. Cuando apenas llevaban quince minutos jugando al juego del *palo y el fantasma*, como así lo llamaba Oli, el Yayo apareció por una de las entradas del parque completamente cubierto de agua —pues no llevaba paraguas— y los pies llenos de barro, dado que estaba atajando a través de la hierba. Avanzaba rápido, aunque arrastraba tanto los pies que de vez

en cuando tropezaba. Oli pensó entristecido que su Yayo parecía un mendigo, y un malestar le llegó por ello hasta la tripa.

—¡Oli! —gritaba el viejo desde lejos—. ¡Oli!

El aludido no se movió. Jamás había visto llorar al Yayo, y ahora que lo hacía, sabía que no lo olvidaría nunca. Se negaba a creerlo. Simplemente pensaba que era demasiado fuerte para llorar. Por fin reaccionó, y entendió que había llegado el día que con tanta amargura habían estado esperando desde que sucediera lo que ocurrió durante el Día Importante. Dejó caer al suelo la rama que tenía preparada para Aquiles y echó a correr para abrazar a su abuelo. Ninguno dijo nada durante algunos segundos, mientras estaban bajo el amparo de los brazos del otro.

—Pobre crío, pobre crío —mascullaba el anciano para sí, apretando los dientes con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —Oli no dejaba de preguntar al aire—. ¿Qué ha pasado?

El Yayo le explicó que había recibido una llamada de Severino, el panadero del pueblo. Papá se acababa de desplomar cual hoja muerta de otoño sobre la arena de la playa. Así fue como lo describió Severino, pues el abuelo tuvo más delicadeza con su nieto. La ambulancia no tardaría en llegar. Mamá no contestaba al teléfono, explicó el Yayo cuando Oli preguntó, así que lo primero era ir a ver si necesitaba algún tipo de ayuda psiquiátrica tras recibir la noticia de que su marido acababa de sufrir un derrame cerebral.

—¿Vienes conmigo? —El jubilado le cogió de la mano y le señaló con el mentón el camino a casa.

—¡No! Aquiles y yo nos vamos a la playa con papá. —El niño se liberó de un tirón y se secó las lágrimas, ya mezcladas con el agua de la lluvia.

Cuando vio que el Yayo asentía, echó a correr en dirección a la playa. No tardaría ni cinco minutos. Aquiles lo siguió entre ladridos graves.

EL YAYO ENTRÓ en casa de su hija a través de la ventana de la habitación de Oli, que solía estar abierta de par en par. Previamente, al comprobar que la puerta principal estaba cerrada, había llamado al

timbre. Si unos minutos antes nadie había contestado al teléfono, era de suponer que nadie acudiría al sonar el timbre de la puerta. Sintió un dolor agudo en el pecho.

Le crujieron los huesos cuando trepó hasta la ventana y se dejó caer sobre la cama de su nieto. Después, aun chorreando y asustado como un niño que tiene miedo a los espíritus, avanzó hasta el pasillo. A cada paso que daba crujía la tarima, tal era el silencio que poblaba la vivienda. Había estado en esa casa miles de veces, pero nunca se había sentido tan extraño como ahora.

Lo primero que vio a través de la puerta del salón fue el piano de su hija. La tapa estaba levantada. Tragó saliva. Con el rabillo del ojo se fijó en que una figura femenina yacía tendida en el suelo, boca abajo. Se acercó de un salto y cogió a su hija entre sus brazos. El pelo le cubría gran parte de la cara. Ejerció presión en el cuello con los dedos índice y corazón: el pulso era estable. Tras dar un vistazo rápido a su alrededor, vio que el auricular del teléfono estaba tirado en el suelo y con las pilas esparcidas por el parque. Un simple desvanecimiento. Dejó a Verónica apoyada sobre un cojín y se reincorporó para, de la misma, dejarse caer en el sofá. Sintió cómo se extinguía toda la presión reprimida durante varios meses. Se llevó las manos a la cara y no pudo evitar romper a llorar.

NADA MÁS LLEGAR A LA PLAYA, Oli vio las luces de la ambulancia. Siguió corriendo en dirección a ella con la vista nublada. Aquiles avanzaba algunas zancadas por delante. Pisaron la arena y fijaron su objetivo en el grupo de curiosos que formaban en una especie de círculo irregular, muy cerca del vehículo sanitario. Cada paso se le antojaba más difícil que el anterior. «¡Necesito verlo!» Cuando apenas le quedaban unos metros para alcanzar el tumulto, se fijó en que algo sobresalía, inerte, de entre todas las piernas. Se trataba de una zapatilla deportiva desgastada, que continuaba en una pierna desnuda. El dolor fue tan inmediato y fulminante que se detuvo de golpe, tal como si una pared de cristal lo impidiera continuar. Se sentía incapaz.

—Papá...

No llegó nunca a despedirse de su padre. Solidario con su intenso

dolor, Aquiles se sentó a su lado y le lamió la mano. Después apuntó al cielo con el hocico y comenzó a aullar. No cesaría, en ese lúgubre lamento, hasta el alba del día siguiente.

SARA AVANZÓ dos pasos a trompicones y se apoyó en la barandilla. Desde allí pudo ver a los sanitarios de la ambulancia corriendo al círculo de curiosos que se habían acumulado alrededor del cuerpo. Desplegaron una camilla y se hicieron un hueco para examinarlo. «Llegáis tarde, chicos», pensó ella, incrédula. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Quería telefonar a la Guardia Civil y denunciar el gravísimo fraude producido por el doctor Salas que había resultado con el sorprendente fallecimiento de su yerno. Sin embargo, no hizo nada. Por casualidad, sus ojos se posaron en la figura de un niño al otro lado del tumulto. Estaba petrificado. A su derecha estaba el lobo de los aullidos, que resultaba ser el perro más grande que había visto nunca. Reconoció al crío como el hijo de Alfonso y Verónica, y la pena le invadió. Se preguntó, dando una vuelta de tuerca más en su razonamiento, si no habría sido el niño el causante de todo desde el principio. Eso convertía a su abuelo, el doctor Salas, en un perfecto cómplice. Perpleja, arqueó las cejas.

—Sara, eres una completa estúpida —se dijo en voz alta.

Dio la vuelta y recogió la bici. Cojeando, se alejó de la zona. Cuando dio los primeros pasos se dio cuenta de que había dejado de llover. Para cuando llegó a su apartamento ya había salido el sol. Se dejó caer sobre su viejo sofá y cerró los ojos. No pensaría más en todo el día.

Aquel doce de octubre iba a tener repercusiones.

LA QUIETUD ES ABSOLUTA. Alfonso abre los párpados inundado de una reconfortante paz. Desde su posición recostada puede percibir que la playa está desierta, a pesar de que ahora un sol cegador le ofende la vista. El silencio es total.

La arena, que siempre ha sido de un grisáceo lunar, ahora se antoja negra. El azul del agua del mar es más brillante que nunca, y las fachadas de las primeras casitas que rodean la playa están pintadas a

diferentes colores pastel. No las recuerda así. La playa es la de Ámbar, de eso no cabe duda, pero siente que sus retinas miran a través de un filtro de colores distinto, como si viviera extrañamente dentro de un cuadro de estilo *pop art*. También percibe que todo está más oscuro de lo habitual, e incluso tiene que comprobar que no lleva las gafas de sol puestas. Y el sol lo ciega, sin embargo.

Súbitamente, el rostro de una mujer invade su campo visual. Verónica lo observa desde la contraluz, con un tapete de azul cielo de fondo. La melena rojiza se abalanza hacia él como ocurría cada vez que ella se le subía encima antes de hacer el amor. Está tan bella, tan perfecta.

—Hola, *Soldado*.

—¿Qué me está pasando?

—Aún no has arreglado el columpio. Has faltado a tu promesa —le recuerda en tono cariñoso.

—No, lo arreglaré pronto, antes de que te vayas para siempre.

Verónica sonríe.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Perdóname. Te he mentado —admite él, haciéndola sonreír de nuevo—. Quiero que sepas que me has salvado la vida. Eres extraordinaria. Te quiero.

—No hagas esto.

—Es la verdad, quería decírtelo.

—Pues deja de hablar y levántate. Vuelve a casa, ven a nuestra cama.

—Lo haría gustoso, pero no puedo moverme.

—Sí que puedes. Levántate y vamos a casa —insiste Verónica, arrugando la frente.

Él hace un nuevo esfuerzo, pero no consigue accionar ni un solo músculo de su anatomía. Ni siquiera está seguro de si está moviendo la boca para hablar, en realidad.

—Vamos, *Soldado*, sé fuerte.

Alfonso intenta negar con la cabeza, impotente.

—No te vayas —susurra luego.

—Ven conmigo. —Tras la proposición, la visión de Verónica comienza a alejarse.

—No, no te vayas —insiste él.

Verónica se esfuma tan rápidamente como el humo en un día de viento, quedando Alfonso a solas de nuevo.

De pronto empieza a sentir las rodillas y los brazos. No de una forma natural, sino más bien como si la gravedad terrestre hubiera sido alterada. Reflexiona sobre esto cuando aparece frente al mar, ahora de pie. Mira hacia el oeste y frunce el ceño. Tiene una sensación de *deja vu* cuando descubre un cubo de cemento armado sobre la arena. Posee una única puerta, de color amarillo brillante, en la cara frontal. Le aumenta el pulso cuando distingue la silueta de Verónica junto a ella. Va ataviada con un vestido con tirantes y volantes de un intenso color rojo. Está preciosa. Hace un gesto con la mano para que se acerque. Lo está esperando.

No ha dado ni cinco pasos cuando su mujer se interna en la caseta. Acelera el paso, pues no quiere perderle la pista.

Al igual que en su sueño, empuja el panel áureo y se sume en la oscuridad del interior del cubo. No ve a Verónica por ninguna parte, pero conoce el camino. Avanza por el estrecho pasillo de luz cálida y asciende los primeros peldaños de una lúgubre escalera. Tensa los músculos al recordar lo que sucedía en el sueño a continuación.

«¿Dónde estás, Charly?»

Con cada peldaño se detiene a examinar el entorno. No hay ni rastro del tullido. Unos sonidos extraños, como murmullos, se oyen en la lejanía. «El final del camino se aproxima.» Aumenta el ritmo según las voces se hacen más evidentes, hasta que llega al último escalón y se topa con una pared oscura. A la izquierda, una luz artificial ilumina el camino de manera indirecta. Sigue la luz por instinto y accede a una especie de sala muy iluminada. Amplia de tamaño, el suelo es negro como el carbón asturiano. Una de las paredes de la estancia está cubierta por una enorme cortina de terciopelo granate, pero lo que verdaderamente le llama la atención es lo que divisa en el extremo opuesto. Apoyado en la esquina de una apertura similar a la que él mismo acaba de atravesar, Charly lo mira suplicante. Su ropa chorrea, como sucediera en el sueño, y la tiritona que sufre es tal que le provoca violentas convulsiones. Alfonso lo ignora.

Entre ambos, en el centro de la sala, se alza un micrófono. Alfonso se acerca y lo toma entre sus manos, hipnotizado. Parece sentirse como en casa cuando alza la vista hacia el vacío y ve lo que ve.

Un vasto y abarrotado graderío se alza frente a él, expectante. Sonríe, se aclara la voz, y vuelve a sonreír. Después da un golpecito con el dedo sobre el micrófono para asegurarse de que se le escucha correctamente.

«Os contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería», anuncia después.

Conquistamos el mundo

Música y letra por Verónica Salas

*Le vi surgir de la nada bajo aquel manto gris.
La playa era negra, reflejo de mi niñez.
Me atrapó con la mano, “larguémonos de aquí”.
Huiríamos hacia el valle, seríamos nuestro juez.
Conquistamos el mundo, y el mundo nos traicionó.
Oh, tuvimos el mundo que nos separó.*

*Hoy es su cumpleaños, mas no quiero celebrar.
Y sobre nuestra mesa, dos pasteles y vino a descorchar.
Miré de reojo a su silla y la pena me abordó.
Ni brindis, ni sonrisas, ni mañanas floridas.
Solo el destino que nos separó.
Habíamos conquistado el mundo, y el mundo nos traicionó.
Oh, tuvimos el mundo y nos separó.*

*Y ahora me pregunto, mi niño, si te parecerás a él;
si serás tan cabezota, ¡cómo se hacía querer!
Té cederá su dulzura, qué afortunado ibas a ser.
Yo fingiré que no le añoro; tú fingirás que me crees.
Pero recuerdo su tacto, recuerdo su olor.
Su acento malhablado me daba pudor.
De noche adoraba posarme en él y sentir cada pulso de su piel.*

*Ahora esos recuerdos no me permiten avanzar.
Son mentiras, sueños que no volverán.
O algo que te debo contar.*

*Y así conquistemos el mundo aunque sepa que nos traicionó.
Niño, tendremos el mundo tú y yo.
Conquistaremos el mundo que nos separó.
Oh, tendremos el mundo los dos.*

7 de marzo de 1983

Oye, ¿quieres hacer el favor de apartar tu mano de mi cintura?

No acabábamos de separar nuestros labios y ya me estaba recriminando algo. Verónica era así. Me disculpé enseguida y miré hacia otro lado. Con el rabillo del ojo, sin embargo, me fijé en que ella no dejaba de observarme.

Había empezado a llover en serio.

—Aunque, pensándolo bien —añadió suspicaz—, quizá te meta en la lista de candidatas para ocupar el sitio junto a mí, ahí abajo, el día de mi boda. Aunque seas un sinvergüenza, quiero decir.

Arrugué el gesto ante el atrevido comentario, haciéndome el asustado. No cabía en mí de gozo, en realidad.

—¡Venga, *sherpa* Morales! —exclamó, rompiendo el hielo—. ¡Sígueme!

Entonces me cogió de la mano y echó a correr colina abajo. Mientras me dejaba arrastrar intentando mantener el equilibrio, me fijé en lo extraño que era ver acercarse al pueblo de Ámbar desde las alturas: sus campanarios, sus tejados rojos, sus parques de pinos. Y al fondo, el mar Cantábrico. Sí que era una vista maravillosa.

Estuvimos cerca de tropezar un par de veces, y para cuando por

fin pisamos suelo asfaltado, ya había perdido un zapato. Me detuve y apoyé las manos sobre las rodillas para coger aire.

—¡Vamos, *Soldado*, no te pares! —Verónica no me esperó. Se alejaba corriendo por una de las callejuelas del centro—. ¡Aún queda lo mejor!

Volvió a tronar. La densa lluvia había empapado ya toda mi ropa. Suspiré eufórico y salí corriendo tras ella. Mis ojos brillaban de excitación. ¿Adónde me llevaba esa chica?

Nos vimos obligados a detener la circulación en un par de ocasiones, y a punto estuvimos de ser arrollados por un ciclista despistado. Ella corría a una velocidad sorprendente, impropia para una chica de piernas tan cortas. Doblé una esquina, exhausto y temiendo que le hubiera perdido la pista, y fui a parar al paseo de la playa. Eché un rápido vistazo panorámico. La playa estaba desierta salvo por una excepción: Verónica se acercaba al agua como una posesa, dando graciosos saltitos en la arena.

—¿Te has vuelto loca? —grité cuando ella se internó en el mar chapoteando—. ¡El agua está helada!

Ignorando mis quejas, me hizo un gesto para que la siguiera.

—¡Ni siquiera tengo traje de baño! —objeté, atónito.

—¡No seas quejica que prácticamente ya estás empapado! ¡Ven aquí conmigo, gallina!

Atraído por un rotundo éxtasis, la obedecí. Quería alcanzarla, abrazarla, besarla con pasión. No me importaba que el agua estuviera tan fría que hizo encoger mis huevos hasta parecer pasas. Juntos chapoteamos, reímos a carcajadas y nos hicimos juguetonas aguadillas. La playa era nuestra.

Un rato más tarde caminaba, calado hasta los huesos, hacia mi casa. A solas. La tormenta había asolado la calle casi en su totalidad. «Ya nos veremos», habían sido sus últimas palabras. ¿Solamente eso después del día que habíamos compartido juntos? Estaba desanimado y aterrado. Solo me preguntaba si ella querría volver a verme.

Había recorrido más de la mitad del camino cuando oí unos pasos torpes, dispares. Zapatos de suela de goma chapoteando con fuerza. Mi pulso se aceleró antes de girarme, convencido de que sería ella. No pude evitar sonreír como un tonto.

—¡Pensé que ya no te encontraría! —gritó, dejando de correr

para caminar, con la tez enrojecida y la respiración entrecortada. Se detuvo y cogió aire.

—¿Ocurre algo? —pregunté desinteresadamente. «Muy bien Alfonso, no muestres todas tus cartas.»

—Nada. Solo que me he dado cuenta de que mañana tengo el día libre, y me preguntaba si te apetecería ir al cine.

No respondí de inmediato, pero una enorme sonrisa debió de delatarme.

—Te prometo que esta vez volveremos secos —matizó ella.

—Claro, podría estar *guay*.

«¿Guay? ¿Has dicho *guay*? No la cagues ahora, ¡estúpido!»

—Genial. Te llamaré mañana por la mañana y fijaremos la hora en función de la peli. ¿Cuál te apetecería ver? —quiso saber ella.

—Me da igual. Una que te guste a ti. O una que nos guste a los dos, vaya —repliqué con cierta torpeza—. Quiero decir que a mí me gustan casi todas.

Ella rio de nuevo.

—Okey, entendido.

—Pero opino que deberíamos coger los asientos en las últimas filas —incidí sutilmente.

—¿Por qué?

Decidí entonces que debía descubrir mis cartas.

—Porque creo que me moriría de frustración si tengo que aguantar casi dos horas a tu lado sin hacer lo que me apetecerá hacer.

Verónica arqueó las cejas.

—¿Y qué te apetecerá hac...? —empezó a preguntar tras un breve silencio, aunque conocía de sobra la respuesta.

No la dejé terminar. No puedo evitarlo, soy un tipo impulsivo. Rápidamente posé mis manos sobre su cuello, por debajo de la chorreante melena, y la besé de nuevo. Esta vez sin prisa, con dulzura. Un ósculo húmedo con sabor a sal.

—Hasta mañana, Alfonso —dijo ella mientras se alejaba hacia atrás, con una sonrisa que le iba de una oreja a la otra.

Fue el mejor día de mi vida.

—Adiós —me limité a contestar.

* * *

12 de octubre de 2006

Óliver vio su trance interrumpido cuando una corriente de agua le alcanzó los pies. Estaba helada. Escaló hasta la punta más alta de la roca y se secó las lágrimas con el dorso de las manos. La piedra puntiaguda le hacía daño en el pompis, pero no se movió. No tenía la más mínima idea de lo que haría ahora. El plan había concluido. Un éxito. En los siguientes días, el Yayo tendría que vérselas con mamá, con la doctora guapa, y a saber con quién más. ¿Iría a la cárcel? Lo que estaba claro era que él no se vería involucrado. Todo el mundo iba a señalar al Yayo porque, obviamente, ¿quién iba a sospechar que un niño tan pequeño, que ni siquiera era capaz de resolver los problemas matemáticos más sencillos, tuviera la habilidad de elaborar un plan tan enrevesado? ¿Había merecido la pena? El objetivo se había cumplido, de eso no cabía duda. Papá había fallecido en paz, reconciliado con mamá, y sin sufrir ningún tipo de agonía previa a la muerte.

«Cómo te voy a echar de menos, papá», pensó, sintiendo un nudo en la garganta.

Se enjugó más lágrimas.

Mamá, por su parte, había esquivado un tumor que nunca tuvo, pero que le sirvió para despedirse. A veces las despedidas obligadas cambian la forma de ver la vida de uno, aunque estas sean falsas. «Ahora está sola, pero, ¿llegará a perdonar al Yayo? Y, si alguna vez se entera de que yo fui el culpable de todo, ¿volverá a mirarme a la cara?»

Algo le llamó la atención en el agua. Era un objeto brillante, como una cadena de metal que la marea había transportado hasta casi rozar sus pies. Se inclinó para recogerla. La sostuvo con una mano y dejó que el colgante quedara suspendido. Entornó los ojos y lo examinó con suma atención. Parecía una especie de llave cuya punta tenía la forma de un cilindro hueco. No parecía una llave que abriera la puerta de ninguna casa. No le dio más vueltas. Hizo un puñado con la cadena y la introdujo en el bolsillo del pantalón.

Cuando miró hacia atrás la ambulancia ya se había marchado y no quedaba nadie en la arena, salvo Aquiles, que continuaba aullando lastimosamente. Ambos cruzaron sus miradas.

Oli se mojó las piernas hasta las rodillas cuando bajó de la roca. Al salir del agua y pisar la playa, se manchó los pies de arena y sintió al instante auténtico repelús. Alcanzó al pastor alemán y lo abrazó por el cuello. Después emprendieron el camino de vuelta a casa. Volvió a mirar a lo lejos, allá donde la playa terminaba. La figura del Yayo, que un rato antes se alejaba a paso lento, había desaparecido. El niño sintió un extraño malestar al preguntarse si volvería a verlo. «Seguro que sí», se dijo para animarse. Eran un equipo. Desde ese día él fue siempre Óliver Morales, portador del mayor secreto jamás existido en Ámbar, y el anciano fue siempre el viejo loco que narraba las proezas de su nieto con cuidadoso misterio mientras Oli se guardaba los pecados de su Yayo.

De camino a la vivienda se topó con una floristería. Oli jamás había entrado en un establecimiento de esos, pero una chispa se encendió dentro de su cabeza cuando vio el escaparate. Lirios, rosas, centros de mesa, ramos... A mamá le chiflaban las flores. Oli no tenía dinero, apenas algunas monedas de euro que le sobaban de alguna propina, pero le llegó para comprar una rosa blanca. Costaba seis euros y noventa y cinco céntimos. El crío solo disponía de cinco euros, distribuidos en tres monedas de euro y una de dos euros, así que regateó el precio. El dependiente, un amable señor que le recordaba al Yayo, debió de notar la tristeza en los ojos de Oli, pues se la dejó finalmente a tres euros.

Oli realizó el resto del trayecto sin dejar de contemplar la flor. Le hacía sentir bien. Al cruzar la esquina que daba a casa, sonrió por primera vez en varias horas. Mamá le iba a necesitar. Después cogió aire, y niño y perro entraron juntos en el hogar. Desde entonces, Oli llevó siempre consigo una llave metálica y oxidada de punta cilíndrica que alguna puerta debía abrir. No le hizo falta buscar por mucho tiempo.

Fin.

El aleteo de la mariposa (Serie Oli, libro 2)

Prólogo

Se despertó, abriendo los ojos en una fina línea, e inmediatamente después sonó el teléfono. O quizá fuera el irritante timbre lo que hizo que se desvelara. En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo recostado sobre el sofá de cuero de su salón. Llevaba puesto un traje negro y unos zapatos a juego, el mismo atuendo que llevaba el día anterior. Hacía calor.

No podía recordar con claridad lo sucedido en las últimas horas, pero se alegró de encontrarse en casa. El último dato que su memoria registraba era que ya había anochecido cuando salió del piso, y un vaso de Jack Daniel's sobre la barra de algún bar constituía la única pista que podía ayudar a reconstruir la velada. Ese solitario recuerdo hizo que fijara su atención en una botella de cristal vacía que, frente a sus ojos mareados, reposaba borrosa sobre la mesita delante del sofá.

Suspiró.

Tenía los párpados casi cerrados, pues estaba convencido de que si los abría del todo, sufriría potentes dolores de cabeza. Intentó moverse, pero tenía el brazo izquierdo dormido y no le respondía; se había quedado dormido sobre él. Sintió un incómodo cosquilleo en la punta de los dedos cuando por fin lo liberó con un forzado movimiento de rotación. Después separó con lentitud la oreja izquierda del cuero negro, dejando a la vista la huella que su propia babilla había dejado sobre el cojín. Sentía un sabor metálico en la boca, y una

incómoda masa pastosa le impedía salivar. Decidió que lo primero que haría tras atender la llamada telefónica sería lavarse los dientes. Se incorporó con dificultad, y tras un *fuck* y un par de *shit*, descolgó el teléfono con un simple *hello*.

—Soy Carroll. —El llamante hablaba en perfecto inglés. Acto seguido, una pausa—. Espero no haberte despertado.

El hombre miró a su alrededor, desorientado y con una incipiente jaqueca. Aún era de noche. La poca luz procedente de las farolas exteriores se colaba por el cristal de la ventana, descubriendo parte del mueble de estanterías. Un fuerte enfado, seguido de una extraña sensación de agobio e impotencia, le sobrevinieron cuando siguió con la mirada el haz de claridad. «Desorden» no era la palabra adecuada para definir lo que vio. Las decenas de libros y discos compactos, los trofeos de tenis que había acumulado a lo largo de sus años de adolescencia y un par de jarrones modernos que, si bien no valían una fortuna, tenían un alto valor sentimental, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban amontonados, abollados y hechos pedazos. Si hubiera seguido analizando la habitación, habría encontrado también un impacto en el centro de su televisor último modelo que resquebrajaba las cuarenta y seis pulgadas prácticamente en su totalidad. En un movimiento instintivo se llevó la mano a la parte de atrás de la cintura, donde solía llevar encajada su pistola. Se sobresaltó al palpar el vacío en la funda del arma, y suspiró aliviado cuando la encontró posada sobre la mesita, a unos centímetros de la botella de *whisky*. Era una Hekler Koch Compact, un arma de casi 700 gramos con el cargador preparado para balas Parabellum de 9 milímetros. Ligera, fría y manejable. No recordaba haberla puesto ahí, y eso era extraño, pues se había acostumbrado a ser consciente de ella en todo momento.

Frunció el ceño.

—¿Agente? —insistió la voz.

—¿Qué cojones quieres a estas horas, Tom?

—Siento haberte despertado en tu día libre, pero ha ocurrido algo esta noche.

Su día libre. Se suponía que esas palabras significaban algo bueno. La gente solía aprovecharlas para hacer excursiones al campo con sus familias, ir a cenar al centro con sus parejas, jugar al fútbol con sus

hijos o, si hacía buen tiempo, quizá disfrutar de una grasienta y calórica barbacoa con los vecinos. Él, sin embargo, tenía otra clase de planes. Dormiría hasta tarde, puede que hasta las 14 o las 15 horas. Después *desayunaría* un *whisky* con hielo mientras disfrutaba del partido de Andy Murray por televisión. El día terminaría con la visita de Ania que, como cada vez que él lo requería, compensaría su día libre de mierda con un tórrido y salvaje ejercicio de sexo sobre la moqueta del dormitorio, yendo ambos hasta arriba de champán.

Pero Carroll había llamado, algo había ocurrido esa noche. Algo serio, pensaba el detective sin dejar de observar la estantería, que sin duda iba a desbaratar su día libre.

—¿Me estás escuchando? —insistió la voz tras el auricular.

—Tom, ¿qué dices que ha sucedido?

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos. —La voz de Thomas Carroll sonaba temblorosa al otro lado del teléfono—. Cowley Road, número 219. Dios mío...

—Está bien, no pierdas la calma. Me cambio en un segundo y salgo echando leches para allí. Solo dime qué debo esperarme, ponme un poco en anteced...

No terminó la frase. Durante la conversación, había estado notando escozor en la zona del antebrazo derecho. En realidad lo había estado notando desde que despertó. En un acto instintivo, se llevó la otra mano a la zona del picor para remangarse y rascarse. Fue entonces cuando palpó que algo pegajoso le cubría la piel. Se quedó atónito con lo que vio, y entendió que su malestar no se debía tan solo a la resaca: tres profundos arañazos le recorrían el brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y a juzgar por el color amoratado al que estaba tornando la piel ensangrentada, estaban empezando a infectarse.

«Pero qué coño...»

—Se ha cometido un terrible asesinato esta noche —sentenció Carroll.

El detective tragó saliva.

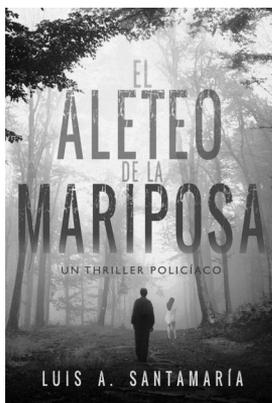
Tras despedirse con la promesa de que se plantaría allí *as soon as posible* (lo antes posible), colgó el teléfono y se incorporó del sofá. Aturdido, observó la cerradura de la puerta principal: parecía estar intacta. Después caminó a través del pasillo de su casa ayudándose de las propias paredes. Alcanzó el cuarto de baño, y al examinar su

aspecto frente al espejo empezó a sudar. Tuvo que sentarse sobre el retrete para controlar los mareos que estaban empezando a dominarle. Tenía el labio ligeramente agrietado (de ahí que sintiera la boca tan pastosa), y algunas manchas de sangre seca ensuciaban la barbilla, el cuello, y buena parte de la camisa.

Alguien, lo más probable un profesional, había entrado en la casa por la noche destrozando el mobiliario, drogándole y propinándole una buena paliza. Y lo peor de todo, lo que más lo atormentaba, era que no se acordaba absolutamente de nada. Por un insignificante instante, el agente sintió pánico.

* * *

SI TE HA GUSTADO, continúa leyendo aquí.



Agradecimientos

A mis lectores, que han seguido, compartido y mencionado cada noticia o publicación acerca de la novela.

A mi familia, que no dejan pasar una reunión o celebración para preguntarme por las novedades literarias. Ellos son mis más fieles lectores.

A mi hermano Fer, sin duda el mayor responsable de que mi cabeza esté constantemente fantaseando y pensando en toda clase de historias. Me enseñó a soñar desde que era un niño de diez años que no sabía pelar una manzana.

A Silvia, por aguantarme cada día. Por pertenecer a este trabajo desde el minuto uno, leer cada párrafo mil veces y aportar brillantes ideas y puntos de vista. También gracias por ayudarme a escribir el prólogo, que prácticamente salió de su cabeza.

Y a mis padres, por no dejar nunca de creer en mis proyectos. Por estar siempre dispuestos a ayudar y por ser mis más duros críticos. Cada frase, palabra o acento, es gracias a ellos.

Para finalizar, una recomendación: escanea el siguiente enlace y te suscribirás gratuitamente a mi lista de correo (si aún no estás dentro). No solo estarás al tanto de todas mis novedades, ofertas y proyectos, sino que recibirás como regalo de bienvenida uno de mis libros:



Acerca del Autor



Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive en Madrid con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado tímida para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

Luis es miembro del jurado del Premio Amazon Storyteller desde el año 2022.

www.luisalbertosantamaria.com



SERIE MÓNICA LAGO

1. Entre bambalinas
2. Entre líneas (premio Amazon 2021)
3. Entre viejos desconocidos
4. Secretos entrelazados
5. Heridas abiertas



* * *

TRILOGÍA 'LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE'

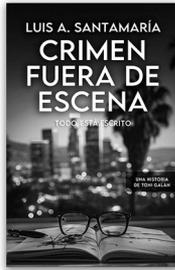
1. Margot
2. Huida
3. Abismo



* * *

SERIE TONI GALÁN

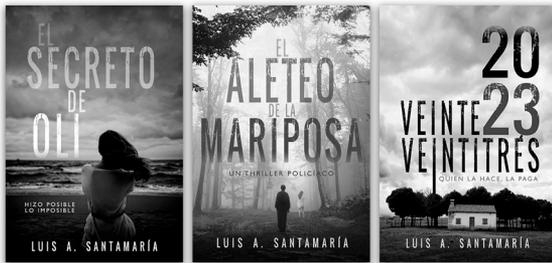
1. Crimen fuera de escena



* * *

SERIE OLI

1. El secreto de Oli
2. El aleteo de la mariposa
3. Veinte veintitrés



* * *

MÁS SUSPENSE

- Reflejos en el espejo
- Mensajes ocultos



